

TIZIANO TERZANI

*El fin es
mi principio*

Un padre, un hijo y el gran viaje
de la vida



se

Cuando en marzo de 2004, Tiziano Terzani, debido a una enfermedad terminal, ve acercarse el final de su vida, decide reunirse con su hijo Folco para mantener con él unas valiosas conversaciones sobre la vida que ha llevado. Aceptando su destino con la serenidad propia del que ha frecuentado las filosofías orientales durante gran parte de su vida, Terzani rememora los hechos que han marcado su existencia y la de los suyos.

Nacido en el seno de una humilde familia florentina en los albores de

la Segunda Guerra Mundial, Tiziano Terzani quiere transmitir a su hijo su insaciable curiosidad por el mundo y sus habitantes. Desafiando el destino que le reservaba su origen social, decidió ser periodista y recorrer incansablemente el mundo. Frente a su mirada comprometida desfilaron la mayoría de los hechos determinantes del convulso siglo XX: la guerra fría, la China maoísta, el *apartheid* surafricano o la guerra de Vietnam son sólo algunos de los acontecimientos que marcaron la trayectoria de este hombre.



Tiziano Terzani

**El fin es mi
principio**

**Un padre, un hijo y el gran viaje
de la vida**

ePub r1.1

SebastiánArena 22.03.15

Título original: *LA FINE È IL MIO IMZIO.*
Un padre racconta al figlio il grande
viaggio della vita

Tiziano Terzani, 2006

Traducción: Teresa Clavel

Retoque de portada: Piolin

Editor digital: SebastiánArena
ePub base r1.2



*Orsigna, 12
de marzo de
2004.*

*Queridísimo
FOLCO:*

*Sabes lo
mucho que
odio el
teléfono y lo
difícil que
ahora me
resulta, con
lo débil que
estoy,
escribir
aunque sólo
sean dos
líneas. Así
que nada de
«carta»,
sino un*

*telegrama
con las dos
o tres cosas
que todavía
me
interesan y
que es
importante
que sepas.*

*Estoy
terriblemente
cansado,
pero muy
sereno. Me
encanta
estar en
esta casa y
cuento con
no moverme
de aquí.
Espero verte*

*pronto, pero
sólo a
condición
de que
hayas
terminado
tu trabajo.
Una vez
aquí, todo te
(nos)
desbordará,
especialmente
si aceptas
una
propuesta
en la que he
pensado
mucho. Se
trata de lo
siguiente:*

¿Y si nos

*sentáramos
juntos una
hora todos
los días, y tú
me*

*preguntases
las cosas
que siempre
has querido
preguntarme
y yo
hablara sin
trabas de
todo lo que
me parece
importante,
desde la
historia de
mi familia
hasta la del
gran viaje*

*de la vida?
Un diálogo
entre padre
e hijo, tan
distintos y
tan iguales,
un libro
testamento
que tendrás
que
organizar
tú.*

*Apresúrate,
porque no
creo que me
quede
mucho
tiempo. Haz
tus planes y
yo intentaré
sobrevivir*

*un poco más
para llevar
a cabo, si
estás de
acuerdo,
este
hermoso
proyecto.*

*Un abrazo,
PAPÁ.*

Cucú

¡FOLCO, FOLCO, corre, ven aquí!
Hay un cuclillo en el castaño. No lo veo,
pero está ahí, cantando su canción:

*Cucú,
cucú, el
invierno se
ha
marchado.*

*Con el
canto del
cucú, mayo
ha
regresado.*

¡Escucha, es una preciosidad!

¡Qué alegría, hijo mío! Tengo sesenta y seis años y el gran viaje de mi vida ha llegado a su fin. Estoy en el final del trayecto. Pero no me siento triste, en absoluto; es más, hasta casi me divierte un poco. El otro día, mamá me preguntó: «Si alguien telefonease y nos dijera que ha descubierto una pastilla que te permitiría vivir diez años más, ¿la tomarías?». Y yo, instintivamente, respondí: «No». Porque no la querría, porque no querría vivir diez años más. ¿Para qué? ¿Para volver a hacer todo lo que ya he hecho? He estado en el Himalaya, me he preparado para zarpar rumbo al gran océano de paz, y no entiendo por qué ahora tendría que

montar en una barquita para pescar, para navegar a vela. No me interesa.

Mira la naturaleza que nos rodea, mírala bien y escúchala. Allí, el cuclillo; en los árboles, multitud de pájaros..., ve a saber cuáles..., piando y trinando, los grillos en la hierba, el viento pasando entre las hojas. Un gran concierto que vive su vida, completamente indiferente, ajeno a lo que me sucede, a la muerte que estoy esperando. Las hormigas no dejan de caminar, los pájaros cantan a su dios, el viento sopla.

¡Qué lección! Por eso estoy sereno. Desde hace meses, dentro de mí hay un foco de alegría que irradia en todas

direcciones. Tengo la impresión de no haber sido nunca tan ligero y feliz. Y si me preguntas: ¿Cómo estás?, te diré: Estoy perfectamente, mi mente es libre, me siento de maravilla. Aunque, eso sí, mi cuerpo hace aguas, hace literalmente aguas por todas partes, se descompone. Y lo único que uno puede hacer cuando ocurre eso es desprenderse de él y abandonarlo a su destino de *materia* que se pudre, que se convierte en polvo. Sin angustia, como la cosa más natural del mundo.

Pero, precisamente porque me queda poco tiempo, me apetece hacer una última cosa: hablar contigo, que has sido parte y espectador de mi vida durante

treinta y cinco años..., o treinta y cuatro..., ¿cuántos tienes?..., de este largo viaje que yo he hecho y que tú has visto desde abajo, desde la perspectiva del hijo. Estabas siempre ahí, pero sé perfectamente que no conoces toda mi vida. Como, en el fondo, yo tampoco conocía la vida de mi padre, y al final me arrepiento de no haber pasado tiempo con él hablando sobre ella.

FOLCO: Entonces, papá, ¿has aceptado morir?

TIZIANO: Verás, eso de «morir» es algo que quisiera evitar. Me gusta mucho más la expresión india, que tú también conoces, «dejar el cuerpo». En realidad, mi sueño es desaparecer como si no

existiera ese momento de la separación. El último acto de la vida, que es el que llamamos muerte, no me preocupa porque me he preparado para él. He pensado en él.

No digo que sea lo mismo a tu edad, claro, pero ¡a la mía! Tengo sesenta y seis años, he hecho todo lo que quería hacer, he vivido intensamente, así que no siento ningún pesar. No tengo motivos para decir: «¡Ah, necesitaría más tiempo para hacer esto o lo otro!». Además, no me preocupa gracias a las dos o tres cosas, en mi opinión fundamentales, que todos los grandes personajes y los sabios del pasado comprendieron.

¿Qué nos asusta tanto de la muerte?

Lo que nos da miedo, lo que nos paraliza al enfrentarnos a ese momento, es la idea de que en ese instante desaparecerá todo aquello a lo que estamos tan apegados. Sobre todo, el cuerpo. El cuerpo lo hemos convertido en una obsesión. Piensas: he crecido con este cuerpo, me identifico con él. Mírate tú: eres joven, estás fuerte, musculoso. ¡Yo también era así! Todos los días corría kilómetros para mantenerme en forma, hacía gimnasia, tenía las piernas firmes, llevaba bigote y tenía la cabeza cubierta de cabello negro. Era un buen mozo. Uno dice «TIZIANO Terzani» y piensa en ese cuerpo.

¡Para mondarse de risa! Mírame

ahora. Piel y huesos, delgadísimo, las piernas, hinchadas; la barriga, como un balón. La geometría del cuerpo se me ha puesto patas arriba. Antes tenía la espalda ancha y la cintura estrecha; ahora tengo una espaldita canija y una cintura enorme. Así que no puedo estar apegado a este cuerpo. Además, ¿qué cuerpo? ¿Un cuerpo que cambia de un día para otro, que se queda sin pelo, que se deteriora, que se deforma, que es cortado a trozos por el cirujano?

Nosotros no somos el cuerpo. ¿Qué somos, entonces?

Creemos ser todas las cosas que nos preocupa perder al morir. Te has identificado con tu identidad...

periodista, abogado, director de banco..., y la idea de que todo eso desaparezca, de dejar de ser el gran periodista o el buen director de banco que eres, de que la muerte te quite todo eso, te trastorna. *Tienes* una bicicleta, un coche, un espléndido cuadro que has comprado con los ahorros de toda tu vida, un terreno, una casita en la playa. ¡Es *tuyo*! Y ahora te mueres y lo pierdes. La razón por la que la gente tiene tanto miedo de la muerte es que con ella debe renunciar a todo aquello a lo que le concedía la mayor importancia: propiedades, deseos, identidad. Yo ya lo he hecho. En los últimos años no he hecho otra cosa que deshacerme de todo

eso y ya no hay nada a lo que esté atado.

Porque, evidentemente, tú no eres tu nombre, tú no eres tu profesión, no eres la casita que tienes en la playa. Y si aprendes a morir viviendo, como enseñaron los sabios del pasado..., los sufíes, los griegos, nuestros queridos *rishi* del Himalaya..., entonces te acostumbras a no reconocerte en esas cosas, a advertir su valor enormemente limitado, transitorio, ridículo, impermanente. Si la casa que te compraste un día en la playa, de repente... ¡brummm...!, se la lleva el mar, si un hijo, un hijo como tú, que has sido mío durante mucho tiempo y al que he dedicado pensamientos, a veces

sufrimientos y angustias, sale de casa, le cae una teja en la cabeza y... ¡catacrac!, se acabó, entonces comprendes que no es posible que tú seas esas cosas que desaparecen tan fácilmente.

Y si, viviendo, empiezas a entender que no eres esas cosas, entonces poco a poco te desligas de ellas, las abandonas. Abandonas también las cosas que te parecen más queridas, como el amor que yo siento por tu madre. Yo he querido a tu madre durante los cuarenta y siete años que hemos estado juntos, y cuando digo que me desligo de ella, no quiero decir que ya no la ame, sino que ese amor ya no es una esclavitud, que ya no dependo de ese amor, que también de él

estoy distanciado. Ese amor es parte de mi vida, pero yo no *soy* ese amor.

Soy muchas otras cosas... o quizá nada. Pero no soy esa cosa en concreto. Y la idea de que al morir pierdo ese amor, pierdo esta casa en Orsigna, os pierdo a ti y a Saskia, pierdo mi identidad, ya no me preocupa, ya no me da ningún miedo porque me he acostumbrado a ella. Y para conseguirlo, el Himalaya ha sido un gran maestro: la soledad allá arriba, la naturaleza, la suerte de esta desgracia que me ha brindado la ocasión de pensar en todo esto.

La otra cosa que me parece fundamental en la vida de un hombre que

crece y madura, como espero que de alguna manera me haya sucedido, es la relación con los deseos. Los deseos son nuestro gran acicate. Si Colón no hubiera deseado encontrar un nuevo camino hacia las Indias, no habría descubierto América. Todo el progreso, si quieres llamarlo así, o el regreso, toda la civilización o la descivilización del hombre, se debe al deseo. Deseos de todo tipo, empezando por el más básico, el carnal, el de poseer la *carne* de otro.

El deseo es un gran acicate, no lo niego. Es importante y ha determinado la historia de la humanidad. Pero, si te fijas bien, ¿qué son esos deseos, esos deseos de los que no escapas nunca?

Especialmente hoy en día, en nuestra sociedad, que sólo nos empuja a desear y a escoger de entre todos los deseos sólo los más banales, los materiales, en otras palabras, los de supermercado. El deseo de esas elecciones es inútil, es fútil, es ridículo.

El verdadero deseo, si se quiere tener uno, es el de ser uno mismo. Lo único que uno puede desear es dejar de tener elección, porque la verdadera elección no es la que se hace entre dos dentífricos, entre dos mujeres o entre dos coches. La verdadera elección es la de ser tú mismo. Si te acostumbras o haces ejercicios, si reflexionas, ves que esos deseos son una forma de

esclavitud. Porque cuanto más deseas, más limitaciones te creas. Deseas una cosa hasta el punto de que no piensas en nada más, no haces nada más, te vuelves esclavo de ese deseo.

Pero en la madurez, una edad más adulta, puedes empezar a ver todo esto...

Ríe.

... y a reírte de los deseos que tienes, reírte de los deseos que has tenido, reírte al ver que esos deseos no sirven de nada, que son efímeros como todo lo demás que constituye la vida. Así empiezas a aprender a deshacerte de

ellos, a quitarlos de en medio. Incluido ese deseo último, que todo el mundo tiene, de la longevidad. Uno dice: «De acuerdo, no quiero más dinero, no quiero más fama, no quiero seguir comprando cosas, ¡pero quiero al menos una pastilla que me haga vivir diez años más!».

Yo ya no tengo ni siquiera ese deseo, de verdad, no lo tengo.

Soy afortunado. Porque los años de soledad en aquella casita del Himalaya me hicieron ver que no tenía nada que desear. Necesitaba algo de agua para beber y estaba allí, en la fuente donde abrevaban los animales. Comía un poco de arroz y algunas verduras cocidas.

¿Qué otros deseos podía tener? Desde luego, no el de ir al cine a ver el último estreno. ¿Qué me importa a mí eso? ¿Qué cambia en mi vida? Llegado a este punto, nada. Porque lo que ahora tengo por delante es quizá lo más extraño, curioso y nuevo que me ha ocurrido nunca.

Por eso digo que ya no tengo ganas de estar en esta vida, porque esta vida ya no me produce curiosidad. La he visto desde fuera y desde dentro, la he visto desde todos los lados, y los deseos que debería suscitarme ya no me interesan. Así que la muerte es realmente....

Ríe.

... lo único *nuevo* que me puede suceder, porque no la he visto nunca, no la he vivido nunca. Sólo la he visto en los demás.

Es posible que no sea nada, que sea como dormirse por la noche. Porque en realidad morimos todas las noches, ¿no? Esa conciencia del hombre despierto que le hace precisamente identificarse con su cuerpo y con su nombre, que le hace desear, que le hace telefonar y acudir a una cita para comer, en el instante en que te duermes... ¡puf!, desaparece. Aunque en el sueño, en cierto modo, permanece, porque sueñas.

Pero ¿quién es el soñador?

¿Quién es el testigo silencioso de tu sueño?

Bien, quizás en la muerte sucede algo similar al sueño. O quizá no sucede nada. Pero te aseguro que no acudo a esta cita como a un encuentro con una señora vestida de negro que siega con una guadaña y que ha sido siempre una visión del horror. Acudo a esta cita con el descanso eterno, al menos así lo creo yo, con una despreocupación que realmente nunca había sentido hasta ahora. Y quizá se lo debo precisamente a la combinación de hechos que te he contado: el de haber aprendido un poco a morir antes de morir, el de haber

renunciado a los deseos y el de que la tierra sagrada de la India me haya impregnado de la sensación que ese país te produce: que ha nacido y muerto, nacido y muerto mucha gente; y que esa experiencia de nacer, vivir y morir es la más común entre los hombres.

¿Por qué morir tiene que darnos tanto miedo? ¡Es lo que ha hecho todo el mundo! Miles de millones de hombres, los asiriobabilonios, los hotentotes, todos han pasado por ahí. Y cuando nos toca a nosotros, ¡ah!, estamos perdidos.

¡Pero bueno!, ¿cómo es posible? ¡Lo ha hecho todo el mundo!

Bien pensado, es una bonita reflexión que evidentemente se han

hecho muchos: la tierra en la que vivimos es en realidad un gran cementerio. Un inmenso cementerio lleno de todo lo que ha estado aquí. Si excaváramos, encontraríamos por todas partes huesos ya reducidos a polvo, restos de vida. ¿Te imaginas los miles de millones de seres que han muerto en la tierra? ¡Están todos aquí! Andamos continuamente sobre un enorme cementerio. Es extraño, porque tal como nosotros los concebimos, los cementerios son lugares de dolor, de sufrimiento, de llanto, rodeados de cipreses oscuros. Cuando en realidad el gran cementerio de la tierra es precioso, porque es la naturaleza. Sobre él crecen

flores, corren hormigas, elefantes...

Ríe.

Si lo ves así y vuelves a formar parte de todo eso, quizá lo que queda de ti es esa vida indivisible, esa fuerza, esa inteligencia a la que puedes ponerle barba y llamar Dios, pero que es algo que nuestra mente no alcanza a comprender y tal vez es la gran mente que lo mantiene todo unido.

¿Qué es lo que mantiene todo unido?

Como te decía, voy a esa cita... porque me apetece, y me disgustaría no acudir, porque es como si ya me hubiera vestido de fiesta..., con

despreocupación y con cierta curiosidad casi periodística. Yo, que dejé hace tiempo de dedicarme al periodismo, siento que tengo una curiosidad que llamo en broma periodística, pero que es la curiosidad humana del «¿qué es esto?».

En la vida la experimentas cuando muere tu padre. Recuerdo que, cuando murió el mío, lo que me impresionó fue que entonces pasaba a estar yo en primera fila. En la guerra siempre hay alguien que está delante de ti, hay una primera línea, como en la Primera Guerra Mundial, una primera trinchera. Y una vez que tu padre ha muerto, esa trinchera ya no está, te toca a ti.

Pues bien, ahora me toca a mí. Y, cuando yo muera, te sentirás tú en la primera trinchera.

Pero, mientras tanto, has venido a tomarme de la mano y eso nos brinda la oportunidad de hablar del viaje de ese niño que nace en una cama de Via Pisana, un barrio popular de Florencia, se ve envuelto en las grandes historias de su tiempo..., la guerra de Vietnam, China, la caída del imperio soviético..., después va al Himalaya y ahora está aquí, en un pequeño Himalaya suyo, esperando esta hora a mi entender agradable.

Así que esto es el final, pero es también el comienzo de una historia que

es mi vida y de la que me gustaría seguir hablando contigo para ver juntos si, en resumidas cuentas, tiene sentido.

Juventud

*Estamos
sentados a
la sombra
de un gran
arce delante
de casa, en
Orsigna.
Desde
nuestro
terreno, el
valle
desciende
en
pendiente
hacia el río,
y al otro
lado de éste,*

*los bosques
se están
cubriendo
de verde. Es
primavera.
Sopla una
brisa fresca
y papá está
tendido en
una
hamaca, con
un gorro de
lana
morado en
la cabeza y
una colcha
india sobre
las piernas.*

FOLCO: Bueno, vamos allá. ¿Estás cómodo? Un momento, a ver si funciona

la grabadora.

TIZIANO: ¿Se oye?

FOLCO: Sí, se oye. Pero ¿tú tienes alguna idea de cómo quieres hacer esto?

TIZIANO: Mmm..., *grosso modo*, sí. Quiero hablarte de mi infancia porque reúne muchas cosas que no he tenido tiempo de contar. Dejar un recuerdo de la vida que existía cuando yo era niño, no tanto para ti como para tu hijo, por ejemplo, porque él no tiene ni idea de cómo creció mi generación, qué relaciones había entre la gente, cómo era el mundo que nosotros veíamos.

FOLCO: Muy bien, empecemos.

TIZIANO: Nací en un barrio popular de Florencia, fuera de las murallas. Nací

en casa, como era habitual en aquellos tiempos. No recuerdo cómo nací, claro, pero unos años más tarde vi más o menos cómo nació mi primo y creo que yo también nací así. Era estupendo. Venían todas las mujeres de la familia. Me imagino a mi madre en el lecho conyugal, donde después murió y donde me concibió. Las mujeres hervían frascas sin el forro de paja, algo que siempre me ha llamado la atención: les quitaban el forro de paja a las frascas de vino y las utilizaban para hervir al baño de María agua del grifo para así convertirla en agua destilada. Con esa agua lavaban al recién nacido. Yo nací así, con toda sencillez. Me parece que

había una comadrona.

En seguida apareció aquel tío mío que después fue una constante en toda mi infancia. Llegó el primero, quiso entrar a husmear y anunció que había nacido un varón. Era mi tío Vannetto, fascista en aquella época. Eso ya creaba problemas en la familia, porque mi padre era de izquierdas.

Nací en el barrio al que están vinculados todos mis recuerdos de infancia. Era un mundo pequeño, un mundo limitado. Piensa que donde vivíamos nosotros ya era campo. Vivíamos en una hilera de casas de una calle por la que pasaba el tranvía. Al principio todavía iba tirado por

caballos, y precisamente uno de los trabajos de mis parientes era limpiar las vías. Un primo de mi padre al que llamábamos «tío», pero que en realidad era primo..., se apellidaba Terzani, como nosotros..., era el que retiraba las boñigas del caballo que tiraba del tranvía. Y como también tenía que hacer ese trabajo en invierno, llevaba siempre una chaqueta que le daba el ayuntamiento, una chaqueta de algodón recio que tuve la suerte de heredar cuando era ya un joven estudiante, porque así podía estar en casa, donde no había calefacción, estudiando en la mesa de la cocina.

Nuestra casa era muy sencilla. Se

entraba por una puertecita y había una escalera que subía recta hasta un piso pequeñísimo. Como se decía en aquella época, había un salón de paso, o sea, que entrabas y ya estabas en el salón. Había una cocina donde se comía y un dormitorio donde dormíamos los tres. Yo dormía en una camita que estaba al lado de la cama de matrimonio de mis padres donde nací.

Era un mundo muy particular, al que recurro como al sentido de lo limitado, de lo familiar. Piensa que los enseres para esa casa que te he descrito los habían comprado para la boda de mis padres, en 1936. No hay que olvidar que mis padres eran pobres, muy pobres.

Fueron de viaje de novios a Prato, que estaba a quince kilómetros, pero eso para ellos era un gran viaje. Fue el más largo que hicieron hasta que yo, de mayor, los invité a ir a Nueva York y después a Asia.

La casa estaba amueblada como se estilaba en aquellos tiempos. La gente se casaba cuando tenía el ajuar. Y éste consistía en la cama, un armario para guardar la ropa, muy ordenada..., todavía recuerdo aquel olor del espliego y de las pastillas de jabón de tocador que mi madre ponía entre las sábanas..., y había un baúl, que en mi vida representaba una especie de alegría y de dolor. Porque cuando finalizaba el mes y

mi padre se repartía con su socio el dinero que habían ganado, metía su parte en el baúl, entre las sábanas. Nadie tenía una cuenta en el banco. Y recuerdo que, cuando llegaba el día 15, el 17, el 20, empezaba la ceremonia de ir a ver, yo en secreto y mi madre no tanto, cuánto dinero quedaba entre las sábanas. Nunca había bastante, y muchas veces, a final de mes, no teníamos dinero para comer.

Era un mundo sencillo. En el dormitorio estaban el armario, el baúl y la cama. En el salón había una gran vitrina que, pensándolo bien, era preciosa, de cristal con incrustaciones de estilo Biedermeier o Art Nouveau. Allí se guardaban la vajilla «buena»,

como se decía, los platos y las fuentes Ginori, que sólo se usaban en las grandes ocasiones. Esto, los jóvenes no lo podéis entender. La vida estaba dividida en días laborables y días festivos. Por ejemplo, yo tenía un traje..., unos pantalones cortos, una camisa y una chaqueta..., que sólo dejaban que me pusiera los domingos. El resto de la semana nos vestíamos con la ropa de diario. Pero los domingos, después de haberte bañado de aquella manera fantástica..., había una gran tina, una tina de estaño, donde yo, como era el protagonista de la familia, el personaje más importante, me lavaba el primero. Calentaban agua en el gas,

echaban el agua en la tina y me lavaban con jabón. Después se lavaba mi madre, y por último lo hacía mi padre.

FOLCO: ¿En la misma agua?

TIZIANO: Sí, en la misma agua. Luego, vestidos de domingo, mi madre y yo íbamos a misa. ¡Mi padre no ponía los pies en la iglesia! Después empezaba el domingo. Comíamos, y por la tarde íbamos a visitar a los parientes, andando o, algunas veces, en tranvía. Teníamos una prima que estaba en el manicomio e íbamos a verla con regularidad, yo asustado por los gritos de aquellos locos detrás de los barrotes.

Luego estaba la cocina, con una mesa de mármol, más que fría, helada,

que fue mi escritorio casi hasta que cumplí dieciocho años, y un hornillo de gas. Mejor dicho, durante la guerra no teníamos gas, utilizábamos carbón. Se cocinaba en fogones y se encendía fuego debajo. El gas llegó mucho después, si no recuerdo mal. También había una despensa donde se guardaba la comida. A mí me encantaba la fruta, pero sólo podía abrir aquella maravillosa puerta tras la cual estaban las manzanas una vez al día, porque me correspondía una.

Mi padre tenía una vieja bicicleta con la que iba a trabajar, y volvía con el mono apestando a aceite. Le tenía mucho apego a aquella bicicleta, hasta el punto de que no se separaba *nunca* de ella, en

la calle por descontado, pero tampoco la dejaba bajo la escalera, detrás de la puerta de entrada, que estaba cerrada. Cada noche se la cargaba al hombro, la subía y la metía en el salón para estar seguro de que seguía siendo suya. En la barra de la bicicleta, donde yo me sentaba de pequeño, llevaba colgando una bolsa donde metía la fiambrrera que le preparaba mi madre con un trozo de pan y otro de tortilla, o lo que hubiera, que era su comida cuando trabajaba en el taller.

Por lo demás, la casa no tenía ninguna de esas cosas a las que hoy estamos acostumbrados. No había entretenimientos. No había radio, y

mucho menos televisión, que aún no existía. Pero la radio era algo que, después de todo, existía. Durante la guerra, la gente escuchaba la BBC, escuchaba la voz que venía de las zonas liberadas de Italia, pero nosotros no teníamos dinero para comprar una radio. Y desde luego no teníamos teléfono. Todo llegó en su momento.

Primero llegó la radio. Fue un episodio precioso. Recuerdo el día que, después de haber ahorrado muchísimo, compramos la primera radio, y además a plazos, porque se compraban las cosas a plazos. ¡Dios, fue un acontecimiento! Fuimos a una tienda que recuerdo perfectamente, en la esquina de Via

Maggio que da a la plaza Pitti.

FOLCO: ¿Cuántos años tenías?

TIZIANO: No sé, debía de tener siete u ocho. Mi padre, pese a ser comunista, pese a ser de izquierdas, hacía una cosa fantástica, una cosa que muchos florentinos hacen todavía hoy: trabajo de voluntariado en la Misericordia. A él le tocaba los viernes. Todos los viernes iba allí encapuchado, y siempre que lo veía así me daba miedo. La costumbre surgió durante la epidemia de peste de Florencia, cuando empezó a verse por las calles a los enterradores completamente vestidos de negro, con un capuchón que les cubría la cara para no ser reconocidos y quizá también para

protegerse, recogiendo a los muertos y a los enfermos de peste para llevarlos a los lazaretos.

Esa tradición fue recuperada por la maravillosa institución que está frente a la catedral y que se llama la Misericordia. Maravillosa también en el sentido de que suponía una apertura social, pues servían en ella con la misma dignidad, los mismos derechos y los mismos deberes toda clase de florentinos, desde los nobles hasta los pobres de solemnidad como mi padre. Él dedicaba su hora, porque estaban sólo una hora, a estar allí de guardia. Cuando llegaba alguien en bicicleta para decir: «¡Mi abuela está mal!», o más

adelante, cuando había teléfono, cuando alguien llamaba, ellos iban a pie, o años después con una ambulancia, a recoger al herido o el enfermo para llevarlo al hospital.

Y aquella guardia permitía hacer vida social a mi padre, que era un hombre muy tímido, un hombre a quien le daban un poco de miedo los demás y se sentía muy intimidado ante los ricos, los nobles y los poderosos. Allí, en cambio, estaban todos juntos. Ocupaban una bonita sala..., la recuerdo, fui muchas veces de pequeño con mi madre a ver a papá vestido como un enterrador con aquella cosa negra..., y allí él hablaba con condes, con marqueses, con

gente de otras clases sociales que hacían ese servicio.

Así que, antes de comprar aquella radio, mi padre debió de hacer un gran estudio de mercado a través de sus amigos de la Misericordia para buscar un establecimiento donde se pudiera estar seguro de que la radio era buena.

Ahora que lo pienso, tenía más de doce o trece años cuando llegó la radio. De pequeño estaba enfermo a menudo, eso ya lo he contado. Estábamos débiles, comíamos poco, y yo tenía lo que llamaban *ghiandoline*, una forma constante de tuberculosis incipiente, por lo que enfermaba con frecuencia y tenía que guardar cama. Mi padre, que era un

hombre maravilloso desde muchos puntos de vista y sabía reparar muchísimas cosas, me había montado..., porque no se compraba, creo que la hizo con sus propias manos..., una cosa que tú no puedes ni imaginar: una galena.

La galena era un extraño artefacto; en realidad, era una radio, pero funcionaba según el principio de un cuarzo sobre el que se apoyaba una aguja. Ni siquiera sé a ciencia cierta cómo estaba hecha. Recuerdo que era preciso tener un cuarzo y que había una punta como de gramófono, atada con un muelle, que se desplazaba sobre él. Y ahora comprendo que así se cambiaba la frecuencia. Era un cacharro artesanal

con el que, si tenías suerte al colocar la aguja, oías la radio. Se utilizaban unos auriculares enormes, ¡quién sabe de dónde los había sacado mi padre!, porque no había altavoz. Y yo estaba en la cama, calentito, y me tomaba la leche o el caldo que me llevaba mi madre oyendo la galena. Oía las noticias.

Así que la radio representó un gran adelanto: ¡de la galena a la radio! Pulsabas el botón y... ¡pum!, oías la radio.

FOLCO: Fue un primer paso hacia la modernidad.

TIZIANO: Sí, la llegada de la radio fue un acontecimiento. Una radio que, si la tuviéramos hoy, la venderíamos a un

anticuario por un montón de dinero, preciosa, de madera brillante, con mandos que accionabas haciéndolos girar, no de esas digitales que no hay manera de saber cómo funcionan. Había una lucecita verde que se apagaba o se encendía en función de lo lejos o cerca que estuvieras de una frecuencia. Era abombada, redondeada, con los mandos de hueso, no de plástico. Aquella radio fue el primer símbolo del lujo en mi familia.

Lo que quiero que entiendas es ese mundo donde crecí: una calle en la que no había tráfico, por la cual sólo pasaba el tranvía de caballos, que después de la guerra funcionaba con electricidad y

giraba justo delante de mi casa. Salía de nuestra casa y llegaba hasta el centro, hasta San Frediano. Allí daba la vuelta. Iba y venía entre donde nosotros vivíamos y Florencia, que era como otro pueblo. Me refiero a que en nuestros tiempos Florencia estaba lejos, había campo en medio, porque nosotros vivíamos «fuera de la puerta».

En realidad, ésa fue la tragedia de toda la vida de mi madre: haberse casado con un hombre que la había llevado fuera de las murallas, fuera de Florencia, lejos de la sombra del Cupolone^[1] donde ella se enorgullecía de haber nacido. Mi madre continuaba siendo un poco aristocrática y no se

encontraba a gusto en aquel mundo..., la calle con el tranvía, la gente que pasaba de vez en cuando en bicicleta y una acera que venía a ser como la plaza del pueblo..., porque no quería dedicarse a «cotorrear», como ella decía. Pero las tardes de verano todas las demás mujeres sacaban sillas bajas con asiento de anea, se sentaban y miraban a los chiquillos como nosotros, los niños que jugaban al escondite o a la rayuela en el empedrado de la calle.

Toda mi socialización tuvo lugar allí. Pasé mi primera infancia en la puerta de casa, con mi madre siempre atenta a que no me manchase y a que no me pegaran. Aquél era mi mundo, un

mundo lleno de prejuicios, evidentemente, repleto de restricciones sociales. «¡Cuidado con ése...! La mujer de aquel otro no es de fiar, eso salta a la vista...». Pero era también un mundo seguro, un mundo que conocías, porque era un mundo limitado. No había incógnitas.

FOLCO: Parece que muchos exploradores proceden de un mundo así.

TIZIANO: Sí. Era todo muy preciso. Todo el mundo sabía todo de todos. Se sabía que los soldados americanos violaron a la estanquera cuando iba a buscar leña al Arno...

FOLCO: ¡¿Cómo?!

TIZIANO: Cuando los americanos

llegaron y talaron todos los árboles de Florencia, talaron también una arboleda preciosa, llena de grandes encinas y plátanos, probablemente para hacer trincheras, vías de tren, no sé... pero echaron abajo aquella preciosa..., se llamaba la Arboleda. Se ha convertido en uno de los barrios más populares de Florencia, ya no hay ni un árbol, es el Islote. Pero cuando yo era pequeño aquello era un descampado. Como los americanos talaban con unas hachas enormes, cada golpe hacía saltar fragmentos de madera que eran de gran valor. Nosotros también íbamos a buscar, con mi madre, para encender el fuego y cocinar. En fin, el caso es que se

decía que la estanquera, allí... Y eso la marcó para toda la vida.

Te contaba esto para explicar que en aquella sociedad no es que el individuo fuera muy libre, es más, estaba muy controlado, pero en esa estrechez había también mucha seguridad, porque todo el mundo sabía cosas de los demás. Y había un gran sentido de solidaridad, de ayudarse mutuamente. Por ejemplo, si ibas a comprar pan y no tenías dinero, te fiaban; es más, creo que nadie pagaba hasta que cobraba a primeros de mes. Cada uno tenía una libreta donde el tendero anotaba «tres kilos de harina...», como todavía hace Bettina con nosotros aquí, en Orsigna. Pero la

honradez era importantísima. Es increíble lo honrado que había que ser con el dinero. Si Tecla, que era la panadera, te devolvía por equivocación media lira de más, tenías que dársela. Esto resulta casi inconcebible hoy en día, pero así eran las normas en aquellos tiempos.

Yo crecí en ese mundo limitadísimo. Para mí, Florencia era un lugar lejano. Iba de vez en cuando, los domingos, con mi padre y mi madre. Iba..., esta historia ya la has oído...

FOLCO:... a comer helado.

TIZIANO: No. Iba a *mirar* a los ricos que comían helado. Ésa es una de las cosas que recordaré toda la vida.

Vestido «de domingo», de punta en blanco, con los zapatos lustrosos..., siempre había que sacar lustre a los zapatos antes de salir..., iba a pie desde Monticelli hasta la plaza de la Señoría con mi madre y mi padre, que vestía traje de chaqueta cruzada y llevaba corbata.

No puedes imaginar, con lo informales que sois ahora en el vestir, cómo era entonces. Eso me hace pensar que debería aclarar una cosa. Yo siempre digo: «Éramos pobres, no había nada que comer...». Y luego, en las fotos, aparecemos todos bien vestidos. ¡Pero ese traje con el que me ves era sólo para los domingos!

FOLCO: ¿No tienes fotos en las que vayas vestido de martes?

TIZIANO: No. Había una famosa en la que llevaba un delantal y sacaba un dedo por uno de los bolsillos, pero la tiraron. Mi madre no quería que nadie viese que llevaba un delantal roto, con un agujero.

En la plaza de la República, el gran restaurante Paskowski tenía mesas fuera, como ahora, y entonces, alrededor de esas mesas había un seto de boj plantado en grandes cajas para proteger a los clientes. Y a mis padres y a mí nos dejaban mirar a través del seto de boj para ver cómo los señores comían helado. ¿Te das cuenta? ¡Salíamos de

casa para mirar a los señores comer helado! Para vosotros es inconcebible, pero ésa fue mi infancia.

De todos modos, debo decir que crecí feliz. No sentía el agobio de los problemas, que los había. Lo sentía por mi madre, a quien veía sufrir cuando no llegaba el dinero, y experimenté las primeras humillaciones a través de sus ojos.

Esta historia tengo que contártela. Era, como digo, muy frecuente que no tuviéramos dinero para llegar a final de mes. No muy lejos de Via del Porcellana, donde mi madre había nacido, estaba lo que se llamaba el Monte de Piedad..., ¡el nombre ya es

genial!..., adonde se podía llevar cualquier cosa que tuviera algún valor. A cambio te daban un préstamo miserable con enormes intereses que devolvías a plazos. Cuando terminabas de pagarlo, recuperabas el objeto.

Recuerdo que en mi casa no teníamos nada. Mi madre, por descontado, no tenía anillos, ni joyas. Lo único que tenía de oro era la alianza, y nunca la habría empeñado. Pero tenía las sábanas del ajuar que no habían sido usadas, porque cuando una chica se casaba le daban cuatro o cinco juegos de sábanas de lino con las iniciales bordadas, T de Terzani o lo que fuera; en casa había, en aquel espléndido baúl

perfumado con pastillas de jabón de tocador y espliego donde escondían el dinero, dos o tres juegos de bonitas sábanas de lino, y cuando nos quedábamos sin dinero, íbamos a llevarlas al Monte de Piedad. Recuerdo, y ésa es una de las primeras grandes emociones negativas que sentí, porque entonces yo todavía era un niño, a mi madre llevándome firmemente de la mano, mientras que en la otra llevaba una bolsa con aquel paquete. Ella miraba alrededor para ver si había alguien que pudiera reconocernos y vernos entrar en aquel lugar de desgracia, de vida mísera, de deshonra.

Ríe.

Y recuerdo cuando decía: «¡Venga, podemos entrar!», y... ¡zummm!, entrábamos en aquel sitio y nos acercábamos a aquellos grandes mostradores donde se llevaban las sábanas. Estaba el empleado de siempre que decía: «Hummm..., éstas, tres liras, cuatro liras...». No te daban más. Es decir, que si la sábana valía cincuenta, te daban cinco. Pero esas cinco eran las que te permitían ir tirando. Luego, tú, al cabo de dos semanas, les dabas cinco más el interés y ellos te devolvían las sábanas. Y el regreso era otra tragedia, porque también había que estar

pendiente de si alguien nos veía.

Ésas fueron las primeras grandes emociones de mi infancia, la humillación de tener que ir al Monte de Piedad, la sensación que transmitía mi familia, buena, maravillosa conmigo, pero en el fondo débil, vulnerable.

Ríe.

Y ése ha sido el acicate de mi vida. Recuerdo que desde pequeño sentía de algún modo que tenía que salir de aquella estrechez, que era también estrechez física: una casa pequeña, sin cuarto de baño, con un agujero como letrina, no había agua corriente, y, como

te decía, nos lavábamos los tres en una tina sin cambiar el agua. Allí me ahogaba, tenía la sensación de que debía escapar, irme.

FOLCO: Pero ¿cómo sabías que había otro mundo?

Papá ríe.

TIZIANO: El primer «otro» que conocí era el más mentiroso de la familia, el hijo del que retiraba las boñigas de caballo, el primo de mi padre. Le tocó ir a Marina, así que pasó de Monticelli a un barco de guerra, porque estábamos en guerra, e iba a España, recorría todo el Mediterráneo.

Él presumía de eso y contaba que había estado en un sitio donde había unos peces rarísimos que, si sacabas un pie fuera de la barca, se acercaban para morderte los zapatos. Contaba toda clase de anécdotas, pero yo estaba fascinado por él porque llevaba uniforme..., ¡un auténtico marinero!..., y era un embustero increíble.

Mario el marinero. Él fue el primero que me hizo percibir «lo otro». Creo que en cierto modo fue él quien me transmitió la sensación de que había otro mundo. Luego, evidentemente, al crecer, ese mundo se alimentó de muchas cosas.

FOLCO: Si pienso en mi infancia, recuerdo más que nada a mis amigos. En

la tuya, en cambio...

TIZIANO: No, no tuve muchos amigos en la infancia, porque mi madre me impedía jugar a los verdaderos juegos de chicos, como la pelota. Ésa es otra de las grandes humillaciones que sufrí. Mi madre quería tener una hija, no un niño, y por eso los primeros cuatro o cinco años de mi vida los pasé vestido de chica, con faldas. En aquella época la ropa era bastante unisex, porque los niños también íbamos con delantal al colegio, ninguno llevaba pantalones largos. Así que pasé mis primeros años vestido de niña.

Además, había otro problema. Mi madre estaba obsesionada con la

limpieza. Jugar al fútbol era sucio, había que tirarse al suelo. De modo que siempre controlaba lo que hacía, y recuerdo con qué desánimo miraba por la ventana de Via Pisana, cuando tenía seis, siete, ocho años, a mis compañeros de clase, la mar de graciosos, sucios, jugando a la pelota. Delante de nuestra casa había un descampado donde después de la guerra habían depositado chatarra, carros de combate inutilizados, y luego lo limpiaron hasta dejar un terreno despejado. ¡Y yo tenía que mirarlos por la ventana!

FOLCO: ¿No te daba coraje?

TIZIANO: Ya lo creo, estaba frustradísimo, hasta el punto de que me

había inventado un mundo propio. Mi madre, a quien se le daban muy bien las labores, para compensarme por no dejarme ir a jugar, me hizo unos guantes y unas rodilleras. Así que, cuando iba a Via di Soffiano de su mano y me decían: «¡Eh, tú!, ¿quieres jugar?», contestaba: «¡Yo soy portero!», y fingía ser el portero de un equipo de otro barrio.

Ríe.

Pero allí no jugaba porque no podía jugar, mi madre no me dejaba. Allí me dio Bombolino la famosa patada. Dijo: «¡Quítatela, no nos engañas!», o sea, quítate la pilila porque no te sirve para

nada, se nota que tienes un agujero, que eres una nena, y me dio un puntapié que me dejó la primera cicatriz en la cara.

Ése es el mundo en el que crecí, el mundo del que escapé en cuanto pude.

FOLCO: ¿El abuelo no quería que jugaras al fútbol?

TIZIANO: Mi padre tenía un papel muy limitado en la vida cotidiana, porque se iba muy temprano por la mañana y volvía a casa por la noche. Me pasaba el día solo con mi madre. Por si fuera poco, ella era muy rara, un poco falsa. Tenía muchísimo miedo cuando hacía las trastadas que se hacen de pequeño. Una vez rompí con una pelotita, o con un balón, o con yo qué

sé..., porque después de todo era un chico y en casa daba golpes aquí y allá, ¡madre mía, estaba frustrado!..., bueno, el caso es que rompí un cristal de la famosa vitrina que formaba parte del ajuar de las narices. ¡Catacrás! Se hizo todo añicos. Mi madre no se atrevió a darme dos bofetones y encerrarme en el dormitorio a oscuras para castigarme, como se hacía en aquella época. Dijo: «Espera a que venga papá. Esta noche te castigaré él». Era terrible pasar seis o siete horas esperando que él llegase para darme dos sopapos.

FOLCO: ¿Y te los dio?

TIZIANO: No me acuerdo. Ésas son las cosas que uno no recuerda.

Mi madre era enormemente protectora, y debo confesar que, en realidad, después todo fue una gran huida de ella. Mi padre era diferente, era tímido, le daba miedo el poder, la autoridad, pero era inteligente y siempre demostró una gran generosidad. Ésas son las cosas que se te quedan grabadas. Piensa que era quien dirigía todos los asuntos de la familia, quien trabajaba, quien llevaba el dinero a casa. Y, sin embargo, por la noche el trozo más grande de lo que fuera me lo comía yo. Pero él era el cabeza de familia, eso no admitía discusión.

Hay una cosa que quería añadir: el origen de mi familia, su procedencia. Si

no, tu hijo no sabría nunca de dónde viene el apellido Terzani.

Los Terzani proceden de un lugar llamado Malmantile, que está como a unos veinte o veinticinco kilómetros de Florencia, a orillas del Arno, cerca de Pontedera. Lo más gracioso es que lo descubrí por casualidad, porque no había oído hablar nunca de ese pueblo. Sabía que los Terzani habían sido canteros, cortaban las piedras para hacer el pavimento de las calles y sobre todo de las aceras de toda Florencia, para edificar las casas, elaborar los escalones de las entradas, etcétera. Por eso, la primera vez que vi a los Guicciardini dije, mirando Florencia

desde lo alto de su palacio: «Esta ciudad la hemos hecho juntos. Vosotros con las ideas y el dinero, nosotros poniendo la mano de obra. Porque las piedras de este palacio debieron de cortarlas mis antepasados».

En Malmantile descubrimos una cosa curiosa: había un sitio que se llamaba la cantera Terzani, un sitio donde esta familia durante siglos y siglos había extraído y cortado piedra, para llevarla a Florencia. ¿Te imaginas? ¡Llevar esas piedras a la ciudad era un trabajo de egipcios constructores de pirámides!

Lo que más me impresionó cuando fui con mamá era que los Terzani vivían

entre los muros de Malmantile, lo que significaba exactamente en una cueva sombría, oscura, a la que se accedía a través de una diminuta puerta. Inmediatamente me llamó la atención una enorme mesa de madera que era imposible que la hubieran metido porque los muros eran de piedra maciza. Nos dijeron que nuestros antepasados la habían construido dentro de la casa y que era la mesa en la cual comía la familia.

Mi abuelo Livio había nacido en aquella casa. Gastaba bigote blanco, era un hombre espabilado, con un genio tremendo, que sabía montones de historias maravillosas. Yo me parezco

mucho a él. Tenía cuatro hijos: Gerardo, Gusmano, Vannetto y Annetta, y tuvo otros dos que después murieron, y su mujer, mi abuela Eleonora, cuando tenía que salir, ataba a aquellos granujillas uno a cada pata de la mesa de la cocina y a los dos restantes, a las patas de un banco de madera. Tenían que quedarse quietos allí hasta que ella regresara. Una historia fantástica, ¿no? Entonces no había guarderías.

Cuando la familia tenía unas monedas extra, compraban un huevo. Todos los hijos estaban sentados en aquel banco y cada uno tenía que sorber una vez, porque el huevo fresco se consideraba de gran valor nutritivo.

Mi padre, Gerardo, se hizo tornero. Fue al colegio hasta tercero de primaria, creo, y empezó a trabajar jovencísimo. Leía y escribía, pero no es que la cosa le resultara muy familiar. Más adelante aprendió bien a hacer cuentas porque tenía que gestionar un pequeño garaje que montó con un socio. Y aquí vuelven a surgir las historias de los pobres, maravillosas. Conoció a Lina, mi madre, porque ella vivía en Via del Porcellana y trabajaba de sombrerera en Porta al Prato. En aquella época, ya sabes, las mujeres llevaban sombrero. Él veía pasar a diario a aquella mujer tan guapa..., porque la abuela Lina era muy guapa, tenía una tez blanca y

aterciopelada y el pelo negro azabache..., y se las arregló para conquistarla.

Mi madre no era muy inteligente. Era limitada, tenía montones de prejuicios: «¡Yo soy de Florencia, eh! ¡Mi padre trabajaba para el marqués Gondi! ¡No era el panadero de Monticelli, eh!». Odiaba Monticelli porque estaba fuera de las murallas, no recibía la sombra de la cúpula de la catedral. Le parecía que estaba exiliada, por eso no trataba con las vulgares pueblerinas de Monticelli. Ella era así. Aspiraba a ser diferente, cosa que, debo confesarlo, en cierto modo también me sucede a mí.

Nunca se llevó bien con mi abuela

Eleonora, su suegra. Discutían continuamente. Mi abuela la acusaba de dárselas de señora, de creerse vete a saber qué. Una vez, mi madre llevaba un sombrerito, le gustaba ponerse elegante, y en una tienda la abuela le dio un manotazo para quitárselo. «¿Pero quién se cree ésta que es? ¿Una señora?». Y... ¡paf!, se lo quitó de la cabeza.

En fin, las típicas relaciones entre suegra y nuera.

Mi madre adolecía de todas las tonterías de los pobres que aspiran a ser un poco más ricos. Bueno, las historias que has oído contar son fantásticas, ¿no? Ella presumía de que su padre, mi abuelo Giovanni, era cocinero. Era

cocinero en casa del marqués Gondi, que lo apreciaba muchísimo porque una vez, al enterarse de que la marquesa lo había traicionado, sacó un revólver de un cajón para matarla. Mi abuelo se interpuso y le quitó al marqués la pistola de las manos. ¡Había que tener mucho valor, siendo cocinero, para quitarle la pistola de las manos a un marqués! Pero el marqués le estuvo agradecido el resto de su vida y fue siempre amabilísimo con el cocinero Giovanni, especialmente en sus últimos días, que no tardaron en llegar, porque mi abuelo, al igual que las dos hermanas de mi madre, murió de tuberculosis.

Después del funeral, arrojaron por la

ventana desde el tercer piso todo lo que pertenecía a la familia para quemarlo en una hoguera en la calle y evitar así que la enfermedad pasara a otros. Entonces mi abuela vino a vivir con nosotros sólo con lo que llevaba puesto y un hatillo con ropa negra y un broche de oro con unas perlitas. ¡Mi maravillosa abuela Elisa! Me parezco mucho a ella. Tenía los ojos azules, una piel preciosa, diáfana, y la nariz un poco de patata que he heredado yo y después Saskia. Era sabia, muy sabia, y tenía una dignidad, una modestia y también una seguridad que le permitieron encontrar un lugar en su nueva familia, con la que vivió casi diez años.

¡Fíjate lo que hizo mi padre para ella! ¡Qué encanto! Tuvo la genial idea de hacer para la abuela una habitación que se reconstruía todas las noches. Colocaba una barra de hierro en el suelo del salón y entre la barra y la pared colgaba con dos ganchos una cortina. La abuela Elisa dormía allí, ése era su dormitorio. Por la mañana, en cuanto se levantaba, lo desmontaba todo; la barra se metía debajo de la cama y la cortina se doblaba. Por la noche, cuando la vida de familia había terminado, yo la ayudaba a colgar la cortina y ella se retiraba allí detrás. Murió detrás de aquella cortina.

¡Piensa en el espacio que tenemos

ahora en las casas!

FOLCO: En la India todavía hay mucha gente que vive así.

TIZIANO: Y para vivir así con dignidad, con pulcritud..., ella era limpiísima, siempre olía a polvos de talco..., hace falta mucha disciplina, cosa que mi madre, en cambio, no tenía.

Mi madre se sentía orgullosa del hecho de que su padre hubiera sido el favorito de un marqués, hasta el punto de que me decía a mí, que era un niño: «El marqués quería tanto al abuelo que le daba las sobras de su comida». Comer era importantísimo. Cuando el marqués había terminado de comer pollo, las sobras se las daba a mi abuelo, y eso se

citaba en la familia como ejemplo de gran generosidad por parte del marqués y de gran prestigio del abuelo. A mí ya entonces eso me parecía algo pasmoso... Era un ácrata.

FOLCO: ¿Ya entonces?

TIZIANO: A lo mejor se nace así, se lleva en el ADN. Yo siempre he sido ácrata. Veía a uno vestido de policía y me entraban ganas de empezar a darle patadas. El poder siempre me ha resultado ajeno. Siempre he sido alérgico al poder.

FOLCO: ¡Qué raro! Porque, desde luego, ni el abuelo ni la abuela eran rebeldes.

TIZIANO: No, era cosa de la otra

parte de la familia, de la abuela Elisa y su hermano, el tío Torello, que eran un poco extravagantes. Eran campesinos, pero se sentían señores. Iban en calesa, eran diferentes. Estaban por encima de los demás.

FOLCO: Claro, y tú tenías esos otros ejemplos.

TIZIANO: Sí, estaba esa parte de la familia un poco más alocada, a la que veíamos con frecuencia porque venían a visitarnos. Como no había distracciones, lo único que se podía hacer los domingos era visitarse unos a otros. ¡Siempre procurando no llegar a comer, claro! Había que llegar *después* de que hubieran comido, y aunque te ofrecieran

algo..., y yo estaba ávido de chocolate, de galletas..., tenías que decir por lo menos tres o cuatro veces, o incluso cinco: «No, gracias».

Ésa es la educación que recibí. Y no tenía vuelta de hoja. Recuerdo que una vez, por culpa de mi rebeldía, me gané un bofetón, porque una hermana de mi abuela Elisa, que me adoraba, en cuanto llegaba se ponía a darme besos pegajosos y babosos, y yo inmediatamente después me limpiaba la cara. Mis padres se avergonzaban de ese comportamiento. En pocas palabras, yo no encajaba con ellos.

FOLCO: ¿No te sentías parte de tu familia?

TIZIANO: No. Y desde pequeño todos vieron que yo no era de aquel grupo. No tenía absolutamente nada que ver. Recuerdo incluso que el detestado tío Vannetto hacía alusiones a ello; decía que, en el fondo, a saber si de verdad era hijo de mi padre. Bromeaba, desde luego, pero estaba claro que yo no era de los suyos. Su mundo no era el mío. Tenía metido en la cabeza que debía escapar de allí.

Tenían la idea, que entonces era habitual, de que cuando acabara la enseñanza primaria iría a trabajar con mi padre, que era mecánico. Funcionaba así. Ibas como aprendiz al taller, empezabas limpiando el aceite y luego

reparabas las piezas. Así nacía otro mecánico. En mi casa lo decían: «Cuando acabes, irás a ayudar a papá». Y mi padre pensaba lo mismo, porque así era la vida, así la veían ellos.

Pero yo tenía unas ideas muy distintas.

Contraía con frecuencia la tos ferina y me ahogaba, así que me llevaban a beber agua de un pozo por el que dicen que pasó san Francisco y dejó una sandalia en el fondo. El agua estaba bendecida y mi madre me la hacía beber diciendo que me encontraría mejor. Después subíamos por la cuesta hacia Bellosguardo. ¿Te imaginas, venir de aquellos dos cuartitos de Monticello y

llegar a la Torre di Montauto, a la Villa dell'Ombrellino, a la Torre di Bellosguardo? Era otro mundo. Y yo lo sentía mío. Sentía la necesidad de llegar allí. Miraba las preciosas mansiones y me preguntaba: «¿Quién demonios vive en estas casas tan bonitas?». Y mi madre me decía: «Aquí vive un pintor alemán, allí un escultor inglés», porque ella lo sabía, las mujeres hablaban. Así que la idea de que todas esas casas eran de extranjeros..., ahora lo digo en broma, pero no te creas..., hizo que me convirtiera yo también en un extranjero para poder permitirme vivir en una casa como aquéllas.

Así pasé los primeros años de mi

vida. Sin grandes traumas, sin grandes emociones, sólo algunas pequeñas. Los cinco cursos de primaria los hice en Monticelli, al lado de casa, y cada vez que salía estaba mi madre fuera esperándome. No podía ni siquiera volver a casa solo; mi madre me acompañaba al colegio, y me llevaba de la mano. Me acuerdo de niños como Bombolino, que nada más salir del colegio se liaban a dar golpes con la regla. Pasaban por mi lado y... ¡zas!, me atizaban un golpe en la cabeza. Y yo no podía devolverlo, porque mi madre me tenía de la mano.

Ríe.

FOLCO: Entonces, ya que no podías jugar, ¿estudiabas?

TIZIANO: Estudiaba, pero no tanto como parecía. De todas formas se me daba bien, siempre era el primero de la clase. Allí, ya sabes, todos eran obreros.

FOLCO: ¿Tus padres le daban importancia a eso? ¿Te animaban?

TIZIANO: Mi madre mucho, mi padre menos. Decía que de todas formas tendría que trabajar. Pero no hacía falta animarme, yo estudiaba, era algo con lo que me identificaba. Además, lo de ser el primero de la clase me gustaba, te daban un lazo, una escarapela. La enseñanza obligatoria terminaba en

quinto y luego, ¡hala, a trabajar! La suerte llegó cuando el último maestro de primaria les dijo a mis padres: «A éste háganle estudiar, llévenlo a hacer por lo menos la enseñanza media».

Mi liberación empezó con la enseñanza media, porque la cursé en el puente Santa Trinitá. Aquel tranvía que pasaba por delante de mi casa y daba la vuelta allí mismo se convirtió en mi tranvía. Subo en el tranvía, ahora solo, porque mi madre no puede permitirse acompañarme, y hago tres años de inicio a la libertad. Allí empiezo a socializarme. Conozco a Baroni, hijo de un dentista y sobrino de un cura del que heredó una buena biblioteca...

FOLCO: ¡Ah, ya han aparecido los libros!

TIZIANO: Piensa en mi relación con los libros, FOLCO. En mi casa nunca hubo un libro, nunca. No había libros. Pero mi tío Gusmano, hermano de mi padre, era encuadernador. Para ganarse un sobresuelo, hacía trabajos «clandestinos», como se diría hoy, o sea, hacía horas extraordinarias en casa encuadernando libros para los señores, especialmente médicos. Los primeros libros que vi en mi vida, los primeros que manejé, fueron una *Historia de Italia* por entregas que a mí me parecía fantástica, con todas aquellas figuras coloreadas: Mucio Escévola poniendo

la mano en el fuego, Julio César apuñalado, Nerón incendiando Roma. Leía a escondidas aquellos libros que mi tío, con gran amabilidad, me pasaba todavía en fascículos y después encuadernaba y ponía entre dos bonitas cubiertas de piel. ¡Mis grandes emociones! Ésos fueron los primeros libros que toqué en mi vida.

FOLCO: ¿Te gustaron en seguida?

TIZIANO: En seguida, sí. Mi fetichismo del libro nació entonces. Por eso ahora nuestra casa está llena de ellos.

Como te decía, para mí la enseñanza media fue la liberación, fue hacerme un hombre. Habían desaparecido los que

me daban pescozones. Aquel tranvía me unía al mundo: entraba en Florencia, me hacía amigo de aquellos señores. ¡La biblioteca del tío cura de Baroni era fantástica! Íbamos a hacer los deberes a su casa y de vez en cuando le birlaba uno para leerlo en la mía. Eran libros de aquellos tan bonitos con cubierta de piel y letras de oro... Gambutti, yo y otros dos le quitábamos los libros para fastidiarlo, así que él nos registraba.

En tercero, o sea, cuando tenía catorce años, fue Cremasco quien desempeñó un papel determinante en mi vida.

FOLCO: ¿Quién es Cremasco, un profesor?

TIZIANO: Sí. Yo escribía redacciones, de las que ahora dice: «Entonces ya me di cuenta de que era escritor». Es ése que tiene noventa y seis años y sigue escribiéndome, y al que hace poco le mandé mi libro *Un altro giro di giostra*^[2] con una dedicatoria que decía: «Querido profesor, si no hubiera sido por usted, nunca habría escrito este libro». A él se lo debo todo, porque él tomó la importante decisión de *llamar* a mis padres. En aquellos tiempos, ir a ver al maestro... ¿Te imaginas? El profesor Cremasco convoca a mis padres en la Escuela Media Maquiavelo, en el fantástico edificio que está junto al

pueblo Santa Trinitá, y les dice: «Miren, tienen que hacer un sacrificio. Tienen que enviarlo al *ginnasio*».

FOLCO: No entiendo de dónde te venía ese interés tan grande por los estudios. En tu familia no le gustaba a nadie estudiar. ¿Tú crees que es algo innato?

TIZIANO: Tendría razón mi tío en lo de que no era hijo de mi padre... Pero ¿sabes?, todos no estamos cortados por el mismo patrón. Cada cual tiene su mundo, y el mío era ése. Era la época en que se empezaba a leer *La Iliada*, a Homero. A mí me encantaba todo eso.

Mis padres decidieron mandarme al *ginnasio*. Y a ese momento corresponde

el famoso episodio de los primeros pantalones largos comprados a plazos. Aquella fantástica operación de ir a un mercero, que era de la Misericordia, como mi padre, y que nos vendió mis primeros pantalones largos de pana. Cada mes, mi madre iba a pagarle un plazo a aquel señor. ¡Virgen santa, por unos pantalones!

FOLCO: ¿Sólo tenías unos pantalones?

TIZIANO: Desde luego. Mi madre los lavaba el domingo y me los volvía a poner para ir a clase. Era así, FOLCO, era así. Cursé el *ginnasio* en uno de los lugares más bonitos de Florencia, no sé si te lo he enseñado, en la plaza Pitti. Y

allí leí a Dante, a Manzoni, ¿te das cuenta?, viendo el palacio Pitti. ¡Era una maravilla! Entrás en otro mundo, esta hermosa lengua... La historia de amor entre Renzo y Lucia era preciosa. Leguleyos, los pobres traicionados por los ricos, por los poderosos, por los curas, todas esas cosas a mí me interesaban muchísimo, me alimentaban.

FOLCO: ¿Y qué otras pasiones tenías en aquella época?

TIZIANO: ¡Las mujeres, las mujeres! Allí descubrí a las mujeres, porque hasta entonces estábamos separados. A las mujeres ni siquiera se las veía, ni en la escuela elemental ni en los primeros cursos de la enseñanza media. En

cambio, en cuanto entré en cuarto de *ginnasio*, en aquel magnífico edificio, vi que en el primer banco había una rubia. Y allá que voy yo..., a sentarme a su lado. Fue mi novia durante tres años. Se llamaba Isa. Me obligaron a prometerme porque salíamos juntos, pero éramos unos críos, no era como hoy, no se «practicaba sexo». Paseábamos de la mano por el Viale del Colli al salir de clase, por la tarde. Y un día, su padre, que era empresario de la construcción y tenía coche..., ¡Dios mío, tenía coche! ..., nos pilló y dijo: «Tenéis que prometeros formalmente, porque no quiero que mi hija...».

FOLCO: ¿Tuvisteis que prometeros?

TIZIANO: Sí, formalmente. Obligué al pobre Gerardino, mi padre, a ir a pie con un ramo de flores desde Porta Romana hasta su casa para hablar con aquellos tontainas. Y luego yo, figúrate, venía a Orsigna y tenía veinte más.

Después de dos cursos pasé al liceo Galileo, el gran liceo de clásico de Florencia, al lado de la catedral.

FOLCO: ¿Por qué te decidiste por el clásico? Era menos práctico.

TIZIANO: ¡No, no, no! El clásico era lo que yo quería hacer. En aquel tiempo no existía esa idea de lo práctico. No se estudiaba para encontrar un buen trabajo; se estudiaba porque era un placer estudiar.

Y entonces empezaron todas mis historias complicadas. Me hice amante de una mujer mucho mayor que yo. Para mí fue como si me hubieran puesto otro cohete en el culo, tenía una sensación... muy mala.

FOLCO: ¿Entonces ya sabías que ibas a irte?

TIZIANO: No, eso no lo sabía. Nunca se sabe. Pero sabía que tenía un destino distinto del de ser un simple florentino.

En primero de liceo, cuando tenía dieciséis años, soñaba con ir al extranjero. Entonces, con un amigo, Cleto Menzella, fuimos a la estación para buscar en el *Journal de Genève* un trabajo en Suiza durante las vacaciones.

Ésa es una historia muy divertida. Yo estudiaba francés, me las daba de entenderlo, y leí: *Se busca garçon d'office* en un gran hotel de Bey sur Vevey. Con gran disgusto de mi madre, me salté las vacaciones de verano en Orsigna para ir con Menzella a trabajar a Suiza. Solicitamos el permiso de trabajo y el pasaporte y firmamos el contrato con ese gran hotel. Llegamos, y un señor que se encargaba del personal nos dijo: «Muy bien, instalaos en esa habitación con los otros camareros, después os llevaré a ver el *office*».

Descubrí que, en francés, *office* no era una oficina donde yo, estudiante peripuesto, podía escribir a máquina,

sino donde se fregaban los platos. Así que me encontré metido en aquel asqueroso sitio fregando platos de la mañana a la noche, cosa que no duró mucho porque acabé hasta las narices. Me hice amigo de uno y me asignaron a los trabajos de limpieza. Entonces aprendí otra palabra, *encostiquer*, que significa encerar los suelos de madera, y eso era lo que yo hacía.

Al cabo de aproximadamente un mes y medio, pedimos que nos pagaran y nos largamos, porque estábamos hartos de estar en medio de aquellas montañas. Nos fuimos y empezó otra maravillosa aventura. Nos pusimos a hacer auto-stop por Europa y llegamos a París. La Place

Pigalle, la primera visión del Moulin Rouge... ¡uf! Callejeábamos, nos alojábamos en albergues juveniles, conocimos chicas, nos invitaron. Después fuimos a Bélgica y volvimos por Alemania. Aquélla fue mi primera salida al mundo. Era la primera vez que había cruzado la frontera y comprendí que mi camino era ir a mirar. Desde entonces, siempre conservé esa aspiración, cualquier excusa era buena para viajar. La diversidad me gustaba muchísimo. Todavía percibo el olor de aquel *office*, el olor de la cera en aquellos largos pasillos de madera. Todo era distinto: el olor de la comida, el olor en las calles. Era 1955: viniendo

de Florencia, Suiza era otra cosa. ¡Y París, no digamos!

En clase, cuando volvimos, todos nos envidiaban, éramos una especie de héroes. Habíamos estado en París y obtenido el permiso de trabajadores de temporada. Habíamos sido también bastante creativos.

FOLCO: Empezabas a hacer lo que se te antojaba. ¿Qué decían tus padres?

TIZIANO: Bueno, mi padre continuaba con su vida de siempre y mi madre con la suya. En la época del liceo a veces iba a casa, pero casi siempre estudiaba en las fantásticas salas de la biblioteca Marucelliana, llenas de incunables y libros antiguos. Estudiaba

mucho, me gustaba.

Mi tío Vannetto pasaba todas las noches por casa antes de cenar y desde la escalera decía: «¿Qué ha hecho hoy el gandul?». Para él, yo era un gandul. A ver, ¿qué puñetas hacía? No trabajaba, no ganaba ni un céntimo, iba de punta en blanco, llevaba un pañuelo en el cuello, fumaba en pipa... Así que él entraba y decía: «¿Qué ha hecho hoy el gandul?». Y mi madre se cabreaba porque me llamaba gandul.

Fui uno de los que sacó las mejores notas de reválida en Florencia. Creo que tuve una media de 8, y en filosofía y en lengua, un 9, que era algo excepcional. El Banco Toscano me escribió una carta

que hizo que mi familia se ablandara. ¿Te imaginas? ¡Me invitaban a ir a una entrevista! Fui y me ofrecieron un trabajo *en el banco*, lo cual para mi padre, que nunca había tenido una cuenta en un banco, era como proponerle a alguien ser papa. En mi casa fue como si Jesús me hubiera dicho: «Ven conmigo», en el camino de...

Yo estaba aterrorizado, para mí era como si me hubieran condenado a muerte. Pero tenía a toda la familia en contra. Mi tío Vannetto no paraba de insistir en que entrara a trabajar en el banco.

FOLCO: ¡Ah, por eso trabajar en la banca siempre ha sido para ti el símbolo

del mal!

TIZIANO: El símbolo de todo lo que no hay que hacer.

Entonces hago la gran apuesta de la Escuela Normal de Pisa^[3] o consigo plaza en la Normal o no puedo continuar estudiando y tengo que aceptar el trabajo que me ha ofrecido el Banco Toscano. Me presento al examen sin miedo..., no recuerdo que tuviera ningún miedo..., pero consciente de que mi vida depende de él. Era un examen duro, al cual sólo podían presentarse los que habían obtenido las mejores calificaciones de Italia. Éramos doscientos para optar a ocho plazas. Yo conseguí una y aquello cambió mi vida.

Después del verano me fui a Pisa. Tenía una habitación en el Colegio Médico-Jurídico, todo estaba pagado, la comida, las tasas escolares, los libros... Mis padres lo aceptaron porque a esas alturas ya no podían decir que no.

Aqué! fue también el famoso verano en que conocí a tu madre.

Papá tose.

FOLCO: ¿Estás cansado?

TIZIANO: Sí, estoy cansado. ¿Lo dejamos?

FOLCO: ¡Cuántas historias que no había oído contar nunca! Es curioso, es como si hasta ahora no hubiéramos

tenido tiempo de hablar de estas cosas.

TIZIANO: Para ti es interesante, porque no conoces tus orígenes. Lo que quisiera hacerte comprender, no sólo a ti, también a Saskia e incluso a vuestros hijos, es cuál era la cultura de aquella época, cuáles eran los valores de la gente como mis padres. Valores sencillos, pero muy arraigados. La honradez. Y ese sentido de la dignidad. Vamos a casa de otras personas que tienen dinero, pero no *comemos*, decimos: «Ya he comido, gracias». Eso te da fuerza, ¿sabes?, te da seguridad. Vestimos bien. No vamos a casa de nadie sin estar presentables, si no, se burlan de ti. Eres pobre y débil, ¿y

encima se burlan de ti? ¡Ah, no! Yo soy tan elegante como tú. Y no me como tu pan, ya he comido. El otro gran valor es la familia. En realidad, aquella visita todas las noches del tío tocapelotas formaba parte del teatro. La familia estaba siempre presente. Se podía contar con la familia.

Mis padres crecieron con esos valores, y en cierto modo me los transmitieron.

Pisa y la Olivetti

FOLCO: Prosigamos el viaje.

TIZIANO: Me encanta esta idea del gran viaje, que es el viaje de la vida y, al mismo tiempo, el viaje por una época.

Intentaré contarte esta historia con la máxima sinceridad, que me parece la única verdadera cualidad con la que debes poder contar. No nos contemos mentiras. No hagamos literatura. Piensa que me he pasado la vida manipulando palabras, podría manipular palabras hasta que quisiera, ahora ya es muy fácil. Pero lo que me gustaría conseguir contar es... es la verdad que está detrás

de las palabras. Que, además, es el sentido de muchas de las cosas que he hecho.

Bueno, ¿dónde nos quedamos ayer?

FOLCO: Vas a la Escuela Normal de Pisa. Pero ¿por qué cursas Derecho? ¿No querías ser periodista?

TIZIANO: Sí, el periodismo siempre me había gustado.

Recuerdo la *alegría* con la que a los quince o dieciséis años iba detrás de los deportistas con la Vespa y una tarjeta en la que ponía: *periodista*.

Florenza era mojigata. Yo era estudiante de liceo y no tenía nada que ver con la ciudad. No me pasaba los domingos bailoteando en los salones de

la burguesía, donde en un momento dado se apagaban las luces y las parejitas se daban besos, una vez en casa de uno, otra en casa de otro. Nunca. Mamá todavía recuerda que, antes de que nos conociéramos, en esas fiestas siempre oía decir: «A lo mejor viene TIZIANO, a lo mejor hoy viene TIZIANO...». Pero no me vieron nunca por allí porque yo iba con mi Vespa a trabajar, a hacer lo que me gustaba. Cubría los partidos de fútbol y seguía las carreras.

FOLCO: ¿Te refieres a las carreras de atletismo?

TIZIANO: No, a las carreras ciclistas en Abetone. Seguía a los corredores con la Vespa del abuelo y escribía crónicas

para el periódico *Il Mattino*. Recuerdo la alegría, la sensación de poder que me daba llevar colgando del cuello aquella tarjeta en la que ponía: *periodista*. Llegaba a los pueblecitos de montaña, me presentaba al alcalde, a los organizadores, y éstos gritaban: «¡Apartaos, apartaos, está aquí el periodista!». Ése «¡Apartaos, está aquí el periodista!» fue mi vida. Poder ir a primera línea y poner el pie allí donde sucedían las cosas, con todo el derecho. Tenía *derecho* a estar en primera línea, a ver lo que sucedía en el centro de mando.

Pero no tardé en darme cuenta de que era un oficio de mierda. Lo hacían

los recomendados de los curas, de los comunistas, los que habían fracasado en su profesión. Quien no conseguía graduarse, trabajaba de periodista. Quien tenía un tío cura, hacía que éste lo recomendara a un periódico democristiano, entraba y se pasaba allí la vida. Y yo los había conocido, porque cuando trabajaba en *Il Mattino* de Florencia eran mis redactores jefes.

Por eso, cuando fui a hacer estudios superiores a la Escuela Normal de Pisa, que era el no va más, elegí Derecho. Mis compañeros eran gente como Giuliano Amato, destinados a llegar a primeros ministros y cosas así. Debía, en cierto modo, seguir el destino que me

había tocado por el hecho de haber superado el examen de ingreso en la Normal, que te llevaba de por sí a ser académico, político o algo por el estilo. Por eso me negué durante años a pensar seriamente en el Periodismo.

FOLCO: ¿Y la decisión de hacer Derecho?

TIZIANO: La razón esencial era muy sencilla: era pobre y quería defender a los pobres contra los ricos; era débil y quería defender a los débiles contra los poderosos. Me parecía que la única manera de hacerlo era ser abogado y dedicarme a defender los derechos de los pobres.

FOLCO: Pero ¿dónde veías toda esa

injusticia entre pobres y ricos?

TIZIANO: ¡Perdona, por todas partes! Mi padre, los marqueses Gondi... Todo a mi alrededor. Mi padre trabajaba de la mañana a la noche y no llegábamos a final de mes. Y el padre de Isa venía en coche a recoger a su hija, me hacía prometerme oficialmente, tenía una casa preciosa, ¿y quién era?

Además, eran años de grandes conflictos sociales, FOLCO. No debes olvidar que Italia estaba a punto de hacerse comunista. La CIA, los norteamericanos, y la Iglesia invirtieron miles de millones para manipular las elecciones italianas. Estaban esos dos bandos, los democristianos y los

comunistas, armados el uno contra el otro, hasta el punto de que en 1948 atentaron contra Togliatti. Por cierto, en relación con esto tengo que contarte otra bonita historia: ¡se descubrió que mi padre tenía una metralleta!

FOLCO: ¿El abuelo con una metralleta?

TIZIANO: No exactamente, pero pasó algo de lo que yo no me enteré muy bien. Recuerdo que un día vino uno y dijo: «¡Deprisa, hay que desemparedar!», que significaba: hemos de sacar las armas de las paredes donde están escondidas y hacer la revolución. No sé quién era, pero desde aquel día mi corazón estuvo allí y allí ha estado siempre. Entonces se

pensaba así, ¿comprendes? Yo, en parte porque desde pequeño había oído a mi padre hablar contra el capitalismo, no podía pensar que la sociedad occidental en la que vivía, y que incluso me gustaba, fuera el único modelo para la humanidad. ¿El capitalismo, la democracia, nuestra sociedad liberal era el modelo para todos los países del mundo? ¡Eso era una locura! La palabra «globalización» ni siquiera existía, es muy reciente, de hace apenas unos años, pero el proceso era ése.

Lo que quisiera intentar explicarte es que, en mi generación, incluso los que no eran marxistas-leninistas, como yo, que no lo he sido nunca..., leí a Marx

igual que leí a Victor Hugo, pero nunca fui marxista-leninista..., estaban influidos por esa visión del mundo que influía en toda la sociedad. La idea de fondo era ésta: la guerra había destruido Europa y la posguerra era desastrosa. Pobreza, ciudades por reconstruir, hasta en Florencia los puentes se habían derruido. Había que construir la paz, encontrar instituciones que salvaguardaran la armonía europea, cosa que después se consiguió. Las ideas eran importantes, desde luego, pero estaba también la materia..., no era casual que se hablase de materialismo histórico..., y esa materia, precisamente por ser materia, tenía sus leyes químicas y

físicas, sus leyes naturales. Y tenía también sus leyes históricas. O sea, se pensaba que la «materia social» podía ser manipulada y sometida a influencias, al igual que una reacción química puede producir una variación en la materia orgánica.

Ahora bien, la materia de las materias era el hombre, y la materia de la materia de las materias era la sociedad. La idea era, por lo tanto, poder cambiar la sociedad. No se pensaba en nada más, al menos en mi generación. Pienso en mis compañeros de universidad: todos estábamos estudiando..., unos Derecho, otros Ciencias Políticas, otros Medicina,

otros Economía..., para contribuir a mejorar la sociedad. Estudiábamos porque nos sentíamos..., ¿cómo lo diría?..., destinados a una misión que consistía en actuar sobre nuestra sociedad, enferma y destrozada, además de injusta, para cambiarla. Unos querían ser abogados para defender a los pobres, otros querían ser políticos, otros, diplomáticos. Nadie estudiaba para ser asesor financiero, como hacen actualmente muchos jóvenes. Ni siquiera se sabía que existiera tal cosa. Y no era una actitud altruista, nosotros no lo veíamos así. Era nuestro deber. Nos sentíamos una élite, nos sentíamos privilegiados por poder estudiar y nos

parecía natural, en absoluto ideológico, querer devolver de algún modo a la sociedad lo que la sociedad nos había dado. Hacíamos lo que nos interesaba, claro, pero, insisto, todos estudiábamos cosas con las que queríamos contribuir a mejorar la sociedad.

En aquella época había dos grandes opciones ideológicas: Gandhi y Mao. Y yo, un joven, no podía dejar de sentirme fascinado por quien, con un material social tan vasto, un material de cientos de millones de personas..., porque no era Andorra, no era la Ciudad del Sol de Campanella, ¡era la India, era China!..., no podía, digo, dejar de sentirme fascinado, honradamente, por quienes

trataban de construir una sociedad que no estuviera basada en los criterios del beneficio, del dinero, del materialismo. Por eso leía a Gandhi, por eso leía a Mao.

¡Piensa que se hablaba de «ingeniería social»! ¿Qué hacía Mao? Un experimento de ingeniería social. De la misma manera que tú haces un puente siguiendo determinados criterios, porque si no, se viene abajo, puedes reconstruir la sociedad, en cierto modo levantarla de nuevo y hacer algo que no se venga abajo. China estaba haciendo entonces el mayor experimento de ingeniería social del mundo. De ahí mi curiosidad por esos fenómenos y mi

profundo interés por cómo cambiar la sociedad.

Debes comprender, FOLCO, que esta historia es también la historia de una compensación. Nací pobre y tuve que compensar esa pobreza. No económicamente, sino socialmente, con un compromiso social. Y ésta es la historia de mi vida.

Pero que quede clara una cosa: no es que la gente como yo quisiera trasladar ese modelo a Occidente. Estaba pensado para el Tercer Mundo. Se hablaba mucho del Tercer Mundo, que justo en aquella época estaba siendo descolonizado. Nos identificábamos con el Tercer Mundo contra el mundo

capitalista, nos identificábamos con los oprimidos, con la clase de los desheredados. Formaba parte de nuestra compensación social. Nos identificábamos con Frantz Fanon en Argelia, con sus *Condenados de la tierra*.

Era la época de la descolonización. ¡Piensa lo que eso significaba! Cuando Roosevelt y Churchill se reúnen en Terranova, Churchill hace lo imposible para que Roosevelt entre en guerra, y Roosevelt dice: «De acuerdo, entro en guerra», pero hace firmar a Churchill una cláusula según la cual, si Estados Unidos entra en guerra para ayudar al Reino Unido contra los nazis, cuando

acabe la guerra, el Reino Unido renunciará a todas sus colonias. Churchill finge no darle importancia, mientras en su fuero interno decide que no lo hará. Sin embargo, la Historia le obligó.

Mi generación asistió al fin del imperio británico, al fin de todas las colonias, una tras otra: las holandesas, las francesas y, sobre todo, las inglesas. ¿Te lo imaginas? En todo el mundo se producían grandes vuelcos sociales, lo cual todavía reforzaba más en nosotros la idea de que, si se conocía la materia, si se conocían sus reglas históricas, se podía intervenir para convertir esas nuevas sociedades en sociedades más

justas, más avanzadas, más modernas, más socialistas si quieres, en el sentido de que habría más igualdad, menos injusticia.

¡Y cuántos casos, FOLCO! Tú no debes de saberlo, pero, por ejemplo, en Francia hubo un caso tremendo que impresionó a escritores como Henri Alleg, quien escribió un famoso libro, *La Question*, la tortura, gracias al cual salió a la luz que los paracaidistas franceses torturaban a los *fedhain*, los rebeldes del Frente de Liberación Nacional argelino. Porque los argelinos también hacían lo que entonces todavía no se llamaba terrorismo: ponían bombas en las cafeterías de París. Era la

guerra. Salieron a la luz pruebas de las terribles torturas que aplicaban aquellos asesinos del general Massou, que estaba al mando de las tropas francesas. Francia se rebeló y, con una gran dignidad, impulsada por intelectuales como Camus y otros, concedió la independencia a Argelia.

FOLCO: Te identificas con las pasiones de tu época. El Tercer Mundo es descolonizado y allí donde las potencias occidentales dejan el campo libre se ve la posibilidad de crear un nuevo tipo de sociedad, un modelo de desarrollo alternativo al representado por Occidente. ¿Y la Unión Soviética no contaba?

TIZIANO: La URSS estaba claro que era un desastre.

FOLCO: ¿Ya estaba claro entonces?

TIZIANO: Sí, no tienes más que pensar que en 1956, en el XX Congreso del PCUS, Kruschev revela los crímenes de Stalin. Siguen la invasión de Hungría y de Checoslovaquia, las revueltas en el Este europeo. Era evidente que la Unión Soviética no podía seguir siendo un gran ideal.

FOLCO: ¿Y Estados Unidos?

TIZIANO: Estados Unidos era un país horrible desde la perspectiva de los jóvenes como yo. Ya estaba en guerra en Vietnam. Estados Unidos era todo lo contrario de lo que soñábamos. No

olvides que yo crecí con el Che, con Che Guevara.

FOLCO: Ah, ¿era esa época?

TIZIANO: Y con el mito de ese barbudo, abogado de buena familia...

FOLCO: ¿Fidel Castro?

TIZIANO: Sí, que dirige a una banda de desharrapados contra la superpotencia americana que apoyaba al dictador Batista. Lo derroca y declara Cuba una república socialista. Interesante, ¿no?

Y todavía más interesante era el otro, que creía en la revolución permanente y quería llevarla a toda América Latina, porque él era argentino. Acaba la revolución de Castro, Castro

lo nombra ministro, embajador, todo lo que quiere. Pero el Che se va con un fusil al hombro y cuatro compañeros a liberar América Latina, donde cada país tenía un dictador apoyado por Estados Unidos. Por eso todavía hoy los chavales, sin saberlo, llevan su cara en las camisetas. ¡Ése era un héroe! Y su muerte se convirtió en una epopeya. Se publicaron sus diarios. Los diarios de Che Guevara son de lo más conmovedor que haya leído jamás. Y nosotros crecimos con esos héroes.

Perdona, FOLCO, tengo que descansar. Me voy a la cama, hoy no tengo un día muy bueno.

FOLCO: Descansa, descansa. Luego

retomamos el hilo.

Papá se levanta y se dirige lentamente hacia su gompa, al fondo del jardín, para echar un sueñecito. Ahora se cansa en seguida, pero no tenemos prisa. Los días son largos y sin interrupciones, el teléfono no suena casi nunca, no hay visitas. Al cabo de una hora, vuelve.

TIZIANO: ¡FOLCO! ¡FOLCO!

FOLCO: ¿Has tenido sueños agradables?

TIZIANO: «*It is here, it is here, it is here!* ¡Si hay un paraíso en la tierra está aquí, aquí, aquí!». No en Cachemira, no

en el jardín de Shaliman.

FOLCO: ¿Quién lo decía? ¿Algún emperador mongol?

TIZIANO: Hummm... Era estupendo, he pasado una hora maravillosa.

FOLCO: Entonces, papá, cuando estabas en Pisa ya conocías a mamá, ¿no?

TIZIANO: Sí, nos conocimos en Florencia después de la reválida. Luego ella se fue a estudiar a Alemania, a Munich, y, como suelen hacer las parejas jóvenes, nos escribíamos mucho. Pero la vida siempre es un poco complicada y hubo grandes crisis, muchos altibajos. Un día, no pude aguantar más. Me parecía que aquello

era imposible y me presenté en Munich por sorpresa, después de haberme ganado el billete de tren escribiendo cientos de direcciones para un anticuario idiota que enviaba cartas a curas: «Si tiene sillas, cajoneras, bancos..., démelos y yo le daré un televisor...».

Ríe.

FOLCO: ¿Escribías cartas de éstas?

TIZIANO: Sólo las direcciones; las copiaba de un directorio de la Curia. Después fui a Munich, me armé de valor y dije: «Mira, o nos vamos a vivir juntos o esto no funciona».

Volvimos juntos a Italia. Mamá había heredado de su abuela, la abuela haitiana, dos preciosos anillos del siglo XIX llenos de esmeraldas y rubíes que todavía están en poder de la familia. Nos hicimos con ellos, fuimos al Monte de Piedad, que como sabes yo conocía a fondo, y los empeñamos. Nos dieron, no sé, cincuenta mil liras, un montón de dinero, y compramos, gracias a un amigo mecánico, un Topolino 500. Mamá nos dio de casa dos colchones, los metimos en el coche junto con una guitarra y mis libros para escribir la tesis doctoral y nos fuimos a la costa, a Marina di Massa. Como de costumbre, la suerte nos ayudó. Allí, una familia nos ofreció

una casita de pescadores, vacía, en medio de un campo de tomates. Dos habitaciones y una cocina... ¡ah!, a tres kilómetros del mar, un mar todavía virgen donde nos bañábamos cada día. Extendimos los colchones en el suelo, montamos en el Topolino, fuimos a la playa en busca de ladrillos y tablas de barcas arrastradas por las olas hasta la arena, y construimos dos mesas y dos librerías. Coloqué mis libros y mi máquina de escribir Lettera 22 y escribí la tesis.

FOLCO: Y sacaste el *cum laude*.

TIZIANO: Sí. Era un as escribiendo tonterías. Para mí, el doctorado no era el final de nada, era sólo el principio.

Tenía que encontrar un sistema para ganarnos la vida, pero no quería ponerme a trabajar como todo el mundo, quería hacer algo distinto, quería seguir estudiando. Nos compramos uno de esos mamotretos de la UNESCO con la lista de todas las universidades del mundo, desde Tombuctú hasta Cambridge, y con ayuda de mamá..., mamá trabajó muchísimo, porque yo hablaba muy mal inglés y lo escribía todavía peor..., mandamos decenas de cartas a centros de todo el mundo en petición de una beca y adjuntando mi currículum. La única universidad que nos contestó fue la de Leeds, en Yorkshire. ¡Dios mío, nos parecía estar en la gloria! ¡Nos pagaban

durante un año y podía hacer un máster en Derecho internacional!

En diciembre nos fuimos a Inglaterra, lo que supuso un disgusto enorme para el abuelo Anzio, el padre de mamá, que estaba empeñado en que nos casáramos antes. Hasta vino a hablar conmigo el médico de la familia, un amigo del abuelo. Me dijo: «Oye, no puedes hacer eso, están muy disgustados». Pero yo era revolucionario, no quería oír hablar del asunto. ¡Nada de casarse, nada de instituciones! Mandé a todos al infierno y nos fuimos.

En Leeds vivíamos en un sitio de mala muerte. Compartíamos una de esas

casitas que están todas en fila y son todas iguales, de ladrillos oscuros, construidas durante la revolución industrial, con una prostituta que ocupaba la planta baja y nos enviaba a su hijo cuando le llegaba un cliente, y un viejo marinero, Sam, que había perdido los dedos durante la Segunda Guerra Mundial porque se le congelaron en el océano Ártico. Nos alimentábamos a base de arroz con *ketchup*. Una vez nos permitimos el lujo de ir al mercado con Sam a comprar una chuleta de carnero australiano, de ese congelado que se corta con una sierra eléctrica que hace ¡ñiiic...!, y cuando lo cocinamos toda la casa apestaba a carnero.

Teníamos amigos raros, todos revolucionarios africanos, de Nigeria, de Ghana, que querían que sus países se independizaran de Inglaterra. Había un nigeriano que al acabar cualquier acto público, como una conferencia, la proyección de una película o una cena oficial, cuando se entonaba el *God Save the Queen*, el himno nacional británico, salía de la sala para no tener que ponerse en pie junto con el resto del público.

FOLCO: Eran tiempos de lucha, ¿eh?

TIZIANO: Y yo me acostumbré a salir con él. Una vez, al final de una cena importante en la universidad, todos vestidos de gala, yo fui el único que no

se llevó la copa a los labios para hacer el habitual brindis por la Reina.

Una vida aventurada y miserable. Al cabo de tres o cuatro meses, mamá cayó muy enferma a causa de una grave infección renal. Yo, sin un céntimo, me sentía tremendamente responsable, y volvimos a Italia con el rabo entre las piernas. Nos habíamos marchado triunfalmente. Ni siquiera acabé el año en Leeds. Para mí, la mayor derrota habría sido tener que llevar a mamá a su casa, porque el abuelo seguía queriendo que nos casáramos. Busqué trabajo en el Consejo de Europa, pero al final acepté un empleo en la Olivetti.

Nos instalamos juntos, me ocupé de

mamá y se curó. Me enteré de que, si nos casábamos, ella también estaría asegurada en caso de enfermedad y le pagarían los viajes conmigo. ¡Así es la vida! Un mes más tarde, estábamos casados. Casados de una manera maravillosa. Quise buscar un sitio donde no hubiera un alcalde democristiano y el primero que encontramos fue en Vinci. Era un alcalde comunista, que tuvo el detalle de presentarse con el fajín tricolor y que, sabiendo que mamá era de familia alemana, cubrió con la bandera... ¡de nuevo Italia!... una lápida que relacionaba a los partisanos que habían matado los alemanes en Vinci. Hicimos una comida con mis

padres, los padres de mamá, su hermano y dos testigos, en total diez personas. Y luego, ¡hala, a Orsigna de viaje de novios!

En la Olivetti empecé vendiendo máquinas de escribir. ¿Te imaginas? Yo, que era doctor, iba de casa en casa haciendo de vendedor. Después fui jefe de los que vendían las máquinas de escribir; luego, profesor de los que aprendían a vender las máquinas de escribir. Al final me reclamaron de la oficina de personal, en Ivrea, donde trabajé con uno que había sustituido a Furio Colombo, un mito para mí porque escribía en los periódicos, y con aquel gran escritor italiano que se llamaba

Paolo Volponi, jefe de personal.

FOLCO: Teniendo en cuenta la cultura de izquierdas de tu época y vuestra visión del mundo, ¿no te resultaba una carga ir a la Olivetti?

TIZIANO: Te sorprenderá, pero no. No digo una tontería cuando afirmo que muchos de mi generación, licenciados con las máximas calificaciones, acabaron o en el partido comunista o en la Olivetti, porque los dos ofrecían algo que hacer en el ámbito social.

La Olivetti no era sólo la fábrica para hacer las máquinas; era la fábrica para hacer las máquinas para construir una sociedad en la que el hombre viviera en su dimensión. Los

intelectuales italianos más importantes pasaron por allí, atraídos no tanto por un pequeño sueldo como por la idea de participar en un gran proyecto. Del grupito con el que yo me relacionaba en Pisa, cuatro o cinco, o quizá incluso siete u ocho, acabamos en la Olivetti, porque era la única empresa que, al no guiarse por criterios puramente empresariales, quería reformar la sociedad utilizando parte de los beneficios obtenidos con las máquinas de escribir.

Acababan en la Olivetti los que no estaban ideológicamente vinculados al partido comunista y a todas sus durísimas reglas, incluida la de impartir

la doctrina del partido durante meses y entregar parte de lo que ganaban al PCI. Porque no pienses que el comunismo ha sido sólo lo que te han contado los anticomunistas sobre los experimentos acabados trágicamente, como el chino y el camboyano. El comunismo ha sido también un gran ideal que ha movido a millones de personas y a muchos intelectuales a sacrificarse para mejorar materialmente la sociedad.

Piensa que en la Olivetti yo trabajé de obrero durante una temporada para tener esa experiencia. ¡Imagínate, todo un doctor haciendo de operario en la cadena de montaje con los obreros! Hice de jefe de reparto, otra experiencia que

actualmente a un joven ni se le pasa por la cabeza. La idea era que había que acercarse a la base de esta maldita sociedad para comprenderla y contribuir a cambiarla, que no estábamos en la Olivetti sólo para producir máquinas, que estábamos para producir una nueva sociedad. Había una editorial, espectáculos teatrales, ballet y, sobre todo, había una biblioteca donde por la noche se organizaban actividades culturales. Allí fue donde mamá y yo conocimos a Pasolini, que vino a Ivrea a hablar a los obreros. La Olivetti tenía ese sueño.

FOLCO: ¿Y de dónde nacía ese deseo de crear una nueva sociedad?

TIZIANO: Del hecho de que mirabas a tu alrededor y la que veías era una mierda. En la posguerra, el conflicto social era tan patente porque estaba ideológicamente exacerbado. De manera errónea, ahora me doy cuenta.

FOLCO: En aquella época, ¿la Olivetti sólo hacía máquinas de escribir?

TIZIANO: Y calculadoras. La empresa se fue al traste cuando la globalización introdujo en el mercado a las grandes empresas norteamericanas, como la IBM, que acabaron con ella. La Olivetti, que reinvertía sus beneficios en el ámbito social y cultural, ya no obtenía beneficios porque la competencia era

feroz. En unos pocos años se convirtió en una empresa como todas las demás, que tenía que despedir obreros porque eran demasiados.

Cuando terminé las prácticas, la Olivetti me encargó reclutar jóvenes brillantes para sus filiales en el extranjero. Vivimos unos meses en Dinamarca, en Portugal, en Frankfurt y luego en Holanda, donde la Olivetti había comprado una empresa. Y allí la crisis fue enorme. Me encontré haciendo de jefe de personal, despidiendo a la gente, echándola. Pasamos momentos muy duros, y creo que mamá hasta se llevó un buen corte cuando dijo: «¿Por qué no lo dejas y te haces periodista? Es

lo que te gustaba», y yo le contesté: «¡Sí, claro!, ¿y por qué no me hago presidente de la República?».

Había perdido la confianza en mí mismo.

FOLCO: ¿Ser periodista te parecía un sueño imposible?

TIZIANO: Imposible, sí. ¿Cómo iba a introducirme en el mundo del periodismo? No conocía a nadie. Mamá me decía: «¡Hazlo, inténtalo!», porque me veía infeliz. Pero eso significaba renunciar a un sueldo y volver a empezar de cero. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo?

Precisamente en aquellos años estábamos construyendo esta casa en

Orsigna. Y quizá fue el aspecto *mágico* de esta casa lo que me devolvió la confianza. Habíamos conseguido hacerla porque ahorrábamos todo lo que podíamos y más. Si íbamos a tomar un café, siempre esperaba que pagaran los otros, todo lo contrario de lo que he hecho después. Invertía el dinero en comprar otra silla, una cama... «Pero, bueno, ¿tienes dinamita en los bolsillos o qué?», decía Pasini, el simpático administrador de la Olivetti en La Haya.

Después se presentó la ocasión de ir a Sudáfrica. Estaba previsto que fuera un viaje breve, para visitar las filiales de Ciudad de El Cabo, Durban, Port Elizabeth y Wilderness, pero estuve

varias semanas. Y allí, por primera vez, escribí, o sea, me sentí periodista. ¿Te imaginas? Era joven, era de izquierdas, estaba en África, un continente nuevo, ¿qué me importaba a mí la Olivetti?

Nada más aterrizar en Johannesburgo, agarré una máquina fotográfica y recorrí toda Sudáfrica solo, tomé la Garden Road y fui hasta Botswana, hasta Lesotho, hice cosas maravillosas con cargo a la Olivetti. Me interesé inmediatamente por el *apartheid*, y fue allí donde me detuvieron por primera vez. Una noche, unos que ahora comprendo que estaban próximos al Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela, me

dijeron que fuera a cierta estación de tren, a la que llegaban a riadas los negros que trabajaban en las minas de oro; yo, sin pensármelo dos veces, fui. Era blanco como la leche, empecé a hacer fotos, y al cabo de unos minutos cuatro policías altos y fornidos me trincaron y se me llevaron.

Lo más gracioso es que al día siguiente tenía una cita con el primer ministro Verwoerd como representante de la Olivetti, que tenía fábricas y establecimientos en Sudáfrica. Entré en su despacho en actitud desafiante, como es habitual en mí con las autoridades, y dije: «¡Extraño país el suyo! Ayer, cuatro policías me detuvieron y me

metieron en un calabozo».

Él contestó: «¿Ah, sí? ¡Pues no sabe lo afortunado que es! Cuando yo era ministro del Interior y necesitaba dos policías, muchas veces no conseguía encontrar ni uno solo. ¡Y usted ha encontrado cuatro!».

Pasé en Sudáfrica varias semanas, hice muchísimas fotos, recopilé documentos. De vuelta en Ivrea, sufrí lo indecible, porque al salir del trabajo intentaba escribir una serie de artículos sobre el *apartheid* en Sudáfrica, pero me resultaba difícilísimo, era la primera vez. Por fin logré acabar esos textos y un día fuimos al quiosco de prensa y vimos que *L'Astrolabio* había publicado

«África dividida», de TIZIANO Terzani, con fotografías mías y todo. Estaba tan contento que mamá y yo lo celebramos en un buen restaurante del Canavese. Estábamos alegres porque por fin veíamos la apertura a otra cosa, la posibilidad de que dejara de ser un empleado.

Los artículos dieron mucho que hablar y aquello supuso para mí un gran éxito. Pero también provocaron un gran conflicto con la embajada de Sudáfrica en Roma, que se dio cuenta perfectamente de que yo había ido a ver al primer ministro «con motivaciones falsas», es decir, como empleado de la Olivetti, cuando en realidad lo había

entrevistado para publicar después todo lo que me dijo. Al parecer, se exigía mi dimisión. Pero la Olivetti, empresa de izquierdas abierta al mundo, liberal, evidentemente no podía ceder a la presión del gobierno sudafricano y me libré.

Entonces empezó mi colaboración con *L'Astrolabio*.

FOLCO: ¿Así entraste en el periodismo?

TIZIANO: No, aún no creía que pudiera salir adelante. Pero fue entonces cuando nació la hipótesis de recuperar la estima añadiendo otro estudio a los de Escuela Normal-Leeds para poder presentarme de nuevo en el mercado con

algo que los demás no tenían: chino.
¿Quién sabía chino entonces?

Quería ir a China, pero no era nada fácil encontrar el camino que pudiera llevarme. La suerte me permitió dar con él.

FOLCO: ¿Fue realmente la suerte?

TIZIANO: Bueno, sucedió una cosa increíble. Me habían ascendido a cazatalentos con la tarea de ir por el mundo en busca de «jóvenes brillantes» para que la Olivetti los contratara. Sólo te diré que, en el plazo de un año, todos los que contraté se marcharon, porque los elegía a todos como yo.

En 1966 me enviaron a un encuentro de jóvenes directivos europeos que se

celebraba en la universidad Johns Hopkins de Bolonia, donde se hablaba de Vietnam. Y yo, que debería haber estado callado y ver si había alguien inteligente para reclutarlo, me levanté y pronuncié un furibundo discurso antiamericano. Al finalizar el acto, un señor se me acercó y dijo: «Perdone, pero ¿por qué es usted tan antiamericano?».

Mi respuesta determinó mi vida: «Quizá porque no conozco América. No he estado nunca».

«¿Quiere conocerla?».

Así fue como obtuve la beca de dos años que me cambió la vida. ¿Es posible que la vida esté determinada por una

respuesta? En mi caso, la mía lo estuvo.

Nueva York

*Hemos
traído de
Floencia,
donde hay
armarios
llenos de
fotografías
en blanco y
negro,
algunas
cajas que a
papá le
gusta ahora
revisar. Le
recuerdan
muchos
episodios de*

*su vida.
Cuando
llego, está
mirando sus
fotos de
China.*

TIZIANO: En la vida hay un camino, y lo gracioso es que no te das cuenta hasta que ha acabado. Vuelves la mirada atrás y dices: «¡Anda, mira! Hay un hilo». Cuando vives, no ves el hilo, pero está. Porque tú crees que todas las decisiones que tomas, todas las elecciones que haces, están determinadas por tu libre albedrío, pero eso también es una patraña. Están determinadas por algo de tu interior que

es ante todo tu instinto, y también quizá por algo que tus amigos indios llaman el *karma* y con el que lo explican todo, incluso lo que para nosotros es inexplicable. Quizás ese concepto tiene algún fundamento, porque en nuestra vida hay cosas que sólo se explican con la acumulación de méritos o culpas en vidas anteriores.

FOLCO: ¿Hay cosas que incluso al final de una vida no se explican?

TIZIANO: Creo que sí. Eso me parece. Pero miro la mía y digo: «¡Vaya, hay un hilo!». Quiero decir que intento ser abogado, y escapo como un ladrón. Intento ser directivo en una gran empresa como la Olivetti, con un sentido

social y todo lo que me gustaría, y... no sueño más que con escapar, es una obsesión. Cinco años tardé en escapar, hasta que encontré mi camino, el que me parece que ha sido mi camino. El que tiene un sentido. ¿Ves el sentido? Era directivo en la Olivetti, fui a una conferencia donde se hablaba de Vietnam...

FOLCO: Y te concedieron una beca para estudiar en Nueva York. Pero ¿cómo los norteamericanos eligieron a alguien de izquierdas como tú?

TIZIANO: Me entrevistó un señor que reclutaba para la Harkness Foundation jóvenes europeos con los que los norteamericanos podrían contar en el

futuro y a quienes llevaban a Estados Unidos para un proceso de americanización.

Era evidente, ¿no? Eran los tiempos en que Estados Unidos intentaba congraciarse con la izquierda italiana, con la izquierda europea, en realidad. Y si miras a tu alrededor, ves que se les daba muy bien identificar al que sería un futuro líder, en pocas palabras, al que ejercería una función de vanguardia en nuestras sociedades. Todos los años captaban a cinco o seis personajes de éstos en cada país y los llevaban a Estados Unidos para americanizarlos. Piensa que estuve yo, había estado Lim Chong Keat, de Singapur, que más tarde

se convirtió en uno de los grandes arquitectos de Asia; William Shawcross, luego autor de *Sideshow*, uno de los libros más importantes sobre la guerra de Indochina; Giorgio La Malfa, el líder del Partido Republicano de Italia, y muchos, muchos otros que ahora no recuerdo. Todas personas que en gran parte han llegado a ser alguien en su sociedad. Lo curioso es que todos los italianos, salvo un par, se volvían más de izquierdas que antes. Conmigo llegó uno muy simpático, que actualmente está en un instituto de Nápoles y se hizo revolucionario en Estados Unidos porque pilló un cabreo tremendo.

FOLCO: ¿Qué os ofrecían?

TIZIANO: Nada más llegar, te daban un sueldo y un coche, y podías estudiar lo que quisieras y donde quisieras. Desgraciadamente para quien me había elegido, yo, en vez de americanizarme, me fui a la Universidad de Columbia, en Nueva York, y me dediqué a estudiar chino y a China con los gastos pagados por ellos.

Fui a Estados Unidos con cierta curiosidad. Pero si más adelante China nos desilusionó, porque el paraíso de los trabajadores era un infierno y mi sueño de estudiante era su pesadilla..., Estados Unidos resultó ser un país espantoso. Yo vivía bien, sí, desde luego, me pagaban, tenía coche, pero si

miraba a mi alrededor..., estábamos a dos pasos de Harlem, el barrio de los negros..., veía una sociedad profundamente racista, altamente injusta y muy violenta.

FOLCO: ¿Racista con quién?

TIZIANO: Con las minorías, y sobre todo con los negros. Cuando yo llegué en 1967..., ¡madre mía!, la situación de los negros era realmente tremenda.

Con las primeras personas que entablamos relaciones fue con los negros. Mamá se ocupaba del teatro de los revolucionarios negros y establecimos contacto con los Black Panthers, nos hicimos amigos de Carmichael. Pero también ellos nos

desilusionaron, porque el líder de los Panteras Negras nos pidió que le consiguiéramos unos mocasines hechos en Florencia. Buscábamos unos revolucionarios y encontrábamos a esos mequetrefes. Que, por cierto, continuaron siéndolo, y por eso los blancos se los zamparon vivos.

Sí, Estados Unidos es endémicamente racista, es un país endémicamente injusto, discriminatorio. Su sistema es así. Lo dicen muy claro los indios americanos, los viejos pieles rojas: «Cada vez que ganábamos nosotros, era una matanza; cada vez que ellos masacraban a mujeres y niños, era una victoria».

Y siempre ha sido así. Los blancos llegaron a ese continente convencidos de que se lo había confiado Dios, de que tenían todo el derecho a seguir adelante, con independencia de las matanzas que hubiera que cometer, con independencia de los obstáculos que hubiese que eliminar, hasta llegar al Far West, que era suyo por derecho divino. Y esa historia continúa. La llevan dentro. Todas las declaraciones, el *Bill of Rights*, ¿de qué sirven? ¡De nada! La práctica es ésta. En la sociedad estadounidense hay algo profundamente enfermo, existe esa pretensión de estar ungidos por Dios que te lo permite todo. No hay de verdad respeto hacia el

prójimo. No lo hay, no, no lo hay. Y la historia de las torturas de ahora en Irak es sólo una muestra de ello.

Actualmente, Estados Unidos es tan discriminatorio como lo ha sido siempre. Siempre, siempre. Aun habiendo representado, con todas sus mentiras, la libertad para los que van allí y que haciendo uso de la libertad prosperan, es un país de una gran injusticia social. En resumidas cuentas, yo lo veía así. La visión que mi generación tuvo de Estados Unidos era negativa, mientras que hoy en día se tergiversa todo y ya no se puede decir nada porque te sueltan: «¡Lo que pasa es que tú eres antiamericano!», como si

fuera una blasfemia.

Además, aquéllos eran los años de los grandes enfrentamientos entre los negros y los blancos y la policía. A nuestro amigo Shaw Sinming, por ejemplo, lo conocimos huyendo de la policía, que nos seguía por el campus de la Universidad de Columbia. A mamá le costaba correr porque estaba embarazada de ti, y estaba aquel chino con el que nos solidarizamos y del que después nos hicimos amigos.

Tú estuviste a punto de nacer en Cuba, FOLCO, porque yo no quería tener un hijo nacido en territorio estadounidense, y ya nos habíamos puesto en contacto con el representante

cubano en las Naciones Unidas para conseguir dos visados e ir a tenerte a La Habana.

FOLCO: Pero al final nací en Nueva York. Queríais ponerme Mao, ¿no? Menos mal que el empleado del registro dijo que no podía aceptar ese nombre...

TIZIANO: ... y te libraste.

Todos los norteamericanos con los que entablábamos amistad eran de izquierdas. Muchos se convirtieron después en auténticos revolucionarios y acabaron mal. Un gran intelectual, muy simpático, se suicidó, porque éstos soñaban con el Che Guevara. Una mujer, Carol Brightman, nuestra queridísima amiga, llegó a ser jefa de las «mujeres

del tiempo». Otro gran amigo nuestro era John McDermott, que dirigía *Viet-Report*, el periódico más antibelicista de Estados Unidos. Y también J. J. Jacobs, que acabó en la cárcel por poner bombas.

No olvides que eran tiempos en que la visión capitalista y dictatorial norteamericana devastaba el mundo, los años más terribles de la política estadounidense en América Latina, donde recibían apoyo las más horribles dictaduras, donde Estados Unidos imponía su voluntad como si fuera el patio de su casa, sin ningún respeto por los pobres de aquellos países; donde Estados Unidos financiaba, pagaba,

adiestraba escuadrones de la muerte para hacer desaparecer a todos aquellos que se oponían a la visión estadounidense, como sucedió hasta la época de los gobiernos militares en Argentina y de Pinochet en Chile.

Y mientras estábamos en Nueva York, mataron a Che Guevara. Mamá y yo, lo recuerdo como si fuese ahora, estábamos en la biblioteca de la Universidad de Columbia cuando leímos en el *New York Times* que habían liquidado a Che Guevara.

FOLCO: ¡Cuántas cosas pasaron en aquellos años!

TIZIANO: Era un momento histórico interesante. Nosotros estábamos en

Nueva York en 1968. París ardía, la revolución estaba en las calles, Cohn-Bendit atizaba el fuego, había enfrentamientos entre estudiantes y policía todos los días. El lema era: «¡La imaginación al poder!». Para un joven, eso era una gran inspiración, ¿sabes? Es lo que hoy en día falta. Siento cierta compasión, cierta conmiseración por los jóvenes que no tienen nada en qué creer, que no tienen un ideal por el cual comprometerse, hasta el extremo de que se vuelcan en el fútbol, en la moda, en el motociclismo, en el deporte. Pero ¿tú puedes concebir que el alma de un joven, las esperanzas de un joven deban estar ligadas al amor por un equipo de

fútbol? Hay algo que no funciona. Piensa que entonces, en cambio, había jóvenes unidos por el amor a Che Guevara. Puedes considerar que el Che era un político justo o que estaba equivocado, pero había algo grande en él.

FOLCO: ¿Por su compromiso social?

TIZIANO: Y porque buscaba la justicia. Miraras hacia donde miraras, veías que el mundo era injusto, muy injusto. Así que la idea de que alguien luchara contra esas injusticias era fascinante.

FOLCO: ¿Por qué estabas tan interesado en estudiar China?

TIZIANO: Buscaba una alternativa al mundo occidental, o sea, buscaba un

modelo que me parecía que debía de ser distinto, y si lo mirabas sobre el papel, cosa que debíamos hacer porque sólo leíamos los textos de Mao, China lo era.

Pero lo que resulta importantísimo comprender, también para explicar los errores de perspectiva que uno puede haber cometido, es esto: yo estudiaba China en la Universidad de Columbia, que era el mayor centro de estudios chinos del momento, con los mejores expertos en ese país. Debes imaginar el período, tanto político como ideológico. Los chinos tenían una maquinaria propagandística increíble que se había puesto en marcha después de 1949, por lo que había montones de documentos

que leer, textos, el *Libro Rojo* de Mao, ¡había una barbaridad de material para digerir! Y para mí, los dos años en Nueva York fueron una orgía de estudios del sueño de otra sociedad, de una sociedad distinta. Y en muchos sentidos, sobre el papel al menos, lo era.

En aquellos tiempos, China tenía un modo extraordinario de presentarse al mundo. Los miembros de las delegaciones que llegaban a Occidente vestían todos igual, todos eran muy serios, todos estaban muy comprometidos; las revistas publicadas en Pekín en todas las lenguas, como la *Peking Review* o *China Reconstructs*, eran extraordinarias, con fotos en color

y descripciones de un mundo nuevo. Si venías de un Occidente materialista, ligado al beneficio, donde todo era dinero, allí parecía que hubiese una sociedad en la cual, en medio de una jornada de trabajo, los obreros de las grandes fábricas dejaban de trabajar para hablar de Confucio en el curso de la nueva campaña política contra el confucianismo. Interesante para mí, que venía de la Olivetti, que había intentado hacer algo similar con su empresa de máquinas de escribir, ¿no? Si piensas, en cambio, en una fábrica como la FIAT, donde todos estaban haciendo bum-bum-bum... Parecía *Tiempos modernos* de Charlie Chaplin.

La China que se nos describía en el papel era una China donde los obreros no trabajaban para ganar dinero. Había, desde luego, cartillas con puntos que les permitían comprar cosas, pero uno de los componentes de la retribución era el incentivo *moral*. Esa visión de un hombre nuevo, porque nuevo debía ser el hombre que no trabajaba sólo por dinero sino porque estaba comprometido con una gran causa, era por fuerza fascinante. Tú eras un modelo para el pueblo y trabajabas porque querías construir un nuevo país. Y es preciso decir que en parte lo hicieron de verdad, lo vimos nosotros también cuando por fin fuimos a vivir allí. Con

consecuencias trágicas y miserables, sí, pero la gente había creído en eso. La gente fue a trabajar a los campos petrolíferos de Daqing en condiciones terribles, durmió en agujeros excavados en la nieve para construir los pozos petrolíferos que debían proyectar a China hacia el futuro. Y no lo hicieron porque les pagaran más que a los que trabajaban en las fábricas, sino porque era un honor trabajar por el progreso de China.

FOLCO: Realmente una nueva sociedad.

TIZIANO: Sí, el maoísmo se había planteado verdaderamente el problema de crear una sociedad en la que las

injusticias estuvieran bajo control y que garantizara una vida decente a un pueblo que desde siempre era muy pobre. Si te fijas en lo que hacía Mao, te das cuenta de que no era tan tonto, ¿no? Todos comían, porque estaba lo que se llamaba «el bol metálico de arroz»: ibas a la comuna y a diario había para ti un plato humeante de arroz con algo de verdura. Para los campesinos, que durante siglos habían muerto víctimas de la carestía y del hambre, eso suponía una gran conquista.

Aquellos chinos, todos vestidos de azul, todos con la misma gorra y los mismos zapatos, provocaban la sonrisa. Pero piensa lo que eso significaba. Mira

simplemente mis fotografías y verás que en los lugares más pobres, Mao había conseguido dar a cada uno el mínimo necesario. Cuando llegamos a China y quisimos comprarnos nuestros pantalones chinos de algodón, también tuvimos que ir a hacernos la cartilla de puntos. Y no podíamos comprar veinte pantalones simplemente porque éramos ricos, sólo podíamos adquirir uno o dos. Y el hecho de garantizar a un pueblo que trabajaba, a los obreros de las fábricas, a los campesinos, aquellas espléndidas chaquetas acolchadas, unos pantalones y una chaqueta de esas azules, feas, de acuerdo, pero decentes, una gorra y unos zapatos, en muchos casos

desgraciadamente de algodón, así que se mojaban, eso ya era dar mucho.

La aspiración, además, era comprarse «los tres movimientos»: el reloj, la bicicleta y la máquina de coser. En resumen, era una sociedad en la que nadie quería un Mercedes porque sólo habrían podido tenerlo unos pocos.

Todo eso era fascinante para personas como yo. Hasta el punto de que, tengo que confesártelo, entre mis papeles encontrarás, si buscas un poco, unas hojas amarillas escritas a máquina con una Lettera 22 que debían convertirse en un libro sobre Mao que, afortunadamente, nunca publiqué.

FOLCO: ¡Eso no lo sabía!

TIZIANO: Era un elogio de Mao.

Ahora bien, que te quede claro esto, lo repetiré hasta la saciedad: yo nunca he sido maoísta, nunca he formado parte de ningún grupo, de ningún partido. Sin embargo, estaba fascinado por esa idea, especialmente vista desde fuera. Pero, como he dicho, si lees a Mao..., porque la Historia es terrible, machaca a sus protagonistas..., ves que era un gran poeta, un gran estratega... y también un gran asesino. Él también cometió grandes errores. Un error lleva a otro, pero, en definitiva, si lees el *Libro Rojo*, del que después nos hemos leído, descubres que es un texto interesantísimo, es una pequeña Biblia.

Para un hombre del campo chino que apenas sabe leer, ese librito contenía toda una serie de indicaciones, de verdades, de consoladoras visiones de la vida en las que él tenía un papel.

Visto desde la Universidad de Columbia, en cuyas salas yo estudiaba esos textos mientras fuera había una gran revuelta contra la guerra de Vietnam, revuelta en la que también participé, la fascinación que ejercía el maoísmo es comprensible. Cuando más tarde estalló en China la Revolución Cultural, que acabó resultando una gran tragedia, con víctimas, terribles matanzas y todo lo que quieras, teóricamente, leyendo los libros, pareció algo interesantísimo.

Sobre el papel..., repito, son los años de la protesta juvenil, de la revolución de la imaginación en Francia..., todo eso tenía sentido, era lo que me interesaba. Y el libro que había escrito era un himno a esa locura de Mao, a su tentativa de construir el hombre nuevo y una nueva sociedad.

Así y todo, no estaba convencido, y eso ya te indica que nunca he sido un sectario. Cuando volvimos a Italia, contigo, que tenías tres semanas, fui a ver a los de La Nuova Italia, que se mostraron dispuestos a publicar el libro. Pero cambié de opinión. No lo publiqué. En lugar del libro, escribí un análisis, que en conjunto no estaba mal, de lo que

quería decir Revolución Cultural. Porque era una revolución en muchos sentidos. Un país campesino, todos van vestidos igual, los soldados igual que los campesinos, con la única diferencia de que, en vez de azul, la ropa es verde, pero no hay grados, no llevan galones.

FOLCO: ¡Ah!, ¿no había grados?

TIZIANO: No, aunque los oficiales llevaban una pluma en el bolsillo superior de la guerrera porque sabían escribir y se los reconocía por eso. La guerra de Corea se libró sin que los norteamericanos supieran quiénes eran los oficiales, por lo que se veían en grandes aprietos cuando capturaban militares. Zapatos iguales, ropa igual,

todos con una estrella roja en la gorra... Y así era un poco todo el país. ¿Cómo podías no sentirte fascinado?

Esto te ayuda a entender mi viaje. Porque soy curioso, porque soy periodista, no fue una casualidad que estudiara chino. No me importaba nada más. Quería ir a ver ese mundo, quería ir a China.

En aquella época, en Estados Unidos no había ni un solo diplomático o representante de la República Popular China. Así que mamá y yo hicimos viajes increíbles a Canadá, que, como era un poco más independiente, tenía en Montreal una sede comercial, no diplomática, dirigida por el antiguo

secretario de Zhou Enlai. Fuimos a verlo y le suplicamos de rodillas que nos enviara a China a enseñar italiano, a trabajar de cocineros, de lo que fuese. No hubo manera.

FOLCO: ¡Te lo hicieron sudar!

TIZIANO: Allí, en Estados Unidos, me convertí también en un verdadero periodista, en el sentido de que todas las semanas escribía artículos larguísimos, que están arriba, en el desván, para *L'Astrolabio*, aquel maravilloso semanario de la izquierda independiente dirigido por Ferruccio Parri.

Ferruccio Parri, que había sido partisano, una gran figura, me ayudó mucho cuando yo todavía titubeaba en la

Olivetti y escribía aquellos artículos sobre Sudáfrica que salieron precisamente en su publicación. Él me estuvo agradecido, me recibió en el Senado cuando iba a marcharme a Estados Unidos y me dijo: «Escribe, por favor, estaré encantado». Y, durante dos años, cada semana escribí sobre Estados Unidos, sobre las elecciones, los negros, las protestas contra la guerra de Vietnam, la marcha sobre Washington y los asesinatos de Robert Kennedy y Martin Luther King.

Quiero destacar una cosa que me interesa: el sentido del periodismo. Para mí, el redescubrimiento del periodismo empezó con aquellos primeros artículos

sobre Sudáfrica que tantos esfuerzos me costaron, porque trabajé muchísimo para escribir unas pocas líneas. Me daba cuenta de la importancia de ese tipo de comunicación, de modo que aquella visión del periodismo que había tenido de jovencito, a través del periodismo deportivo, como de una cosa bastante inútil hecha por fracasados, experimentó un gran cambio cuando empecé a escribir de cosas que me importaban, en concreto de la injusticia. Me parecía que el periodismo permitía un tipo de acción muy adecuada para mí, sin contar con que significaba viajar, cosa que siempre me había gustado.

Pero había algo importante en *hacer*

periodismo. Debo decir que en eso Estados Unidos fue decisivo para mí, porque al estudiar China me di cuenta de la importancia del periodismo. Viviendo en Nueva York y con la lectura de ese espléndido periódico que era entonces el *New York Times*, y que en parte ha seguido siendo, me daba cuenta de la enorme importancia que en la formación de la opinión de la gente tiene quien escribe, quien, por haber comprendido un poco más y ser los ojos y los oídos del lector, dice cosas a las que éste no llegaría solo.

Para mí, Nueva York fue en este sentido realmente vital. ¡Piensa que fui a hacer prácticas al *New York Times*! Yo

no estudiaba periodismo. Estudiaba China, chino, ciencias políticas, pero sentía una atracción enorme por el periodismo. Y allí, en Estados Unidos, leyendo la prensa norteamericana, por la que he sentido un enorme respeto, nacieron mis héroes. Porque ése es uno de los aspectos más hermosos, más generosos, más inteligentes, más fuertes de la sociedad norteamericana: esa libertad de expresión, esa falta de respeto por el poder que después de todo se identificaba con mi visión ácrata de las cosas.

Recuerdo, por ejemplo, que leía con auténtica devoción a hombres como James Reston y Walter Lippmann, que

atacaban el poder como tal, «la arrogancia del poder», como se decía entonces. Me identificaba con eso. Y sentía que había allí espacio para mí, lo veía como una especie de misión.

Así que un día fui al *New York Times*. Me presenté: «Soy estudiante de la Universidad de Columbia, bla, bla, bla...», y pedí pasar una semana con ellos. Pasé una semana maravillosa, porque me pusieron a trabajar, a hacer un recorrido por la sección de actualidad y luego por la de internacional, y allí hice un descubrimiento fantástico. Era consciente de que me resultaba difícil escribir, de que tenía verdadera

dificultad para redactar, una dificultad que en parte he seguido teniendo toda la vida. Entonces descubrí que en la redacción había una puerta que por la tarde siempre estaba cerrada y pregunté: «¿Quién está ahí?». «¿Ahí? James Reston». James Reston se pasaba cuatro, cinco, seis horas encerrado en aquella habitación para escribir sus 120 líneas. ¡Caramba! Si aquel hombre que, cuando lo leías por la mañana, parecía que hubiera escrito la cosa más sencilla, más sosegada, menos trabajosa del mundo, tardaba cinco o seis horas en escribir su columna, eso me consolaba muchísimo.

Viviendo en Estados Unidos, estudiando China, leyendo a los

clásicos, me enamoré, me convertí en un admirador incondicional de un hombre que realmente ha sido muy importante en mi vida en lo tocante a mitos: Edgar Snow. Leí todo lo de Edgar Snow. No sólo *Estrella roja sobre China*, un libro del que un hombre que aspira a ser periodista como yo soñaría con escribir aunque sólo fueran veinte páginas en toda la vida. Antes de ir a China leí sus artículos, leí sus viajes por la India... Un hombre extraordinario que también veía su trabajo como una gran misión: la de hacer comprender a Estados Unidos un mundo lejano e incomprensible. ¡Imagínate! ¡Hacer que los norteamericanos de 1940, de 1945,

comprendieran Asia, comprendieran a Mao!

Constituyó un fracaso terrible para él, porque los norteamericanos nunca intentaron comprender a Mao. Si lo hubieran hecho, la historia del mundo habría sido muy distinta, como también lo habría sido en muchos aspectos la de China. En cambio, se empeñaron en defender a Chang Kai-shek, el líder de los nacionalistas, que tenía en la manga un as del que carecían los comunistas: su mujer, una *starlet* que hablaba inglés, era guapa, pertenecía a la alta sociedad y fascinaba a los norteamericanos. Eso hizo prevalecer las simpatías norteamericanas por Chang Kai-shek en

un sentido anticomunista.

Después me he dado cuenta de que Edgar Snow ha sido una gran motivación en mi vida. Podía ser de gran ayuda para la sociedad hacer periodismo como él, al margen de las reglas del poder, al margen de los esquemas habituales, en busca de esa verdad que sólo más tarde, de mayor, me he dado cuenta de que quizá no existe, pero que entonces era muy importante para mí. Cuando empecé a escribir para *Der Spiegel*, que en Alemania leían seis millones de personas..., ¿sabes?, escribes una cosa en vez de otra y haces que la opinión pública cambie..., aquello me parecía una gran misión.

Intermedio

*Llovizna
y estamos
sentados en
la gompa, la
casita de
madera de
papá
decorada
con
imágenes
tibetanas.
Encima de
su cama hay
un cuadro
que
representa a
Mahakala,*

*el Gran
Negro,
símbolo de
la muerte.
Mamá llega
con un plato
de patatas
humeantes.*

TIZIANO: Gracias, Angelina. Ya no soy capaz de hacer nada. ¡Hasta pelar una patata me cuesta!

*Papá aliña con un poco de aceite y
parte una con el tenedor.*

TIZIANO: Ésta está dura como una piedra. Cómetela tú. ¡Está dura!

ÁNGELA: ¿Está dura?

TIZIANO: ¿No es posible comer patatas normales, bien cocidas?

ÁNGELA: Bueno, TIZIANO, prueba ésta... Son patatas de Orsigna, harinosas por fuera y duras por dentro.

TIZIANO: Hummm...

*Papá no
se
encuentra
bien hoy. Ha
dormido
poco y el
estómago,
hinchado,
le produce
molestias.*

FOLCO: No hace falta que

trabajemos hoy. A lo mejor más tarde, hacia las cuatro o las cinco, podemos retomar el hilo. O nos quedamos charlando tranquilamente del universo, de lo que vaya saliendo, sin que haya nada establecido.

TIZIANO: Hummm..., exacto, tranquilamente.

ÁNGELA: La alternativa...

TIZIANO: No hay alternativas. La alternativa es estar callados.

Reímos.

FOLCO: Habrás observado que ya no recibes llamadas.

TIZIANO: Sí, estupendo. Se está muy

bien en silencio.

FOLCO: Las recibo yo, y soy muy hábil. «No, TIZIANO no está. Se ha retirado en sí mismo... No, no sé durante cuánto tiempo, quizá unos meses, quizá más... No habla con nadie. No, no me deje su número porque no le llamará».

Reímos. Papá se come otra patata orsignana, también malísima según él.

TIZIANO: Cuéntame algo. Contadme historias, entretenedme. ¡Yo os he entretenido muchas veces!

Mamá ríe.

FOLCO: Papá, ¿no quieres más?

TIZIANO: No. Tengo escalofríos en la espalda... Y tú no te pones ni una camiseta de tirantes, ¿eh? ¡Claro, él es un asceta, un *sadhu*!

ÁNGELA: Nosotros vamos mucho más abrigados que tú, FOLCO.

TIZIANO: Pero nosotros no somos *sadhu*. Somos unos simples pringados.

FOLCO: *Sadhu no cold!*

Reímos.

Lo decía mi amigo Kalu Baba cuando iba a pie por la nieve desnudo. Habría que aprender de él. *Sadhu no*

cold es una de sus reglas. El *sadhu* nunca debe tener frío, pues en el fondo eso es sólo una ilusión.

TIZIANO: Ya, y la pulmonía es también una ilusión.

FOLCO: No, pero iban de verdad a caminar por las montañas cubiertos sólo con una manta fina.

ÁNGELA: Nuestros frailes también iban bastante poco vestidos. Los curas, en cambio, llevaban gruesos abrigos.

TIZIANO: Mmm... ¡Madre mía, qué escalofríos en la espalda!

ÁNGELA: ¿De verdad tienes escalofríos?

TIZIANO: Estaría bien tener una película bonita y ponerme a verla

tranquilamente.

ÁNGELA: TIZIANO, come manzanas asadas. Todavía están un poco calentitas.

TIZIANO: ¿Pero no hay una película bonita?

FOLCO: *La reina Margot* lo es.

TIZIANO: ¿Quién era la reina Margot? ¿Hay muertos?

FOLCO: Sí, un montón.

TIZIANO: Ah, entonces es para mí.

FOLCO: Trata de la mayor masacre que ha tenido lugar en Francia, o sea que mira si hay muertos. En el siglo XVI. Por eso es buena.

Mamá, irónica, se frota las manos.

ÁNGELA ¡Mmm...!

TIZIANO: Es buena, pero no para ti, Angelina. Tú no puedes entenderla porque nunca entiendes quién es el asesino.

FOLCO: Los asesinos son los católicos y los protestantes.

TIZIANO: Claro.

FOLCO: Es una buena película, se puede ver. Incluso ha ganado premios.

TIZIANO: Ay, ay...

Finge hablar a alguien que está fuera.

Mamá, voy para allá, ¿eh?
¡Espérame! Pero ¿estará el abuelo?

FOLCO: ¿En el más allá? Así podrás repasar con él la historia de la familia.

Papá se parte de risa.

TIZIANO: ¿A dónde puñetas ha ido a parar mi abuelo?

FOLCO: Yo también tendría algunas preguntas que hacerle. A veces no me aclaro con la descendencia. Podríamos repasarla con él.

ÁNGELA: ¿Cómo?

FOLCO: Te diriges a uno y le preguntas: «¿Quién era tu padre?». Y así te remontas hasta el mono.

TIZIANO: Ay, ay...

ÁNGELA: ¿Qué te apetece, TIZIANO?

TIZIANO: ¿Estará también mi padre?

Por cierto, ¿qué pensáis hacer con mi cuerpo?

Termino de masticar.

FOLCO: Quemarlo en el jardín.

TIZIANO: Eso sería magnífico, pero no podrás hacerlo. Te detendrían en el acto.

FOLCO: Se hace una hoguera...

TIZIANO: ¡Qué bonito! En el río.

ÁNGELA: ¡Madre mía!

FOLCO: Luego tú te sientas en un árbol y te quedas mirando.

TIZIANO: Hummm... Pero ¿qué queréis hacer? ¿Una ceremonia? No, no

tiene ninguna gracia.

FOLCO: Di tú lo que quieres. Al menos hasta ahí puedes decidir tú, ¿no?

TIZIANO: Es cosa vuestra.

FOLCO: No, eso todavía es asunto tuyo. El cuerpo es tuyo.

TIZIANO: No, no. La ceremonia sirve para «gestionar el dolor».

Reímos. Mamá le ofrece más patatas.

FOLCO: Recuerdo el funeral más extraño de mi vida...

TIZIANO: ¿De quién?

FOLCO: De aquel periodista francés que se meaba encima.

TIZIANO: Ah, ése... ¿Tú fuiste?

FOLCO: Todos desfilaban por delante del ataúd abierto y miraban dentro. Y cuando me tocó a mí..., era joven..., de repente me entró la risa. Me tronchaba al verlo allí, con aquella cara de palo. No sabía dónde meterme. Tuve que salir corriendo para no dar la nota. Y, mientras tanto, durante aquella ceremonia supersolemne, los demás desfilaban por delante de él, todos en silencio, con cara...

TIZIANO: ... de circunstancias.

FOLCO: Y yo a duras penas conseguía contener la risa. Sí, había sido un hombre encantador, pero metido allí, en aquella caja, mirándome de aquel modo, parecía un sapo.

Reímos todos.

TIZIANO: A mí me gustaría desaparecer. ¡En serio! Nadie se entera de nada. Al cabo de un mes, alguien telefona y pregunta: «¿Cómo está TIZIANO?». «Ah, ¿no lo sabías? Dejó su cuerpo hace un mes».

FOLCO: ¿Sabes que, si de verdad quieres hacer ese fundido, hay un sistema?

TIZIANO: ¡Pues dímelo, venga!

FOLCO: El de los lamas tibetanos. Es un sistema fantástico. Se sientan y permanecen inmóviles en la posición del loto, con los ojos entornados, y nadie se

entera de cuándo se van.

Reímos.

Cuando vivía con ellos en aquel monasterio tibetano de Francia, me contaron la historia de un viejo lama que, después de morir, había permanecido sentado dos semanas, sin caerse, antes de que se lo llevaran. Era una situación comprometida, porque según la ley francesa es ilegal dejar un cuerpo tantos días sin enterrar. Pero llegó el inspector de la policía local y en seguida se dio cuenta de que se trataba de un caso muy particular, porque aquel lama, aunque según los

médicos estaba muerto, no se comportaba exactamente como un cadáver: todavía tenía la cabeza erguida y se percibía con mucha fuerza su presencia en la habitación. Así que lo dejaron allí hasta que hubiera acabado de meditar.

TIZIANO: Yo también lo he descrito en mi libro *Un altro giro*. En Koh Samui, Goenka se quedó así. Sólo le pusieron las gafas porque tenía los ojos extraviados...

Nos reímos todos.

... ¡y desde entonces el tipo está allí, sentado en un relicario, con las gafas de

sol!

La risa casi no le deja terminar la historia.

ÁNGELA: ¡Son increíbles!

TIZIANO: Sí, sí, pero es una hipótesis que me gusta mucho. El problema es que si tengo dolores será un cacao.

FOLCO: Lo importante es no tener dolores, porque te distraen. La clave para soslayar los dolores es desligarse del cuerpo y ser su observador.

TIZIANO: Sí, claro.

FOLCO: Sé que, cuando te entra el dolor, debe de ser difícilísimo liberarte

de él. Pero es lo mismo que decíamos del frío. A uno de mis *sadhu* preferidos, uno que está loco de remate pero es divertidísimo, realmente un espíritu libre, uno de esos que andan por las montañas descalzos, que no tiene zapatos, no tiene dinero, no tiene proyectos, a ése le pregunté: «Pero allá arriba, en la nieve, ¿no tienes frío?». Y él contestó: «No hace frío. Hace ta-ta-ta-ta-ta». Observas la sensación y en lugar de decirte: «Ahora tengo frío, debo taparme», te dices: «Ahora siento ta-ta-ta...», como si fueran pequeños alfileres que notas bajo los pies, y entonces casi resulta divertido. Ellos hacen esos ejercicios para endurecerse

poco a poco.

ÁNGELA: Es muy bonito.

TIZIANO: Estoy de acuerdo en parte.

Esta noche, por ejemplo, tenía calambres de estómago. Sé lo que hay que hacer, ¿no? Te concentras, vas allí con la mente, te preguntas si son cuadrados, si son redondos, si son rojos, si son amarillos...

FOLCO: Ah, eso es divertido. ¿Dónde lo has aprendido?

TIZIANO: Debes preguntarte cómo es el dolor. Ese amigo tuyo dice que hace ta-ta-ta. Debes preguntarte si es cuadrado o redondo, si hace ruido, si late o no. Si tiene un color, ¿qué color es? Así te distraes un poco. Pero si el

dolor es fuerte, llega un momento en que ya no lo consigues. De hecho, estuve a punto de ir a despertarte.

ÁNGELA: ¿Y por qué no lo hiciste?

TIZIANO: No hacía falta, como ves. Fue bien, de todas formas.

FOLCO: Y los que son sometidos a torturas y no hablan, ¿cómo se las arreglan? Ayer miraba tus cajas de fotos. Al médico del Dalai Lama, los chinos le dieron una buena somanta de palos cuando lo capturaron.

TIZIANO: Ahora está completamente doblado.

FOLCO: ¿Cómo se las arregló para resistir?

TIZIANO: Ah..., la fe...

FOLCO: Si empiezas a gritar, estás perdido. Tienes que distanciarte de verdad de todo lo que te está pasando.

TIZIANO: En ese caso creo que es un poco distinto. Lo que cuenta no es tanto la psicología como la determinación del alma. ¿Sabes?, traicionar es algo muy gordo. Uno no quiere hacerlo. En Florencia, los nazis arrancaban las uñas a los partisanos para hacerles confesar, y ellos aguantaban. ¡Nada menos que arrancarles las uñas! En un sitio llamado Villa Triste.

FOLCO: Es de locos. Hace falta estar decidido a morir. ¡Qué digo! Morir es mejor.

TIZIANO: Hummmm... Por eso no te

dejan morir.

FOLCO: En Sri Lanka, los guerrilleros de los Tigres Tamil saben cómo resolver el problema, ¿no? Llevan siempre una ampollita de cianuro colgada del cuello, y cuando están a punto de ser capturados por los soldados gubernamentales, la muerden.

TIZIANO: ¿Te acuerdas de aquella historia china de un hombre condenado a la muerte de los mil cortes? Era muy bonita... La familia tenía dinero, pagó al verdugo y éste lo mató de una cuchillada y luego le hizo los cortes.

FOLCO: ¿Ah, sí?

Papá respira con cierta dificultad.

TIZIANO: Se me ha reducido el espacio de la respiración. Tengo la barriga hinchadísima.

FOLCO: Tú tienes que afrontar estas experiencias todas a la vez. A ti el dolor no te era muy familiar.

TIZIANO: Me han practicado varias operaciones, ya desde pequeño. Me han rajado muchas veces.

ÁNGELA: A ti eso te daría miedo, ¿verdad, FOLCO?

FOLCO: ¡Ya lo creo!

TIZIANO: ¿Cuándo tiene que dar a luz tu hermana?

FOLCO: De un momento a otro. El niño puede nacer en cualquier momento.

TIZIANO: Estupendo.

FOLCO: ¿Qué nombre quieren ponerle?

ÁNGELA: Nicolò.

FOLCO: Me gusta. Un nombre muy florentino.

ÁNGELA Sí, ahí está Maquiavelo.

TIZIANO: Voy a hablar con mi cuerpo. Tengo que quedarme por aquí un poco más.

ÁNGELA: ¡Sí! Que no se te ocurra irte al día siguiente del nacimiento de nuestro nuevo nieto... No, no sería una buena idea.

TIZIANO: Podría irme el día *antes* y reencarnarme en el niño.

Reímos.

FOLCO: Desgraciadamente, creo que eso sólo funciona en el momento de la concepción, no en el del nacimiento. Hemos llegado tarde.

TIZIANO: ¡Uf! Si no os importa, voy a sentarme.

ÁNGELA: Y FOLCO te pone *La reina Margot*.

TIZIANO: Perdonad, pero hoy estoy agotado.

ÁNGELA: ¿Quieres un té caliente, TIZIANO?

TIZIANO: Más tarde.

Se queda pensativo.

Date cuenta: era uno de los periodistas más importantes, dirigió un periódico, lo transformó. Y es recordado como el que se meaba encima...

Ríe.

Pero así es el mundo, ¿no?

El período de prácticas

*Durante
varios días
ha seguido
haciendo un
tiempo gris
y frío y
papá no ha
tenido
ganas de
mantener
una
conversación,
o no se ha
sentido con
fuerzas*

*para
hacerlo.*

*Esta
mañana, en
cambio, ha
asomado un
poco el sol y
ha ido a pie
al Fosso a
ver a sus
amigos
pastores,
Mario y
Brunalba.
Al volver,
llevaba en
brazos un
gatito
blanco con
rayas
marrones,*

*de pelo
suavísimo.*

TIZIANO: ¿Dónde está el gato? Yo creo que está aquí, debajo de mi chal indio, durmiendo bien abrigado. Este gatito es un encanto. ¡Míralo, FOLCO, mira, está junto a mis pies, se ha metido ahí debajo! Ahí hace un calor tremendo.

FOLCO: Todavía es pequeño, debe de necesitar dormir mucho.

*Papá enciende una varita de incienso
antes de empezar.*

TIZIANO: Estábamos en Estados Unidos. En septiembre de 1969 salimos

de Nueva York en barco, en el *Leonardo da Vinci*, y atravesamos el Atlántico contigo, que acababas de nacer, para volver a Italia.

Cuando me marché de Estados Unidos estaba decidido a continuar buscando una manera de ir a China como periodista. En Italia, aunque tengas cinco licenciaturas y sepas cuarenta idiomas, no puedes ejercer de periodista sin hacer unas prácticas de dieciocho meses en un periódico, y yo tuve la gran suerte de que me contrataran para hacerlas en *Il Giorno* de Milán, que entonces era el periódico más independiente que había en Italia. Me lié la manta a la cabeza, como era mi

costumbre, me presenté en el periódico sin conocer a nadie y entré en el despacho del director, Italo Pietra.

Pietra, un hombre muy peculiar, recto y severo, durante la guerra había sido oficial de los alpinos^[4], partisano y también espía de los italianos, y Mattei, el presidente del ENI^[5], que era propietario de *Il Giorno*, lo había nombrado director del periódico. Lo dirigía muy bien. Resumiendo, había estado implicado en la ejecución de Mussolini, porque fue él quien en el último momento envió a un grupo de partisanos a capturar al Duce antes de que consiguiera escapar.

Después de la guerra, Pietra se había

ocupado mucho del asunto del petróleo. Esto tienes que entenderlo, FOLCO, si no, no entiendes Italia: el mundo de entonces estaba dominado por las que llamaban las Siete Hermanas, o sea, que el problema actual..., Irak, Bush, las petroleras..., siempre ha existido. Había siete grandes compañías petroleras, todas controladas directamente por los estadounidenses, que dominaban el mercado del petróleo en el mundo y no se lo dejaban arrebatarse. Y los italianos, a través de aquel genio que era Enrico Mattei, ¿qué hacían? Financiaban la guerrilla argelina contra los franceses para tener acceso al petróleo de Argelia después de la guerra. Y así sucedió.

Italia fue uno de los pocos países que tenían una fuente de petróleo no controlada por las Siete Hermanas, y por eso más tarde Mattei murió en un misterioso accidente de aviación. Como parte de su gran maniobra..., estás en el Mediterráneo, estás en la bota que apunta hacia África, ¡por todos los santos, establece relaciones con los que serán los amos de esa región!: Gadafi, Ben Bella, Nasser..., Mattei había fundado un periódico con el que apoyar esa causa.

Como ves, Italia estaba en manos de gente salida de la resistencia. Todos habían sido partisanos, tenían una lealtad recíproca enorme y habían

inventado una interesante política independiente. Sí, los italianos estaban en la OTAN con los norteamericanos, pero querían hacer lo que les interesaba, no querían ser siervos de ellos. Era la época de la descolonización, como te he dicho, y Pietra, que tenía un fuerte sentido del Tercer Mundo, dirigía bien su periódico, lo había convertido en un periódico de lucha, un periódico inteligente, abierto.

Durante nuestro encuentro, sucedió una cosa graciosa. Cuando escribía para *L'Astrolabio*, había un editorialista muy bueno que publicaba un editorial semanal inteligente, muy de izquierdas, y firmaba como *Aladino*. Bien, pues

cuando entré en el despacho de Pietra, Pietra me saludó con mucha frialdad. Yo, decidido a venderme, dije: «Soy TIZIANO Terzani, he hecho estos estudios...», y un viejo que estaba allí se levantó y dijo: «¿Eres TIZIANO Terzani? ¡Yo soy *Aladino!*!». Entonces, aquel viejo y yo nos dimos un abrazo asombroso. En cierto modo, Pietra, que no es que leyese *L'Astrolabio*, se quedó desconcertado, admirado de que aquel viejo me admirase, y me contrató en el acto, me dio trabajo.

Aladino, cuyo verdadero nombre era Umberto Segre, era un hombre fantástico, judío, que murió poco después. Yo heredé su pluma y su puesto

en la redacción de *Il Giorno*.

Y ahí empieza mi relación de profunda admiración por Bernardo Valli. Valli es un hombre maravilloso, con una historia de valor y de aventuras, romántica. Yo escribía mis articulitos teóricos desde Nueva York, pero él vivió la descolonización en primera persona, estuvo en todos esos países. Iba al lugar, mandaba telegramas, y uno de mis primeros trabajos en el periódico fue reescribir a Valli. Había muerto Nasser, el dirigente de un Egipto nacionalista, independiente, que en 1956 había cerrado el canal de Suez para nacionalizarlo y quitárselo a los ingleses. Valli estaba en El Cairo para

cubrir los funerales, pero no podía enviar el artículo como se haría hoy; ni siquiera conseguía mandarlo con el teletipo. Lo hacía por telegrama. Tú no has conocido los antiguos telegramas. Llegaban unas grandes hojas verdes en las que estaba pegada la tira que salía de las máquinas y que decía: *martes stop nasser muerto doce horas stop gran funeral stop millones de personas stop...* Y así todo. Se trataba de redactar un artículo con eso, y como yo era uno de los mejores allí, mi jefe me asignaba a mí esas importantes tareas. Y yo reescribía a Valli.

FOLCO: ¿Enviaba sólo los hechos?

TIZIANO: Él mandaba los telegramas

y con eso yo tenía que escribir su artículo. Así conocí a Valli. Luego vino a la redacción a conocerme y nació una gran amistad y también una gran, profunda admiración mía por él. Porque era un hombre valiente, capaz, formal, y el artículo llegaba cuando tenía que llegar. La redacción tiene que compaginar los artículos. A las nueve, el periódico debe cerrar y no quieres saber que al enviado le están disparando, eso te importa un comino. A las nueve, el artículo tiene que entrar en máquinas, si no, queda un hueco en el periódico. Ése fue mi trabajo durante un año y medio.

El otro grande era Giorgio Bocca. Todos los grandes de aquellos tiempos

trabajaban en *Il Giorno*. Bocca, Pansa, Valli y mucha, mucha gente buena, así que me encontraba rodeado de personas que conocían bien su oficio. Y allí me di cuenta de lo equivocado que estaba a los dieciséis años al pensar que los periodistas eran unos don nadie fracasados. ¡Valli no tiene un solo título, pero desde luego no ha fracasado en la vida!

FOLCO: Te acuerdas muy bien de aquellos tiempos...

TIZIANO: FOLCO, si todo lo que he dicho y lo que diré se publica, tienes que comprobar sin falta los detalles. Porque basta un detalle equivocado para que todo pierda credibilidad. Así que

debes tener un esquema cronológico de los años de los que te hablo y cotejar las cosas que te digo con ese esquema, porque la memoria también me falla. Te he dicho, por ejemplo, que había redactado un artículo con los telegramas de Bernardo. He dicho que era el funeral de Nasser. Compruébalo, porque a lo mejor era el funeral de Sadat. Sabes que fue en 1970, porque yo estuve en Milán desde 1969 hasta 1971. Vas a la Enciclopedia Británica que tienes en el ordenador, tecleas Nasser y miras cuándo murió, porque cabe la posibilidad de que no sea correcto. Un error así resta credibilidad a trescientas páginas. Si quieres que te tomen en

serio, tienes que comprobar siempre este tipo de cosas. Siempre.

FOLCO: ¿Es eso el periodismo?

TIZIANO: Eso es el *verdadero* periodismo.

FOLCO: Es una auténtica disciplina. ¿Tú haces eso?

TIZIANO: Durante toda mi vida he hecho eso.

FOLCO: Pero tienes una memoria bastante buena, ¿no?

TIZIANO: No, pésima. Eso es un hecho importantísimo, recuérdalo. Hace falta tiempo, y hace falta un gran sentido común y una cultura independiente para saber qué es verdad. Si no, te crees cualquier cosa.

Papá acaricia al gatito.

Míralo a él, FOLCO, ¡mira si no es una joya! El símbolo de la paz. ¿No es un encanto? Ha encontrado el sitio idóneo. Tienen un instinto...

FOLCO: Sí, es verdad. Cuando se despierte, habrá que darle un poco de leche. Al final hiciste el examen para ser periodista.

TIZIANO: Y entonces es cuando tu padre demuestra que está loco. Acabados los dieciocho meses de prácticas, había que ir a Roma a hacer unas oposiciones, encerrado en un cuarto sin poder salir. Daban un tema y

había que escribir un artículo. Luego, sin poner el nombre, lo metías en un sobre y seguía el examen oral.

Escribí un artículo excelente, y cuando me llamaron al oral, el jefe de la comisión, que era un fascista, dijo: «Ah, conque alardea, ¿eh? Ha hecho usted uno de los mejores trabajos, pero es un intelectual de esos que nunca sabrán ejercer de periodista. Si tiene que ir a Malta, ¿qué mete en la maleta?». Y yo le contesté fatal, le dije: «Mire, si vamos a hablar de periodismo, hablemos. Pero si está buscando un pretexto para liarme, para impedir que pase, arrégleselas usted solo». En resumen, discutimos. Se me podían cargar, y en tal caso no sería

periodista. Pero había otros miembros de la comisión, el artículo estaba demasiado bien escrito, pasé y obtuve mi carné de periodista profesional.

Después fui a ver a Pietra y le dije: «Director...». Nunca olvidaré aquella escena. Piensa que tú tenías apenas dos años, ya había nacido Saskia, tenía unos meses, vivíamos en un piso de Corso Magenta, en Milán... Era octubre o noviembre. «Director —dije—, yo no estoy a gusto en una redacción. Quiero ir de corresponsal a China».

Y él, medio en broma medio en serio, contestó: «Este periódico no necesita corresponsales. Sólo hay un puesto vacante, y es en Brescia».

En resumen, quería decir que no había sitio para mí.

Cobré la liquidación, que, como había trabajado dieciocho meses, consistía en la última mensualidad más una mensualidad y media, y con eso y una sábana que mamá me había cosido en forma de saco para que pudiera dormir en casa de los amigos, recorrí Europa. Fui a todos los grandes periódicos. Fui a París y estuve en *L'Express* y en *Le Monde*; fui a Manchester a ver a Jonathan Steele del *Manchester Guardian*. El final de la historia ya lo sabes: voy a Hamburgo, al *Der Spiegel*, digo que me estableceré en Asia y bla, bla, bla..., y me contratan

como colaborador. «Ve y escribe, nosotros te garantizamos 1500 marcos al mes».

FOLCO: Y ésta es la historia que te sitúa en tu camino.

TIZIANO: La otra historia es la de mi relación, gracias a Corrado Stajano, con ese hombre maravilloso que era Raffaele Mattioli. ¿Te he hablado alguna vez de él? Es una de las historias más bonitas de mi vida.

En el panorama de una Italia profundamente libre, creativa e inteligente..., es desesperante ver que ahora ha desaparecido..., había instituciones que bajo el fascismo habían mantenido una dignidad

independiente. No la FIAT, a la que odiábamos por eso, sino la Olivetti. Otra era el Banco Comercial Italiano, con sede en la plaza de la Scala, la plaza más bonita de Milán, presidido por un hombre cultísimo, inteligente y valiente que se llamaba Raffaele Mattioli. En la época del fascismo, Mattioli había dado trabajo y, con ello, asilo y protección, a decenas de intelectuales italianos, entre ellos el viejo La Malfa, a muchos economistas y politólogos, jóvenes e intelectuales. Él los admitía en el banco, el banco era *el* banco italiano y él gozaba de gran prestigio.

En mis tiempos, Mattioli, que dirigía

el Banco Comercial desde hacía quizá treinta años y ya era una institución, había decidido acertadamente llevar el banco a Asia. Sólo había que decidir, según él, dónde establecer la sede. Entonces, Corrado, que lo conocía muy bien y me protegió mucho, le dijo: «Ah, pues este amigo mío que ha vuelto de Estados Unidos ha estudiado allí China. ¿Por qué no habla con él?».

Y ahí comenzó una estupenda, secreta, romántica serie de encuentros con aquel señor. Yo salía normalmente del periódico a las nueve de la noche, cuando el banco estaba cerrado, entraba por una puerta accesoria..., los porteros me conocían..., recorría los largos

pasillos con moqueta roja y entraba en una habitación forrada de libros donde, bajo una lucecita, estaba aquel viejecito irónico que desde por la mañana había estado allí trabajando.

La primera vez que nos vimos habló poco. Me enseñó un *nezuké* japonés y dijo: «Esto es chino, ¿verdad?». Y yo contesté: «No, esto es un *nezuké* japonés, y sirve para cerrar la escarcela». Le expliqué lo que era un *nezuké*. ¡Me había puesto a prueba! Los viejos, los genios, los que no se atienen a las reglas, no hacen las preguntas habituales: «¿Cuándo se licenció?...». Eso les tiene sin cuidado. Te enseñan un *nezuké* y dicen: «Es chino, ¿verdad?». Y

tú dices que no.

Esa maravillosa relación con aquel señor se prolongó meses, durante todo el período que estuvimos en Milán. Mi opinión era que el banco no podía abrir una sede en China. La China Popular todavía no estaba reconocida, y establecerse allí significaba cerrarse toda el área del Sudeste asiático. Abrir una sede en Taiwan era todavía peor; significaba cerrarse la posibilidad de abrirla después en China. Sugerí abrirla en Singapur. En mi fuero interno ya pensaba: «Si no vamos a China, vamos a la tercera China, a Singapur».

Y Mattioli decidió abrir en Singapur. Dijo: «Muy bien, tú me escribes una vez

al mes una carta diciéndome qué piensas de la situación política de los diferentes países del Sudeste asiático, y yo te pago mil dólares al mes». En la librería se abrió una puertecita y apareció un hombrecito así de pequeño. Se llamaba Attilio Monti y era su cuñado y el administrador delegado del Banco Comercial. Mattioli dijo: «Éste es TIZIANO Terzani. Se marcha a Singapur. Hazle un contrato para que cada mes reciba discretamente en una cuenta que le abramos este dinero».

Dicho y hecho. Tenía en el bolsillo la promesa de Mattioli, *Der Spiegel* me garantizaba otra cantidad de dinero, y en diciembre de 1971 dejé a mamá en

Florencia con vosotros dos y me marché a Singapur, a Asia, sin saber qué me esperaba allí.

Vietnam

FOLCO: Anoche me puse a hojear *Pelle di leopardo*^[6]. No lo había leído y no pude dejarlo. Cuando he oído el canto del gallo, me he dicho: «Esto es pasarse de la raya. ¡Tengo que dormir!». Eras joven cuando fuiste a Vietnam, tenías exactamente la edad que yo tengo ahora, pero ya está bien escrito. Es muy interesante.

TIZIANO: Sí, para alguien de tu generación, que no estaba, que no sabe siquiera de qué iba la cosa, es como hablar de la Primera Guerra Mundial.

FOLCO: De todas formas, lo que me

interesa no es tanto esa guerra en sí como lo que aprendiste por el camino. ¿Quién eras entonces? ¿Qué viste viajando? ¿Y de qué modo te cambió para convertirte en lo que eres ahora? A través del periodismo, me parece, tuviste ocasión de observar los grandes acontecimientos de los últimos cincuenta años y, a veces, de estar completamente comprometido con ellos. Y, poco a poco, como un investigador que sigue pequeños indicios hasta llegar al inductor de un misterioso y omnipresente delito, pasaste de ver las pequeñas injusticias a tu alrededor a reflexionar sobre la política, las razones de las guerras, el progreso y, al final,

sobre la naturaleza misma del hombre. Para mí eso es interesante, porque me parece que es el viaje de la vida.

TIZIANO: Claro, es mi vieja teoría: si te conviertes en un experto en hormigas, comprendes el mundo. Si te dedicas con compasión, amor y mucha tenacidad a cualquier tema, llegas a comprender el mundo. No hace falta citar a William Blake: «Ver el mundo en un grano de arena y la eternidad en una hora». Es así. Vietnam, Indochina y después Asia en general han sido mi jardín.

Para mi generación, Vietnam fue un test de moralidad. Porque, en definitiva, yo crecí leyendo a los grandes de la

época anterior y tenía unos mitos, ¡vaya que si los tenía! Edgar Snow en China, Hemingway y George Orwell en la guerra civil española, ¡diablo, para mí eran un mito! Los leía y decía: «¡Yo podría ser así!». Por eso, cuando tuve ocasión de ir a Vietnam, aquello era mi España, aquélla era mi guerra.

FOLCO: Tenías treinta y tres años cuando te fuiste a Asia.

TIZIANO: Sí. Y como no podía ir a China..., no había manera, China estaba cerrada, no se podía ir..., había decidido convertir Singapur en la base desde la que partiría para cubrir la guerra de Vietnam, la de Indochina.

Recuerdo la primera noche en

Singapur; para mí fue estupenda. Estaba en el viejo Arab Market, en una pensión llena de gente sospechosa. ¡Aaah! Eso me encantaba, me encantaba... Me sentía un personaje de otra historia, ¿sabes? Al cabo de diez días había encontrado una de las preciosas casas de la isla, un coche desvencijado y un piano para mamá, y ya tenía un despacho.

FOLCO: ¿En diez días?

TIZIANO: En diez días.

La última fase de la guerra comenzó poco después de que mamá llegara con vosotros a Singapur, en la primavera de 1972. Nos instalamos en aquella casa, se inició una gran ofensiva en Vietnam y

yo me fui.

Así empieza mi carrera. Así empieza la parte más interesante de mi viaje y, en aquellos años, para mí la más divertida. Vietnam me impresionó muchísimo, y esa experiencia me reforzó en mi visión de que podía haber justicia, de que se podía cambiar la sociedad.

FOLCO: ¿Ibas para eso?

TIZIANO: Iba ante todo para ver la guerra. No la había visto nunca. La única que había visto era la Segunda Guerra Mundial, pero entonces yo era un niño, aquello era como un juego. Contaba las bombas de los bombarderos norteamericanos que caían sobre Porta al Prato, donde estaba el nudo

ferroviario de todos los trenes del centro de Italia. Nosotros estábamos a dos o tres kilómetros de allí e íbamos a escondernos a los campos de detrás de casa, donde ahora está Via di Soffiano. Pero no era la guerra. Sí, también había fusilamientos, la gente lo decía, pero yo no los vi, lo que sí presencié en Camboya, donde vi a los gubernamentales degollar a un prisionero.

FOLCO: ¿Cómo empezó para ti esa guerra? ¿Qué fue lo primero que te ocurrió?

TIZIANO: ¡Madre mía, si yo te contara...! ¡Fue terrible! ¡Terrible! La cosa tenía su gracia, yo era un señorito

respetable... El día que llegué a Saigón había una ofensiva no muy lejos, en la Carretera 13. Todos iban para allá. Por la mañana se desayunaba en el Hotel Continental y luego todos iban en taxi a la guerra. Estaba a la mesa con un joven periodista inglés y le dije: «¿Quieres compartir un taxi conmigo?». «Encantado». Salimos para Chon Than. Apenas bajar del taxi, dispararon contra nosotros. Noté la primera bala silbar a..., no sé..., cinco centímetros de mi oreja... ¡Fiuuu...! Fue una conmoción, una conmoción. Pero enseguida me di cuenta de que así no entendería nada. Porque, ¿cuál era mi deseo instintivo? Que llegaran los B-52 norteamericanos

y mataran a todos los que me disparaban. Y ese sentido del «nosotros» me separaba de ellos.

Yo quería entender la guerra. También quería verla, claro, porque quería describirla, pero me di cuenta de que los que disparaban desde una hilera de palmeras, a mí, que me había tirado de cabeza a una zanja para refugiarme, se habían convertido de inmediato en mis «enemigos». Pero ¿eran realmente mis enemigos? No. Si hubiera continuado así durante toda la guerra, no la habría comprendido.

¿Y quiénes eran esos que disparaban contra mí?

Aquel primer día estaba cagado.

Siempre lo digo: el valor es la superación del miedo. No iba tranquilo, me obligaba a mí mismo a ir al frente. Tenía un miedo atroz, pero debía hacer de tripas corazón, debía ver. Había días en que me dirigía hacia el frente con la obsesión de que, en el fusil de uno que avanzaba por un arrozal, había una bala destinada a mí. Extraña, ¿no?, esa pesadilla de que hay una bala destinada a ti.

FOLCO: Parece ser que no la había. Pero tú, que hasta entonces habías estudiado en los libros, allí viste por primera vez la violencia, los muertos.

TIZIANO: Iba a contar los muertos, ¿sabes?, los cadáveres abandonados a lo

largo de la carretera. Y de nuevo me invadía esa sensación de alienación. Los únicos vietcong que veía eran los muertos, metidos en las fosas, hinchados, malolientes.

FOLCO: ¿Qué te decía a ti esa guerra?

TIZIANO: Debido a toda mi formación, de la que ya te he hablado, estaba dispuesto a alinearme contra las injusticias. ¡Y allí eran cosas evidentes, estaban delante de los ojos de todos, cosas obvias! Ibas a los preciosos campos vietnamitas, sencillos, con los hermosos arrozales verdes, los campesinos vestidos de negro con un sombrerito de paja, veías sus casas de

paja y madera sobre tierra batida, y después veías llegar la guerra, los carros de combate.

Lo que me impresionó fue la contradicción entre aquella sociedad antigua, sencilla, y la modernidad que la guerra le imponía. Las armas, los carros, las bombas no pintaban nada, no pintaban nada de nada.

FOLCO: ¿Y escribías sobre eso?

TIZIANO: Esa guerra la cubrí con una gran simpatía por el vietcong, no cabe duda. Pero, por otro lado, cualquiera que tuviese el corazón a la izquierda, me refiero a la izquierda en el sentido natural, ¿cómo podía simpatizar con los norteamericanos? ¿Qué pintaban allí?

Allí había un pueblo de desharrapados, con sombreros de paja, con fusiles de pequeño calibre que disparaban contra aquella máquina de muerte infernal. No podías sino odiar a los otros, FOLCO. Si has visto de cerca un bombardeo sistemático e ininterrumpido de los B-52, como me sucedió a mí algunas veces, y piensas que hay campesinos en los pueblos, o incluso soldados atrincherados en hoyos excavados a mano y cubiertos con troncos de cocotero, no sientes simpatía por los que desde miles de metros de altitud pulsan un botón y sueltan las bombas o, más horroroso todavía, el napalm. Aquellos bombardeos de los B-52 eran

espantosos, horribles. Eran la destrucción.

Además, los vietnamitas estaban en su casa. Se trata del viejo problema de siempre, que se plantea una y otra vez, ahora con Irak. Los vietnamitas estaban en su casa y los otros iban desde decenas de miles de kilómetros a un lugar donde no pintaban nada, a un lugar cuya historia, cultura, etcétera, no conocían. Iban para «combatir el comunismo», ése era su enemigo. Como no lograron combatirlo en China, porque después de todo en China eran casi mil millones, lo hicieron en Corea, donde eran unos cuantos menos, y de todas formas tampoco allí les fue demasiado

bien. Así que en Vietnam pensaban hacer algo grande, pero acabó siendo para los norteamericanos una humillación terrible que todavía hoy pesa sobre ellos.

FOLCO: Quizá la peor que han sufrido nunca.

TIZIANO: Sí, fueron derrotados, derrotados por completo. Medio millón de hombres no lo consiguieron. No lo consiguieron porque el pueblo no los quería, pese a que tuvieran un aliado en el gobierno fantoche de Vietnam del Sur. Los había también que tenían intereses con los norteamericanos y que incluso morían por eso. Pero la población..., bastaba salir de Saigón, la capital, para

darse cuenta..., ¿cómo podía estar con los norteamericanos que pasaban con los blindados, con los aviones? En el otro bando estaban aquellos otros, delgados, con la cintura más estrecha que la de una bailarina, que comían un puñado de arroz en todo el día y se exponían a que los mataran los B-52. ¿Cómo querías que la población no estuviera con ellos? Era evidente.

¿Hacemos un descanso para comernos un plátano tranquilamente?

Le paso el frutero.

Pero esa guerra también tenía su atractivo. ¿Te imaginas lo que era para

muchos soldados norteamericanos que llegaban de sitios como Iowa y se encontraban en aquel mundo, con chicas a montones que podías alquilar por una semana cuando volvías del frente? Perversión y exaltación, curiosidad. Muchos se enamoraban. Muchos se casaron con ellas y se las llevaron a Estados Unidos.

En una ciudad como Saigón, se vivía en el semilujo de las tiendas francesas, de los buenos restaurantes. ¡Madre mía! De noche cenabas en un restaurante con las persianas bajadas para que no entraran los que arrojaban bombas de mano. ¡Se comía de fábula, FOLCO! Se comían unas *crevettes* inolvidables,

gambas enrolladas en torno al tallo de una piña. Había de todo, pescado, cerveza, mujeres..., aquellas elegantísimas chicas con *aodai*..., y militares arrogantes, montados en sus jeep, a bordo de los que salían a toda pastilla con las escoltas armadas.

FOLCO: Debe de ser mucho menos romántico ahora en Irak.

TIZIANO: Sí, seguro, muy distinto. Ahora no hay nada de todo eso. Además, en Irak no te relacionas con la población porque te odia. En el fondo, los vietnamitas estaban acostumbrados a los extranjeros. Los colonos franceses, los japoneses... Habían visto de todo.

Para mí era una experiencia humana

curiosísima. Yo no estaba involucrado, yo volvía a casa, pero hasta que volvía me batía el cobre. Recorrí todos los burdeles de Saigón. Había uno cerca del aeropuerto que se llamaba Le Chien Qui Baise, el perro que folla. Todos los colchones eran de agua. Se armaban unos cirios interminables, porque los norteamericanos borrachos, que saltaban sobre las chiquillas vietnamitas, a veces se cabreaban y disparaban contra la cama, y se salía toda el agua. En esos casos, al día siguiente iba un tipo con un parche de goma para repararla. Y cerveza, cerveza, litros y litros de cerveza. Los norteamericanos tenían sus reservas de Budweiser y allá donde iban

las llevaban.

En esos sitios, además, de cuando en cuando estallaba una bomba de mano.

FOLCO: ¿También sucedía eso en Saigón?

TIZIANO: Sí... *¡bummm!* En los restaurantes también se oía... *¡bummm!* Eran los vietcong, o a veces un ajuste de cuentas entre las bandas de opiómanos que controlaban los burdeles. Pero fundamentalmente eran los vietcong. Lo que hoy se llama «terrorismo», entonces todavía no se llamaba así.

FOLCO: ¿Con qué combatían los vietcong?

TIZIANO: Utilizaban AK-47. En el sur no tenían carros de combate. Los

carros llegaban desde Hanoi, por la ruta Ho Chi Minh, después de semanas de viaje a través de la jungla bajo los continuos bombardeos. Armas, provisiones, cañones, municiones, todo transportado a hombros.

FOLCO: Esos vietnamitas eran muy decididos.

TIZIANO: Eran asombrosos, te lo aseguro. Era su guerra de independencia, ¿comprendes? Desde el inicio de su historia, los vietnamitas *siempre* han luchado contra todo intento de fagocitar su península. Los vietnamitas están en el área china, hablan un dialecto chino, aunque escrito de un modo extraño, a la europea,

gracias a uno de los consabidos misioneros franceses, pero, si vas a los templos de Vietnam, ves que todo está escrito en chino, porque los sabios, los eruditos, escriben con sus caracteres. Sin embargo, sus mitos narran episodios de héroes que luchan contra la China imperial y todos sus monumentos están dedicados a gente que ha muerto combatiendo a los chinos. Unas historias preciosas. Un gran almirante vietnamita detiene a una flota china clavando en el fondo del mar miles de palos puntiagudos que no sobresalen del agua y los chinos no ven. Las naves llegan allí y... ¡zas!, no pueden seguir. Los vietnamitas son ingeniosos,

extraordinarios, con un sentido de su identidad fuerte, fortísimo. Es lo mismo de siempre, ¿no? Al tener que distinguirse, acentúan sus características.

A finales del siglo XIX llegan los franceses, siguiendo el impulso colonial que lleva a este Occidente de mierda a explotar los recursos ajenos, y en el momento en que las naves francesas entran en el puerto de Hanoi los vietnamitas empiezan a disparar. ¡El mismo día! Desde entonces, los vietnamitas no pararon de disparar. Y esa guerra no acabó hasta 1975.

En 1954, los norteamericanos, hipócritas y manipuladores, no ayudan a

los franceses en Indochina. Dejan que sean derrotados y humillados con la patada en el culo que fue Dien Bien Phu; luego, sustituyen «el fardo del hombre blanco», pero a su manera. No de modo inmediato con tropas, sino con su neocolonialismo. Apoyan un régimen del Sur, que es prooccidental, e introducen el capitalismo y el consumismo. Los Acuerdos de Ginebra de 1954 habían dividido el país en dos partes y estaba prevista la celebración de unas elecciones que Ho Chi Minh, el presidente comunista de Vietnam del Norte, sin duda habría ganado. Los estadounidenses, sin embargo, al apoyar el régimen del Sur, impiden al Norte

hacer lo que la Historia hubiera querido.

Es preciso entender que el comunismo, el marxismo-leninismo, es, en Vietnam más aún que en China, un arma ideológica que los nacionalistas utilizan para combatir por su liberación. Ho Chi Minh se hace comunista en París, cuando comprende que el marxismo-leninismo practicado en la Unión Soviética en su período mejor..., lleno de idealismo, inmediatamente después de la revolución..., proporciona una disciplina, una dureza y una estructura ideológica que su país y su movimiento nacionalista necesitan.

Por lo tanto, llamar comunistas a los vietnamitas es un error. Los vietnamitas

siempre han sido *nacionalistas*. Eso es un hecho histórico que muchos de mis colegas no han entendido, porque veían la guerra como una guerra entre comunistas y anticomunistas. No era sólo eso. Era la última gran lucha por la independencia del pueblo vietnamita.

La independencia llegó en 1975 con la toma de Saigón. El sueño de Ho Chi Minh de la reunificación de Vietnam y de su independencia, lo más importante de la historia del país, se hace realidad. Siguen las acostumbradas tragedias, las persecuciones de los colaboracionistas. Hubo de todo. Pero, cuando se mire hacia atrás en la historia de Vietnam, se verá que esa guerra fue la última guerra

de independencia y que con la derrota norteamericana, los vietnamitas reconquistaron su independencia.

FOLCO: ¡Al final consiguieron ganar!

TIZIANO: ¿Cómo podían ganar los otros, que contaban los días para volver a casa, «*fifty-three days and a wake-up*»? Los vietnamitas están en su casa, los norteamericanos quieren volver a casa, no hay manera de ganar. Y llega un momento en que el inteligentísimo Kissinger, ese lince diabólico, se da cuenta. En 1973 le dice al presidente de Estados Unidos: «Declaremos que hemos vencido y marchémonos». Y eso fue lo que hicieron. En 1973 se firman

los Acuerdos de París, el alto el fuego, y... ¡fuera! Los norteamericanos dejan Saigón y llevan a cabo la «vietnamización» de la guerra, dejando el Sur a los survietnamitas.

FOLCO: Entonces, ¿durante dos años los survietnamitas lucharon solos contra los comunistas?

TIZIANO: Sí, aunque con la ayuda de los norteamericanos, que continuaban bombardeando desde el aire. Muy valientes, ¿eh? Estaban a tres mil metros de altitud y... ¡bummm!, mataban a la gente.

Kissinger va a Saigón, ponen en pie un régimen fantoche donde Thieu tortura, asesina y hace lo que le da la gana para

acabar con los comunistas, y los norteamericanos le dan un montón de armas y de dinero. Pero ya no disparan a los soldados de infantería estadounidenses. Ahora disparan a los survietnamitas.

Más tarde, en 1975, cuando la partida está a punto de acabar, Thieu va al Banco Central de Saigón, ordena sacar todo el oro, lo carga en su avión y se va. Vivió el resto de su vida tranquilamente en Londres, sin que nadie le tocara las narices. Dejó el país sumido en el caos más absoluto, y adiós muy buenas.

FOLCO: ¿Se llevó también la caja fuerte del país? Es increíble que esos

tipos casi siempre consigan salir limpios de polvo y paja.

TIZIANO: Era un personaje horrible. Pero lo que los norteamericanos hicieron con Thieu, están haciéndolo ahora en Irak. Acuérdate de lo que te digo: los norteamericanos intentarán establecer una dictadura militar en Irak, dejarán en manos de los ex de Saddam las torturas, etcétera, mientras que estarán al margen y dispararán un tiro cuando sea necesario.

FOLCO: Y los vietcong, los guerrilleros comunistas, ¿cómo eran? ¿Estuviste alguna vez con ellos?

TIZIANO: Sí. Sabíamos que con el alto el fuego de 1973 las líneas del

Vietcong se habían acercado a Saigón y que ya ocupaban amplias zonas del delta del Mekong. Fui allí con el fotógrafo Abbas y Jean-Claude Pomonti, periodista de *Le Monde*. Fue una aventura. Jean-Claude hablaba bien vietnamita y una noche nos situamos en medio de un claro con el jeep, uno con la bandera francesa y el otro con la italiana, a esperar que los vietcong vinieran a buscarnos, ya que nosotros no podíamos buscarlos a ellos. En un momento dado, se acerca un viejo y Jean-Claude le dice en vietnamita: «Somos periodistas y queremos ver a los vietcong». Y él le contestó en inglés: «*Me no vc!*».

FOLCO: Pero ¿era un vietcong?

TIZIANO: Por supuesto. La primera respuesta era siempre: «Yo no tengo nada que ver, yo no soy un vietcong. ¿Qué queréis de mí?». Pero al final nos dio una cita muy precisa: en el kilómetro tal de la carretera nacional que iba hacia el sur teníamos que tomar una pista de tierra, seguir unos tres kilómetros más, dejar el coche a la sombra de algo, estar atentos a los soldados gubernamentales que podían capturarnos o tirotearnos, estar atentos a los aviones que podían bombardearnos, y echar a andar bordeando un pequeño dique.

Hicimos todo eso a pleno sol, y de repente salió de entre las palmeras una

niña de unos diez años que se hizo cargo de nosotros y nos condujo a lo largo de los canales, entre los arrozales. Entonces supimos que la cita había funcionado. Nos llevó a un pueblo, donde nos dispensaron un gran recibimiento. «¡La prensa internacional!», etcétera, etcétera.

FOLCO: ¿Estaban contentos los vietcong de reunirse con la prensa?

TIZIANO: ¡Joder, habían ganado la guerra con la ayuda de la prensa! Nos quedamos allí cuatro o cinco días, creo. Era precioso. Entramos en los brazos más escondidos del Mekong, donde la jungla ruge, entre el manglar y los cocodrilos. Viajábamos de pueblo en

pueblo a bordo de pequeñas piraguas silenciosas, y todos aquellos pueblos eran absolutamente fieles a los vietcong. Chiquillos, mujeres jovencísimas con fusiles. Nuestro acompañante llevaba un saco de arroz para alimentarnos porque éramos sus invitados. Comías tortas de pasta de arroz y agua, redondas y hermosas, puestas a secar al sol sobre paños blancos..., buenas, pero, desde luego, nada que ver con las gambas enrolladas alrededor del corazón de la piña..., en fin, el caso es que las comías y sentías una gran simpatía por aquella gente.

Y seguíamos adelante, una noche en un pueblo, otra en otro. Un poco de

teatro, un poco de verdad. Una noche asistimos a la representación de una obra preciosa en medio de la jungla, con cortinas que hacían de decorado y un actor que hacía de típico soldado norteamericano que era capturado por una mujer, atado y pateado. Dormíamos bajo las mosquiteras que nos habíamos llevado. Había un silencio... ¡Fueron unas noches maravillosas en el delta del Mekong!

Al cabo de unos días nos dijeron que era peligroso, que se había corrido la voz de que habíamos entrado en su zona, que habían encontrado el vehículo y teníamos que irnos. Desanduvimos todo el camino. Los vietcong, de guardia con

los fusiles, en cierto momento dijeron: «A partir de ahora tenéis que seguir solos. No os podemos seguir acompañando». Apareció la niña de diez años, que nos guió por los canales, y salimos de nuevo a la pista. El jeep estaba allí y volvimos a Saigón; fuimos los tres primeros periodistas que habían estado con los vietcong.

Habíamos visto, hablado, sacado fotos de todo. Fotos importantes para mí, porque cuando en 1975 regresé a Saigón y temí que los norvietnamitas me mataran, me metí una de esas fotos en los calzoncillos con el riesgo de que si me pillaban los survietnamitas, los de Thieu, el resultado sería el mismo: me

matarían ellos.

El cuclillo canta de nuevo.

Fue una bonita experiencia. ¡Otra vez ese ir al terreno de los «otros»! ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¿Cómo viven? Ante una aventura así, se te abría una ventana, te das cuenta, ¿no? Una ventana a un mundo que no conocíamos. Porque, como he dicho ya muchas veces, los únicos vietcong o jemerres rojos que habíamos visto eran los cadáveres de las fosas abiertas a los lados de las carreteras. Aquéllos, en cambio, estaban vivos y coleando: el comisario político con un pistolón, el comandante militar,

el jefe de la artillería antiaérea, el director de la compañía de teatro, los que organizaban las barcas de noche con aquellas lucecitas... Era una sociedad que funcionaba.

Lo dramático era que ya entonces tenía una gran dificultad para escribir. Esto te hará gracia. Tres horas después de haber vuelto de aquel viaje, Jean-Claude llamó a mi puerta, de punta en blanco, aseado y planchado, para preguntarme si iba a cenar. ¡Yo no había escrito todavía una sola línea! Tampoco escribí ni una línea al día siguiente, ni tampoco el otro. Me pasé tres días encerrado en la habitación con el *sarong*, delante de la bandera vietcong

que me habían regalado, intentando escribir el principio de aquella historia.

FOLCO: ¿Y Jean-Claude ya la había escrito?

TIZIANO: ¡Había escrito cuatro artículos! Al cabo de tres horas había escrito el primero, de presentación, y en los días que siguieron redactó cuatro o cinco más. Al final yo estaba desesperado. Tenía aquella increíble primicia, tenía el compromiso con el *Spiegel*, debía escribir, y recuerdo la vergüenza con que empecé el artículo: «No es el color de las banderas, no es el... qué sé yo..., es la cara de felicidad de la gente lo que te hace sentir que has cruzado una frontera...».

¡Vamos, una mierda de principio!

Ríe.

Singapur

FOLCO: Y mientras tú vivías estas aventuras en Indochina, nosotros estábamos en Singapur.

TIZIANO: Sí, yo iba y venía. Dos o tres semanas en Vietnam, y una o dos en Singapur, donde seguía los acontecimientos que se producían en la región. Escribía una historia singapuriana o sobre Malaysia, sobre Indonesia. Sucedían muchísimas cosas. Para mí, Singapur era cómoda, estaba a tres cuartos de hora de Saigón, si no recuerdo mal.

FOLCO: ¿Y por qué volvías a

Singapur?

TIZIANO: ¡Pues porque tenía familia, vaya pregunta! Os había instalado allí para que estuvierais seguros. Nunca se me pasó por la cabeza llevaros a Saigón; allí estallaban bombas de mano a diario. Vosotros vivíais en la bonita y tranquila casa de Singapur, nuestra primera casa en Asia. Estaba casi en el ecuador y tenía ventiladores con aspas que giraban continuamente. Para que el aire circulara mejor, las ventanas no tenían cristales, sólo persianas. Tiempo después destruyeron todas nuestras estupendas casas asiáticas. Otra señal del cambio de Oriente.

Unos meses más tarde, en Hamburgo

se corrió la voz de que yo era un agente de la CIA. En *Der Spiegel* había muchos que querían ir a Vietnam y uno de ellos, además sé quién, empezó a decir: «¿Se puede saber quién es ese capullo italiano que chapurrea el alemán y ha estudiado chino en Estados Unidos? ¡Ése es un espía de la CIA!».

Vino Dieter Wild, el jefe de internacional, a tantearme. Se quedó tres o cuatro días en Singapur, y no paraba de decir: «¡Anímate, TIZIANO, te invito a ir juntos a Taiwan!».

A mí me parecía increíble, pero, por modestia, me negaba: «No, gracias». Al final, mamá se dio cuenta y me dijo: «Está empeñado en que vayas con él a Taiwan, quizá para

poner a prueba tus conocimientos de chino». Así que fuimos a Taiwan. A esas alturas yo hablaba chino bastante bien y entrevistamos al primer ministro, el hijo de Chang Kai-shek, el líder de los nacionalistas. Lo organicé todo yo, era *neng gan*, como dicen los chinos, sabía desenvolverse, y Dieter Wild volvió a Hamburgo diciendo: «Es un buen tipo».

Me contrataron como corresponsal.

FOLCO: ¿Cómo te las arreglaste para convencerlos de que no eras de la CIA?

TIZIANO: La pregunta nunca llegó a plantearse, pero estaba claro, por las declaraciones que se pueden hacer en diez días, que no lo era. Además, yo noto enseguida si alguien es espía o no,

así que creo que los demás también deben de notarlo. Pero sucedió una cosa fascinante, FOLCO, una de las primeras historias en las que demostré mi ingenuidad como periodista y en la que Dieter Wild se portó muy bien y me ayudó. No la he contado nunca.

En Camboya se libra una de las batallas habituales. El ejército survietnamita avanza, los norvietnamitas y los jemerres rojos lo rechazan y en un momento dado desaparecen periodistas, ahora no recuerdo bien cuántos, pero debieron de ser unos quince o veinte. ¡Desaparecen!

Singapur era un centro de espionaje, de tráfico de todo tipo, porque era un

puerto franco, abierto a todos. Todo estaba cerca, Indochina se encontraba a tiro de piedra. Un día coincidí con un hombre de mediana edad, alemán, que tenía una amante china y sabía que yo trabajaba para *Der Spiegel*. Quizá fue él quien me buscó. Se llamaba Louis von Tohaddy d'Aragon, un nombre claramente falso. Decía que era capitán de un barco mercante que hacía la ruta entre Singapur y China. Piensa que estamos todavía en la época en que China está cerrada. Nixon acaba de viajar a Pekín para tener el primer encuentro con Mao, pero aún no hay relaciones diplomáticas. Y el tal «capitán» cuenta historias asombrosas

de sus viajes a China, afirma que ha trabajado en América Latina y cosas por el estilo.

También me dijo que a través de sus contactos se había enterado de que uno de los periodistas desaparecidos en aquellas extrañas operaciones en la frontera entre Laos y Camboya, un fotógrafo austríaco, estaba vivo, y de que había mediadores dispuestos a soltarlo a cambio de determinada suma de dinero.

Yo, «gran periodista» en mantillas...

Ríe.

... mostré gran interés por aquella

historia. Si hubiera descubierto que uno de esos de los que todos escribían seguía vivo y contribuyera a liberarlo, ¡virgen santa, sería una exclusiva sensacional! Bien, la cosa siguió adelante durante meses. Pedí que me enviaran una foto del austríaco y que él me escribiera una carta de su puño y letra, con referencias y datos, para estar seguro de que no lo habían liquidado. En definitiva, se trataba sólo de pagar determinada cantidad, que ni siquiera era muy alta, para poder ir con Louis von Tohaddy d'Aragnon a Vientiane, en Laos, y cerrar el trato. Entonces escribí al *Spiegel*: «Chicos, tengo esta exclusiva. Necesito tanto dinero...».

Pero Dieter Wild contestó: «Olvídalo. Hay decenas de historias como ésta que circulan por el mundo».

FOLCO: ¿Era un fraude?

TIZIANO: Sí. Pero la historia no acaba aquí. Una noche organizamos una gran cena en el jardín de nuestra bonita casa llena de luces para toda la gente que conocíamos en Singapur. Vosotros ya estabais en la cama. Invitamos también a los dos espías de la embajada soviética, a los que conocíamos mucho porque tenían relación con Sergei Svirin, el corresponsal de la TASS, la agencia de noticias soviética, con quien más adelante volvimos a encontrarnos. Eran relaciones interesantes porque a

través de los soviéticos, que apoyaban al Vietcong y a los norvietnamitas, se podía establecer contacto con éstos.

Al final de la velada, Louis von Tohaddy d'Aragon estaba completamente borracho, tumbado en el césped, bajo un gran árbol, con Sergei Svirin inclinado sobre él y repitiendo insistentemente: «Dígame, ¿cómo se llama usted? ¿Cómo se llamaba ese de la historia que me contaba antes?». Pero Louis, trompa perdido, sólo emitía sonidos incomprensibles. Una escena divertidísima.

Años después coincidimos con Sergei Svirin en China. Se había convertido en el número dos de la

embajada soviética en Pekín, pero estaba claro que era también el jefe del KGB.

FOLCO: ¡¿También era espía?!

TIZIANO: ¡Por los cuatro costados! Hablaba inglés perfectamente, tenía licencia para matar y para acostarse con quien quisiera, lo cual era un privilegio enorme en la Unión Soviética de aquellos tiempos. Nos invitó a cenar una noche en Pekín y le pregunté: «¿Cómo puede beber tanto, teniendo en cuenta que para emborrachar a otro usted también tiene que beber?». Entonces me reveló el gran secreto de los espías soviéticos: antes de salir de casa para ir a cualquier reunión mundana, se comen

medio panecillo untado con mucha mantequilla, y como la mantequilla forma una especie de capa protectora en el estómago, después puedes beberte una botella entera de vodka sin que se te suba a la cabeza.

Todo eso a mamá y a mí nos divertía muchísimo, porque, fíjate, éramos de lo más formalito, veníamos de Milán y de repente nos encontrábamos metidos en ese mundo del espionaje. Era fascinante.

FOLCO: ¿Y mientras tanto tú escribías *Pelle di leopardo*?

TIZIANO: Sí, y cuando más tarde me entregaron en Milán el primer ejemplar impreso del libro, una noche fui al

Banco Comercial y se lo llevé a Mattioli. ¿Y qué le dije? «Ya no necesito los mil dólares al mes». Le había contado lo que sucedía en mi área estratégica, seguía lo que ocurría en China, y él había continuado pagándome durante dos años. «Ya no los necesito. Pero si usted todavía necesita mis cartas, se las escribo». Era justo, ¿no? Me había hecho un regalo estupendo y yo le debía muchísimo, porque me había dado esa seguridad que de otro modo no habría tenido. Con aquel dinero os instalé en la casa de Singapur y pagué vuestro colegio.

¡Qué buena vida! ¿Te das cuenta?
¿De qué puedo tener queja?

Pero ahora voy a tomarme un poco de tiempo libre, FOLCO.

FOLCO: ¿Para ver el telediario? Debe de haber empezado ahora mismo.

TELEVISIÓN: «... las seis víctimas eran técnicos de una empresa filial de General Electric. Trabajaban en el sector energético para devolver la normalidad...».

TIZIANO: Otra vez. ¿Lo ves? Siempre la misma historia.

TELEVISIÓN: «... pero entre los habitantes de Bagdad, esta mañana ha corrido la voz de que en realidad eran agentes de la CIA. Por eso algunas personas... disparar para alejar a la multitud. La situación es ahora mismo

muy tensa y peligrosa también para los periodistas, sobre todo los occidentales. Les recordamos que se trata del decimosexto coche bomba que estalla aquí, en Bagdad. Eso es todo. Devolvemos la conexión a Roma».

Periodistas

TIZIANO: Una cosa importante que debes entender es que mi manera de trabajar es leer mucho, leer mucha historia. Verás que mi biblioteca está llena de libros sobre Indochina y la historia colonial, porque así era como me orientaba. Me llevaba los libros, o volvía a casa y leía.

El suceso de hoy tienes que situarlo en su contexto o no entiendes nada. Por eso es importantísimo prepararse. Si no comprendes la historia, no comprendes la actualidad. Si escribes sobre sucesos actuales, cuentas mentiras, cuentas lo

que ves a través del microscopio, cuando lo que hace falta es un telescopio. La formación de un periodista no es nada fácil, y por eso estoy contra todas las facultades de periodismo. Hacen lo contrario de lo que yo digo, porque te enseñan las técnicas, te enseñan cómo empezar un artículo, cómo terminarlo bien, cómo enviarlo deprisa. Pero lo que se necesita es una preparación ecléctica, y eso debes hacerlo tú solo adquiriendo una cultura basada en la historia, en la economía, y eso no se aprende en la facultad de periodismo. Es absurdo ir, es como asistir a una escuela de poesía. ¿Qué aprendes? ¿Quién te enseña a ser

poeta?

En este aspecto, siempre he admirado mucho a los anglosajones, porque se preparan. Vienen de una gran tradición que me maravilla, no sólo en los periodistas, sino también en los fotógrafos. Philip Jones Griffiths me impresionó muchísimo cuando fuimos juntos a Camboya. Había leído todo lo que había leído yo, sabía sobre Camboya todo lo que yo sabía, y no para escribir, ¡para hacer fotografías! Eso es admirable. De hecho, ha sido uno de los mejores fotógrafos. Es preciso comprender lo que hay detrás de los hechos para poder representarlos. Las fotos... *¡clic!*, eso sabe hacerlo todo el

mundo.

FOLCO: ¿En tus tiempos la gente se tomaba en serio el oficio de periodista?

TIZIANO: Eran los tiempos heroicos del periodismo..., antes de que el periodismo, totalmente destruido por la televisión en su intento de imitarla, se viera obligado a convertirse en espectáculo.

En aquellos años se escribía de verdad. Por desgracia, la televisión, al reducir el tiempo de atención que el hombre dedica a una cosa..., además del horrible problema, igual en todas partes, de la sobreabundancia de productos que están a tu disposición para que «elijas»..., la televisión, digo, ha hecho

que los periódicos se hayan convertido en contenedores en cuyo interior hay de todo, pero nada que exija más de tres minutos de atención, como un anuncio televisivo, y en los cuales todo se pierde en el gran batiburrillo de cosas que te llegan del mundo.

Hoy en día es imposible escribir cosas largas como se escribían tiempo atrás. ¿Y cuál es la tendencia? Hacer espectáculo. No intentar profundizar. Escribir una historia impactante acompañada de una foto y se acabó, caso cerrado, no se habla más del asunto. Eso constituye una gran degradación de la misión periodística. En realidad, creo que hoy sería

imposible hacer lo que yo hacía en aquella época, lo que hacíamos, porque no se dispone del mismo espacio.

Piensa que desde Vietnam también colaboraba con *L'Espresso* y llenaba dos páginas enteras de aquella revista, entonces más importante que *Il Corriere della Sera*, con un bonito papel brillante y algunas fotos. Escribía largos artículos en los que contaba todo lo que veía, mis impresiones. Desde el principio aprendí que a través de un pequeño episodio cuentas una gran historia, porque la historia contada a través de una experiencia personal, a través de la pequeña anécdota de la vida de un hombre, de un pueblo, puede explicar

mucho más que si escribes: «Ayer, seis mil muertos...». Seis mil muertos no los ve nadie, pero *un* muerto que tiene familia, que tiene hijos, eso impresiona.

Yo quería contar a los demás lo que los demás no ven, no sienten, aquello cuyo olor no perciben. Lo ves en la televisión: ni siquiera los muertos te impresionan, ni siquiera la sangre, rojísima, parece verdadera. Pero si hablas de lo mismo incluyendo tu participación, porque tú lo has visto, entonces es otro cantar. Eso cambia mucho las cosas, porque transmites una emoción tuya al lector. Y eso lo comprendí enseguida. Lo aprendí también de los grandes.

En aquellos años fue cuando nacieron mis mitos, los muertos y los vivos. Nació el mito de Bernardo Valli, como te contaba. Nació el mito de Jean-Claude Pomonti, cuyos artículos sobre Vietnam leía en *Le Monde*. Jean-Claude conocía muy bien el país. Había ido allí como objetor de conciencia, hablaba vietnamita perfectamente, se había casado con una alumna suya vietnamita, vivía con la familia vietnamita de ella. Estaba *dentro* de aquel país, no era un tipo que había ido a pasar dos semanas.

Y también personajes como Martin Woollacott, del *Guardian*, a quien admiraba por su frialdad, por su modo de analizar las cosas históricamente, con

rigor, en el mejor estilo inglés. Y algunos grandes periodistas norteamericanos, como David Halberstam y otros que se habían posicionado en contra de la guerra, entre ellos mi rival y simpático colega, el único norteamericano de quien fui gran amigo, Sydney Schanberg, del *New York Times*.

Los había leído a todos en la biblioteca de la Universidad de Columbia, y luego, voy a Vietnam y me los encuentro. Jean-Claude era más joven que yo, agradable, nada pretencioso, modestísimo, siempre con babuchas. ¡Nunca llevaba zapatos! Otro de los grandes, aunque no estaba nunca

de acuerdo con él, era Bob Shaplen, un hombre muy de derechas, quizá vinculado a los servicios secretos norteamericanos, pero de gran relieve. Escribía para el *New Yorker*, por lo que cada artículo era un gran ensayo sobre algo.

Siempre había algo que aprender, y para mí eso fue importante, porque determinó mi manera de trabajar más adelante. Después encontré mi fórmula, pero aquéllos fueron mis estímulos. Ser periodista me parecía una gran e importante función, y en mi opinión lo sería aún si se consiguiera hacer verdadero periodismo.

El problema es que todo se ha

corrompido. Las afinidades con el poder, la necesidad de la protección del poder han creado una situación que no es la de antes, cuando la fuerza del periodismo era su independencia. Una independencia también económica. Cuando los periódicos dependen de la publicidad, como ocurre en Italia, y la publicidad está en manos de quien tiene el poder político, ¿cómo puedes ser libre? Cuando los periódicos son propiedad de grandes empresas contra las que jamás podrás escribir y que tienen sus intereses políticos, ¿cómo te las arreglas para hacer verdadero periodismo?

En cambio, *Le Monde* es propiedad

de los periodistas, el *New York Times* es propiedad de una vieja familia que tiene en gran estima su independencia, el *Washington Post* era propiedad de una señora perteneciente a una familia importante, de gran tradición. Eso cambia mucho las cosas. Mucho. En realidad, el Watergate habría sido imposible si el *Washington Post* no hubiera sido propiedad de Martha Graham, porque enseguida habrían surgido vínculos políticos que hubiesen hecho necesario silenciar la historia. Y es verdad que los norteamericanos perdieron la guerra de Vietnam en parte a causa de la prensa. Porque entonces había una prensa libre, una prensa que

miraba, que veía, que iba a rascar.

Cuando yo empecé a escribir, en Vietnam y en China, aún existía la idea de hacer «periodismo de investigación». Por ejemplo, en la comandancia militar de Saigón estaba lo que llamábamos *the five o'clock folly*, la locura de las cinco de la tarde. Todos los días, a las cinco, se personaba un general norteamericano que contaba lo que había sucedido durante la jornada: un ataque aquí, un ataque allá, una batalla en la que había habido tantas bajas... Tenías dos opciones: podías, especialmente si trabajabas para un diario, irte a tu habitación y reescribir lo que el general había dicho; luego, pasabas la velada en

el bar y habías hecho tu trabajo. O bien, movido por la curiosidad, tomabas nota del nombre del pueblo, salías de la rueda de prensa e ibas a comprobar si aquella historia era verdad.

¿Dónde se hace eso ahora? Ya no lo hace nadie, no hay tiempo, no interesa. Y eso significa algo.

El periodista debe ser alguien, a su manera, arrogante, alguien que se siente libre, no dependiente del poder. Me pasara lo que me pasara, incluso cuando me detuvieron en China, siempre dije: «Haced lo que queráis. Yo, luego, escribo». Y, bueno, esa sensación de que tienes un derecho casi divino a contar tu verdad te da una gran fuerza, ¿sabes?

FOLCO: ¿Cómo son las relaciones entre periodistas? ¿Habláis entre vosotros, discutís los diferentes análisis, intercambiáis información?

TIZIANO: Hay una gran solidaridad, cuando no tienes que competir, claro, y especialmente en Vietnam, en Indochina, había una auténtica *camaradería*. Éramos realmente una especie de tribu que tenía una gran conciencia de sí misma y trataba de defenderse. Recuerdo, por ejemplo, que cuando la CIA empezó a circular en coches que llevaban escrito PRESS, prensa, y dentro iban unos tipos vestidos de periodista o de fotógrafo, con guerreras llenas de bolsillos en los que, en vez de

una cámara de fotos, llevaban una metralleta, nos rebelamos de inmediato. Presentamos una protesta ante la embajada estadounidense. En resumen, teníamos la sensación de ser una casta.

Por lo demás, las relaciones entre las personas eran siempre complicadas. Los norteamericanos en particular competían terriblemente entre sí, de modo que si uno tenía media noticia no se le ocurría comentarla durante la comida. El episodio de Sydney Schanberg y las barcas es divertido y muy revelador de hasta dónde es capaz de llegar alguien que quiere conservar la exclusiva de su historia.

Rie.

Sydney Schanberg se había enterado... Verás, en la embajada estadounidense de Phnom Penh había unos criminales que dibujaban lo que se conocía como *the boxes*, las cajas. Basándose en el espionaje y en las informaciones que llegaban del terreno y en las que se decía: «Hay una compañía de jemeres rojos en tal punto de la jungla...», ellos trazaban sobre el mapa de Camboya un rectángulo, llamado *the box*, que los B-52 estaban autorizados a bombardear palmo a palmo. Pero nunca se comprobaba, por ejemplo, si en aquel *box* había pueblos. ¿Y qué pasaba?

Pasaba que los de allí arriba empezaban por el principio y descargaban las bombas sobre toda la superficie del *box*. Cinco terribles minutos de fuego nutrido..., *bam, bam, bam, bam, ¡pum!* ..., que al final dejaba tierra calcinada. Ya no había jungla, ya no había árboles, ya no había pueblos...

Bien, pues resulta que una vez, fuera porque habían trazado mal el *box* o porque los B-52 se equivocaron al situarlo, en vez de bombardear una agrupación de jemeres rojos, bombardearon un pueblo entero de la parte gubernamental y mataron a todos sus habitantes. ¡Una verdadera masacre!

No recuerdo bien cómo se enteró

Sydney. Pero algunos periodistas habían averiguado una cosa que en cierto momento yo también aproveché. En aquella época, las comunicaciones no eran las de hoy, por satélite, sino que había un pequeño avión norteamericano, llamado Spotter, que volaba a baja cota y transmitía las órdenes a los B-52, y alguien se enteró de la frecuencia con la que el Spotter transmitía a los pilotos o hablaba con la embajada. Por otro lado, las radios portátiles con las que escuchábamos la BBC disponían de una longitud de onda que permitía oír la voz del piloto del Spotter cuando comunicaba con la embajada, así que sabíamos lo que estaba sucediendo.

Quizá Sydney oyó al Spotter diciendo: «¡Mierda! ¡Os habéis equivocado!».

El lugar que había sido bombardeado estaba en un islote del Mekong, pongamos un centenar de kilómetros río abajo. Entonces, Sydney, al enterarse de que había sucedido algo gravísimo, fue inmediatamente al río, alquiló una barca y pagó a todos los barqueros restantes para que se fueran a casa, de modo que no pudieran seguirlo otros periodistas y así tener él la exclusiva de la historia.

FOLCO: ¿Tú fuiste a ver?

TIZIANO: No, porque cuando llegué al río ya se habían ido todas las barcas.

Rie.

La historia se publicó en todos los periódicos del mundo y fue conocida como «la matanza de Neak Leong». Esto te demuestra la habilidad de Sydney. Era un gran periodista, un extraordinario y valiente periodista. Tenía redaños.

Cuando veo hoy en la televisión las ruedas de prensa en el Pentágono, me da verdadera pena comprobar el servilismo, la falta de agresividad de esos supuestos «periodistas» que no son otra cosa que siervos. Se pasan día tras día allí, sentados en esos sillones, esperando que personajes poderosos como Rumsfeld se presenten y digan:

«¿Qué tal Sam, Al, Bob, John...?». Los conocen a todos por su nombre. A Sydney no se le escapaba ni una. Se ponía en pie en aquellas ruedas de prensa de la embajada norteamericana para hacer las preguntas esenciales y denunciaba las patrañas, los embustes que contaban. Era muy incómodo para la embajada, porque revelaba toda su hipocresía. Aquella guerra era realmente sucia, ¿sabes?

FOLCO: ¿Los norteamericanos os contaban mentiras?

TIZIANO: Nos contaban unas mentiras descomunales. Durante la guerra en Camboya, debía de ser en 1973 o 1974, quisieron convencer a la

prensa occidental de que los tres famosos líderes de la resistencia camboyana, tres intelectuales llamados Khieu Samphan, Hou Yuon y Hu Nim, además de un cuarto conocido con el nombre de Saloth Sar y que luego resultó que era Pol Pot, eran en realidad lo que ellos llamaban *the ghosts*, fantasmas inexistentes, figuras ficticias que no dirigían ninguna resistencia. Según ellos, Khieu Samphan no existía, era el nombre de un personaje que iba cambiando. Ellos lo mataban y otro tomaba ese nombre. Eso se decía también del coreano Kim Il Sung, ¿no? Se afirmaba que el Kim Il Sung que hemos conocido no era en realidad Kim

Il Sung. Sí, hubo alguien que se llamaba Kim Il Sung, un héroe, al que matan; otro ocupa su puesto, se llama Kim Il Sung y muere; otro más se convierte también en Kim Il Sung y ese Kim Il Sung llega a ser presidente de la República Popular de Corea del Norte.

FOLCO: ¡Ésa es buena! Había una historia parecida sobre cinco Sadam.

TIZIANO: Pero en aquella época yo había ido a ver al *hermano* de Khieu Samphan y él me dijo: «No, no, mi hermano existe. Yo lo sé». ¿Comprendes? Los norteamericanos inventaban montones de mentiras de este tipo. Ya entonces la embajada preparaba todos los embustes habituales en los que

actualmente los norteamericanos se han hecho grandes expertos; por eso al final ni siquiera nos creíamos las historias que no eran patrañas, como las masacres. Nos decían que los jemeres rojos entraban en un pueblo controlado por los gubernamentales y cortaban todas las casas a la misma altura. Tú piensas: «¡No es posible que corten las casas para que sean todas iguales! No, no es posible. Es mentira». Y resulta que no, que eso era verdad. ¿Qué te parece? Increíble, ¿no?, que entraran en los pueblos y se dedicaran a igualar en altura todas las casas.

Me río.

Piensas: «¡Éstos desvarían!». En cambio, en eso los norteamericanos tenían razón. Te lo contaban y era verdad.

Acabada la guerra, en la región fronteriza entre Camboya y Tailandia aparecieron de improviso decenas de personajes misteriosos que eran de la CIA, ex misioneros, todos anticomunistas hasta la médula; se trataba de los mismos que habían previsto el gran baño de sangre en Vietnam, que no se produjo. Porque hay que situarlo todo en su contexto. Todos aquéllos habían dicho: «Cuando lleguen los comunistas, matarán a todas las

mujeres, a todas las furcias...». En Saigón no mataron a nadie. Ni a una sola persona. Así que cuando aquellos extraños personajes norteamericanos empezaron a decir que en Phnom Penh los comunistas mataban a diestro y siniestro, uno, como es natural, replicaba: «Perdona, pero nos dijisteis que eso pasaba allí, ahora decís que pasa aquí...».

A uno de esos tipos, que escribía que los comunistas se comían a los niños y cosas por el estilo, yo lo apodé *Bloodbath*, Baño de Sangre.

Por si fuera poco, había un misionero famoso que colocaba una mesita en los lugares a los que llegaban

los refugiados y los entrevistaba. Y éstos contaban: «Sí, yo los he visto destripar a decenas de personas. A mi abuela la mataron así. Agarraban a los niños por una pierna y los estrellaban contra los árboles...». En fin, ¡te parecía imposible! Luego, esos refugiados, finalizada su declaración, recibían algún dinero, porque los pobrecillos no tenían nada. Pero durante la declaración habían estado presentes decenas de refugiados más, porque estaban todos allí escuchando. Le tocaba el turno al siguiente y contaba las mismas historias. «Agarran a los niños...».

Reímos.

Todo era tan sospechoso, y sonaba tan a falso, que alguien como yo, desconfiado por naturaleza de todo lo oficial, no se lo creía. En cambio, en eso tenían razón. Los jemereros rojos eran unos verdaderos asesinos.

FOLCO: Otra pregunta que quería hacerte, papá: ¿por qué elegiste ese trabajo?

TIZIANO: En realidad, yo no he trabajado nunca. He hecho cosas que me gustaban y ha dado la casualidad de que me pagaban por ellas. Pero nunca he sentido el trabajo como una carga, en el sentido de la alienación: vendes tu tiempo, tus jornadas, de modo que el

salario que te dan es una especie de recompensa porque te han robado algo. Yo nunca lo he sentido así. Para mí, ejercer el periodismo era también un pretexto para hacer otras cosas, para divertirme.

FOLCO: En los países en los que has vivido, has tenido amigos, has aprendido la lengua y en muchos casos incluso te has vestido como la gente del lugar. En China ibas vestido de chino, y en la India empezabas a vestirme de indio. ¿Por qué?

TIZIANO: Es el problema de siempre: no querer ser «el otro», no querer ser un intruso, no querer ser alguien que está de paso. No querer ser

un turista que llega, visita cuatro cosas, saca unas fotos, compra unos regalos y desaparece. ¡Hay que meterse! No sabes qué quiere decir si... Una vez fui con mamá a Peshawar, en la frontera con Afganistán. Ya sabes que a mí me gustaba comprar alfombras, ¿no? A través de las alfombras conoces a un tipo, éste te lleva a su casa, te invita a cenar. ¡Se aprende tanto sobre el lugar! Y, además, buscar alfombras es divertido. Se pasa una consigna y toda la ciudad se pone a buscarlas. Llegan en camello, polvorientas, y después las clasifican. Es una manera de entrar en el país, ¿no? Y así esos países adquieren, además, un aspecto humano. Viajar

como periodista no es sólo viajar en busca de cuatro hechos para contar en un artículo. Es una visión de la vida. ¡Si supieras la alegría que produce caer bien a toda la familia a la que le compras la alfombra! Está claro que también hay una relación de intereses. Yo les compro una alfombra preciosa, pero también se establece una relación humana. Para comprar esa alfombra, he pasado horas bebiendo té en un cuchitril, hasta que, una noche, el comerciante te invita a su casa. A mamá la atienden sus esposas, que la llevan a sus habitaciones a comer con ellas y le cuentan sus historias de mujeres musulmanas. No es una extranjera. Y yo me quedo con él,

hablamos.

Entonces te das cuenta de que eso sólo puedes hacerlo si no llegas con tiempo limitado, vestido de diplomático, con escolta. Descubrirás que el efecto camaleónico es de gran ayuda. Porque la primera reacción de la gente es de resistencia. «¿Quién es éste? ¿Qué quiere? Habla de un modo diferente, se comporta de un modo diferente...». Pero si aprendes a saludarlos..., no te imaginas cuánto aprecia un musulmán que lo saludes diciendo «*Salam aleikum*»..., te incluyen enseguida en otra categoría, se establece al momento una relación más auténtica. Tienes que ganarte la confianza de la gente, y eso no

puedes hacerlo apareciendo como llovido del cielo con un televisor nuevo bajo el brazo. No funciona así.

Mi argumento es: sólo con que sigas un hilo, aunque sea el de las alfombras, comprendes más que escuchando a los políticos. Perdona, pero, si alguien quiere comprender la Italia actual, ¿se limita a escuchar lo que dicen en la televisión? Si hace eso, no comprende nada. Limitarse a escuchar a los que repiten una y otra vez las mismas estupideces... ¡eso no es Italia! En cambio, si uno viaja, ve Italia, ¿no? Mi instinto siempre me ha dicho que lo mejor es salir a la calle. Cuando *Baoli*, nuestro perro, se escapó en Tokio,

buscarlo me enseñó más sobre Japón que lo que aprendí viviendo cinco años en ese país: sobre la burocracia, la organización, la perfección de las cosas, la crueldad, todo.

FOLCO: Comprender la verdad de un lugar no es fácil.

TIZIANO: Debo decir con toda sinceridad que siempre he despreciado a los anglosajones que afirmaban ser objetivos. ¡Pamplinas! Yo no he dicho nunca que soy un periodista objetivo porque no lo soy. Porque nadie lo es, y los que afirman serlo son falsos e hipócritas. ¿Cómo puedes ser objetivo? No lo eres nunca. Porque, como nos enseña Kurosawa en la película

Rashomon, la misma historia vista por seis personas distintas son seis historias distintas. Porque la manera en que miras un episodio, los detalles en los que te fijas, los olores que percibes son tu elección personal, que influye muchísimo en tu juicio.

Además, ¿por qué debo decir que soy objetivo? ¿Qué valor tiene esa objetividad? Está bien que el lector sepa que no eres objetivo. Que eso es lo que tú piensas. El primer libro que escribí, *Pelle di leopardo*, es muy personal, está lleno de opiniones, lleno de emociones, de sensaciones sobre la guerra. Los hechos están, pero los otros hechos son mis emociones. En Vietnam quieres que

el Vietcong gane la guerra. Estás a favor del Vietcong y en contra de los norteamericanos. Es mucho más honrado decir que eres muy subjetivo y explicar tu subjetividad que afirmar que eres objetivo y no serlo nunca.

FOLCO: Espera, no acabo de entender eso de que no se puede ser objetivo.

TIZIANO: A veces te encuentras ante situaciones terribles. En aquellas cajas encontrarás algunas fotos de cuando, muchos años después, fui a Birmania. Hay dos o tres fotos tremendamente dramáticas, hechas con teleobjetivo — porque, si no, disparaban—, en las que se ve en el lecho de un río grupos de

jóvenes encadenados picando piedra. Eran estudiantes disidentes enviados a hacer trabajos forzados para construir una carretera. Todos encadenados. ¡Encadenados! Eso te da una idea de lo terrible que era aquel régimen militar. Me acerqué y todos tenían la malaria, estaban amarillos, malolientes, febriles.

FOLCO: ¿Qué habían hecho?

TIZIANO: Eran disidentes de la universidad. Habían protestado. ¿Qué quieres objetivar? El periodista inglés va a ver a los militares y dice: «Pero bueno, ¿cómo es que tienen aquí a todos éstos encadenados?».

«Bien, verá, es que se han sublevado contra el gobierno».

Por otra parte, va a hablar con los disidentes, que le dicen: «Ya han muerto trescientos de malaria».

El periodista vuelve ante el general y dice: «Me han dicho que ya han muerto trescientos».

«¡En absoluto! ¡Eso son calumnias! Han muerto sólo veinte, y de disentería».

Entonces el periodista lo escribe todo y sanseacabó, artículo hecho. ¿Objetivo? ¡Me río yo!

FOLCO: Es decir, que el artículo no dice nada, ¿es eso?

TIZIANO: No dice nada, claro que no. No hay objetividad.

FOLCO: O sea, es objetivo pero no

resuelve el problema.

TIZIANO: Ni siquiera es objetivo.

FOLCO: En cierto sentido, sí es objetivo. Cuenta lo que dicen unos y lo que dicen los otros.

TIZIANO: Pero el cuadro está completamente deformado y no dice nada, ¿no?

FOLCO: No lo entiendo. Dice lo que han dicho unos y otros.

TIZIANO: Sí, pero el *cuadro*, la verdad no está en lo que dicen esos dos gilipuertas, ¿no? Porque los militares deben decir las gilipolleces para las que les pagan, si no, los arrestan. Y los otros deben decir: «Todo bien, gracias, la comida es excelente», porque si no, en

cuanto te das media vuelta... ¡paf!, les atizan un golpe en la cabeza. ¿Y tú has contado la historia? No has contado maldita la cosa.

Larga pausa. Sigo sin estar convencido. Insisto.

FOLCO: Entonces, ¿cómo hay que contar esa historia?

TIZIANO: Con el corazón. Participando. Poniéndote en el lugar de esos encadenados. Y además debes plantearte el problema de si no hay una solución para el régimen militar de Birmania que no sea la de convertir el país en una Tailandia.

Mira cómo cubren los medios de comunicación la guerra de Irak. ¿Es objetivo? No. En los hechos no encuentras la respuesta. La encuentras en algo más profundo, que en este caso es la cultura, la historia, de lo que yo siempre me he ocupado. Nunca iba a un sitio sin una pequeña biblioteca escrita por alguien que había ido antes que yo, de un jesuita que había vivido para contarlo.

Después me di cuenta de que los hechos ya no me interesaban, y eso me hizo cortar con el periodismo.

FOLCO: Ah, ¿dejó de interesarte ir a ver?

TIZIANO: Sí, la verdad es que sí.

Porque ya lo he visto: todo es idéntico, todo es igual. FOLCO, treinta años más tarde, vas hoy a Irak..., yo no he estado, pero leo lo que escriben mis jóvenes colegas..., y es idéntico a lo que sucedía en Vietnam. Llega uno que da la rueda de prensa y dice: «Todos enemigos. Hoy hemos matado veinticuatro. Malos. Hemos encontrado armas escondidas. Tenían también un millón de dinares...». Todo cosas que yo oí, palabra por palabra, hace treinta años. Idénticas. Y si vas a Aceh, a la guerra que los cabrones de los indonesios hacen contra los pobres, contra un grupo que quiere ser más independiente, es idéntico, en todas partes, vayas donde vayas.

¿Qué interés tiene, entonces? La misma guerra, los mismos argumentos, los mismos muertos. Y la misma absurda determinación por parte de esos... Mira ese general norteamericano, el malo..., dice las mismas cosas que se decían cuando la guerra de Vietnam. Idénticas.

Me río con ganas.

¿Y tengo que ir para describir eso?
¡A la mierda!

FOLCO: No, si es para describir exactamente *lo mismo*; sí, lo entiendo.

TIZIANO: Exactamente lo mismo. Mira el Tíbet y China. El Dalai Lama se reúne con el Papa: hoy estaba en Castel

Gandolfo, pero en los periódicos ni siquiera lo mencionan. Desde hace treinta años, cada vez que el Dalai Lama va al extranjero, los chinos protestan porque los gobiernos lo reciben. Los gobiernos dicen: «¡Nooo, nosotros lo recibimos simplemente porque es una buena persona, porque es un líder espiritual!». Él va, hace sus cosas y se vuelve a casa. Al cabo de tres años, va a otra capital, los chinos protestan, los gobiernos dicen: «No, nosotros lo recibimos simplemente porque...». Y así sucesivamente. Todo se repite.

Todo se repite con las mismas palabras. No me interesa, ya no me interesa. Y si por casualidad tienes un

momento de inspiración, si entrevés..., ¿cómo puedes ponerte a hablar de la batalla de Fallujah o de la de Nasiriya? Al cabo de diez años ni siquiera te acuerdas... Habrá otra batalla en otra Tombuctú, igual, idéntica.

Río.

Y habrá un general norteamericano que dirá: «Hoy hemos matado a treinta enemigos. ¡Aquí están las orejas!». Porque es así.

En Vietnam mostraban las orejas. «Los hemos matado de verdad. ¡Aquí están las orejas!».

Es así, ¿no? Tú también lo ves. Si

alguien te lo señala, te das cuenta de que es así. ¡La batalla de Nasiriya! ¿Sabes cuántas batallas ha habido? Kuang Tri, Hué..., todas esas batallas heroicas. Unos escapan, a otros los matan, montañas de muertos. Después pasan los *bulldozer* para llevarse los cadáveres. Ahora es Nasiriya, dentro de diez años habrá una Tombuctú en alguna parte con el mismo general norteamericano diciendo: «Hoy hemos matado a cincuenta. Un grupo de terroristas...».

A mí me da la risa, sí, me da risa. Y luego están los que toman notas: «Perdone, pero ¿seguro que no era un matrimonio?».

«Sí, sin duda. No era la esposa».

Río.

SÍ, FOLCO, es así, es así.

Reímos los dos.

Fíjate en esas ruedas de prensa que dan en la Casa Blanca. Él llega completamente maquillado, porque hay que evitar que le brille la frente. El hombre...

FOLCO: No te tomas muy en serio a esa gente.

TIZIANO: En absoluto. Ya no me tomo en serio nada. Sólo me inspiran risa. También me dan pena, porque han

renunciado a una cosa muy importante, que es la fantasía.

Silencio. Papá reflexiona.

Por eso me resultó realmente fácil en un momento dado cortar y alejarme. Con el libro *In Asia*^[7] corté con el periodismo. Quise hacer una especie de testamento, en el sentido de decir: «En mis tiempos, en este período, en esta zona del mundo, yo ejercí el periodismo así. Sin pretender ser objetivo». De ese modo corté con el periodismo.

Si luego miras las *Cartas contra la guerra*^[8], yo no iba con los otros periodistas que llevaban teléfonos de

esos que funcionan por satélite y cámaras fotográficas digitales. Todo lo que lees, en la medida en que conseguí comprobarlo, es verdad. Pero las *Cartas* son el último gemido del periodista, porque, sí, voy allí, al lugar donde han estallado las bombas, pero en realidad lo hago para tratar de comprender qué hay detrás, ¿no? Lo que siempre he intentado explicar: las razones de los otros. No es el libro de un periodista, es el libro de alguien que empieza a disparar contra la guerra, por la paz. El periodista debe ser frío, debe contarte las cosas... que después no te sirven de nada. Lees, pasas la página, te tomas el café y te vas.

Pero si extraes de un episodio emociones, rabia, y *explicas*, entonces creo que puedes abrir los ojos a mucha gente y ayudarla a comprender. Dirás: «¡A comprender a tu manera!». Bueno, eso yo lo digo: «Ésta es mi opinión. Tú decide cuál es la tuya. Pero ésta es mi opinión, y no pretendo ser objetivo».

Eso es importante, lo entiendes, ¿no?

FOLCO: Sí.

TIZIANO: Ahora me gustaría leer cinco minutos el periódico. Me siento... Gracias, perdona.

Estoy a punto de irme, pero cambio de opinión.

FOLCO: Entonces, papá, ¿en qué ha consistido tu oficio?

TIZIANO: Está claro, clarísimo. Tenía un amigo muy querido, Salomon Bouman, a quien conocí en La Haya cuando trabajaba para la Olivetti, judío... Una historia fantástica. Sobrevivió porque su familia lo escondió en casa de una familia de campesinos holandeses que lo trataban como a uno más de ellos. Pero un día llegó un oficial de las S. S., hizo las comprobaciones oportunas y descubrió que aquel niño no tenía nada que ver con la familia. Y él recordó durante el resto de su vida..., tenía cinco o seis años entonces..., que aquel oficial lo tenía

sentado sobre sus rodillas, lo acariciaba, lo miraba, hasta que al final le dijo: «Tú eres judío». El mundo se le vino encima. Pensó que iba a morir. Sin embargo, el oficial alemán se levantó y se fue. Y él se salvó.

Más adelante, Salomon Bouman fue como periodista a Israel..., yo todavía no era periodista..., y pronunció esta frase que ha sido mi viático: «Se trata de viajar por el mundo en busca de la verdad».

Eso es el periodismo.

Yo lo hice con mucha determinación, y también con una gran alegría, porque buscaba la verdad en los hechos, en el pasado, en la exactitud de los hechos.

«¿Cuántos muertos ha habido aquí?».

«¿A qué hora?».

«¿Quién disparó primero?».

A veces con grandes dificultades. A veces veías claramente que los demás mentían y tú indagabas para buscar la exactitud de los hechos, como si esa exactitud fuera una religión, como si acceder a la exactitud de esos hechos fuera lo más importante de la vida.

Después me di cuenta de que sí, de que en efecto, mentir no servía, era horrible. Pero esa exactitud era igual de inútil, no servía para nada, porque esa verdad que iba buscando no estaba en los hechos sino detrás de los hechos.

Y, a partir de ese momento, me salí

por la tangente.

Camboya

TIZIANO: Paralelas a la historia de Vietnam, corren las historias de Camboya y de Laos. Voy a beberme un vasito de vino blanco y te las cuento.

FOLCO: No te sienta bien.

TIZIANO: Al igual que Vietnam, Laos y Camboya también lucharon por su independencia. Los vietnamitas los consideran un poco como el patio de su casa, porque las divisiones entre los tres países de Indochina son divisiones hechas no exactamente por la Historia, sino por la historia colonial. Laos se lo inventaron los franceses, es una

invención nacida sobre el papel, igual que, si miras hoy el mapa de África, ves que es un mapa trazado con regla, no por la Historia, pues la Historia sigue los límites de los ríos y las montañas. En determinado momento, dos potencias coloniales enfrentadas dicen: «Venga, vamos a hacer las paces. Esto te lo quedas tú, esto me lo quedo yo. Tracemos una línea». Y santas pascuas.

Lo mismo sucedió entre Pakistán y Afganistán, con el resultado de acabar dividiendo al pueblo pashto. Mullah Omar es pashto, al igual que lo son los talibanes. La división entre ellos fue obra de un tal Durand, un coronel inglés a quien enviaron a la zona cuando

querían separar Afganistán de Pakistán para luego conceder la independencia al llamado imperio indio. El coronel dijo: «Muy bien, adelante, hagamos esta división así...». De modo que hoy existe una línea Durand que él trazó sobre el mapa dividiendo al pueblo pashto. Lo mismo ha sucedido en muchas otras situaciones, ¿no? Por eso hoy en día hay guerras entre las minorías étnicas en todas partes. Esas guerras son también herencia de los regímenes coloniales.

El caso es que descubrí ese espléndido, maravilloso país que es Laos, «el reino del millón de elefantes», un país de los que ya no existen, destruido por los bombardeos masivos.

FOLCO: ¿Y Camboya? ¿No fue allí donde estuvieron a punto de fusilarte?

TIZIANO: Esa historia no me gusta contarla porque parece que sea un héroe. ¿Sabes cuántos periodistas se han encontrado en situaciones similares y no han salido con vida? Muchos. En Camboya, por lo menos treinta y cinco, entre ellos, el hijo de Errol Flynn. A mí me fue bien y sólo te la cuento porque me gusta cómo acaba.

En Vietnam había conseguido al fin hablar con los vietcong, y de ahí nació el sueño de hablar con los jemeres rojos en Camboya, porque también a ellos sólo se les veía muertos.

FOLCO: ¿No hablaste nunca con los

guerrilleros camboyanos?

TIZIANO: Hasta el final, no, nunca. Menos mal. Si hubiera hablado con ellos, no habría podido contar esta historia, como no han podido contarla todos los que lo intentaron. Los mataron a todos.

FOLCO: ¿A los periodistas también?

TIZIANO: A todos, absolutamente a todos. A cuantos intentaron cruzar las líneas, los mataron. Marc Filloux, una de las personas a las que dediqué el libro *In Asia*, fue con una amiga laosiana que hablaba bien el jemer. Más tarde se supo que, nada más entrar en Camboya, lo apalearon hasta la muerte.

FOLCO: ¿No querían ni siquiera que

se contase su historia?

TIZIANO: No, no tenían ningún interés en eso. No les importaba nada la publicidad. Éramos enemigos. Éramos todo lo que odiaban. Éramos los que los bombardeábamos desde el aire. Los mataron a todos, absolutamente a todos. De Ishihara, un periodista japonés muy simpático, gran admirador de Edgar Snow, que quería escribir *Estrella Roja sobre Camboya*, se contaba que vivió una temporada con ellos, que de vez en cuando se le veía desde lejos pasar en bicicleta. Pero nada de eso era verdad. Yo creo que lo mataron como a todos los demás, enseguida. Los norvietnamitas y los vietcong no tocaron jamás un pelo a

un periodista, pero los jemeres rojos mataron a todos los que capturaron y ni siquiera se encontraron sus cadáveres.

La gente desaparecía, sin más.

FOLCO: Luego, esos jemeres rojos acceden al poder.

TIZIANO: El 17 de abril de 1975, toman Phnom Penh. Yo tuve suerte, porque, de no haber salido de Camboya poco antes, no habría podido ver el final de la guerra de Vietnam, que tuvo lugar casi al mismo tiempo. Mi amigo Sydney Schanberg, por ejemplo, quedó atrapado en la capital camboyana.

FOLCO: Entonces, ¿no estabas en Camboya cuando se produjo la caída de Phnom Penh?

TIZIANO: No, la viví en Tailandia, en la embajada camboyana, con los que escuchaban los últimos mensajes de la gente que escapaba, de la gente a la que mataban, a la que fusilaban por las calles. La embajada aún tenía conexión por radio con la única oficina gubernamental que quedaba abierta en Phnom Penh, la oficina de prensa, desde donde transmitía un queridísimo amigo que se llamaba Cara de Luna. Era un camboyano gordo, un periodista al que le oí pronunciar sus últimas palabras a través de aquellas radios de entonces, chisporroteantes: «¡Aquí están, aquí están, ya entran! ¡Dios nos asista!...». ¡Bummm! Se acabó.

La caída de Phnom Penh fue muy dramática y todos nos dimos cuenta enseguida de que sucedían cosas terribles. Estaba desesperado porque había dejado a Sydney y a los demás en Phnom Penh para ir a hacer de «paloma mensajera» y enviar las historias de todos desde Bangkok. Pero ¿y la Historia? Yo era periodista, no podía dejarla escapar.

Entonces se me ocurrió la idea absolutamente descabellada de que, como en Phnom Penh ya no se podía entrar..., el aeropuerto estaba cerrado y los jemes rojos ya habían empezado a evacuar la ciudad, obligando a millones de personas a marcharse, haciendo

cosas espantosas..., pues alquilaría un coche por la mañana temprano para ir hasta la frontera camboyana. Desde allí, cruzando el puente por la vía férrea, iría a Poipet, que aún no había sido tomada por los jemeres rojos, y desde allí continuaría a pie hasta Phnom Penh, donde me uniría a los demás periodistas. No había entendido ni por asomo lo que eran los jemeres rojos.

Fue terrible. Nada más entrar en Poipet empezaron a venir hacia mí cientos de autobuses procedentes de la capital con gente que escapaba, vehículos blindados con soldados del ejército gubernamental que se deshacían del uniforme y de las armas, mujeres y

niños que recorrían el último tramo de carretera a pie para huir a través de aquel puente a Tailandia. Me gritaban: «¡Vete, vete! ¡Vuelve atrás, vete!». Y yo, ingenuo de mí, vestido de blanco, seguía adelante como si nadie pudiera reconocerme.

De repente, llegaron los primeros jemes rojos. Rápidamente, cerraron el puente, impidieron a la gente escapar y comenzaron a registrar la ciudad en busca de sus enemigos, los soldados del ejército de Lon Nol. Yo no sentí miedo. Dije: «Soy periodista», y me fui tranquilamente a hacer fotos. Hasta que llegó una patrulla de chavales jovencísimos. Y entonces vi por primera

vez a los que te decía que no había visto nunca. Esto creo que ya lo he contado. Eran grises, no oscuros como son los jemerres, estaban grises de jungla, de malaria, de tener que esconderse, de vivir en agujeros como topos bajo los bombardeos. Tenían una mirada rarísima. No eran humanos. Me vieron desde el otro extremo de la calle y empezaron a gritar: «*Ameriki, ameriki, ameriki!* ¡CIA, CIA!». Y me capturaron.

Tampoco en ese momento tuve miedo. La idea de que eres periodista, de que tienes inmunidad es una constante. Pero me llevaron al mercado y me pusieron contra una pared. Había un medio jefe, debía de tener dieciocho

años, que dijo que me vigilaran, eso lo entendí. Uno de aquellos chavales, tendría unos dieciséis años, sacó su pistola china y, con enorme curiosidad y enorme diligencia, comenzó a explorarme la cara con aquella pistola. La hacía girar delante de mis ojos. ¡Me estaba sacando de quicio! Hubo un momento en que tuve la impresión de que iban a fusilarme. Me hicieron poner de pie contra aquella pared mientras gritaban: «¡CIA, CIA, *ameriki!*!». Y entonces, poniendo en práctica esa gran lección que te he enseñado, según la cual, si alguien te apunta a la cara con un fusil, debes sonreír, me eché a reír, saqué mi pasaporte italiano, que

entonces era verde y que siempre llevaba en el bolsillo, y empecé, quién sabe por qué, a gritar en chino: «¡No, soy italiano! ¡Soy un periodista italiano, italiano!».

Y de nuevo la suerte estuvo de mi lado. Poipet era un gran mercado, y de entre aquella multitud de gente que probablemente no tenía miedo de los jemeres rojos porque había comerciado con ellos, salió un chino y se acercó a mí. Le expliqué en chino que no era norteamericano, que era italiano y estaba allí para ser testigo de la «gran victoria de los jemeres» que reconquistaban su país. Él se lo tradujo a aquellos cebollinos y uno de ellos

decidió que, efectivamente, matarme era una decisión grave y que debían esperar a que llegara un jefe.

Sin beber, sin comer, con aquel tipo que no paraba de dar vueltas a mi alrededor con la pistola, pasaron las horas hasta que, por la tarde..., esa escena no la olvidaré nunca..., llegó un grupo de mandos. No eran chavales, eran comandantes de los jemeres rojos, y sin dignarse mirarme, como si fuera una mosca posada en la pared, se dirigieron a los chavales para que les contaran lo que había pasado. Finalmente, uno que era bizco se dirigió a mí en francés..., ¡en francés!..., y dijo: «*Vous êtes le bienvenu dans le*

Cambodge libéré!».

¡Virgen santa, me daban la bienvenida a la Camboya liberada!

Dijo que apreciaba mi intento de comprender la lucha de los jemeres rojos y que podía volver a casa a contar esa historia al resto del mundo. Junto con sus sicarios, me acompañó hasta la frontera tailandesa, abrió la alambrada de espinos y me hizo cruzar el puente mientras sonreía a los periodistas internacionales. También ellos habían empezado a hacer relaciones públicas.

Después de mí, habían llegado a aquel puente decenas de periodistas. Toda la prensa del mundo, la que no se había quedado en Phnom Penh, estaba

allí intentando comprender qué sucedía, y se había corrido la noticia de que un extranjero había sido capturado dentro. Así que, cuando llegué acompañado de aquellos tipejos, estaban todos allí filmando la escena y haciendo preguntas sin parar con esos malditos micrófonos.

Por supuesto, ni se me ocurrió contarles lo que había sucedido, quería escribir mi historia. Monté en el coche del Oriental Hotel que había dejado allí, salí corriendo como alma que lleva el diablo..., no sólo porque quería escribir el artículo sino porque estaba cagado de miedo..., y llegué a Bangkok en dos horas. Llamé inmediatamente a Florencia, y mi madre, contentísima,

dijo: «¡Te he visto en la televisión! Salías en todas las cadenas, muy guapo y sonriente. Todo el mundo ha visto que estabas bien». No había entendido nada. Había visto a su hijo en el telediario, y en Florencia, verme en la televisión, además de ser periodista, ¡Dios mío!... Era como Lilli Gruber, ¿no?

Me parecía una bonita conclusión para aquella historia. Todo eso sucedía mientras vuestra abuela se divertía viéndome en la televisión, mientras vuestra madre escribía sus diarios en el porche, Ah Chin pelaba patatas para vuestra cena y vosotros jugabais a la pelota en el jardín de Winchester Road. Y en aquel momento vuestro padre

podía... *¡pafff!*, desaparecer.

Ríe.

El mundo viajaba por dos vías distintas.

FOLCO: ¿Cómo es ver el final ante tus ojos?

TIZIANO: Lo he escrito; cuando estás a punto de morir, no sufres. Sabes perfectamente que... *¡pa-pa-pa-pa!*, y ya no estás. Lo único que me producía un enorme pesar, y que siguió produciéndome durante mucho tiempo, era cómo os anunciarían a vosotros el suceso. Llegaría un amigo, un colega, se llevaría a mamá aparte y diría: «Verás,

ayer ocurrió algo...». Eso me pesaba enormemente. Porque me daba cuenta de que en todo aquello había un poco de inconsciencia por mi parte, y eso me angustiaba. Me angustiaba sobre todo la idea de que alguien tuviera que ir a decirnos que había muerto por una estupidez. Pero así es la vida.

FOLCO: Ese episodio te traumatizó.

TIZIANO: Fue el episodio más dramático de mi vida. Estuve muchas noches sin dormir. Me dormía y despertaba gritando: «¡Soy italiano, soy italiano, soy italiano!». Estaba empapado de sudor. Con aquello mamá también sufrió mucho, porque se dio cuenta de que se había apoderado de mí

un miedo terrible.

FOLCO: Yo también me di cuenta, porque una vez, cuando era pequeño, te apunté a la cara con una pistola de juguete y dije *¡bummm!*, y tú te pusiste hecho una furia, la mirada se te nubló y tuve que salir corriendo hacia el fondo del jardín para ponerme a salvo. Era simplemente una broma de niño.

TIZIANO: Para ti, FOLCO. Pero esa historia del periodista colocado contra la pared..., todos tienen una..., ¿qué significó para mí? Me hizo enfrentarme a la inutilidad, en el fondo, de esas chulerías, con su mínimo sentido profesional, claro, el de haber estado en el sitio, el de haber querido ver, pero

también un poco ridículas cuando piensas que alguien tiene que ir después a decirle a tu mujer: «Verá, lo han fusilado en el mercado de Poipet».

Mira, si a uno lo fusilan porque intenta matar a Thieu, vale, una idea que, por cierto, también se me ocurrió...

FOLCO: ¿Querías matar a Thieu, el presidente de Vietnam del Sur?

TIZIANO: Claro. Vas para hacer una entrevista, entras y... ¡pummm!

FOLCO: No sabía que se te había ocurrido esa idea.

TIZIANO: ¡Pummm!... Esas tentaciones siempre las sientes. Ser periodista te da tantos privilegios que a veces te entran ganas de decir: «¡A

tomar por culo, voy a ajustarte las cuentas!»). Thieu tenía a los vietcong metidos en jaulas de tigre, aquellos fosos cubiertos con una rejilla hecha con palos adonde echaban cal para mantenerlas limpias y los boles con la comida. La gente moría allí dentro. Fui a verlas cuando las abrieron, eran espantosas.

FOLCO: Estás un poco apagado. ¿Quieres descansar?

TIZIANO: Sólo cinco minutos. Mientras, dame otro poco de vino y dos galletas. Cómete otras dos, así las acabamos. Y cuando vayamos a la tienda de Bettina, tenemos que acordarnos de que hay que comprar.

Suena el teléfono. Me levanto y hablo brevemente.

FOLCO: Era Mara. Ha sido muy discreta. Un abrazo y ya está. Ni siquiera ha preguntado: «¿Cómo está?».

TIZIANO: Muy bien.

Bebemos vino los dos.

La Historia

TIZIANO: Después de la caída de Phnom Penh y mi encuentro con los jemerres rojos, regresé a Singapur traumatizado.

Pero Saigón cayó una semana después.

Y yo no quería ir, tenía miedo. Acababan de matar a un amigo mío, Paul Léandri, de la AFP. Pasaba de noche por delante de un puesto de control, era de sangre un poco caliente, debió de contestarle mal al oficial y éste desenfundó la pistola y... *¡pum!* lo mató.

FOLCO: Entonces mamá te

acompañó al aeropuerto...

TIZIANO: ... y me metió en el último avión para Saigón, diciendo que era mejor que me capturasen que tenerme años en casa repitiendo: «¡Ésa era mi historia y me la perdí!». Porque Camboya era la historia de Sydney, ¡pero la mía era Vietnam, joder!

Así pude asistir a la caída de Saigón. Porque todo lo que he llegado a ser, todo lo que he hecho y deshecho ha sido con la bendición, la comprensión y la generosidad de tu fantástica madre, que nunca, nunca, nunca me ha preguntado: «¿Por qué?». Siempre lo entendía, nunca me ha hecho tener ningún sentimiento de culpa..., «¿Por

qué lo haces? ¿Y yo? ¿Para qué me he casado contigo?»... y siempre me ha dado la más increíble libertad. O la no libertad. Como la de meterme en aquel avión para ir a Saigón, que en realidad hizo de mí un periodista.

FOLCO: Entonces, en la liberación de Saigón sí estuviste.

TIZIANO: Sí, volví a Vietnam en el último avión.

Verás, FOLCO, aquella noche, por ejemplo, en que se percibía que la ciudad estaba acabada, que estábamos sitiados, yo me sentía mal por tener miedo y me preguntaba cómo podía protegerme. Fui a buscar todos los colchones de las habitaciones de los que

habían escapado..., porque muchos habían escapado, ¿eh? La mañana de aquel día, gran parte de los periodistas había escapado. Nos habíamos quedado una veintena, así que el Hotel Continental estaba vacío. Recorrí todas las habitaciones abandonadas y me llevé los colchones, no para dormir sino para ponérmelos encima de manera que, si llegaban los misiles, me protegieran al menos de las esquiras.

Los comunistas, los vietcong empezaban a entrar en Saigón. Había patrullas secretas escondidas en los barrios de la periferia. Los norteamericanos escapaban en aquellos helicópteros con faros, la gente se

apiñaba a su alrededor y era rechazada. En la embajada estadounidense reinaba el caos.

Aquella noche sentía la Historia. La *Historia*, FOLCO.

Y cuando vi entrar en la ciudad los primeros carros de combate, y vi la primera camioneta cargada de rebeldes, de vietcong, avanzar por la calle Catinat gritando: *Giai Phong!*, ¡liberación!, para mí aquello era la Historia.

Me eché a llorar.

No sólo porque la guerra había terminado, sino porque sentía la Historia. Aquello era la Historia. Y, en realidad, pensando en ello treinta años más tarde, aquel día cambió la historia

de Indochina. Puedes decir lo que quieras, los comunistas son malos, horribles..., todo discutible..., pero aquello era la Historia.

Eso siempre lo he sentido.

*Nunca lo
había visto
tan
emocionado.
Una oleada
de vida lo
invade.*

*Baja la
voz, como si
fuera a
revelarme
un gran
secreto.*

Y ante eso, en ese momento, no se trata ni siquiera de quién gana y quién pierde: ¡es la Historia!

Hace otra pausa.

No, fue... Verás, puedes vivir eso de diferentes maneras. Puedes vivirlo como un periodista que toma notas, que filma la película, que lo graba todo. Había gente muy buena, muy valiente, como aquel italiano de la tele que estaba todo el tiempo conmigo porque era bastante nuevo, hacía poco que había llegado. Para él era... Nada. Filmaba y enviaba el reportaje, pero no estaba.

FOLCO: ¿No lo sentía?

TIZIANO: No lo sentía. Para mí era un acontecimiento más grande que yo y tenía la suerte de poder verlo cara a cara.

¿Entiendes lo que quiero decir? Para aquel periodista de la televisión italiana, la caída de Saigón no quería decir nada. Él hace su reportaje y quiere volver a Roma. De hecho, fue uno de los que en cuanto reabrieron el aeropuerto se marchó. Yo me quedé tres meses. ¡Había nacido «el niño» y quería ver cómo era!

FOLCO: La Historia. Es lo que más te ha emocionado, ¿verdad?

TIZIANO: Sí, siempre. Y debo decir que el instinto siempre me ha ayudado a

sentirla. La siento. ¡Pasa, pasa!

He tenido la gran suerte en mi vida periodística de sentir la Historia, la Historia con mayúscula. Llegaba a un sitio, a una situación, y me percataba de si aquella situación era excepcional o, por el contrario, un suceso normal y corriente.

Como me pasó quince años después, cuando navegaba a bordo de la embarcación *Propagandist* por el río Amur con unos periodistas soviéticos borrachines y oí la noticia en la BBC: ¡Golpe de Estado contra Gorbachov! Se empieza a hablar del fin del comunismo. ¡Madre mía!, estaba... estaba... estaba como una rata en un barco que se hunde.

Tenía que irme, tenía que ir a ver. ¡Eso es la Historia!

Escapo de aquella expedición y empieza toda una aventura increíble, con errores míos entre otras cosas, porque estaba empeñado en ir también a Moscú para estar donde estaban todos, cuando lo que tenía que hacer era quedarme donde estaba, porque allí estaba solo. Me salvó la ineficiencia soviética. Había un avión que hacía escala aquella tarde en Blagovescensk y que iba directo a Moscú. Cuando el aparato iba a aterrizar, en medio de la pista había una apisonadora que estaba reparándola. El avión siguió ruta sin tomar tierra y me quedé sin ir a Moscú. Esa noche,

pensando en el asunto me di cuenta de que había sido la oportunidad de mi vida. Porque en Moscú habría sido uno de los trescientos o cuatrocientos periodistas apiñados en un hotel escuchando las ruedas de prensa, y en cambio allí estaba solo.

La Historia. ¡Sí, he sentido la Historia! Vi derribar la primera estatua de Lenin en Asia central al grito de «*Allah akbar, Allah akbar!*». Alá es grande. Y hoy tenemos a Al Qaeda. ¿Ves el vínculo? Sólo los tontos, los miopes y los cretinos no ven el vínculo que hay entre el fin del comunismo como ideología de rebelión de los oprimidos, como te expliqué respecto al comunismo

de Mao y Ho Chi Minh, y el islam fundamentalista de hoy.

Si no se entiende eso, no se entiende nada.

FOLCO: Quieres decir que el islam fundamentalista es el nuevo...

TIZIANO: Ha ocupado el puesto del marxismo-leninismo. Antes, quien quería combatir por un mundo distinto o, a su manera, por un mundo mejor, contra el capitalismo occidental, recurría al marxismo-leninismo porque era el arma de la época. Es como decir: si haces la guerra hoy, hay fusiles de cierto tipo, carros de combate de cierto tipo; si la hacías hace cien años, la hacías con otros fusiles que no tenían tiro

automático, disparabas una vez y tenías que recargar el arma. Hoy... *¡ta-ta-ta-ta-ta!* El marxismo-leninismo fue el arma del momento de muchos movimientos nacionalistas e independentistas de Asia. Era el arma ideológica que daba disciplina, que daba una estructura de referencia.

Cuando esa arma quedó anticuada, surgió una nueva.

Si no entiendes eso, no entiendes nada, no entiendes Al Qaeda.

FOLCO: Interesante.

TIZIANO: ¿Sabes?, a mí siempre me ha interesado la humanidad. El hombre, ¿quién demonios es ese tipo? Por eso al final llegué a hacerme la pregunta, tonta

pero muy importante, de quién soy yo, que en definitiva es la pregunta de todos. Este hombre, este hombre... En resumen, el hombre, la humanidad, me atrapó totalmente. ¿A dónde va? ¿Qué hace? ¿Mejora o no mejora?

La Historia es eso, ¿no?

FOLCO: Y esos momentos en los que has sentido la Historia...

TIZIANO: Esos momentos te llevaban a una especie de éxtasis.

FOLCO: ¿Y cuáles han sido esos momentos en tu vida?

TIZIANO: Sin duda, la caída de Saigón. Y la caída del imperio soviético, aunque en este caso se trataba de un éxtasis prolongado, porque estaba

descubriendo cosas que no imaginaba. ¿Puedes imaginártelo? Quizá no, porque eres demasiado joven. Pero nosotros crecimos pensando: «Aquí está Europa occidental; después hay un muro y después *hic sunt leones*, está la Unión Soviética». La *Unión* Soviética: todos iguales. Cae ese muro, de una manera u otra consigues entrar y descubres... Pero ¿dónde está la Unión Soviética? Aquí están los mongoles, allí los uygures, allá los kazakhos, más allá los musulmanes, éstos odian a aquéllos... ¡Virgen santa, esto sí que es un descubrimiento!

FOLCO: Entonces, ése fue otro gran momento para ti. ¿Qué otros hubo?

TIZIANO: Tengo que pensarlo.

FOLCO: ¿Quizá cuando estuviste con el Viejo en el Himalaya?

TIZIANO: ¡Sí, claro, sin duda, muy bien! Perfecto, tienes razón. Sí, fue así. Exacto. Igual. Sentí que algo grande me rozaba. La pregunta que me has hecho... Tengo que pensarlo. Hay tantas otras cosas...

FOLCO: Es verdad, a veces hay momentos de esos que sabes que han pasado, que han existido. Es una maravilla. Comprendo lo que sientes ante esos momentos, ante eso que pasa, que es grande, inmenso. Es lo que yo he sentido ante... No, para mí no ha sido la Historia. Han sido algunos extraños

encuentros con personas, encuentros profundos. A veces, el amor. Y el lama tibetano que casi me hizo perder el conocimiento durante unos minutos. Y la Madre Teresa, y la Casa de los moribundos en Calcuta. Ésos han sido los momentos más intensos de mi vida. Cuando sientes eso que te emociona de verdad y te pierdes, y de repente te hace vivir.

TIZIANO: Sí, te hace vivir. Y está más allá de todo tipo de moralismo, de la moralidad. Alguien podía decirte: «Pero ¿cómo es posible? Tienes treinta y cinco años, tienes una familia, has estudiado idiomas, tienes dos títulos, uno obtenido en Estados Unidos y otro

en Italia, podrías ser abogado, diputado, ¿y te vas a hacer el gilipollas al frente para que te peguen un tiro? Pero ¿qué clase de persona eres?».».

Se hablan dos lenguas distintas. Se habla de dos mundos que ni siquiera se rozan.

Y creo que tienes razón, entiendo perfectamente que lo que yo he sentido ante lo que llamo la Historia, con mayúscula, se puede sentir de otras maneras. Quizá una experiencia religiosa sea también de este tipo, ¿no? Una gran experiencia mística es de este tipo. Ante una gran experiencia mística ya no hay *nada*, ya no está la jerarquía del sacerdote y del cardenal diciéndote:

«¡No, no debes mantener una relación directa con Dios!». Todo desaparece, ya no cuenta nada, porque tienes un momento de... *brrrummm!*

Imita el sonido como de un rayo que cae junto a nosotros.

FOLCO: Entonces, ¿ese pasar de la Historia lo sientes como algo que pasa, como una sombra, como un espectro?

TIZIANO: ...

Suspira, sin encontrar las palabras.

Después de la guerra

TIZIANO: Esencialmente, con Vietnam finaliza una fase de mi vida. Habían ganado los que yo quería que ganaran. Continué interesándome por la región y volví con frecuencia. Mi libro *Giai Phong!* había sido traducido al vietnamita y lo leían en los colegios. Durante años, la versión sobre la toma de Saigón que circulaba por Vietnam era ésa, así que cuando un año después fui a Hanoi, me recibieron como a un héroe. Me recibió el mayor intelectual vietnamita, un hombre extraordinario que había luchado en la guerrilla contra

los franceses y perdió un pulmón a consecuencia de las torturas.

En resumen, me había convertido en un personaje. Un personaje, sí, pero yo era yo. Escéptico, florentino, no dogmático, sin vinculación con ninguna ideología, con ningún partido..., jamás en mi vida he tenido el carné de ningún partido..., no tenía que responder de nada a nadie. Y ya un año después de la liberación empecé a darme cuenta de que las cosas no funcionaban, de que no iban como yo esperaba. Empecé a ver el lado oscuro.

FOLCO: Por ejemplo...

TIZIANO: Lo peor fue una visita al campo de prisioneros donde mis amigos

vietcong metieron a los generales y los coroneles del antiguo régimen, canallas y asesinos que habían cometido terribles crímenes. Pero yo soy así. Cuando entro en una prisión, mi simpatía se decanta siempre para los que están encerrados. Odio a los carceleros.

Me llevaron a una cárcel para que viera lo bonito que estaba todo, lo bien que los trataban, y luego obligaron a aquellos ex oficiales a tocar para mí un cuarteto de Mozart. Aquello me recordó muchísimo los campos nazis, donde los detenidos tenían que tocar para los visitantes, y cuando el comandante del campo me dijo: «¡Pregunte, pregunte cómo viven, cómo comen!», pregunté:

«Señores, ¿qué tiempo hace hoy?».

Lo que más me entristeció fue que, cuando llegó el momento de salir del campo y de escribir mis comentarios en el libro de oro, vi que antes que yo habían pasado periodistas comunistas de Polonia y todos habían alabado «este hermoso ejemplo de libertad democrática». Así que escribí una cosa terrible y la firmé con nombre y apellido. Y les sentó como un tiro.

Río.

Cuando, cada vez más decepcionado, cada vez más indignado, escribí un larguísimo artículo criticando

todo eso..., sin renegar jamás de la historicidad de la liberación del 30 de abril de 1975..., me incluyeron inmediatamente en la lista negra. Me convertí en el enemigo.

Pero luego las cosas cambiaron. Al cabo de dos o tres años volvieron a invitarme y escribí un artículo muy bonito. Bonito, recuerdo, porque era conmovedora aquella Hanoi desastrada, sucia, pobre, donde por la noche las calles se llenaban de lamparillas de la gente que comía *feu*, la sopa vietnamita en la que algunos metían un pez de madera para hacerse la ilusión de que comían pescado de verdad.

Estaba siempre entre esos dos polos:

por un lado, una gran simpatía por el pueblo..., no puedes sino sentir una enorme simpatía por los pobres que luchan bajo la lluvia de Hanoi, en sus casas húmedas, sin comida, sin calefacción, sin ropa..., y por el otro, ese régimen que, sintiéndose amenazado, se volvía cada vez más autoritario. Porque, como de costumbre, los norteamericanos no dejaban ni mucho menos que las cosas se desarrollaran tranquilamente. Tenían sus espías, habían creado grupos que sabotaban las vías férreas, las construcciones. Siempre las mismas historias. Las que hacen que el régimen se endurezca, tenga que defenderse, tenga que matar, tenga

que encarcelar.

Así que, a mi regreso a Vietnam, siento esa ambigüedad, que después descubrí que había sentido también Edgar Snow cuando en 1970 vuelve a China y se da cuenta de que algo no funciona, de que hay millones de seres que perecen de hambre. No puede creer que su Mao, a quien tanto había admirado, que había sido maravilloso en la guerra, haga esas cosas. Le parece increíble, pero también se plantea el problema, no dice: «¡Anda ya, no es verdad!». No. Snow se plantea el problema.

Yo también he sido siempre ambivalente. Y lo continúo siendo.

Porque, si me preguntas qué pienso hoy de Vietnam, respondo que lo sucedido en 1975 con la liberación de Saigón y la reunificación del país es sacrosanto; pero también digo que esos miserables comunistas perdieron una gran oportunidad, porque con un poco de generosidad y un poco más de perspicacia podían haber gestionado un país que tenía un gran potencial y podía recuperar muy bien la prosperidad.

Si miro hoy Vietnam y especialmente Saigón, donde volví a estar no hace muchos años, siento deseos de decir una cosa horrible que también diría de la China actual: si hubieran vencido los otros, casi habría sido mejor. Porque ese

tipo de sociedad saben hacerla mejor los otros. Si tienes que hacer capitalismo con el autoritarismo comunista, entonces vale más que lo hagan los capitalistas, porque ellos saben mucho mejor cómo funciona el capitalismo.

El sueño de una sociedad más justa, más equitativa, más humana, que la revolución en la que yo creía debería haber creado, ha fracasado. Entonces, da igual que hubieran ganado los otros, ¿no? Si hubiera vencido Thieu en vez de los comunistas, quizá habría matado a algunas personas más en un primer momento. Las jaulas de tigre se habrían llenado. Pero en el fondo los comunistas

han matado a muchísimas personas encarcelándolas, arrebatándoles sus derechos. Los cayucos, los prófugos que escapaban en barca, ¿quién los creó? ¡Los comunistas!

Entonces comprendí el viejo problema que tienen todos, el que tienen los norteamericanos actualmente en Irak. Ganar las guerras es bastante fácil, pero crear la paz que hace resurgir el país es mucho más difícil. Bastaba un poco de generosidad. A la gente, en el fondo, se la podía convencer. En cambio, cuando se deja la sociedad en manos de los servicios secretos, cuando los espías oyen decir a alguien: «¡Malditos comunistas!», y ese alguien desaparece

enseguida en la noche, entonces la cosa no funciona, pierdes inmediatamente.

A mi entender, los norvietnamitas y los vietcong poseían un capital de buena voluntad enorme cuando entraron en Saigón, y lo demuestra el hecho de que se comportaran como lo hicieron: de forma irreprochable. Se temía un gran baño de sangre, pelotones de ejecución. En cambio, no mataron a una sola persona, no hubo una sola muerte por venganza, ni siquiera a escala personal, piénsalo un poco. Así pues, tenían ese capital y debían explotarlo.

Una figura relevante, tal vez Ho Chi Minh, lo habría conseguido, no lo sé. Aunque quizás él sea el creador de ese

sistema. Hace falta una figura relevante que dé la cara y diga: «Venga, ya no estamos divididos, ahora somos todos hermanos. La guerra ha terminado. No nos traicionéis porque traicionaríais al pueblo y nuestra historia. ¡Pongámonos a trabajar todos juntos!». En mi opinión, mucha gente se habría apretado el cinturón en nombre de esos valores.

Pero no; los comunistas llegaron sintiéndose superiores, convencidos de que sus sacrificios serían recompensados, de que los otros eran todos unos traidores. Pero, a veces, los traidores se ven obligados a traicionar, ¿sabes? El país está dividido, hay dos sistemas y tú naces en un lado. Luego te

conviertes en lo que te conviertes. No todo es un continuo elegir, ¿comprendes?

Y ahí cometieron un grave error.

FOLCO: Entonces, después de la guerra de Vietnam no todo fue bien.

TIZIANO: Pero lo que sucedió en Camboya fue aún más espantoso. Accedieron al poder los jemeres rojos, los que me habían capturado. Ellos querían hacer otra sociedad, una sociedad de iguales. Querían crear un hombre nuevo. Ésa es una historia importante, que se repite. Hay que comprender su horror, pero hay que comprender también lo que había detrás del horror.

Pol Pot, el líder de los jemeres rojos, se da cuenta de que su vieja Camboya, la Camboya de Asgkor Wat, la Camboya de los grandes guerreros, la Camboya de los templos más extraordinarios del mundo, había sido realmente grande. Los jemeres habían tenido una historia fantástica, pero después ese pueblo, derrotado por los thai, huye a la jungla y olvida su pasado. Hasta que se lo hace redescubrir un entomólogo francés que va a cazar mariposas a la jungla y de pronto se da cuenta de que está frente al rostro de Jayavarman VII, maravilloso, con esa sonrisa esculpida en la piedra que es todavía más profunda y misteriosa que

la de la Gioconda. Los jemerres redescubren entonces su pasado.

Pol Pot, que es nacionalista, que ha estudiado el marxismo en París, sabe que para dar poder al proletariado es preciso destruir a la burguesía. Y no basta con hacer lo que hacían los intelectuales franceses, que se limitaban a decir en los cafés de París: «*Ah, il faut détruire la bourgeoisie!*» ¡No, a la burguesía hay que destruirla de verdad!

Quiero decir que, a su manera, descubre cosas lógicas, justas. Descubre que las ciudades son la perversión del campesino jemer. ¿Qué hace en las ciudades ese campesino, que debe sembrar arroz en los arrozales

milenarios? ¿Qué hace empujando su carro hasta el mercado, intercambiando bienes, yendo a Tailandia con mercancía de contrabando? Ése no es el hombre jemer, ése es un simplón degradado por la Historia, por la Historia en la que enemigos como los thai lo han reducido al estado de larva.

Entonces, cuando accede al poder, ¿qué hace Pol Pot? Cierra el país herméticamente, no deja entrar ni salir a nadie, impide toda influencia y se pone a liquidar las ciudades. Las destruye. En veinticuatro horas, Pol Pot hizo evacuar Phnom Penh. Vaciaron todos los hospitales, las familias empujaban las camas con los enfermos conectados a un

gotero. Millones de personas salieron de la capital. Cientos de miles murieron.

Ese proyecto estaba ligado a una visión del mundo que era la misma que Mao había intentado hacer realidad con la Revolución Cultural y que Pol Pot, con su fanatismo, llevó a la práctica con más firmeza todavía. Tenía relación con esa idea de la que te decía que estaba muy extendida en el mundo: al igual que puedes provocar una reacción química, con una operación de ingeniería social puedes provocar una reacción en la materia social. ¿Y qué mejor objetivo puede tener la ingeniería social que construir una nueva sociedad, crear un hombre nuevo? Un hombre nuevo que no

tenga memoria, que no tenga puntos de referencia en la cultura burguesa, antisocialista y deshumanizada del pasado.

Los jemes rojos querían eliminar a todos los que venían de las ciudades. ¿Tú has estudiado? ¡Fuera! ¿Llevas gafas? ¡Fuera! Los ponían a todos en fila y los hacían trepar a lo alto de un cocotero. Si eras capaz de llegar a la cima, quería decir que eras un campesino; si no, que eras de ciudad, un empleado de correos, un comerciante del mercado que compra a diez y vende a once. Entonces te mataban a fin de eliminar de la sociedad el germen de lo viejo. Por la misma razón, destruían las

bibliotecas budistas y mataban a los bonzos. Para hacer el hombre nuevo, había que matar a los hombres viejos.

FOLCO: Interesante...

TIZIANO: Un proyecto sacrílego pero fascinante. Mira, cuando te dicen que esos dictadores están locos, hay que ser consciente de que en ningún caso es cierto. Hitler no estaba loco. Mao no estaba loco. Pol Pot no estaba loco, había una gran lógica en lo que hacía, y es preciso comprenderla si se quiere entender lo que fue aquel fenómeno.

Pol Pot construía el hombre nuevo. El hombre nuevo que yo vi de cerca, porque los chavales que me capturaron eran hombres nuevos. Quince, dieciséis

años, grises como la ceniza, sin una sonrisa, no habían visto jamás otra cosa que no fuera la guerra, la violencia y el hambre. Pol Pot hace destruir también todas las cacerolas, porque cacerola quiere decir familia, quiere decir un grupo que se reúne en secreto y murmura: «¡A esos jemerres rojos hay que echarlos!». Enseña a los niños a espiar. El niño tiene el deber de denunciar a sus padres, que son inmediatamente detenidos y luego ejecutados en los «arrozales de la muerte».

Hace destruir las cacerolas. ¿Adviertes que hay una lógica? ¿La ves? No todo es casual, ¿sabes? No debes

limitarte a leer las noticias del día. Debes leer el periódico para tirar del hilo de las grandes historias.

Una cosa que no aceptaré jamás es que todos los dictadores están locos. ¿Sadam era un loco? ¡Ni por asomo! Un sádico, un asesino, todo lo que quieras, pero no estaba loco. Instauró un régimen que mantuvo unido el país durante décadas; un país que en cuanto le quitas la cola se desmembra, como se está demostrando ahora; un país que ha evitado el fundamentalismo islámico y que era el baluarte *laico, antirreligioso* en Oriente Medio. No estaba loco, no, ni mucho menos. Tenía un proyecto que costó la vida quizás a cientos de miles

de personas, pero no estaba loco.

FOLCO: ¡Pero su lógica es discutible!

TIZIANO: Claro que es discutible. Es condenable, es execrable y todo lo que quieras. Pero no son precisamente unos locos los que se levantan una mañana y dicen: «¿Y por qué no nos cargamos a diez mil personas?». No es así.

Hay una gran lógica en la locura de esas personas, una gran lógica. La había en Mao, la había en Stalin y sin duda la había en Pol Pot.

Una vez en el poder, los jemeres rojos hicieron cosas increíbles. Dirigieron un llamamiento a todos los intelectuales camboyanos que se habían

marchado al extranjero y se hicieron médicos, dentistas, profesores..., aunque sin dejar de ser nacionalistas y pro jemerres rojos cuando se trataba de elegir entre un gobierno fantoche norteamericano y la guerrilla..., para que volvieran y ayudasen a reconstruir el país. Regresaron a centenares. Nada más bajar del avión, se dieron cuenta de que habían caído en una trampa. Los detuvieron y los llevaron, junto con sus familias, a los «arrozales de la muerte». A todos.

Una historia terrible. Terrible.

Una mujer sobrevivió y escribió un libro maravilloso sobre esa experiencia de la traición. Habían ido para ayudar al

pueblo. Mira, tu país ha sido liberado, ¡volvemos a ser nosotros los dueños! Tu corazón está con tu pueblo y quieres ir a ayudarlo. Eres médico, quieres ejercer de médico. Pero los jemes rojos no querían médicos. Todos liquidados.

Silencio.

Voy a descansar un poco.

FOLCO: Espera. Esto es muy interesante, muy, muy interesante. Estoy comprendiendo un fragmento de historia que nunca había entendido.

¿Cuánto duró el régimen de Pol Pot?

TIZIANO: De 1975 a 1978. A finales de 1978, los vietnamitas entran en

Camboya en una operación relámpago, derrocan a los jemeres rojos y ocupan el país. Los civiles que estaban vinculados a los jemeres rojos huyen hacia la frontera tailandesa para ponerse a salvo; son días enteros de marcha bajo un sol abrasador. En la jungla, sin agua, sin comida, enfermos de malaria, se derrumban. Y yo, que me movía por territorio tailandés junto a la frontera camboyana para entender lo que estaba pasando, me encuentro en un claro en medio de la jungla, aproximadamente a medio kilómetro de la frontera, con unas mujeres con los ojos y la boca cubiertos de moscas. Parecían muertas, pero respiraban. Eran mujeres jemeres rojas,

eran los asesinos de ayer.

Entonces sentí esa incómoda indecisión. ¿Qué hago? ¿Cuento cuántas son y paso de largo, continúo mi camino? ¿O tiro el cuaderno de notas y me cargo a estas moribundas al hombro?

Recuerdo como si fuera ahora que levanto a una mujer cubierta de mierda..., yo que iba impecable, vestido de blanco, como siempre..., me la echo al hombro y me pongo en marcha, con su cabeza golpeándome la espalda como si fuera un odre vacío... *pum, pum, pum*. La llevé hasta la carretera donde la Cruz Roja había organizado una operación de socorro y volví por otra. Salvé a asesinos.

¿Qué tiene eso de objetivo?

Es algo independiente del periodismo, y aquí vuelvo a insistir en lo absurdo de la idea anglosajona de la objetividad. Había unas mujeres despreciables, unas asesinas agonizantes, y tú decidías cuál debía morir y a cuál debías salvar. ¿Qué tiene eso de objetivo?

Son episodios irrelevantes, pero sirven para explicar que la vida está llena de alternativas, de decisiones que tienes que tomar de buenas a primeras y que quieres que después te permitan estar en paz con tu conciencia.

Parece que haya acabado.

Luego, por la noche...

Está ese otro aspecto, claro. Esa..., no sé cómo llamarla..., esa *alegría* de la aventura. Vuelves al hotel, a esos hotelitos de prostitutas, ya sabes. Estaba aquel que llamábamos el Hotel de la Enana Embarazada porque la dueña era una mujer así de bajita, con una barriga enorme.

FOLCO: No era su verdadero nombre, ¿verdad? Se lo pusiste tú.

TIZIANO: Sí, claro. Estaba en Aranjaprathet, en Tailandia, cerca de la frontera con Camboya. Vuelves por la noche a esos sitios donde no paran de llamar a la puerta..., porque una quiere

hacerte un servicio, otra quiere darte un masaje..., y te metes en la ducha, te aseas, luego bajas, te sientas, te tomas una buena cerveza fresca y te sientes increíblemente ligero. Sabes que aquella mujer jemer está en el hospital y que en la jungla hay decenas más que se están muriendo. Y sabes que has hecho algo bueno y ahora estás ahí, con la alegría de haber desempeñado un papel que alguien te ha regalado con generosidad. Pero, en definitiva, has hecho algo también un poco perverso, sí, un poco perverso, ¿entiendes?

En ese período fue cuando surgieron todos los mitos sobre mí. Se contaba que Terzani había llegado al Hotel de la

Enana Embarazada completamente vestido de blanco, con una rosa roja en el ojal y, tras subirse en una caja de cartón, y escrutar la frontera camboyana, había dicho: «¡No veo ningún carajo de Historia en el horizonte!».

Río.

FOLCO: ¿Quién contaba eso?

TIZIANO: Uno cualquiera. Y luego entraba en el mito. ¡Y al parecer llevaba una rosa roja en el ojal! Eso también forma parte de aquella vida.

Había veladas interminables con colegas un poco insensatos, ingleses que contaban episodios heroicos. Tim Page,

para la cubierta de su nuevo libro, se tumbó sobre la vía del ferrocarril camboyano cuando se acercaba un tren, y alguien le hizo una foto.

¿Te imaginas? Estabas en esos..., a mí me encantaban, *me encantaban* esos hotelitos. Subías a tu cuarto de madera, donde alguien había tapado los agujeros con un póster para que el que estuviera follando al otro lado no pudiera mirarte. Todo era así.

*El
sonido de
las
campanas
sube desde
el pueblo,*

al fondo
del valle.
Son las diez
de la
mañana.

Un año después, fui uno de los primeros periodistas, junto con Nayan Chanda del *Far Eastern Economic Review*, que volvieron a Camboya. Los vietnamitas, que mientras tanto habían ocupado el país y con los cuales manteníamos buenas relaciones porque habíamos estado en la liberación de Saigón, en cierto modo se fiaban de nosotros, es decir, sabían que no éramos espías de los norteamericanos, y nos dieron permiso no sólo para entrar en

Camboya sino para *desplazarnos* por todo el país.

Cuando llegamos a Phnom Penh, el jefe de los servicios secretos vietnamitas fue a vernos y dijo: «Chicos, no puedo hacer nada por vosotros porque no disponemos de escoltas para daros. Subid a un coche, lograd gasolina y recorred el país».

Partimos así, con la más absoluta inconsciencia. Sin escolta. ¡Virgen santa, el peligro que corrimos! Nos dimos cuenta después.

Atravesamos un país de los que no se encuentran, de los que no existen. Las ciudades abandonadas, sin un pozo con agua que se pudiera beber, porque los

pozos estaban llenos de cadáveres. Caminabas por los campos pisando esqueletos y calaveras. Y lo hacías con muchísima inseguridad, porque todavía merodeaban bandas de jemeres rojos.

Nos adentramos por aquellos caminos desiertos; no se veía nada, sólo un resplandor en el aire, como espejismos de agua. Caminábamos, llegábamos a una aldea, la gente nos miraba, salía de las casas, delgada, sucia, atontada. No había comido desde hacía mucho. Y nosotros nos instalábamos en las cabañas abandonadas, donde no había nadie, nada. Habíamos llevado arroz y lo cocíamos.

FOLCO: ¿Ni siquiera había comida?

TIZIANO: ¡Qué va a haber! ¡No quedaba ni un restaurante! Habían huido todos. Los jemeres rojos los mataban a todos.

FOLCO: La devastación total.

TIZIANO: Sí. Recorrimos Camboya, toda Camboya. Cruzamos todos los ríos y los lagos, entre ellos el lago Tunlesap. De vez en cuando hacíamos una parada y escuchábamos historias increíbles, como las de los cocodrilos, que la gente te contaba y habían sido ciertas hasta el día antes. ¿Te acuerdas del dibujo de los niños arrojados al pozo de los cocodrilos?

FOLCO: Es una de las imágenes que

más me impresionó de pequeño, cuando te la publicaron en el *Spiegel*. Pero ¿sucedió de verdad? ¿No era propaganda?

TIZIANO: ¿Propaganda? ¡Nadie se atrevía siquiera a cruzar un estanque por miedo a que alguien lo empujara hacia los cocodrilos! Camboya está llena de cocodrilos.

Llegabas a pequeñas ciudades que empezaban a revivir, como Battambang, donde había un mercado con esas mujeres oscuras que vendían pescado.

Después sucedió una cosa hermosísima: llegamos por fin a Angkor. ¡Madre mía, Angkor era impresionante! Un enorme cementerio vacío,

completamente vacío, con el olor de los excrementos de los murciélagos que venía de las bóvedas de aquellos templos maravillosos. No había nadie. Y entonces intuí que en realidad aquellos kilómetros y kilómetros de bajo-relieves de Angkor eran una profecía, porque estaba representado todo, todo lo que después sucedió. Mirabas y veías a la gente apaleada, los cocodrilos, la gente destripada, las matanzas, como si el hombre jemer de mil años antes hubiera presentido que ocurriría algo demencial.

FOLCO: ¿Era una profecía?

TIZIANO: Una profecía esculpida en la piedra.

Conseguimos llegar a un hotel..., lo

recordaba porque había estado..., que se llamaba Le Grand Hôtel de Siem Reap. Estaba lleno de viudas. Se habían instalado allí porque habían matado a sus maridos. Y recuerdo una velada ambigua, un poco extraña, en que esas mujeres cocinaron para nosotros y pasamos la noche sentados en el suelo, en aquellos espaciosos salones de lo que había sido el «Grand Hôtel», encendiendo fuego con leña y cocinando los *poissons à ga-ga*, los peces del lago. Y luego otra vez en marcha, de vuelta hacia Phnom Penh.

Regresamos de aquel viaje conmocionados, también por la aparente imposibilidad de que esa civilización

podiera recuperarse algún día. ¿Cómo iba a poder?

Entonces tuve otra hermosa visión, que me gustaba: que la vida no se detiene. Puedes echar napalm, sal, matar a todos. Durante un tiempo no ves nada. De repente... *¡paf!*, asoma una plantita, se organiza un pequeño mercado, una pareja hace el amor y la vida vuelve, con su avidez de *vivir*. La percibía con fuerza, con mucha fuerza.

FOLCO: ¿Fue uno de tus viajes más apasionantes?

TIZIANO: Era impresionante. Dejó huella en mí. No era una cosa normal.

Todo olvidado. Todo olvidado.

FOLCO: ¿Lo has olvidado?

TIZIANO: Yo no, la opinión pública. Murieron cientos de miles; los que sobrevivieron tienen un restaurante jemer en el *quartier chinois* de París. Ha sido un siglo de tremendas desilusiones. También por eso hay hoy en día esa gran desorientación. Ya no queda nada a lo que poder agarrarse mínimamente.

Juegos prohibidos

FOLCO: No sé si lo recuerdas, pero tengo curiosidad por saber cómo te imaginabas cuando tenías diez años y te preguntaban: «¿Qué quieres ser de mayor?».

TIZIANO: Me inventaba oficios que no existían. No decía: «Quiero ser periodista». Me inventaba cosas que no existían. Yo nunca he tenido sueños. Vivía. Quería hacer cosas, cambiarlas, porque estaba en un lugar donde me sentía oprimido y con personas con las que no tenía nada que hacer.

FOLCO: Si te sentías tan distinto de

la gente que te rodeaba, ¿cuál era tu identidad? ¿Qué sentías que eras?

TIZIANO: Un evadido.

Silencio.

¿Sabes?, mi condición, que en un sentido es positiva pero también es muy negativa, ha sido siempre escapar. Porque escapando escapaba también de las responsabilidades, las de tipo político, por ejemplo. No cabe duda de que podría haber hecho carrera política. Cuando era todavía muy joven, frecuentaba los ambientes florentinos que habrían podido llevarme a ella. Frecuentaba el oratorio de don Bensi, un

importante personaje católico; conocí a La Pira y a muchas personas más con las que habría podido abrirme camino. Pero sentía que ése no era yo.

Así que escapar ha sido mi condición, y si me preguntas qué me he sentido, tengo que contestar: un evadido, siempre. Alguien que escapa. Para que te rías un poco, te diré que la primera fuga fue la de la imagen que mi madre tenía de mí. Viví los primeros tres o cuatro años de mi vida vestido de niña, porque, como te he dicho, mi madre hubiera querido una niña. ¡La de veces que habré deseado escapar de aquel delantalito! Y no podía hacer nada en casa porque me ensuciaba. A mí me

gustaba trajinar en la cocina, ¿sabes?, trocear la comida, hacer salsas. Me gustaba mucho hacer pasta o arroz con verduras y me escapaba de casa para ir a la de mi otra abuela, la abuela Eleonora, que vivía a tres portales de la nuestra..., nosotros estábamos en el número 147 y ella en el 153..., y allí podía pringarme y hacer lo que me pareciera.

Siempre he tenido ese deseo de escapar, siempre. Escapar de donde me tenían bajo control, como cuando me fui a la aventura en Suiza, como te he contado, para aprender francés. También entonces: ¡escapar, irme! Y toda mi vida ha sido una escapada, también en

sentido negativo.

FOLCO: Pero en algún momento debiste de sentir que lo habías conseguido. Cuando llegaste a Asia habías escapado, ¿no?

TIZIANO: Sí, vale, pero ¡hasta que llegué...! Mira mis fotos en la Olivetti, vestido con traje y corbata. ¡Madre mía, quería escapar desde el momento en que entré!

FOLCO: Entonces, ¿ese evadirte, ese escapar ha sido tu acicate?

TIZIANO: Sí, creo que en el fondo ha sido mi acicate. Avanzar, mirar. Curiosidad por lo nuevo, por lo diferente. Siempre me ha interesado lo diferente. ¿Y qué había en Florencia que

fuera diferente? Debo aclarar que mi curiosidad no era intelectual. Al contrario, los intelectuales me cargaban, porque veía en su forma de ser una manera de complicar el mundo. Los intelectuales están hechos para complicar lo sencillo; los periodistas, para simplificar lo complicado. Así es como yo lo veo.

Nunca he sido un intelectual, nunca. Tenía una curiosidad a veces incluso física. Disfruté de Indochina, disfruté físicamente del calor, de los silencios, de las puestas de sol. ¿Sabes?, una puesta de sol desde el Wat Pusi, en la confluencia del Mekong con el pequeño río de Luang Prabang, desde uno de esos

templos antiguos de Laos donde tintinean campanillas... ¡Alcanzaba el éxtasis, el éxtasis!

Debo decir que incluso la guerra, contra la que después me he convertido en cruzado... Tengo que confesar que hubo un momento en el cual, con lo que estaba en juego, la vida y la muerte continua, la guerra tenía atractivo. No se puede negar. Porque, después de todo, en el fondo del alma humana hay algo que necesita esa violencia. Luego, mi corazón lo ha apartado quizá con la misma violencia, pero había algo...

*Baja la voz hasta que se convierte en
un susurro.*

Cuando salíamos por la mañana para ir al frente, sin saber nunca cómo podía acabar el día..., muchos no regresaban..., era una aventura. Ese salir por la mañana hacia un destino desconocido, con un joven conductor que no sabes si te meterá en una zanja con su viejo Mercedes, que tiene un motor de esos que... *runnn, runnn, runnn...* tardan diez minutos en arrancar. ¿Y si caemos en una emboscada y tenemos que huir, y empieza a hacer *runnn, runnn, runnn...*?

FOLCO: Viajabas mucho, estabas fuera semanas. ¿Te desagradaba?

TIZIANO: No lo pensaba dos veces. Avanzar, buscar, buscar lo otro. Ocuparse de todo lo que es distinto. Salir de los caminos trazados. Viajar ha sido importantísimo para mí. Esa sensación de descubrimiento ha sido importantísima. Ésa era mi vida, no me detenía nada. Y debo decir que la familia..., tú lo sabes, para mí la familia era el palo al que estaba unido por un hilo de seda, como decía el poeta bengalí..., pero, en resumidas cuentas, había también otra cosa. Estaba unido, nunca he traicionado a la familia, nunca, como hacen esos que pierden la cabeza y se van con la cantante de Pleiku. Pero debo admitir que había una parte de mí

que disfrutaba de ese ser, como tú dices, libre.

FOLCO: Incluso en el límite del riesgo.

TIZIANO: Bueno... Yo nunca he corrido muchos riesgos, entre otras razones porque soy cobarde. Tenía siempre miedo, por eso digo que en realidad era muy valiente. Otros no tenían miedo. El maravilloso Neil Davis murió durante el golpe de Estado en Bangkok porque unos golpistas ceporros que iban en un carro de combate creyeron que su cámara de televisión era un bazuca. Y filmó su propia muerte. Colocó la cámara conectada delante de él y filmó su propia muerte.

Él era valiente de verdad, ya lo creo que sí. Cuando ibas al frente y las últimas patrullas te decían: «Cuidado, allí están los jemerres rojos. A cien metros hay un bazuca que apunta hacia nosotros», mirabas y Neil Davis estaba cincuenta metros más adelante filmando.

Silencio.

¡Ahhh! Ese jugar con tu vida también tenía algo de... Tengo que confesarlo, porque es así. Es inútil hacerse el puritano, el moralista.

Recuerdo nuestros estúpidos juegos en el Mekong, en Camboya. ¡Había que estar loco! En Phnom Penh, donde está

la residencia del príncipe Sihanuk, nos desnudábamos del todo, nos poníamos un *sarong* y nos lanzábamos al agua. Hacíamos entrar una burbuja de aire bajo el *sarong* y nos deslizábamos a lo largo de kilómetros por aquel inmenso río que nos arrastraba, con el rugido de los cañones a lo lejos y los conductores corriendo por la carretera para recogernos y llevarnos de vuelta al hotel.

FOLCO: ¿No había cocodrilos?

TIZIANO: No, allí no. Al anocheecer se veían los cazas lanzándose sobre las ciudades, y nosotros allí, metidos en el agua. Después, todos a casa a comer *soufflé au chocolat* en el Café de la

Poste, con Al Rokoff, que un día puso sobre la mesa una bomba de mano y dijo que, si no le hacían mejor el *soufflé*, hacía saltar todo por los aires.

FOLCO: ¿Y quién era Al Rokoff?

TIZIANO: Un loco. Un loco extraordinario que tenía la habitación llena de bombas de mano. Un norteamericano, un fotógrafo norteamericano que había perdido la chaveta. Un día llegó el director del Hôtel Le Phnom y dijo: «Monsieur Rokoff, tiene usted demasiadas bombas de mano. Sería mejor que se instalara en otro sitio».

Ríe.

¡Tenía un montón de bombas en la habitación!

FOLCO: ¿Qué hacía con ellas?

TIZIANO: Estaba loco. Un tipo que saca una bomba y dice: «Haced mejor el *soufflé*, si no...».

Y todos aquellos escritores frustrados, todos los que soñaban con escribir *El americano impasible*. Piénsalo, *El americano impasible* es la única gran novela que se ha escrito sobre la primera guerra de Indochina, así que el sueño de todos era escribir otra así. Todos, todos escribían y no salió nada.

Y en medio de todo eso estaba la

Flor del mal, Sarah Webb. ¡Qué mujer! Yo no la soportaba. Una vez, un tipo que era el fotógrafo de Nixon y que le había regalado varias cámaras fotográficas vuelve, no sé, hacia las once de la noche, se dirige al portero de aquel hotel que crujía de arriba abajo y le pregunta: «¿Ha visto a mademoiselle Webb?».

«Sí, debe de estar en su habitación».

Pero el ayudante, al oírlo, dice: «No, a las diez la vi entrar en la habitación 24.»

Y después otro dice: «No, ya ha salido de la 24. Creo que ahora está en la 37.»

Rie.

Era una auténtica aventurera. Tiempo después se suicidó en África con la pistola de su último amante.

Lo curioso es que en todo esto se mezclaban la muerte, el periodismo, las vidas malgastadas, los hombres de cuarenta y cinco o cincuenta años que en su última juventud dejaban a las mujeres con las que habían llegado a Asia para irse con esas chicas.

Yo no tuve nunca una amante vietnamita, pero había una chica con la que mantenía una relación peculiar. No sé si te he contado alguna vez esta bonita historia. Era una azafata de la Air

Vietnam, la invitaba a cenar, me ocupaba de ella. Y cuando, acabada la guerra, el nuevo régimen mandaba a todas esas mujeres de las que sospechaba a trabajar en los campos para reeducarlas, la vi una noche en la calle Catinat. Fingí no reconocerla porque no quería ponerla en un aprieto, pero ella vino a mi encuentro y me abrazó diciendo que sólo quería aspirar el olor de mi piel detrás de las orejas. Lo encontraba divertido. Nos despedimos emocionados. Ella se fue a Hanoi y yo me quedé en Saigón. Eran relaciones peculiares, ¿comprendes? No creo que en Irak ninguna mujer vaya a oler las orejas de un soldado.

Tengo apetito. Es la primera vez desde ayer que me apetece comer.

FOLCO: ¿No has comido nada desde ayer?

TIZIANO: A mediodía no, ya lo has visto. Pero si consigo comer un poco, me encuentro mucho mejor, porque me da algo de energía.

FOLCO: Claro, si no comes, no tienes energía. Empezarás a desvariar.

TIZIANO: Uno de los corresponsales tenía una virtud que a mí me encantaba. Por la noche, cuando oscurecía, comíamos deliciosos *steak-au-poivre* alrededor de la piscina del Hôtel Le Phnom y luego, todos un poco colocados, íbamos hasta los

cyclopousses, los vehículos que esperaban en la entrada. Los ciclistas seguían con los ojos cada bocado que te metías en la boca, y en cuanto veían que habías terminado entraban en el jardín: «*Moi emmener bordelle, moi emmener bordelle 105!*» ¡Yo llevar al burdel! Entonces, un poco avergonzados, todos montaban en los *cyclopousses* e iban al prostíbulo. Y muchas veces llevaban a su habitación a esas chicas, o pedían que se las llevaran. ¡Bellezas sombrías! Lo que me gustaba de aquel tipo era que pedía que le llevaran la suya a su habitación, pero, al contrario de todos los demás, a la mañana siguiente salía, muy elegante, a desayunar con ella. Era

el único, los demás hacían como si no lo vieran. En cambio, él le preguntaba a la furcia: «¿Quieres los huevos fritos o los prefieres pasados por agua?». Eso me gustaba.

Después, ése también cayó en las redes de Sarah. Y cuando el fotógrafo de Nixon se enteró, un día que ella estaba tomando el sol al borde de la piscina, él, que le había regalado todas aquellas cámaras de fotos, se acercó, la agarró y la echó al agua.

FOLCO: ¡Cuántos dramas!

TIZIANO: Por las noches también estaba el opio. Los que no iban al burdel, iban a fumar.

FOLCO: ¿Fue uno de los períodos

más bonitos de tu vida?

TIZIANO: Sí, y de los más dramáticos. En parte porque era nuevo. Piensa que yo venía de... ¿Has visto esa foto mía en Milán con pajarita? Y te encuentras, Dios mío, en medio de esa mierda, sin que nadie te haya dicho: «Si disparan, haz tal cosa».

FOLCO: Al parecer, Indochina permanece en la memoria de todos los que estuvieron allí. Todas las amistades se remontan a entonces. Fue la experiencia que os marcó a todos.

TIZIANO: Había algo mágico. «*Who was in Vietnam and who wasn't*», quién estaba en Vietnam y quién no. Éramos jóvenes, fuertes, ¿sabes? Debo decir que

para muchos de mis colegas, Indochina quería decir chicas, burdeles...

FOLCO: Opio...

TIZIANO: Opio, sí. Para mí, el opio fue una gran experiencia. Pero los burdeles y las chicas en absoluto, no me interesaban. Prefería pasar la velada en un pequeño restaurante de pescado a orillas del Mekong, bebiendo cerveza con un amigo y mirando el fuego lejano de la artillería, que en un burdel de mala muerte. No estuve nunca, nunca. Fui para ver quién lo frecuentaba, cómo funcionaba, eso sí.

FOLCO: ¿Y el opio?

TIZIANO: ¡Ah, el opio fue una experiencia increíble! Camboya,

Camboya...

*Su mirada se pierde en las montañas
que tenemos delante.*

En Camboya, el opio era una cosa natural. No olvides que en todas esas regiones habían vivido, vivido de verdad en su vida auténtica, indígena..., algo que hoy hemos olvidado..., los *planteurs* franceses, los administradores de aquellas plantaciones de caucho que enriquecieron a Francia. Francia, pese a haber colonizado Indochina, pese a que, en su locura, enseñó a los niños camboyanos a recitar «*nos ancêtres, les Gaulois*», nuestros antepasados, los

galos, amó a Indochina. La amó de verdad. Se metió dentro, amó a sus mujeres, tuvo hijos con ellas. Y se perdió. Cuando terminó la primera guerra en 1954, los llamados *petits blancs* se quedaron vagando por Indochina, te los encontrabas por todas partes. Esos «pequeños blancos» que habían sido obreros, conductores de autobús a través de la cordillera annamita y que no habían podido volver a Marsella, personas, en definitiva, que no eran capaces de irse, se quedaron a vivir localmente porque *amaban* la vida que ahora intentaré describirte.

El opio, facilísimo de encontrar en cualquier sitio, formaba parte de esa

vida, y cuando yo llegué a Phnom Penh, los fumaderos de opio habían alcanzado su sofisticación.

Para mí, el opio es un único lugar. Hubo muchos otros donde estuve fumando, en Vientiane, en Laos, en el establecimiento de una mujer a quien, en tiempos de los franceses, los vietminh habían cortado la lengua por haber revelado un secreto. Historias increíbles. Pero para mí el opio es una gran cabaña de paja y madera construida sobre pilotes en un pequeño estanque y regentada por Madame Chantal.

Madame Chantal era chino-jemer, o sea, una camboyana de piel clara. Había estado en uno de los mayores burdeles

de Indochina, frecuentado por generales franceses, y luego se instaló por su cuenta. Abrió un fumadero que era lo más espartano que te puedas imaginar, un poco alejado del centro, alejado de las calles principales. Se llegaba tomando un *cyclopousse*. Todos sabían dónde estaba Madame Chantal.

Llegabas, llamabas, ella miraba por una ventanilla para ver quién era: «¡Ah, Monsieur Moustache!».

Yo era Monsieur Moustache, señor Bigote. Te desnudabas, te ponías un *sarong* y te acompañaban a uno de esos pequeños cubículos cubiertos con una bonita estera camboyana de paja de colores. Nada más. Te tendías allí y

luego llegaba ella. Se sentaba en la posición del loto y empezaba a preparar las pipas con una ceremonia de lo más esotérico imaginable. Era como una sacerdotisa, gorda, de piel blanca, iluminada sólo por aquella lámpara mágica. Se movía con las sombras, hierática, ausente, como una divinidad. Una divinidad. Tomaba con dos agujas el opio refinadísimo y lo quemaba sobre pequeñas lámparas mágicas. Lo que hacía era realmente un rito.

Con una de aquellas bonitas pipas largas, empezabas a fumar. Es la misma sensación que he experimentado a veces con la meditación, la de perder el peso. Dejas de pesar, te vuelves ligero. Y tu

mente está..., no ofuscada, está...
extraña. No pierdes la conciencia. No es
como el hachís, que... *blaaa...* ¡En
absoluto! Estás presente. Pero en un
gran... en un sopor beatífico.

Enseguida descubrí que no era ni
mucho menos el único parroquiano.
Había otros periodistas, embajadores...

Rie.

Era, como más adelante descubrí,
Les Deux Magots de Phnom Penh, el
punto de encuentro. Se creaba una
extraña atmósfera y era maravilloso
charlar de lo que sucedía, de la guerra.
Era realmente fascinante. Luego, antes

del toque de queda..., el toque de queda empezaba a medianoche, oías el *¡ta-ta-ta-ta-ta!* de los que pasaban con la metralleta..., nos íbamos con los *cyclopousses* que nos esperaban fuera y a cuyos conductores Madame Chantal había dado para fumar lo que llaman el *dross*: cuando aspiras el opio, en tus pulmones entra ese bendito humo, pero en la pipa queda polvo, el *dross*. Eso también se puede fumar, y Madame Chantal se lo daba a los que pedaleaban en los *cyclopousses*, que se lo fumaban a su manera, con pequeñas pipas.

Si ya había sonado el toque de queda, los ciclistas, también un poco colocados, llevaban los *cyclopousses*

por el centro de la carretera para que los soldados nos reconocieran. Yo iba siempre vestido de blanco, así que estaba claro que no era un guerrillero, y cuando llegábamos a los puestos de control y los soldados comenzaban a gritar, nosotros contestábamos: «*Press, press, press! Journaliste!*». Les dábamos un poco de dinero, unas piastras camboyanas, y arreglado. De vez en cuando disparaban al aire... *¡ta-ta-ta-ta!*... para meternos miedo y aumentar el precio.

«*Ey, journaliste, journaliste!*». Y volvíamos a casa.

Cuando salía por la noche del Hôtel Le Phnom, después de haber escrito el

artículo o terminado mi jornada tomando notas, ya estaban todos aquellos ciclistas en la puerta con sus vehículos. «*¡Monsieur Moustache! ¡Monsieur Moustache!*», me llamaban, porque todos sabían adónde iba. Lo divertido fue cuando mamá vino por primera vez a Phnom Penh y yo quise mostrarle mi mundo. Llegamos con el habitual *cyclopousse*, la ventanilla se abre, Chantal mira y dice: «*Ah, Monsieur Moustache et... Madame Monsieur Moustache!*».

¡Mamá se había convertido en Madame Monsieur Moustache!

Estuve yendo allí algunos años, durante toda la guerra. Lo que te gustará

es que yo era fuerte, en el sentido de que para mí el opio estaba ligado a esa atmósfera y al final no era el opio lo que más me interesaba. En realidad, nunca superé un número moderado de pipas, en tanto que otros llegaron a veinte, treinta, cuarenta pipas al día, se volvieron opiómanos. No podían levantarse por la mañana y no ir al galope a ver a Madame Chantal. Para mí era el cóctel del anochecer.

Sí, para mí el opio estaba ligado a una atmósfera. Era Chantal, era aquella lámpara mágica y..., había olvidado decírtelo..., era la voz de los *crapeaux*, que recordaré durante el resto de mi vida.

FOLCO: ¿*Crapeaux*? ¿Cuervos?

TIZIANO: No, ranas; grandes ranas que croaban en el estanque, bajo la cabaña: «*Croac, croac, croac, croac...*».

*Imita el
croar
perfectamente,
con voz
grave y
ronca,
como un
sonido que
ha conocido
en
profundidad.*

Fumabas y oías fuera: «*Croac,*

croac, croac...». Eso era el opio para mí.

Así que, cuando volvía a Singapur, donde había fumadores secretos, a éstos ni me acercaba, mientras que otros se morían si no iban. Conocí a un diplomático que vivía de pastillas de opio cuando no estaba en Phnom Penh. Se llevaba siempre una reserva y se las tomaba como si se las hubiera prescrito el médico. Si no, no podía vivir.

FOLCO: Como buen diplomático, cuando viajaba debía de guardar su reserva en la valija diplomática.

TIZIANO: Era maravilloso, porque yo no sufría ningún ataque de abstinencia, no tenía necesidad de

buscar opio. Volvía a ser el de siempre, con la familia, los niños. Íbamos al zoo, a bañarnos, hacíamos cosas. Después, aterrizaba de nuevo en Phnom Penh y por la noche...

FOLCO: ¿Ibas muy a menudo al fumadero?

TIZIANO: Casi todas las noches.

Lo dice con un poco de falsa vergüenza.

FOLCO: ¿De verdad? No lo sabía.

TIZIANO: Casi todas las noches.

FOLCO: ¿Y cómo es que ahora no te interesa en absoluto?

TIZIANO: Debes entender que el

opio está ligado a una atmósfera. Está ligado a un mundo. No siempre se puede separar una cosa de su sitio y llevarla con uno, como te he dicho del crepúsculo. Hay quien ha llevado consigo el opio toda la vida, con las pipas, las lámparas, y ha acabado por comprarse todo un fumadero para poder fumar a su gusto. No era mi estilo. Sin Chantal, yo no fumaba.

*Mira
largo rato
la cresta de
las
montañas,
tras las
cuales se*

*está
poniendo el
sol.*

Cuando, años después, los vietnamitas derrocaron el régimen de Pol Pot y volví a Camboya, lo primero que hice fue ir a ver, por la noche, qué había sido de Chantal. No reconocí nada. Sabía que había que pasar tres o cuatro calles después de un pequeño surtidor de gasolina y girar a la izquierda. Había desaparecido. Toda la zona había sido demolida, incendiada.

Baja la voz.

Las casas estaban derruidas, no

vivía nadie allí desde hacía cuatro o cinco años. Uno de los espectáculos más conmovedores fue ver el fuego de los primeros camboyanos que regresaban a Phnom Penh y encendían hogueras en lo que habían sido sus casas. La ciudad había sido evacuada por los jemeres rojos. ¡Todos fuera! Y los que no podían moverse... *¡ta-ta-ta-ta-ta!* En la calle, delante del Banco Central, había montones de monedas completamente nuevas. Era increíble.

Chantal fue un interrogante en el corazón de todos nosotros. «¿Qué demonios le habrá sucedido a Madame Chantal?». Circulaban historias de lo más increíbles. Habían llegados los

jemeses rojos y la decapitaron delante del fumadero; no, habían llegado los jemeses rojos e incendiaron el fumadero; no, habían llegado los jemeses rojos y ella logró escapar, disfrazada, hacia Vietnam...

Durante años, Chantal continuó siendo un misterio, hasta que uno de los antiguos *planteurs* nos contó lo que le había ocurrido de verdad. Cuando llegaron los jemeses rojos, Madame Chantal empuñó un cuchillo, se hizo unos cortes en los brazos un poco rollizos, metió dentro los diamantes que tenía, cosió los cortes y se unió a las riadas de prófugos que partían hacia Vietnam. Al cabo de un tiempo, contrató

a ese *planteur* francés y él la ayudó a marcharse. Actualmente, Chantal sigue viva y tiene un restaurante en el sur de Francia.

Es una historia preciosa, ¿no? Todos esos diamantes...

Ríe.

He llevado una vida de aventuras, no tiene vuelta de hoja. Y la aventura en sí tenía un valor. No hace falta darle un valor moral, ni político. Era la aventura en sí.

Intermedio

*Una
mañana
llama un
amigo de
Inglaterra.
Se ha
enterado de
que papá no
está bien y
anuncia que
dentro de
tres días
vendrá a
verlo. Le
repito lo
que le digo
a todo el*

*mundo, que
papá ya no
ve a nadie.
Pero él no
lo acepta.
«Dile que, si
no quiere
verme, lo
perseguiré
hasta el
paraíso
para darle
una buena
patada en el
culo». Se lo
cuento a
papá, que
parece casi
contento de
hacer una
excepción*

*con un viejo
colega de
los tiempos
de Vietnam.*

TIZIANO: ¡Querido Martin,
bienvenido! Piensa que ya no veo a
nadie, ni siquiera hablo por teléfono. Me
he retirado en mí mismo. No sé si has
visto el cartel que he puesto en la
puerta: *No se admiten visitas. Sin
excepción.*

MARTIN: No estaba seguro de dónde
estaba la casa. Hasta que he visto el
cartel y me he dicho: «¡Sólo puede ser
aquí!».

Rien.

FOLCO: Mira que si no llega a ser, y sale uno con una tranca gritando: «¿¡Pero es que no sabe leer o qué!?».

TIZIANO: Antes había otro cartel más amable, como el que Hemingway había colgado en su última casa. Ponía: *las son las menos deseadas*.

FOLCO: Más amable y, en la práctica, menos eficaz. Éste, en cambio, funciona. Ni siquiera los *carabinieri* se paran ya a tomar un café. Sólo entran los gamos, los jabalíes, los zorros, los tejones y los puercoespines que vienen a comerse los lirios.

TIZIANO: Pero cuando me dijeron que venías tú, Martin, me entraron de

verdad ganas de verte. Tenemos una larga historia, tú y yo. Hace justo unos días, FOLCO me preguntaba qué periodistas habían sido mis mitos de joven. ¡Pues uno de ellos, fue Martin Woollacott, del *Guardian*! Y cuando llegué a Saigón y te vi en carne y hueso, me quedé de piedra.

MARTIN: Bueno, dime, ¿cómo estás?

TIZIANO: Estoy de maravilla. Me encuentro en un estado de ánimo excelente. Todo lo que veo, mientras espero el final, cierra el círculo. Hubo un famoso maestro zen al que, en determinado momento de su vida, alguien le pregunta: «¿Qué sentido tiene todo esto?». Entonces él toma un pincel

chino, lo sumerge en tinta y traza un círculo. Ése es también mi sueño. Es bonito, ¿no? Cerrar el círculo.

Estoy estupendamente. Me paso el tiempo riendo. Pero mi cuerpo hace aguas por todas partes y está a punto de descomponerse. Por eso, el ejercicio para el que me he preparado en los últimos tres o cuatro años ha sido el de despegarme de mi cuerpo, dejarlo aquí e irme. ¡Dejarlo aquí!

Ríe.

Y que ningún amigo o periodista escriba de mí: «Era muy valiente. Luchó contra el cáncer hasta el último día...».

No es verdad, no he luchado nunca. Ah, por cierto, quería preguntarte una cosa. Hace tiempo, cuando todavía estábamos en Hong Kong, oí contar que Don Wise, temiendo las biografías que sus colegas pudieran escribir para publicarlas cuando él muriese, había escrito su propia necrológica. ¿Es verdad?

MARTIN: No sé si eso es verdad, pero conozco otra historia que sí lo es. El director del *Times* de Londres invitó a dos conocidos periodistas a escribir el uno la necrológica del otro. Por error, dichas necrológicas fueron devueltas al autor equivocado, así que James Cameron recibió la redactada sobre él por René Mulcrone, y René recibió la

escrita por James. Cuando poco después se encontraron en una cena, James le espetó: «¡Gilipollas!». Y René contestó: «Lo mismo digo».

Rien.

Lo de Don Wise no sé si será verdad, aunque era muy propio de él hacer una cosa así.

TIZIANO: ¿Sabes cómo disfruto de no tener que escribir ya ni una palabra? Es realmente maravilloso. En la vida, si tienes ocasión de no repetirte, aprovéchala. Leo a todos esos jóvenes competentes que repiten la misma historia de hace treinta años, sobre los

chinos que están que trinan con los vietnamitas, sobre los norteamericanos que les cortan la pilila a los iraquíes, en vez de las orejas, como hacían en Vietnam... Las mismas historias, y ahora, encima, mal escritas.

¿Quieres un gin-tonic con una rodaja de limón?

MARTIN: No, prefiero un whisky, si hay.

Me acerco a un mueble y saco el whisky.

TIZIANO: Lo bueno de momentos de la vida como éste es que puedes sentarte para mirar atrás. Todos esos personajes,

los que ya no están... Me divierto muchísimo. El día que vi a Bob Shaplen bajar por la escalinata chirriante del Hôtel Continental con su cigarro, que al final lo mató... Es todo como... una gran película de la epopeya india, el *Mahabharata*.

Ríe.

Ven, te acompaño a tu habitación. Tenemos un problema con el agua porque los jabalíes se han cargado las tuberías.

*Esa
noche,*

*Martin echa
el anzuelo.
Quiere
hablar,
como
siempre
habían
hecho, de
política, de
los
acontecimientos
del día, de
las guerras,
las pasadas,
vividas
juntos, y las
futuras.
Papá me
había dicho
que no
quería*

*hablar más
de política.
«No, me
niego en
redondo,
porque es
trivial. Todo
eso son
desechos,
cosas que
ahora me
parecen muy
poco
relevantes,
que pasan y
quedan
atrás». Pero
con un viejo
colega no se
resiste y
pasan unas*

*horas
discutiendo
y bebiendo
whisky. A la
mañana
siguiente se
despiden y
Martin se
va.*

Llegada a China

TIZIANO: Hoy me encuentro bien.
Podríamos charlar una horita.

FOLCO: Ahí está el gato.

*Lo sigue el enorme perro pastor de
nuestros vecinos.*

TIZIANO: ¡Vete de aquí! No quiero
perros.

*El perro
desaparece.
El gato se
queda
quieto*

*delante
de la puerta
de casa con
el lomo
arqueado.*

TIZIANO: Mira, ¿lo ves?, el gato tiene miedo.

FOLCO: Yo creo que están jugando.

Entonces, cuando acabó la guerra de Vietnam, toda la familia se trasladó unos años a Hong Kong en espera de tu verdadero destino. Y luego, por fin...

TIZIANO: ¡China!

China fue la gran aventura, ¿sabes? Mamá y yo nos habíamos preparado estudiando chino, leyendo montones de cosas. Habíamos esperado tanto tiempo

para llegar a ese país que quería ver, que quería comprender, que me fascinaba... Piensa que en 1967, cuando estábamos en Nueva York, ya queríamos entrar en el país, y no nos fuimos a vivir allí hasta 1980.

Mientras vivíamos en Hong Kong, los chinos ya sabían que la China Popular iba a abrirse y seleccionaban a los periodistas que querían invitar. Sabían que se presentaría una caterva de espías, gente que quería desenmascararlos, criticarlos. Y yo, lo confieso, hice de todo para presentarme ante ellos como lo que creía ser, sin mentir, sin falsedad: un amigo de China.

No era un enemigo de China, no era

alguien que esperaba que China se hundiera, que tuvieran razón los otros. Me sentía sinceramente amigo de China. Me gustaba su gente, me gustaba esa larga historia comunista que empieza en 1921, una historia de sufrimientos y de matanzas. Lo que sufrieron los comunistas es espantoso, no hay que olvidarlo. Ahora no paramos de poner el grito en el cielo, de llorar por los que son decapitados en Irak, pero en las calles de Shanghai decapitaron a centenares de comunistas.

FOLCO: ¿Quién?

TIZIANO: Los nacionalistas. Los ponían en fila y... ¡zas-zas-zas! Hay fotos con cabezas por el suelo. Todo se

repite, pero siempre es como si la Historia hubiera empezado ayer, como si el hombre hubiera nacido ayer, sin memoria.

En Hong Kong estaba el centro del espionaje chino. Por eso los chinos toleraban la colonia británica sin incordiar a los ingleses, quienes, a cambio, les permitían a ellos hacer sus trapicheos.

Mao murió en 1976. Durante los actos celebrados en su memoria en el Banco de China de Hong Kong, coincidí con un par de comunistas chinos influyentes. Era uno de los pocos extranjeros que habían ido y a través de uno de esos comunistas, de quien me

hice muy amigo, conocí a otro personaje que ciertamente era muy importante en el espionaje chino en la colonia británica. Debo decir que conmigo fueron siempre muy correctos, nunca intentaron reclutarme o ponerme las estúpidas zancadillas características del KGB, y nos hicimos muy amigos.

Por eso, cuando llegó el momento de dejar entrar en China a los primeros periodistas, yo estaba entre ellos, y *Der Spiegel* me estuvo muy agradecido, porque fuimos los primeros en entrevistar al presidente Hua Guofeng, el sucesor de Mao. Éste había muerto y después de él habían colocado a Hua Guofeng en el poder pronunciando una

bella frase atribuida a Mao: «*Ni ban shi, wo fang xing*», contigo al mando estoy tranquilo.

Pero Hua Guofeng era un segundón, no era Mao. Recuerdo que cuando acompañé a Rudolf Augstein, el director de *Der Spiegel*, a entrevistarlo al Gran Palacio del Pueblo de Pekín, Augstein estaba un poco impresionado: ¡al fin y al cabo, hablaba con el emperador de China! Pero Hua Guofeng estaba más impresionado que él. Yo, situado enfrente del presidente haciendo las fotos, lo veía mover frenéticamente los pies, metidos en los zapatos de algodón negro y los calcetines blancos, porque se sentía incómodo.

No sé cómo conseguí que me concedieran aquella entrevista. Fue el mayor golpe de suerte de mi vida, porque ella derivó en el acuerdo de abrir la oficina de *Der Spiegel* en Pekín. Y entonces volví a ver a Sergei Svirin, ¿te acuerdas?, el corresponsal soviético de la TASS en Singapur. Se había convertido en un espía muy competente. Al enterarse de nuestra entrevista, vino a mi habitación del hotel y me suplicó de rodillas que le contara lo que Hua Guofeng nos había dicho. Era la primera vez que el llamado «sucesor de Mao» hablaba a la prensa y los soviéticos querían saber qué línea iba a seguir China.

Yo le contesté: «Todavía no puedo. Aún tenemos que transcribir la conversación y presentarla en el ministerio». Pero cuando me enteré de que a la mañana siguiente *Der Spiegel* publicaría la entrevista, le di el manuscrito y él pudo mandarlo al KGB de Moscú «gracias a sus importantes contactos en el mundo periodístico».

Ríe.

Y eso nos valió en los años sucesivos muchas invitaciones a aquella maravillosa embajada soviética que estaba en un antiguo palacio en las afueras de Pekín, donde siempre nos

divertimos mucho.

FOLCO: Debió de ser un buen período para ti.

TIZIANO: Sí, porque todo era nuevo, ¿comprendes? Éramos los primeros periodistas que volvían a pisar Pekín desde 1949.

Regresé a Hong Kong, hice las maletas, y aquel viaje fue inolvidable para mí. Mamá viajó hasta Lo Wu, en la frontera entre Hong Kong y China, para despedirme. Desde allí se cruzaba a pie el puente, se entraba en China y se tomaba un precioso tren, todavía con los jóvenes y eficientes jefes de convoy vestidos como en los tiempos de Mao, que en todas las paradas sacaban brillo

a las manivelas de los coches antes de que subieran los pasajeros. Todo era preciso, todo estaba organizado.

Viví una temporada solo en Pekín. Luego vinisteis vosotros desde Hong Kong.

FOLCO: Sí, a China nos llevaste a todos. ¡Madre mía!, después del mundo colonial bastante acomodado al que estábamos acostumbrados, aquél fue el primer verdadero viaje a lo desconocido.

TIZIANO: ¡Sí, la historia de nuestra primera casa en Pekín! Yo había llegado a China con la sonrisa en los labios, estaba entusiasmado. Pero enseguida vimos también el otro aspecto. Vas a

vivir al apartamento que te han asignado y descubres que no puedes montar en el ascensor solo, que siempre hay una mujer que sube y baja contigo porque ha de informar: en qué piso has bajado, en casa de quién has estado... Te mandan un cocinero y descubres que es un espía; que el chófer es un espía; que el cocinero espía al chófer... ¡Vaya mierda!

El momento más dramático fue cuando, durante el traslado, para quitar una de aquellas odiosas lámparas que cuelgan del techo y dan una luz horrorosa, corté los cables de la lámpara del salón para llevarla a otro sitio. Inmediatamente llegaron los del

Departamento de la Vivienda y me sometieron a un juicio. Fue muy duro.

«¿Cómo te has permitido cortar ese cable? ¡Es propiedad del pueblo chino!».

Al final descubrí que dentro de la lámpara estaba escondido el micrófono que grababa todo lo que decíamos. Por eso se habían enojado tanto. Una historia divertida, ¿no? Llegas a un país así y te dices: «Joder, ¿pero dónde estoy?».

Nosotros éramos el primer grupo de periodistas que podía viajar por China. Había tantas cosas que comprender, tantas zonas recién abiertas que ver... Pero la sensación de tomadura de pelo que había tenido en Vietnam cuando

volví después de la guerra se hizo todavía más fuerte en China, donde me di cuenta..., y mira que lo sabía, pero entonces lo comprobé personalmente..., de que todo era teatro.

¿Conoces la expresión «pueblo Potemkin»?

FOLCO: No.

TIZIANO: Se llamaba así a los pueblos que construían en la época en que la Unión Soviética estaba cerrada para enseñarlos a los amigos, europeos o americanos, simpatizantes con el socialismo. Eran falsos. Eran un espectáculo, con gente que hacía el papel de campesinos y decía que el partido era fantástico, con fábricas

limpísimas y obreros bien vestidos que iban al comedor comunitario, etcétera. En el mundo comunista había toda una tradición de estos montajes, introducidos ya en los tiempos del zar, de auténticos pueblos que sólo servían para recibir a las visitas oficiales. Invitaban a unos periodistas dos semanas, les enseñaban cosas bonitas, los periodistas se marchaban y escribían un libro.

Y yo me di cuenta muy pronto de que los chinos también tenían sus «pueblos Potemkin».

La verdad es que era interesante ver cómo funcionaba la lógica de los regímenes totalitarios. Yo tenía

curiosidad. Realmente me chiflaba descubrir esas pequeñas historias. Pequeñas historias que, sin embargo, eran indicativas de una mentalidad, de un modo de gestionar las cosas, porque yo siempre he sospechado, siempre, que nada de lo que los gobiernos de todo signo me hacían ver era verdad.

En China, eso se convirtió en una obsesión para mí, porque me di cuenta de que te contaban las cosas como se les antojaba. Por ejemplo, una vez, durante una visita oficial a la provincia de Xinjiang, nos llevaron a visitar una tribu ugyur. Los ugyur son musulmanes y odian a los chinos han, pero los chinos aseguran que los tratan de modo

exquisito. Nos mostraron una de esas aldeas de preciosas yurtas: tiendas impecables, niños jugando a la pelota, camellos, caballos, el secretario del partido mongol contándonos lo maravilloso que es el partido comunista chino... Pero ¿qué hago yo? Agarro la alfombra..., estábamos sentados en el suelo..., y la levanto. ¡Había hierba fresca debajo! Habían colocado la alfombra allí la noche antes.

Para descubrir esas pequeñeces hace falta tener un sexto sentido, como los detectives, ¿no crees? El sentido del «¡a mí no me la pegas!». Ese sentido guió mi vida en China y probablemente fue una de las razones de mi detención y

expulsión.

Río.

FOLCO: Ésas son las historias que no podías contar en tus artículos, pero que nos contabas a nosotros cuando volvías a casa de un viaje.

TIZIANO: Las contaba cenando para divertirnos a vosotros y a mis colegas. ¡Cuánto vino y cuántas historias han corrido por nuestra mesa!

Como te decía, los periodistas podíamos viajar por China. Escoltados, acompañados, pero viajábamos. Cuando llegábamos con el autobús a un sitio, siempre había un funcionario público

que decía: «*Ni hao, ni hao, ni hao! He cha, he cha, he cha!*», y todos se dirigían a la sala de los recibimientos para tomar el consabido té. ¿Y qué hacía yo? *Buum...*, daba media vuelta hacia el otro lado del autobús y me perdía por la ciudad. Luego siempre venían a buscarme, porque al cabo de un cuarto de hora se daban cuenta de que el italiano que trabajaba para un semanario alemán y se vestía de chino («Pero ese, ¿quién puñetas es?») había desaparecido. Me llevaban al local del partido y allí, de nuevo: «¡Por favor, tome otra taza de té!».

Ésa ha sido siempre mi actitud. Por ejemplo, fui también de los primeros en

ir al Tíbet...

Papá
revisa un
montón de
fotos en
blanco y
negro
que
están sobre
la mesa y
toma una.

Esto es el Tíbet.

¡El Tíbet, mi querido Tíbet, cerrado desde hacía años! No se sabía lo que había sucedido. Sabíamos, porque lo habíamos oído decir, que los chinos lo habían destruido todo, que habían

destruido los principales monasterios: el monasterio de Ganden, el monasterio de Sera...

Fui con un pequeño grupo de periodistas a Lhasa, creo que estuvimos unos diez días. El primer día, siguiendo el consejo de que cuando asciendes a determinadas alturas no debes moverte, me quedé en la cama. Se me pasó el dolor de cabeza y al día siguiente se me ocurrió una idea brillante. Llevaba una cámara Polaroid porque sabía que con las fotos me atraía las simpatías de la gente, de los niños. Voy al mercado de Lhasa y encuentro a un comerciante nepalí con quien consigo hacer un trato: yo te doy mi Polaroid con cuatro o cinco

rollos de película y tú me dejas tu bicicleta durante tres o cuatro días.

Eso me dio la libertad.

Los chinos no querían que fuéramos a visitar Sera, uno de los monasterios más bonitos y más grandes, a una decena de kilómetros de Lhasa. Así que, una mañana que los otros van a visitar el Museo de la Revolución o algo así, digo que no me encuentro bien, que tengo diarrea, y en cuanto se han marchado, monto en mi bicicleta y... ¡zummm!, me voy pedaleando hasta el monasterio de Sera.

¡Destruído! No había nadie. Tomé del suelo viejas piedras pintadas, hechas añicos por los guardias rojos. Todo el

monasterio estaba derruido, pero de algún modo detectaron mi presencia. Vi a un viejo en una ventana. Hablaba chino y estuvimos una hora charlando. Me contó cómo había sucedido todo. Fui el único del grupo que estuvo en el monasterio de Sera, el único que lo vio derruido, y hablé con un hombre que me lo contó. Siempre he tenido esa tendencia a querer ir a buscar lo que no es tan evidente como parece.

A aquel viejo fue a quien le pregunté dónde hacían los funerales del cielo. Porque, como sabes, los tibetanos no queman a sus muertos; los trocean y los dan como pasto a los buitres. Para los muertos de Lhasa hay un sitio especial

sobre una gran roca. Y fui a verlo en mi bicicleta. Me escondí, estuve allí unas horas, vi verdaderos funerales e hice fotos desde lejos, con teleobjetivo.

FOLCO: ¿Los chinos no querían que nadie viera esos ritos?

TIZIANO: No, para los chinos eran la barbarie. Dejar que los vieran hubiera querido decir que aceptaban la cultura de los tibetanos. La actitud de los chinos es horrible. Son racistas hasta la médula con todos los que no pertenecen a la raza han.

Son racistas, como todos. Tienen el mismo resentimiento racista que actualmente se manifiesta hacia el mundo árabe incluso aquí, en Italia.

«Apestan a ajo, no se lavan...». Ya sabes, los discursos que crean la imagen de un pueblo, de una civilización, y que después justifican el uso de la violencia. Acuérdate de lo que te digo: el primer paso de toda guerra es la deshumanización del enemigo. El enemigo no es un hombre como tú; por lo tanto, no tiene los mismos derechos.

Se me ocurrió otra buena idea cuando fuimos a visitar el Potala, el palacio donde vivía el Dalai Lama. ¡Imagínate! El Potala es una de las construcciones más impresionantes, majestuosas y mágicas que existen. Es una fortaleza de piedra y paja levantada sobre una roca en medio de la

inmensidad del valle de Lhasa. Y si miras entre esos montones de fotos, encontrarás una en la que aparezco yo, de punta en blanco, sentado al amanecer en lo alto de una montaña con el Potala al fondo. Es el mismo sitio donde Younghusband, el inglés que conquistó con sus bayonetas Lhasa, tuvo una experiencia mística de la que no se recuperó en toda la vida. ¡El mismo sitio! Sólo puede ser ése.

Resultó que al final los comunistas nos dijeron: «Vamos a visitar el Potala». Éramos un grupo de siete u ocho periodistas, acompañados de un horrible chino que no sabía nada del Potala, porque el pobrecillo, educado en el

marxismo-leninismo y enviado a Lhasa a hacer de espía, o de guía turístico, o de policía, no sabía nada del Tíbet.

En los interminables pasillos de la antigua residencia del Dalai Lama, había frescos magníficos, y cuando le preguntabas: «¿Ése quién es?».

«Un ídolo», contestaba.

Los chinos ni siquiera sabían el nombre de los dioses. Nada de nada. Estuvimos allí unas horas. Nos enseñaron los sótanos llenos de libros y se reían ante la idea de que las madres tibetanas llevaran allí a sus hijos y los hicieran pasar por debajo de las estanterías llenas de escrituras para que se impregnaran de su santidad y

sabiduría. A mí me parecía muy hermoso.

Cuando el grupo bajó por la gran escalinata para volver al autobús, se me ocurrió la idea de esconderme. Y cuando cerraron el portón, me quedé encerrado dentro.

¡Estaba solo! ¡Solo en aquel magnífico recinto!

Era la hora del crepúsculo. Subí, porque uno percibe dónde está el centro, y llegué a la explanada más alta del Potala. Tenía delante la llanura de Lhasa, una de las cosas ante las que te sientes divino, o piensas que formar parte de la humanidad que ha hecho eso es un gran privilegio. La llanura de

Lhasa era magnífica. Después, los chinos la han estropeado, la han llenado de supermercados, pero entonces aún era maravillosa. Estaba la antigua ciudad con sus ornamentos de oro, estaban todavía las antiguas casas con gente comiendo en los calderos. Y allí arriba disfruté, tuve realmente un momento de arrebatamiento. ¿Te imaginas, solo, en la explanada más alta del Potala, mirando el crepúsculo sobre aquella llanura? ¡Una maravilla!

De pronto oigo que alguien se acerca. «¡Ahí va! ¿Y ahora qué?», me digo.

Era un tibetano, el guardián de los cuarteles del Dalai Lama. Hablaba

chino, yo también, y me invitó a ir a su habitación a tomar el horrible té de *tsampa*, de malta. No podía negarme. Me quedé, no sé, dos o tres horas. Él estaba sentado en un *kang*, una cama hecha de ladrillos que se pueden calentar, cubierta con un montón de alfombras que la hacían blanda como un colchón. La última era una alfombra con peonías, clásica, nada especial.

Entonces le digo: «Perdone, ¿me vende ésta?».

Y él dice: «Es que...».

Total, que nos pusimos de acuerdo: cien dólares. Se los di y enrollamos la alfombra. Al anochecer..., yo estaba esperando que hubiera oscurecido..., me

abrió el portón del Potala y bajé por la gran escalinata con mi alfombra.

Ríe.

Debió de verme alguien. Había espías, porque ese episodio salió a relucir durante los interrogatorios previos a ser expulsado.

Fue una experiencia increíble. Mientras volvía andando al hotel con aquella alfombra, me sentía feliz. Era una historia divertida, ¿comprendes? Y la alfombra era el símbolo. No me siento propietario de esa alfombra, me siento su custodio, y así se lo dije en una ocasión al Dalai Lama: «Si vuelve al

Tíbet, le devolveré la alfombra de su guardián».

Él se rió. Tiene miles de alfombras como ésa.

Te lo he contado para que veas cuál era mi actitud. En China siempre fui así, siempre. ¡Les causé tantos problemas a aquellos pobres chinos!

Los libros

TIZIANO: ¿A qué hora han dicho que llegarían?

FOLCO: Todavía hay tiempo.

TIZIANO: Espera. ¿Dónde has dejado el teléfono? Llámalos.

Telefono.

FOLCO: Acaban de aterrizar. Estarán aquí dentro de una hora o poco más.

De detrás de las hortensias, sale el único visitante al que papá todavía ve con agrado, Mario, pastor, campesino,

*buscador de setas y conductor de
autobús de la Copit*^[9].

TIZIANO: ¡Mario!

MARIO: ¿Qué tal?

TIZIANO: Marietto, hoy me encuentro muy bien, es increíble. Y Saskia va a traerme a Nicolò para que lo conozca. Dentro de una hora estarán aquí. ¿Qué llevas en esa cesta?

MARIO: Te he traído...

FOLCO: Lechuga.

MARIO: No, es remolacha.

TIZIANO: ¡Estupendo! Se puede preparar una ensalada con queso.

MARIO: También te he traído huevos. Debajo hay un manojo de espárragos y

dos lechugas. El huerto empieza a rendir ahora. Si no hubiera llovido, habría pasado la fresadora. Pero no ha habido manera. Ayer llovió, y anteayer también se pasó todo el día lloviendo.

TIZIANO: Quería pedirte que me cortaras el césped para hacer un caminito por ahí hasta el fondo. Con el niño, son dos pasos hasta el banco.

MARIO: Vengo después de comer. Si me hubieras visto el otro día..., tuve que salir zumbando porque estaba mojado como un pollo. ¡Dios bendito! Haremos una cosa: ahora voy a casa de mi madre y vengo después de comer.

FOLCO: Hoy vuelve a haber sol.

MARIO: Esperemos que dure.

Habían dicho que hoy también haría mal tiempo. Pero bueno, parece que no han acertado.

TIZIANO: Sí, ven más tarde, así verás a Nicolò. Y a vuestro gato, que ha crecido.

MARIO: Podía traerle un poco de leche al gato; la de cabra es otra cosa. Llevo esto a la cocina. Nos vemos luego, TIZIANO.

TIZIANO: ¡Claro, tú tienes mucho trabajo!

Mario se va.

Entonces, FOLCO, si no van a tardar en llegar, hay que encender la estufa de

su habitación. ¿Puedes ir por leña y encender el fuego? Así cuando lleguen estará calentita.

*Quando
la casa está
preparada
para recibir
al nuevo
nieto,
nos
sentamos de
nuevo en el
jardín.*

FOLCO: Ayer hablábamos de China. Quería preguntarte, papá, cómo planeabas tus viajes. ¿O era el periódico el que te decía adónde tenías que ir?

TIZIANO: No. Yo leía, estudiaba y decidía hacer esto o lo otro. ¿Había un trozo de mundo donde no había estado nadie? No tenías más que subirte a un tren y a la mañana siguiente estabas allí.

FOLCO: Ibas siempre cargado de libros. Algunos incluso hacías que te los tradujera del chino Xiao Liu, tu intérprete.

TIZIANO: Sin libros, muchos viajes ni se me hubiera pasado por la cabeza hacerlos.

FOLCO: Pero no usabas nunca guías turísticas, utilizabas libros amarillentos de hacía cincuenta o cien años, encuadernados en piel y con los títulos escritos en letras doradas. En vez de

viajar con la Lonely Planet, te llevabas siempre esos viejos volúmenes.

TIZIANO: Sí, porque no quería saber en qué hotelito podía dormir por menos dinero. Quería encontrar el mundo que había existido. Comparar con el pasado siempre es importante, ¿sabes? Reconozcámoslo: las guías turísticas no tienen alma, están hechas para los mochileros que buscan la fonda donde se paga una rupia menos. No dicen nada interesante. En cambio, en el pasado hubo viajeros extraordinarios. Y yo siempre he viajado con ellos. Los libros eran mis mejores compañeros de viaje. Estaban callados cuando quería que estuvieran callados, me hablaban cuando

necesitaba que me hablasen. Un compañero de viaje, en cambio, es difícil, porque impone su presencia, sus exigencias. Un libro no, un libro calla, pero está lleno de cosas hermosísimas.

FOLCO: ¿Qué libros, qué viajeros te han inspirado realmente?

TIZIANO: Muchos, algunos incluso nada conocidos. Había uno que se llamaba Harry Franck; estaba Karlgren, un arqueólogo sueco, magnífico; y el fantástico libro *Peking, the City of Lingering Splendour*.

A mamá y a mí nos había encantado un libro precioso de Scidmore, una mujer maravillosa, una norteamericana excéntrica que a principios del siglo XX

va a China y se encuentra en el mundo de la dinastía Qing, con todos aquellos mandarines sucios y llenos de piojos. Todavía existen las sólidas murallas alrededor de la ciudad de Pekín, sobre las que ella camina. Es una mujer que se queda estupefacta ante todo eso, ante la belleza y la decadencia de la China imperial. Te ayuda a comprender. Te ayuda también a sentir esas grandes emociones. Y escribe muy bien. Describe su propia vida, como hace mamá en sus diarios. Y, vamos a ver, si lees el diario de mamá sobre China, ¿se te ocurre compararlo con la Lonely Planet? No te dice dónde se puede dormir, claro, ni a qué restaurante hay

que ir para comer pato, pero te ofrece una visión de la vida de la gente. Sobre esa base, puedes hacer comparaciones, buscar semejanzas y diferencias, y darte cuenta de la tragedia del fin de esa China.

Fui a la tumba de Scidmore, en el cementerio de Yokohama, para rendirle homenaje. Fui a hablarle, a darle las gracias. ¡Mi amor por los cementerios!

FOLCO: Pero no quieres que a ti te entierren en un cementerio...

Papá suspira.

Los relatos de esos personajes también te sugirieron cómo se podría

viajar todavía hoy. ¿Te inspiraste en ellos?

TIZIANO: ¡Desde luego! ¡Ya lo creo que me inspiré! Me inspiré en los libros de Sven Hedin, que a principios del siglo XX organiza sus expediciones desde Pekín y consigue de los poderosos las recomendaciones con las que parte, con camellos, elefantes, caballos y porteadores, a descubrir la Ruta de la Seda y las canteras budistas de Donghuan. ¡Qué valentía! No sabían adónde iban y descubrían cosas bellísimas. Eran exploradores y al mismo tiempo personas muy cultas. Porque para poder encontrar hay que saber.

FOLCO: Ésos eran tus modelos. Te nutrías de su espíritu, aunque era el espíritu del explorador, del arqueólogo, no del periodista.

TIZIANO: Muchos de los extranjeros que en los años veinte y treinta del siglo pasado vivían en Pekín eran *remittance men*, es decir, las ovejas negras de alguna gran familia que, para quitárselos de encima, les enviaba una asignación mensual para que hiciesen lo que quisieran. En realidad, yo era un *remittance man* frustrado. *Der Spiegel* me mandaba la paga, me pagaba para llevar una vida en la que en otros tiempos me habría dedicado a escribir cartas en casa y que entonces llevaba

escribiendo artículos para los periódicos.

FOLCO: Tiene gracia, de pequeño no tenías un libro y ahora tenemos miles en casa, ya no se ven las paredes. ¿Por qué has acumulado tantos?

TIZIANO: Porque siempre hemos vivido en sitios en los que no teníamos acceso a bibliotecas y he tenido que hacerme la mía.

FOLCO: Recuerdo esos libros que te llegaban de todo el mundo. Tenías que mirarlos, sacarles brillo, ponerles tu ex libris, la fecha... Te pasabas días enteros. Estabas muy ocupado con tus colecciones de libros. Había un gran silencio. En verano te marchabas, ibas a

los anticuarios de Londres y desde allí, en coche, conduciendo durante horas..., yo fui una vez contigo..., a aquella encantadora librería de Gales...

TIZIANO: Hay-on-Wy; sí, a comprar libros a kilos, ¡a kilos! Allí no podías elegir. Te hacías con una partida, te ibas a casa y entonces descubrías que habías encontrado tesoros. ¿Sabes?, cuando todos aquellos funcionarios ingleses que volvían de las colonias fallecían, sus viudas no sabían qué hacer con sus libros y se deshacían de ellos. Recuerdo que una vez me llevé una alegría increíble porque uno, debía de haber sido funcionario de aduanas en China, tenía muchísimos libros de principios

del siglo XX, y entre ellos ese de Harry Franck que me gustaba tanto. Esos libros ya no se encuentran. ¿Quién reedita hoy un libro de 1912 sobre Pekín? Con suerte encuentras uno por aquí, otro por allá, pero en mi biblioteca están todos juntos.

En la ciudad de Tianjin, en el norte de China, en una gran tienda comunista, di con otros libros preciosos. Pregunté si tenían libros viejos y abrieron la puerta de una habitación donde, después de que los comunistas tomaran el poder en 1949, habían sido acumuladas bibliotecas enteras de los años veinte, treinta y cuarenta, probablemente confiscadas a extranjeros. Allí compré

montones de libros preciosos que trataban de los tiempos prerrevolucionarios, y por tanto no debían ser leídos. Estaban firmados y fechados en Tianjin, Shanghai, Pekín. Alguien los había escondido en lugar de entregarlos a los guardias rojos para que los quemaran. ¡Qué experiencia tan bonita!

Es interesante lo que puedes hacer en la vida, también con el dinero.

Lo bueno era que muchos libros tenían fotos, esas fotos antiguas, daguerrotipos en los que veías todos los detalles. Luego ibas a ver el sitio y encontrabas, por ejemplo, una fábrica nueva con los restos de templo en el

patio. Todo los demás había sido destruido durante la Revolución Cultural. Era una labor de detective.

Recuerdo que cuando fuimos a Chengde, la residencia de verano de los últimos emperadores al otro lado de la Gran Muralla, nos encontramos con dos o tres hombres que intentaban restaurar una pagoda. Tenían ante ellos setenta y dos Arhat, todos del tamaño de un hombre...

FOLCO: ¿Qué es un Arhat?

TIZIANO: Son las encarnaciones de Buda en todas las actitudes humanas posibles: está el que canta, el que toca la guitarra, el ebrio, el que ríe... Eran setenta y dos estatuas de éstas, creo, y no

sabían en qué orden tenían que disponerlas. Yo llevaba en la mano el libro de los años treinta de Sven Hedin sobre Jehol, la antigua Chengde, donde estaba descrita y representada precisamente esa pagoda. ¡No se lo podían creer!

«¡Dénoslo! ¡Dénoslo! No sabemos en qué orden colocar todos estos Arhat».

Es un libro precioso, todavía lo tenemos.

FOLCO: ¿Cómo? ¿No se lo diste?

TIZIANO: No. Para ellos era valioso, pero para nosotros también era valioso tener esos libros para entender qué había habido y qué se había perdido en la Revolución Cultural. Poco después

les mandé una fotocopia.

Se queda pensativo un momento.

Los libros han sido mis grandes amigos, porque no hay nada mejor que viajar con alguien que ya ha recorrido el mismo camino que estás siguiendo tú, que te cuenta cómo era para poder comparar, para percibir un olor que ya ha desaparecido o, al contrario, que todavía perdura.

Luego, mi gran amigo ha sido Ossendovski. Describe, ¡y con qué pasión!, el olor de cierta hierba que se encuentra en la magnífica llanura de los mongoles en torno a Urga y que

enseguida identifiqué, porque los mongoles la secan y elaboran con ella incienso para sus templos. Fui a buscar esa hierba y puse a secar una ramita entre las páginas del libro donde Ossendovski habla de ella.

¿Y sabes qué, FOLCO? Es como si viviese conmigo. En ese momento Ossendovski revivía. Y tengo la esperanza de que, dentro de cincuenta, de cien años, alguien encuentre por casualidad un libro mío en los *remainders* o en una vieja biblioteca y, sin saber quién he sido, porque siempre es así, empiece a leer y me reconozca, reconozca una sensación, algo que ese alguien ha vivido en ese mismo país.

Y en ese momento yo reviviré un pequeño momento de eternidad.

La escuela china

*Hace un
espléndido
día de sol y
estamos de
nuevo en el
jardín. Hoy
también
está con
nosotros
Saskia, que
ha venido a
pasar unos
días. Está
sentada en
una
tumbona
con el*

*pequeño
Nicolò en
brazos.*

FOLCO: Hablemos de la escuela china, ahora que está Saskia.

TIZIANO: De acuerdo. Vosotros podríais muy bien preguntarme: ¿y a santo de qué nos llevaste a una escuela china? Veníamos de un buen colegio internacional en Hong Kong, y tú vas y nos metes en aquella destartalada escuela comunista.

Para mí fue una decisión facilísima y fundamentalmente ideológica. La China a la que íbamos a vivir era una China en la que Mao acababa de morir, una China todavía muy cerrada a los extranjeros.

En el fondo, el extranjero tenía que moverse en una especie de carrusel donde todo era perfecto, todo estaba impecable, todo estaba previsto. Vivías en casas exclusivas para extranjeros, encerrado en recintos, como recordáis, rodeados de muros y alambre de espinos, con soldados de guardia en las entradas; comías en el International Club si querías; si viajabas, lo hacías en los vagones de asientos «blandos» sólo para extranjeros. Y acababas por entrar en esos círculos donde todos los extranjeros se relacionan entre sí, los italianos preparan espaguetis y los ingleses, *roast-beef*.

Si hubiéramos hecho lo que hacía la

mayoría de los extranjeros de nuestro tipo, ricos, del primer mundo, habríamos vivido en China sin estar en China. Os habríamos llevado al colegio francés o norteamericano y habríais tenido por amigos al hijo del embajador de Tombuctú y a la hija del primer secretario de la embajada alemana, hubieseis ido a sus fiestas de cumpleaños y no habríais visto China jamás. China hubiera seguido siendo algo externo. China habrían sido aquellos capullos, todos vestidos igual.

Así que, nuestra clarísima intención... ¿Dónde está el cojín? Ah, gracias.

Papá tiene problemas de estómago.

Nosotros íbamos a China con una expectativa muy distinta de la de llevar durante dos o tres años una vida de lujo entre extranjeros, como si fuera una etapa en mi carrera desde la que después se pasaba a Washington o a París. Para nosotros, China era algo muy distinto. Queríamos ir para conocerla, para meternos dentro. Yo estaba fascinado por el experimento maoísta, me habría pesado muchísimo ser excluido de la vida de los chinos, y el hecho de que tanto mamá como yo hubiéramos estudiado chino nos era de gran ayuda. Si os llevaba a la escuela

internacional, no os enteraríais de nada de China.

FOLCO: Así, en cambio, aprendimos a marchar, a saludar la bandera y a lanzar bombas de mano chinas.

TIZIANO: ¡Sí, aquello era comunismo puro y duro! Todos en fila... Aprendisteis a marchar, aprendisteis a limpiar los retretes y descubristeis el horror del comunismo. Os vacunasteis contra el comunismo. ¡Vaya que si aprendisteis lo que es China! No es casual que dedicara *La porta proibita*^[10] «A FOLCO y Saskia, a quienes impuse mi amor por China». De hecho, os *impuse* China, sí, os la impuse. Pero os la impuse convencido

de que en el fondo hacía algo bueno, que os ponía en situación de tener una experiencia estupenda, diferente, que añadía algo a vuestra vida.

FOLCO: Debo decir que al principio no me gustó nada.

TIZIANO: No me cabe la menor duda, desde luego. Dios mío, habría...

FOLCO: Recuerdo que me pareció una de las peores experiencias de mi vida hasta entonces. Muchos días lloraba al volver del colegio. Luego, en cambio...

TIZIANO: Luego te sentías casi un poco privilegiado respecto a los otros niños que iban a las escuelas normales, ¿verdad?

*Me
dirijo a mi
hermana,
que
acaba de
amamantar
a Nicolò.*

FOLCO: Saskia, ¿a ti te gustó la escuela china?

SASKIA: Yo no me reboté tanto como tú.

TIZIANO: Es normal, eras más pequeña. Tú, FOLCO, ¿cuántos años tenías? Once, ¿no?

FOLCO: Sí, no me hacía ni pizca de gracia aquella rigidez. En nuestra escuela vimos que el comunismo era

muy poco divertido, y también recuerdo lo triste que era la vida en general en China. Realmente me sorprendía que pudiera existir un sistema bajo el cual la gente estuviese tan mal, tan aburrida, que ni siquiera tuviese ganas de vivir. ¡Qué gris todo! Los chinos se oprimían mutuamente, se espiaban, se perseguían. Había policía por todas partes. Y yo me preguntaba: «¿De qué sirve todo esto? ¿Qué perversión ha llevado a la gente a comportarse así?».

TIZIANO: Creo que en la escuela comunista te convertiste en un ferviente anticomunista, y quizás eso fuera también una ventaja.

Ríe.

FOLCO: Quizás haya un momento revolucionario en que todos están inspirados, pero poco después se acaba.

TIZIANO: Exacto. Tú no mirabas la realidad a través de ninguna lente ideológica y por lo tanto, la veías tal como era, como evidentemente me sucedió casi enseguida a mí también, y eso es lo que te ha hecho tan anticomunista.

FOLCO: Sí, porque uno da la libertad por descontada. Luego se da cuenta de que existen sistemas que toman el poder y durante cuarenta, cincuenta, cien años hacen la pascua a toda una población.

Esa idea te da un poco de miedo. En China, la gente era sojuzgada por el sistema.

TIZIANO: Sí, no cabe duda.

FOLCO: Todo era secreto, todo estaba prohibido. Nuestros compañeros chinos no podían venir a nuestra casa. Tenías siempre una sensación de miedo, de ser escuchado. No había libertad.

TIZIANO: Es indiscutible, FOLCO. El problema de la libertad es un tema del que hemos hablado en otras ocasiones. La libertad es un concepto muy vago. Por supuesto, ésa de la que tú hablas es la básica, la cotidiana de poder vivir en paz. Pero detrás de aquella locura maoísta había una idea que por

desgracia se había pervertido.

FOLCO: Cuando nosotros vivíamos allí, creo que la idea ya estaba agotada, enferma. La gente repetía los eslóganes, barría las calles, pero sin ganas, me parecía a mí.

SASKIA: Porque todo lo que debían hacer era inútil. Recuerdo que, durante aquellas tormentas de arena que soplaban desde el desierto de Gobi, barrían las calles y nos echaban la arena a la cara. Pero ese día había que barrer.

FOLCO: ¡Muy bien! Exacto, es un ejemplo excelente. Tener que hacer cosas que en teoría son útiles pero que en la práctica no sirven para nada. Nadie estaba ya convencido, nadie

sentía ya que formaba parte de un gran proyecto.

TIZIANO: Sí, estaba acabado, tenéis razón. Acababa un proyecto, acababa un ideal. La imagen de la China heroica, trabajadora, hacía agua por todas partes.

Después yo mismo me di cuenta de que para vosotros aquella escuela no era fácil, de que os enseñaban cosas absolutamente contrarias al sistema de valores en que yo creía, ¿no?, como tener que espiar a los compañeros, o eso de tener que practicar la vivisección con peces, que a ti, Saskia, tanto te escandalizó. ¡En la clase de biología tuviste que quitarle a uno las espinas en vivo, una a una! Pero, por ejemplo, lo de

limpiar los retretes me parecía que formaba parte de mi visión de un mundo nuevo. ¿Por qué los retretes tienen que limpiarlos otros y no nosotros mismos? Yo era todavía muy ideológico en aquellos tiempos, es decir, veía las cosas también en clave política, histórica.

Me di cuenta de que para vosotros aquella escuela era difícil, pero no me preocupé demasiado porque sabía que los dos erais capaces de aguantar.

FOLCO: En realidad, cuando uno supera una experiencia como ésa, después se siente más fuerte, más capaz de hacer cualquier cosa.

TIZIANO: Claro, ésa era también mi

impresión.

FOLCO: ¿Tú qué aprendiste en la escuela china, Saskia?

SASKIA: Matemáticas, eso te lo enseñaban de maravilla. Y se aplicaba una disciplina a la antigua usanza que ya no existía en nuestras escuelas: ponerse de pie para responder, estar sentados en los bancos con las manos detrás de la espalda, marchar. Todos esos comportamientos, un poco militares, no desagradan a los niños; es más, casi nos divertían. También había muchas actividades organizadas: el concurso de canto, la competición de cometas, hacer buenas acciones, como ayudar a una viejecita a cruzar la calle siguiendo el

ejemplo del soldado modelo Lei Feng. En el fondo, se trataba de actividades que dan a los niños un sentido de responsabilidad cívica, de pertenencia.

TIZIANO: ¡Lei Feng, qué hermosa figura! Aunque fuera inventada, ¿no resulta más atractivo para un niño imitar al buen soldado Lei Feng que soñar con convertirse en un jugador de fútbol que marca doscientos goles por cuatrocientos millones de euros? Quiero decir que era otro mundo, y a mí me gustaba enseñaros ese mundo.

Por otro lado, todos me decían: «Escribe sobre tus hijos en China». «¿Y por qué tengo que escribir yo? Les haré escribir a ellos», contesté. Fue una

experiencia preciosa, porque cada uno de vosotros describió sus impresiones a su manera, en el lenguaje de los niños, y eran tan genuinas que *L'Espresso* las publicó. No hay nada que impresione más que el lenguaje de la verdad.

Además, no olvidéis otra cosa estupenda: vosotros me proporcionasteis mi primer *scoop*. Un día volvisteis del colegio y dijisteis: «Papá, han desaparecido de todas las clases los retratos de Hua Guofeng». «Caramba — me dije—, eso es un indicio importantísimo». Por lo que me contabais, me di cuenta de que el presidente del partido comunista, aquel al que entrevisté, había sido destituido.

De repente, papá aspira cuatro o cinco veces seguidas, deprisa.

FOLCO: ¿Tienes gases?

TIZIANO: Sí, como Nicolino.

Como os decía, llevaros a la escuela china significaba haceros entrar en China, obligaros a hablar chino, permitiros tener relaciones con los chinos, y, aunque con todas las limitaciones que vosotros recordáis mejor que yo, así fue. En consecuencia, fue una decisión a la que iba unido todo lo demás. Viajábamos en tren, hablábamos con la gente, íbamos en bicicleta. Pocos extranjeros se

compraban una bicicleta, la mayoría se desplazaba en coche. Nosotros también teníamos coche para cuando había que ir lejos, pero cada uno tenía también su bicicleta. ¿Te acuerdas de la tuya, FOLCO? ¿Y tú de la tuya, Saskia, que todavía llevaba las cuatro ruedecitas?

FOLCO: Y vosotros teníais bicicletas chinas.

TIZIANO: Sí, negras y con el manillar alto.

Pero ¿entendéis lo que quiero decir? Yo estaba convencido de una cosa, una cosa que todo lo que descubrimos después sobre el maoísmo y el comunismo no ha cambiado: que China era una gran civilización, una magnífica

civilización, una de las pocas grandes civilizaciones de la humanidad. Los asirio-babilonios lo fueron, y también los egipcios, pero aquella China era realmente estupenda. No quería que desaprovecharais la oportunidad de comprobarlo y, a mi entender, la escuela era la manera más sencilla de hacerlo. Aprendíais la lengua, los modos de ser, de comportarse.

Tenéis que reconocer que cuando empezamos a viajar por China, con aquel estupendo sistema, que por cierto se nos ocurrió a nosotros, de subir las bicicletas al tren para poder ir a descubrir pequeños lugares escondidos, el hecho de que pudierais hablar y

bromear con la gente suponía una ventaja enorme.

SASKIA: Recuerdo que estábamos orgullosísimos de hablar en chino sin acento.

TIZIANO: Aprendíamos a vivir en el país, ¿no? Viajábamos en tren evitando los vagones para extranjeros, íbamos con el resto de la gente a los vagones restaurante pringosos a comer *baozi*, esos panes redondos y grisáceos. Era bonito, ¿no? ¡Era vida!

¿Os acordáis de aquella maravillosa escena en que estábamos comiendo en el local de la estación, adonde nos habían llevado un cuenco de arroz frito, mientras esperábamos un tren que salía

de noche? De repente oímos: *crrr, crrr, crrr...* Desde el exterior, uno había conseguido abrir la ventana, y detrás de él había un montón de ojos que nos miraban.

Ríe.

¡Eran tiempos heroicos!

FOLCO: Pero era arriesgado apartarnos del sistema escolar normal para llevarnos a la Escuela de la Hierba Perfumada.

TIZIANO: Sólo cuando llegó el momento de ir a la universidad nos pareció que necesitabais un poco de educación formal. Pero, mientras

estábamos en China, me parecía mucho más interesante que fuéramos todos a conocer el país en bicicleta durante diez días que haceros ir al colegio a aprender matemáticas. ¡Eso podíais aprenderlo en otro momento, cuando llovía!

Saskia y yo reímos.

FOLCO: En Estados Unidos, una vez fui a casa de un físico a quien habían concedido el premio Nobel. Le pregunté: «¿Cómo has llegado a ser mucho mejor que los demás? ¿Qué hiciste en la universidad que fuera distinto? ¿Estudiaste más?». Y me contestó: «No. Mientras los demás

estudiaban sin parar, yo me iba todos los fines de semana a escalar una montaña o a explorar el fondo del mar. Así es como he aprendido las cosas que me han hecho distinto».

TIZIANO: ¡Fantástico!

FOLCO: Por desgracia, lo conocí cuando ya había terminado mis estudios; de lo contrario, habría seguido su consejo.

TIZIANO: Precioso. Ésa es exactamente la cuestión. Yo también he sentido eso con fuerza. Uno es como es no sólo por cómo nace, sino por la vida que lleva. Pensadlo: ir en bicicleta a Qufu, la ciudad de Confucio, ¿no era bonito? Se aprendía algo.

¿Os acordáis de la tumba de Mencio, en Shandong?

FOLCO: ¿Quién era Mencio?

TIZIANO: Uno de los grandes filósofos chinos, como Confucio. Eran coetáneos, los dos vivieron en el año 500 antes de Cristo. ¿Y os acordáis de que por delante de su tumba pasaban unos con bicicleta de vela?

FOLCO: No.

TIZIANO: La vela era para tirar mejor del remolque enganchado detrás. ¿Y te acuerdas de Pingyao, FOLCO?

FOLCO: Pingyao, sí, aquella ciudad que está detrás de las antiguas murallas, donde parecía que la gente no hubiera visto nunca a un extranjero. Era

pequeño, pero me impresionó.

TIZIANO: Era una ciudad que no estábamos autorizados a visitar. Para el Año Nuevo chino habíamos ido a la ciudad de Taiyuan. Pero yo sabía que a unos cien kilómetros estaba Pingyao, una de las poquísimas ciudades antiguas rodeadas aún de murallas. El padre Pieraccini, un viejo misionero toscano que vivía en Hong Kong desde que en 1949 lo expulsaron de China, me había dicho que fue su diócesis. Así que la tentación de ir era muy grande. Dejamos a mamá con Saskia en Taiyuan, y tú y yo fuimos vestidos de chinos a la estación, compramos el billete como unos chinos más y llegamos a esa ciudad.

No sé si la recuerdas: asombrosa, sucia y llena de humo, pero antigua, atávica, con aquellas viejas torres y las murallas alrededor. Y en las paredes de las casas vimos cruces hechas de yeso. Sí, algunos querían dejar constancia de que eran cristianos.

Empezamos a callejear, yo hacía fotos, hasta que nos descubrieron. Era lógico, la gente nos miraba, se notaba que éramos extranjeros. Cuatro o cinco policías nos abordaron amablemente y nos llevaron a la sede del partido a tomar la consabida taza de té. Nos dijeron que, como no teníamos permiso para ir a Pingyao, nos meterían en el primer tren. Nosotros nos hicimos los

tontos: «¡Ah, sí? Perdón, no sabía..., lo siento...». Pero ya había visto lo que quería ver, había hecho fotos, me había hecho una idea del lugar.

Nos llevaron a la estación, y cuando el tren se puso en marcha, vimos a un hombre que surgía de entre la multitud y se abalanzaba hacia nuestra ventanilla, para gritar en latín: «¡*Pater, pater*, dame la bendición!». Evidentemente se trataba de uno de aquellos cristianos clandestinos que habían hecho las cruces en las paredes y que, convencido de que yo era un cura..., porque la única experiencia que habían tenido de los occidentales hasta 1949 eran los curas..., quería que lo bendijese. No me

lo pensé dos veces. Sólo tuve un instante de duda, luego bajé la ventanilla y lo bendije mientras él hacía la señal de la cruz corriendo junto al tren: «*In nomine Patris et Filii...*».

Unos meses después pasé por Hong Kong y fui a ver al padre Pieraccini. Le conté la historia..., casi lloraba de risa..., y le pedí disculpas.

Pero él me dijo: «Hiciste bien».

Y me absolvió del pecado de haberme hecho pasar por un sacerdote en la ciudad de Pingyao.

La China nueva y la China vieja

FOLCO: ¡Papá, has recuperado la voz!

TIZIANO: Sí, la voz no es un problema, FOLCO. El problema está aquí. Tengo la impresión de que se me está cerrando el esófago. «Mi amigo» se ha puesto a roer. Y cuando se pone a roer... esto se cierra. Así que no puedo comer.

FOLCO: ¿Te produce molestias comer?

TIZIANO: No, he hecho la prueba, de

momento baja. Pero se me forma aquí una bola que no va ni arriba ni abajo. Aquí, justo aquí. Y noto como una opresión, no sé qué es.

FOLCO: ¿Y antes no la tenías?

TIZIANO: No. Antes me quemaba, no sé, un poco... Pero ahora lo hace ininterrumpidamente.

FOLCO: Pero ¿es un dolor o...?

TIZIANO: No, dolor no es. En fin, ya veremos.

FOLCO: Pero ¿por la mañana sigues pasando unas horas tranquilo?

TIZIANO: Sí, esta mañana he pasado una hora sentado tranquilamente. Me hago el té allí, en la *gompa*. Duermo, me tomo el té, escucho la radio, medito

contra la pared. Es maravilloso, maravilloso.

FOLCO: Vamos, que tienes tu bonito refugio.

TIZIANO: Sí. Esta mañana he visto al cuclillo; había venido justo al castaño de Indias que está delante de mi ventana a cantar: «¡*Cucú, cucú!*!». Es gracioso. En realidad, he ido a ver a Brunalba para preguntarle si era de verdad un cuclillo. Desde luego, no es fascinante; parece un pichón. Yo me lo imaginaba como un mochuelo, como un búho. Pero es como un pichón, de color gris ceniza, incluso más pequeño que un pichón. Se queda quieto y canta: «¡*Cucú, cucú, cucú!*!».

Si vamos a Florencia, hay que buscar un buen libro sobre pájaros, de esos ilustrados, científicos, que podamos enseñarle a tu hijo Novalis para que aprenda a reconocerlos. Este aspecto de la naturaleza es bonito, ¿sabes? La historia de ese pájaro vagabundo es divertida para un niño. Cuando se la cuentas a Novalis, se excita. Después le enseñas la canción: «Cucú, cucú, abril se ha marchado...».

Le da un golpe de tos.

Pero volvamos a China. Por nuestra mesa de Pekín pasaba gente de todo tipo: Fou Ts'ong el pianista, Lo Huimin,

historiadores, actores...

FOLCO: De todas aquellas personas interesantes, recuerdo sobre todo a aquel amigo vuestro tan raro, Shi Peipu. ¡Qué historia tan increíble la suya! ¿Quién era en realidad?

TIZIANO: Era un famoso actor de la Ópera de Pekín especializado en papeles femeninos. Un buen ejemplo de la vieja China. Lo conocimos en el teatro, en un papel de mujer, y lo invitamos a cenar. Y cuando nos encontramos tuvo lugar una escena divertida. Como era comprometido hacer ir a un chino a casa, lo cité delante del Templo de los Lamas; le había dicho: «A las seis paso en el coche, te

recojo y te llevo a casa. ¡Pero que no te vea nadie!»).

Pero cuando llego al Templo de los Lamas, no veo a Shi Peipu. Paseo arriba y abajo y sólo veo a un señor vestido con una gabardina Burberry..., parecía un chino de Hong Kong..., que miraba a su alrededor como si fuera un turista. Al final me acerqué y era él.

«¡Ah, Shi Peipu, eres tú! No te había reconocido».

«Por algo soy actor...».

Poco a poco salió a la luz una historia realmente de novela..., de hecho hicieron una obra basada en ella, *Madame Butterfly*..., una historia increíble y alucinante. Años antes había

conocido a un funcionario de la embajada francesa en Pekín. Se hicieron amantes, pero el francés creía que Shi Peipu era una mujer. Como buen actor, aprovechando la oscuridad de aquellas casas, al parecer conseguía hacer creer al otro que lo era. Hasta el punto de que en un momento dado fingió estar embarazada. Es más, primero había simulado un aborto; después fingió estar encinta y al final le mostró al diplomático, que se desplazaba fuera de China con frecuencia, un niño que, casualmente, parecía medio chino y medio occidental. En realidad, se lo había comprado en Xinjiang a una mujer de una minoría étnica, los uygur, que

parecen un poco occidentales.

FOLCO: Pero ¿cómo es posible que el otro no supiese que Shi Peipu era un hombre?

TIZIANO: El otro era claramente homosexual, aunque se avergonzaba de serlo. Siguieron así unos años, hasta que los servicios secretos chinos los descubrieron y los chantajearon a ambos. Obligaron al funcionario de la embajada francesa, responsable de transmitir los mensajes y por ello importantísimo, a pasárselos a Shi Peipu, quien a su vez los hacía llegar al gobierno chino.

Poco después de que lo conociéramos, Shi Peipu logró irse a

Francia para reunirse con su amigo, y los dos fueron arrestados en París. A Shi Peipu lo condenaron a ocho años de prisión, creo, pero meses más tarde lo pusieron en libertad.

Las nubes se desplazan y dejan que asome el sol.

Pero no debemos explayarnos demasiado contando estas anécdotas, FOLCO. Hemos de comprender el significado de mi experiencia china, que fue muy importante porque me acarrió una sensación de honda desilusión a causa de la increíble disparidad que veía entre el sacrificio, la miseria, el

horror y la muerte y el resultado de todo ello.

Éramos afortunados. Gracias a haber vivido en Hong Kong cinco años, habíamos llegado a China con el nombre de un montón de chinos con quienes contactar, y como ya sabíamos hablar el idioma, conocimos a muchísima gente interesante, calígrafos, científicos, profesores, personas que habían creído en el socialismo, le habían dedicado la vida, y en aquel momento se encontraban en un punto crítico porque el proyecto no había llegado a buen puerto y el sufrimiento humano había sido inmenso.

Era un momento especial. Cada vez se abrían más ciudades, más templos.

Podías conseguir mucha información, a escondidas, claro, a la que antes era difícil acceder. La gente empezaba a hablar más, de las destrucciones llevadas a cabo durante la Revolución Cultural, de cómo los guardias rojos habían entrado en sus casas a quemar los libros y los pequeños objetos bellos de valor que casi todo chino culto tenía y que en la mayoría de los casos habían heredado generación en generación desde tiempos remotos. Era el comienzo. Por nuestra casa pasó incluso el hijo de Hu Yaobang, el entonces secretario general del Partido Comunista Chino, y todos esos encuentros acabaron por llenar mi expediente y fueron una de

las razones de mi expulsión.

FOLCO: ¿Cómo funcionaba? ¿Los chinos podían ir a casa de un extranjero?

TIZIANO: Los chinos necesitaban el permiso de su *danwei*, su unidad de trabajo, para venir a cenar a casa. ¿Recuerdas que cada chino pertenecía a una unidad de trabajo de la que dependía por completo? Si quería ir a ver a su madre a Shangai, tenía que pedir permiso para viajar; si necesitaba asistencia médica, tenía que pedir permiso para acudir al hospital. Para cualquier cosa tenía que pedir permiso. La *danwei* dirigía su vida. Por lo tanto, si tú, chino, eres invitado a cenar por un extranjero, a la *danwei* puede interesarle

que vayas si después presentas un informe sobre la velada, cosa que tal vez un amigo no quiera hacer. Así que nosotros íbamos a buscarlo a lugares extraños y, de un modo un poco rocambolesco, como en las novelas policíacas, lo recogíamos con el coche, lo instalábamos en el asiento trasero y lo cubríamos con una manta. Al llegar a la entrada de nuestro recinto, aminoraba la marcha, el centinela de guardia nos reconocía y nos dejaba pasar.

El problema era la mujer del ascensor, que debía denunciar que había venido un chino a nuestra casa, lo mismo que debían denunciarlo el cocinero y la *ayi*, la camarera, aunque a ellos les

dábamos la noche libre. Pero incluso a la mujer del ascensor conseguíamos despistarla con una estratagema. Uno de nosotros subía en el ascensor con ella, mientras el otro subía a pie por la escalera con el amigo. Ya sabes, esas bobadas... Una vez en casa, también debíamos tener cuidado con los micrófonos. Y así pasábamos la velada.

Pasamos muchas horas haciendo que nuestros amigos chinos nos contaran lo que les había sucedido en los años en que China estaba cerrada, para tratar de comprender cómo había sido posible la Revolución Cultural, cómo pudo ser posible que un pueblo de gran tradición, de una gran cultura, se hubiera

humillado entrando en esa perversa espiral de violencia que causó millones de víctimas.

Lo que nos contaban no encajaba con el *Libro Rojo* de Mao o la literatura propagandística de la Nueva China. La frase que siempre repito es: muy pronto me di cuenta de que mi sueño, el sueño de un joven que estudia China en las aulas de la Universidad de Columbia, había sido la pesadilla de los chinos.

Y ésa fue mi primera gran decepción.

FOLCO: Cuando estabas en la Universidad de Columbia, ¿aún no había empezado la Revolución Cultural?

TIZIANO: Sí, sí, estaban haciéndola

justo entonces, pero sólo sabíamos lo que decía la propaganda. Después llegas a China y descubres que la vida de los chinos ha sido una pesadilla.

¿Sabes?, el momento revolucionario..., he intentado explicarlo de varias maneras..., es excitante porque hay algo nuevo por lo que puedes comprometerte. Lo he descrito con la frase más sencilla que he logrado expresar en toda mi vida: «La revolución es como un niño; cuando nace es una monada, pero es posible que diez años después se convierta en una criatura deforme y perversa, en un cabrón». Cuando nace, la revolución también es fascinante, porque te promete

una novedad. Si actualmente en Italia, en Occidente, surgiese un Savonarola, una Juana de Arco que dijera: «¡Vamos, renunciemos a todo, comamos la mitad!», la gente lo haría al momento, FOLCO, piénsalo. La mitad de los jóvenes de hoy estarían encantados de arrojar el móvil al mar para tener algo mejor. Pero resulta que luego se comprueba que en el fondo el móvil era útil, que el mar está contaminado, etcétera, etcétera.

FOLCO: ¿Qué había sucedido en China? Para situarme, a grandes rasgos: Mao toma el poder en 1949...

TIZIANO: Mira, FOLCO, no puedo dedicar mis últimas conversaciones

contigo a explicar la historia de China. Joder, eso, o uno lo sabe o se las arregla para enterarse por su cuenta.

FOLCO: Pero ¿es necesario entender el contexto! ¿Qué había sucedido en China cuando llegaste? Acababan de hacer la Revolución Cultural...

TIZIANO: El viejo Mao se da cuenta de que todas las revoluciones acaban por degenerar, al igual que todas las religiones acaban por institucionalizarse, por aferrarse a sus costumbres y protegerse a sí mismas en lugar de avanzar, de abrir cauces nuevos; en vez de eso, él quiere avanzar, quiere seguir buscando un cauce distinto. Y cuando sus opositores

empiezan a decir: «Ahora hace falta un poco de racionalidad, hay que aprender también de Occidente», Mao hace un llamamiento a los jóvenes y los lanza contra esos viejos que, sentados, quieren hacer una China más racional, más moderada, y a sus jóvenes guardias rojos les ordena: «¡Bombardead el cuartel general!».

En 1966 empieza la Revolución Cultural, que quiere destruir el pasado para que pueda nacer una China nueva. Se inician las espantosas destrucciones perpetradas por los guardias rojos, comienza la represión. Bastaba que tuvieras un libro que el partido no aprobaba para que te acusaran de ser un

revisionista, un contrarrevolucionario, y te enviaran a hacer el *lao gai* a los campos de trabajo durante años.

¡Si piensas en todo lo que esos estúpidos jóvenes iconoclastas quemaron, en lo que destruyeron! Cosas increíbles. Entraban en los templos y... ¡madre mía! Entraban en las casas de los poetas, de la gente común, y lo destrozaban todo, su trabajo, las cosas bellas que poseían. La idea de que lo «viejo» era un impedimento para lo «nuevo» se podía justificar desde el punto de vista ideológico; Mao no se equivocaba cuando decía que inmensas riquezas habían ido a parar a los templos, que se derrochaban enormes

riquezas en aceite para iluminar los ídolos y en mantener a los monjes que no trabajaban, mientras el pueblo tenía que dar el callo, pero ¡joder, es que en China lo «viejo» era precioso! Viajabas y llegabas a un pueblecito de mierda, veías una pagoda cerrada a cal y canto, polvorienta... Tú y yo, camino de las tumbas de los emperadores Qing, una vez abrimos la puerta de una pagoda y nos encontramos delante de un buda de veinte metros de alto, con cuarenta brazos. Entonces te dices: «¡Virgen santa, esto es lo “viejo”, esto es lo que Mao quería destruir porque decía que encadenaba el país a su pasado! Pero esto “viejo” son las raíces de China; sin

esto “viejo”, China dejaría de ser China».

Y, de hecho, hoy China ya no es China, desde que aquel criminal suprimió las raíces de su antigua cultura. En lugar de hacer un comunismo o un socialismo chino, Mao quiso destruir todo lo que era chino para crear una sociedad completamente nueva. Y eso es espantoso, acabó por destruir China; y la situación actual ya ves cuál es.

Habíamos partido con la intención de interesarnos por la política de Mao, pero muy pronto ese interés tomó otro cariz, porque la China de Mao ya no me interesaba.

FOLCO: ¿Ya no te interesaba el

comunismo?

TIZIANO: No, ya no. Como solución a los problemas de la humanidad, esa fórmula había fracasado.

Mi gran crisis empieza en China. No tardaré en darme cuenta de que había sido una trampa. En Vietnam ya me lo oí, pero ya sabes, estaba en medio de la revolución, del caos... Y a partir de entonces el declive fue continuo. No volví a escribir un verdadero artículo político. Realmente, la política ya no me interesaba, había comprendido que la política no es la solución de nada.

FOLCO: ¿Fue en China donde el socialismo te decepcionó definitivamente?

TIZIANO: Sí, sin duda. Pero sobre todo me decepcionó la propia política como instrumento de cambio. Eso explica cómo se llega después a la decepción con la materia, con el hecho de actuar sobre el cuerpo social de un país. Porque esa actuación es inútil, no lleva a dar un paso adelante. Es más, lleva a dar muchos pasos atrás, hacia la miseria, el dolor, la muerte y la destrucción.

Y, llegados a este punto, es preciso razonar: ¿era sólo el maoísmo lo que me causaba esa decepción, o era la constatación, ya evidentísima, de que no es posible crear un hombre nuevo, de que esa idea es sacrílega?

La verdad es que existe una naturaleza humana que no se puede combatir. Existe una naturaleza humana individualista, egoísta, y que no acepta esa limitación de los derechos, de la libertad de expresión. Es forzoso reconocerlo. Porque tú puedes dar a todos el mismo plato de arroz, puedes dar a todos el mismo atuendo, y muchos creen en eso y participan en tu proyecto. Pero siempre hay una parte que reclama dos atuendos, dos platos de arroz y la libertad de hacer lo que se le antoje. Eso, el comunismo lo niega y, en consecuencia, crea una contradicción que se convierte en homicida. Así se llega a la violencia, porque los que

creen en el sistema reprimen a los que lo minan. Por eso se produjeron las matanzas de Pol Pot y surgieron el gulag de los soviéticos y los campos de trabajo de los chinos.

FOLCO: ¿Quieres decir que los pocos que han intentado cambiar al hombre eran todos...?

TIZIANO: Unos asesinos, unos auténticos asesinos. Hay algo sacrílego en la idea de querer crear al hombre nuevo que es común a todos los revolucionarios, absolutamente a todos. Lenin, Stalin, Trotski, Mao..., todos tuvieron ese mismo sueño. Pero el hombre es lo que es, es el fruto de una evolución, y de la misma manera que no

puedes detener el agua que fluye por un río, tampoco puedes detener la evolución.

FOLCO: Después de la muerte de Mao, precisamente en los años en que nosotros estábamos en China, su política estaba siendo sustituida por la de Deng Xiaoping. Ésa tampoco te interesaba nada, ¿verdad?

TIZIANO: No, porque ponía fin a un proyecto. Ponía fin a un ideal. Cuando Deng dice: «Ser ricos es glorioso», tú replicas: «¿Cincuenta años de historia y de muertos para nada? ¿Es glorioso hacerse ricos? Durante medio siglo habéis enseñado al pueblo a comer un plato de arroz, a ser frugal, a tener sólo

un par de zapatos, sólo unos pantalones, le habéis dado incentivos morales y fajas rojas en lugar de incentivos materiales, ¿y ahora llega éste y dice: “¡No, no, tenemos que ser todos ricos!”?».».

¿Ves en qué se han convertido? ¡Son unos bandidos! ¡Unos bandidos!

Ríe.

Están convirtiendo China en una segunda Taiwan, en una mala imitación de Hong Kong, donde todos corren para ganar dinero, como en todas partes. ¿Y a dónde ha ido a parar su nueva sociedad alternativa? ¡Para eso, pueden irse al

infierno!

Y ahí surge el gran problema de tu padre, que después lleva al Himalaya. Si piensas lo que ha costado, desde 1921, la gran revolución china comunista, con la guerra contra la ocupación japonesa y la guerra contra los nacionalistas apoyados por los norteamericanos, si piensas en la cantidad de sufrimiento y de muertos... ¡Millones!

¿De qué ha servido, eh? ¿De qué ha servido?

Es inútil haber perdido millones de personas, tantos millares de cabezas cortadas, gente decapitada en la calle, masacrada, para crear hoy una sociedad

que es como la capitalista de Taiwan. Ah, no, si hubieran estado los nacionalistas en el poder, lo habrían hecho mejor, con la ayuda norteamericana y la atractiva esposa de Chiang Kai-shek en la televisión, todos muy competentes. Tú mira la Historia. Si en 1949 hubieran ganado los nacionalistas en lugar de Mao, hoy tendríamos la nueva Shanghai. Y exactamente eso es lo que tenemos.

Entonces, ¿para qué sirven esas revoluciones? Todos esos auténticos sacrificios que muchos han hecho con gran honestidad, ¿para qué sirven? Si hubiesen ganado los otros, China hubiera sufrido mucho menos y de todas

formas se habría convertido en lo que es hoy, y quizá antes.

Lo mismo puede decirse de Vietnam, si hubiera vencido Thieu en lugar de los comunistas. ¿Qué hacen actualmente los comunistas vietnamitas? Saigón es una ciudad occidental con todo lo peor de Occidente: los burdeles, el interés, los ricos y los pobres, la explotación. ¿Se hizo la revolución para eso? Todos los que se daban dos vueltas al cinto en torno a la cintura porque sólo comían un puñado de arroz, ¿lo hicieron para eso? Y si la revolución bolchevique hubiese fracasado, por la intervención europea o porque las tropas del zar hubieran resistido el ataque de los

revolucionarios, poco a poco Rusia se habría modernizado bajo la influencia de Europa, ¿no? Habrían vencido los otros y actualmente la situación sería mejor. Entonces, ¿qué?

Y luego lo juntas todo, incluyes también al Che, su contraposición a Castro... ¡Cuántos muertos han costado esas revoluciones! ¡Cuántos sufrimientos, cuántas torturas! ¿Y cuál ha sido el resultado final? Siempre el mismo. Igual.

FOLCO: Pero esas revoluciones apartaron del poder a reyes y zares, acabaron con dictaduras corruptas. La Historia no habría sido la que ha sido si no se hubieran producido. Incluso

podrían ir mucho peor las cosas, teniendo en cuenta que por regla general siguen empeorando hasta que la gente se opone.

TIZIANO: Sin duda... De hecho, hay otro aspecto de las revoluciones que no olvido nunca. Es verdad, podían haber ganado los otros y quizás el resultado habría sido el mismo. Pero, en el fondo, la revolución vietnamita era justa, ¡era justa! Los vietnamitas debían reunificar su país, no podían permitir que continuara la situación colonial. Y todos los horrores que siguieron no bastan para decir que las ideas con que los revolucionarios partieron son un error en sí mismas. Y la guerra de Mao

también era más que justa. ¡Madre mía si era justa!

Pero ¿para llegar a qué?

Si analizas lo que significó la revolución bolchevique, ese vuelco de la sociedad en el que todos los de arriba son decapitados, eliminados, familias enteras exterminadas..., quizá justamente, si miras lo mal que se habían comportado..., en tanto que los proletarios se hacen con el poder, te parece maravilloso, ¿no? Quienes no contaban nada, de repente son los que tienen la palabra. Pero ¿qué tienen que decir? ¡Lo peor que hay en la humanidad! Se comportan con los antiguos amos con vileza, realmente de

un modo cruel, bestial.

FOLCO: Pero no por eso se puede decir: ¡no hagáis la revolución! ¿Cuál es la conclusión?

TIZIANO: Mi conclusión es que es inútil.

FOLCO: ¿Son inútiles las revoluciones?

TIZIANO: De ahí mi paso hacia la única revolución útil, la que tiene lugar dentro de ti, en tu interior. Las otras las ves. Las otras se repiten, se repiten de manera constante, porque en el fondo está la naturaleza del hombre. Y, si el hombre no cambia, si el hombre no da ese salto de calidad, si el hombre no renuncia a la violencia, al dominio de la

materia, al beneficio, al interés, todo se repite, se repite una y otra vez.

Papá se queda un rato pensativo.

Lentamente, en China tuve una reacción que fue la siguiente: en vez de buscar al hombre nuevo, me di cuenta de que había un hombre chino viejo que era maravilloso; y que esa cultura había sido asombrosa, tenía una grandeza y una riqueza que realmente me impresionaban.

Así que me lancé a buscar a ese hombre viejo, esa maravilla que había sido la vieja China y lo que quedaba de ella.

Grillos

TIZIANO: Toda mi vida he mantenido una relación con la belleza, con las cosas bellas. Empecé en seguida, en los primeros viajes. En África ya compré objetos, esculturas, estatuillas, pinturas. Si ibas a mi biblioteca de Hong Kong, sobre el «nido de abeja», la larga mesa china, veías una estatua negra de Benín y otra, de bronce, adquirida en Nigeria.

No era comprador en el sentido de querer hacer colecciones, pero, si vuelvo la mirada atrás, para mí comprar ha sido una manera de conocer los países, de meterme dentro. Por ejemplo,

llegué a Japón por primera vez en 1965 como funcionario de la Olivetti. ¡Un aburrimiento! Por la noche, salía de la oficina donde enseñaba las tonterías habituales, donde trataba de reorganizar al personal de la filial de Tokio y todas esas cosas, y me desplazaba a ese barrio, entonces maravilloso, llamado Kanda. Todavía existe y es uno de los más encantadores, con sus librereros, sus anticuarios y demás. Me había hecho amigo de uno llamado Murakami, que me esperaba cada noche en su tatami, él vestido con kimono, yo con americana y corbata. Me ofrecía té verde y charlábamos. Yo sentía mucha curiosidad por los *ukio-e*.

FOLCO: No sé qué son.

TIZIANO: Aquellas estampas que veías cuando bajabas la escalera para ir a la cocina eran *ukio-e*, la gran invención del arte japonés de finales del siglo XIX. Había una preciosa con multitud de sombrillas de un desfile imperial.

FOLCO: ¡Ah, las estampas japonesas! A mí también me gustan mucho.

TIZIANO: Hiroshige, Hokusai, Utamaro, etcétera. En aquella época, Murakami me ofrecía cosas muy bonitas, porque en el país había pocos extranjeros y los japoneses eran pobres. Pero si le enseñas a un florentino las

estampas japonesas, con el mar estilizado, el monte Fuji, esos puentes con hombres que pasan... A mí esas cosas me eran completamente ajenas. No las comprendía, no las comprendía. Y aunque el precio era interesante, no compraba.

Pero ¿qué hice? Me pasé la mañana de tres o cuatro domingos en el museo de Ueno, el gran museo de Tokio, que conserva algunos de los *ukio-e* más bellos del mundo, para acostumbrar la vista a esa forma de belleza que intuía que lo era, aunque al principio a mí no me decía casi nada. Hasta que, evidentemente, me enamoré de ella y empecé a comprar.

En la casa de Hong Kong había también una estampa preciosa de Utamaro que me regaló la Olivetti en agradecimiento por mi trabajo. Hoy valdría un montón de pasta en Japón. Pero no es ésa la cuestión.

Yo siempre me he considerado el custodio de esas cosas, y especialmente después, cuando recuperaba cosas bellas, tenía la sensación de que las salvaba. ¡Piensa en todo lo que destruyeron en Camboya! Las cajas de plata con forma de animales que he regalado, por ejemplo a tu amigo Nick cuando se casó, que debe de guardar en ella los pañales del niño, son piezas únicas, en el sentido de que ese arte que

los camboyanos practicaban en los pueblos ha desaparecido. Los jemeres rojos lo destruyeron todo. El buda que estaba sobre la mesa de despacho del abuelo, lo salvé yo cuando un soldado se lo estaba llevando. A saber adónde habría ido a parar. Y después de mí, alguien que lo valore lo custodiará.

Con esto volvemos de nuevo a China. En China, miraras donde mirases había algo maravilloso, algo que te contaba una historia de belleza. No sé si te acuerdas..., te llevaba de vez en cuando con la bicicleta..., pero en China había un sistema que en los países comunistas funcionó hasta el final, el sistema de las «tiendas a comisión». Tú

eres un pobre campesino que tiene en casa un armario pintado antiguo, lo llevas a una de esas tiendas, ellos lo venden por ti y la organización del partido se queda con su porcentaje. Había algunas por las que pasaba cada mañana antes de ir al despacho para ver qué tenían. Y en esos sitios hice grandes descubrimientos.

Aquella cómoda de *hong mu*, la madera china más apreciada, que estaba en la habitación de mamá, la compré, cochambrosa, por..., yo qué sé..., digamos veinte dólares. Hasta que no llegamos a Hong Kong no empecé a limpiarla, con ayuda de Tim Leung, que me daba consejos. Resultó que era una

maravilla: de la dinastía Ming, el Renacimiento chino.

¡Y las alfombras! Muchas de las alfombras que veías en casa, algunas rotas, con agujeros, sucias, habían sido llevadas por la gente a esas tiendas. Yo pasaba por allí, las compraba y por la noche las lavaba en la bañera. Siempre he comprado porque hacerlo me acercaba a los sitios, me los recordaba, hasta el punto de que..., creo que incluso mamá lo escribió en su diario..., una vez dije que comprendía mejor China lavando esas alfombras viejas que leyendo el *Diario del Pueblo*.

También estaban los broncees tibetanos. ¡Y los *ban ji*! ¿Te acuerdas de

aquellos anillos de jade que los manchúes llevaban en el pulgar para tirar con arco? ¡Tú piensa en el arte de incrustar en la pequeña piedra de jade de un anillo un dragón, un ave fénix o una letra cualquiera china! Otra cosa que me interesaba mucho eran los *niao chi guan*, los recipientes para la comida de los pájaros. ¡Qué arte también! No había dos iguales y todos eran copias de esas grandes vasijas, maravillosamente pintadas, que ves en los museos y en la Ciudad Prohibida. ¿Recuerdas la belleza de aquellos recipientes? Refinadísimos, en miniatura, para dar de comer a tu pajarito en casa.

En las tiendecitas del parque

imperial de Shishihai había un viejecillo a quien compraba esos anillos, que después limpiaba. Y en la Dachalan, la gran calle de los comerciantes del viejo Pekín, había uno que por poco dinero me fabricaba unas hermosas cajas forradas para guardarlos. China te ofrecía esas oportunidades.

¿Y las jaulas de pájaros? ¡Virgen santa, coleccionarlas habría sido para volverse loco! ¡Qué preciosidad! ¡Qué preciosidad! Eran de bambú o de maderas raras con incrustaciones, con el gancho de latón o de hierro colado. ¡Preciosas! Me encantaba ir al parque por la mañana a ver a todos aquellos viejos que columpiaban al pajarito para

que se sintiera a gusto, pero también para ejercitar las muñecas. Luego colgaban la jaula de un árbol y, con el primer rayo de sol, el pajarito empezaba a trinar maravillosamente.

Y por último hice el gran descubrimiento de los grillos.

FOLCO: ¡Sí! Lo que más recuerdo de China son los grillos.

TIZIANO: Sí, vosotros erais pequeños. ¡Era precioso! Imagínate: un pueblo que dedica su tiempo..., Mao habría dicho que «malgasta» su tiempo, y en parte tenía razón..., a criar grillos fuera de temporada para poder oír en invierno, cuando fuera nieve, la voz de la primavera. Porque, ¿sabes dónde está

el grillo? Está calentito dentro de una pequeña calabaza vacía que es su casa, en el bolsillo interior de tu chaqueta. La tapa, taraceada en marfil o en algunos casos incluso en jade, es magnífica.

Así se entretenían los manchúes, con estas cosas.

Una vez más, lo que me fascinaba era que los chinos no arrancaban la primera calabaza que encontraban en el huerto y la ponían a secar. ¡De eso nada! Cuando la calabaza asomaba de la tierra, la envolvían en un molde de arcilla que tenía grabados unos símbolos, de manera que la calabaza, al crecer, presionara los huecos del grabado; así, cuando abrías el molde,

éste había impreso en la calabaza los caracteres de la larga vida o de la felicidad. ¿Te imaginas lo que es eso?

Otras veces, en cambio, dejaban crecer las calabazas con formas absolutamente perfectas y luego grababan con hierros candentes paisajes o escenas de sabios en las montañas. Llevabas esa calabaza en el bolsillo de la chaqueta y, en el relente de la noche, mientras escribías una poesía o tomabas el té en tu pequeño *si he yuan*, tu casa con patio, oías el *cri-cri-cri* del grillo que estaba dentro.

Yo tenía muchos grillos, cada uno de un tipo distinto. Iba siempre con uno en el bolsillo. Incluso tenía el llamado *jing*

lo que sea, el más diminuto de todos los grillos. Casi no se ve, pero cuando canta emite un sonido maravilloso. Era tan pequeño que ni siquiera podía meterlo en una calabaza porque lo perdía. Lo llevaba en una minúscula cajita de marfil. De vez en cuando le dabas de comer y volvías a cerrar la caja.

Y en torno a los grillos giraba un montón de actividades. A veces la casa apestaba, porque había que criar gusanos para dar de comer a los grillos, ¿te acuerdas?

FOLCO: ¡Había uno de color verde jade que era una maravilla! Aunque quizás era una cigarra.

TIZIANO: ¡Qué cigarra ni qué niño

muerto! Era un grillo.

FOLCO: Y también estaban los que peleaban.

TIZIANO: ¡Era fantástico! ¿Te das cuenta de lo fascinante que era? Sí, después me interesé por los grillos de pelea. Los chinos, como todos los asiáticos, son muy aficionados a las apuestas y los juegos de azar. Les encantan las carreras de galgos y todas esas cosas, y además inventaron las peleas de grillos. En los viejos tiempos, uno llegaba con su grillo al mercado y ése peleaba contra el grillo de otro.

Pero lo que me gustaba, más que la pelea de grillos, en la que siempre acababa uno de los dos muerto, eran

todos los objetos relacionados con esa actividad. Para empezar, el terreno de combate, un pequeño terreno de porcelana. El negro era para transportar al grillo al mercado, a la pelea; pero la lucha propiamente dicha tenía lugar en los terrenos de combate, preciosos, azules, donde todo el mundo podía mirar porque eran así de grandes, como un plato. Luego estaban las casas de los grillos de pelea, donde tú los tenías. Eran recipientes negros, cada uno con su casita de porcelana dentro, pintada, y su abrevadero, diminuto, donde el grillo bebía. ¿Sabes las casas de muñecas? Pues lo mismo, pero éstas eran para grillos, para grillos de pelea.

Y la sofisticación máxima era el pincel. ¿Hecho con qué? ¡Con tres o cuatro bigotes de ratón de campo! Exclusivamente. Si se lo metías en el culo, el grillo se cabreaba y se lanzaba contra el otro. Pero el pincel, evidentemente de marfil, precioso, tenía que ser de bigotes de ratón de campo.

FOLCO: Me acuerdo de las peleas, algunas veces las hicimos en casa. Siempre con problemas morales, claro.

TIZIANO: Vivíamos en China. Aunque no teníamos más remedio que vivir en los guetos para extranjeros, con los guardias que nos espiaban, con la mujer del sombrío ascensor que comía su pan grisáceo e informaba de cuántas

veces habíamos subido y bajado..., ése era el aspecto antipático..., vivíamos en China. Comíamos comida china, nos relacionábamos con los chinos. Nos interesaba China, no sólo la política china.

FOLCO: Había también mercadillos a los que nos llevabas cuando ibas a comprar tus chismes.

TIZIANO: Teóricamente, en el sistema socialista no hay mercado libre, así que era preciso actuar con un poco de discreción. El más grande de esos mercados estaba frente a la residencia de la mujer de Mao, de modo que la policía sabía de su existencia, pero lo toleraba. Eran los primeros momentos

de apertura de China. Montones de campesinos, vestidos como de costumbre, sentados en el suelo, habían llevado sus cosas y se las vendían unos a otros.

FOLCO: ¡Era divertido ir! Recuerdo que una vez se hizo la oscuridad en el interior del coche porque, en vez de mirar la lucha de grillos, la gente se había apiñado a nuestro alrededor para mirar a los dos niños rubios y el perro que iban dentro sentados. El comunismo había prescindido de todo, incluso de los perros, por eso la gente estaba tan fascinada por el nuestro. Todas aquellas caras apretadas contra las ventanillas...

Papá ríe.

TIZIANO: Nosotros éramos amigos de Wang Shixiang, llamado Mobiliario Ming Wang porque era el único que había escrito sobre el mobiliario de la dinastía Ming. También era el único que había escrito sobre el arte de criar grillos. Yo aprendí mucho de él: cómo criarlos, qué era adecuado para ellos, qué no lo era... Íbamos a verlo a su casa en ruinas, con un patio lleno de basura de sus inquilinos, impuestos por las autoridades. Era un hombre de una cultura extraordinaria y le habían metido en casa a unos pelanas del partido que eran provincianos. Les importaba un

comino él y su cultura. Nosotros fuimos de los primeros que iban a verlo de nuevo, que lo apreciaban, y él nos adoraba y más adelante me introdujo en la otra pasión que tuve y que no duró porque me detuvieron: las palomas. ¡Teníamos un pequeño palomar!

Imagínate una civilización que es capaz de pensar que, si a una paloma le atas en la cola un silbato, que, como supondrás, tiene que ser ligerísimo porque si no el ave no vuela, el pito emite un sonido en el aire. Si haces silbatos de varios tipos y cada silbato es de por sí un instrumento musical con muchos orificios, con muchos sonidos, y si tienes muchas palomas con muchos

silbatos distintos, y dejas esas palomas libres para que vuelen, entonces oyes la música de los planetas... ¡vuuu...!

A Xiao Wei, nuestro cocinero, le encantaban las palomas y me ayudó con ese juego. ¡Qué gran civilización! Cuando descubres esas cosas, no puedes sino admirarla profundamente y comprender que al capullo de Mao, en cambio, todo eso le pareciera horrible. Porque todo eran juegos que practicaban los ricos, los ciudadanos, no los campesinos. Los campesinos no tenían el cuerpo para silbidos, silbaban si tenían algo que llevarse a la boca.

Pero yo no me resistía a toda esa belleza. Era más fuerte que yo.

Así que, cuando me enteraba de que en un pueblo fuera de Pekín un anciano había empezado a hacer silbatos, allá que me iba el domingo en coche a buscarlo para ver qué silbatos elaboraba. Los habían prohibido, y entonces empezaban de nuevo a hacerlos. Era el momento en que las cosas estaban cambiando. Volvían los grillos, los silbatos, las palomas.

Claro, no era periodista; te das cuenta, ¿no? Mis colegas iban los domingos a cenar a casa del embajador o hablaban con el secretario del partido; yo, en cambio, iba a los mercados y, en mi opinión, acabé comprendiendo China mejor que ellos, es decir, China penetró

más en mí. Por eso, cuando los chinos me expulsaron, aquello significó un verdadero castigo para mí, me quitaron una gran alegría que sólo la India me devolvió más adelante.

FOLCO: Sí, es verdad, porque tienes muchos artículos sobre esto y lo otro, pero en el fondo lo que realmente contaba para ti...

TIZIANO: ¡Exacto!

FOLCO: Y mientras Deng Xiaoping hacía que la economía china se recuperase...

TIZIANO: ... yo escribía acerca de los grillos.

La expulsión

TIZIANO: La verdad es que lo de la expulsión me lo veía venir. Me habían sucedido cosas extrañas en China, y como ya tenía experiencia en aquel mundo, me olí que algo no iba bien. Por ejemplo, una tarde fui a ver a unos queridísimos amigos chinos con los que había tenido mucha relación; él era actor, y ella actriz. Llegué a su casa, una única habitación donde ellos dormían y donde siempre habíamos comido todos juntos el consabido cerdo, pero aquel día estaba ella sola... y se echó en mis brazos. O sea, era exactamente como si

el KGB estuviera haciéndote fotos con la mujer del coronel desnuda en la cama. Así que me fui corriendo.

Pero empecé a estar alerta. Me sentía espiado, pasaban cosas que me daban a entender que alguien se había puesto en mi contra y todo eso me puso en guardia, hasta el punto de que casi un año antes de mi expulsión os hice volver a vosotros a Hong Kong. Empaquetamos todas nuestras cosas, dejé en Pekín sólo el despacho y los libros sobre China y vosotros volvisteis a vivir en la colonia inglesa con mamá. Mientras estabais allí, murió mi padre. En resumen, pasó el tiempo, yo estaba a caballo entre los dos sitios e iba a veros cada dos o tres

meses.

FOLCO: Hasta que un día, lo recuerdo bien, fuiste al aeropuerto de Hong Kong, subiste en el avión de Pekín... y desapareciste. No llamaste para decir que habías llegado. Mamá telefoneaba, pero en Pekín no contestaba nadie. Ni siquiera los amigos te habían visto ni sabían dónde estabas. Sin embargo, la línea aérea confirmó que habías tomado aquel vuelo y que el avión había llegado a su destino.

Pero ¿dónde estabas tú?

El misterio duró varios días. Recuerdo que mamá estaba preocupadísima. Con nosotros hacía como si no pasara nada para no

asustarnos, no paraba de decirnos siempre: «Todo va bien». Pero estaba claro que no iba todo bien, porque se pasaba el día pegada al teléfono. Llamaba a la embajada italiana en Pekín, a la alemana, hablaba con los comunistas y con los jesuitas de Hong Kong, hablaba con todo el mundo para intentar saber qué estaba pasando. Por fin llegó la noticia de que, nada más aterrizar en el aeropuerto, la policía china te había detenido. Y ni siquiera estaba claro si tenían intención de soltarte o no. Tuvo que intervenir el presidente Sandro Pertini desde Roma, ¿no?

Y al final te expulsaron.

Viniste a Hong Kong. Mamá fue a buscarte al aeropuerto, pero no podías volver a China. Un drama.

TIZIANO: Sí. En el marco de mi trabajo en China, la expulsión fue un drama, porque fue como quitarme el plato mientras estaba comiendo.

El libro que escribí después, *La porta proibita*, es como un *coitus interruptus*, falta la mitad. Porque en realidad yo tenía un esquema mucho más amplio para ese libro. Quería hacer un libro de grandes viajes por la China más desconocida, visitar los lugares a los que los periodistas no solían ir. Algunos están, como el viaje a Shandong o a Manchuria, pero había muchos más

sitios de China a los que pensaba ir y que no conseguí ver.

Mi mayor hazaña, mi artículo más largo sobre China, fue una investigación sobre la destrucción de Pekín por obra de los comunistas. Se publicó en el *Spiegel* por entregas, durante tres semanas seguidas, y cada entrega era de diez o quince páginas.

FOLCO: ¿Los demás periodistas no hacían este tipo de investigaciones?

TIZIANO: La mayoría trabajaba para diarios o para semanarios como *Time*, para los que no podían escribir más de 1500 líneas. Yo, como publicaba una vez al mes, no podía hacer crónica de actualidad, sino que tenía que escribir

algo que fuera más allá. Así que escribía unos textos que se alargaban semanas y semanas. ¿Cómo puedes contar en unas pocas páginas el resultado de una larga investigación?

Como te decía, mi investigación más importante fue la que hice sobre la destrucción de Pekín, que sólo fue posible gracias a la compañía silenciosa, pero decisiva, de mis habituales compañeros de viaje, los libros. Esos artículos fueron la gota que colmó el vaso. Porque el hombre que destruyó Pekín era un tal Peng Zhen, que había sido alcalde de la ciudad durante la Revolución Cultural y después de ella. Más tarde pasó a ser responsable

de la Seguridad para toda China, así que era responsable también de mi expediente, y en determinado momento, mientras se acumulaban pruebas de que me relacionaba con Fulano y Mengano, de que viajaba como me venía en gana, de que no respetaba las prohibiciones de acceso para los extranjeros y de que escribía esos artículos acusatorios contra la destrucción del pasado efectuada por los comunistas, estudió el expediente y dijo: «A éste hay que quitarlo de en medio».

No puedo más, FOLCO.

FOLCO: Duerme, duerme.

Al cabo de un rato, mamá pasa a ver

por dónde vamos.

FOLCO: Se ha dormido.

Ella habla en voz baja.

ÁNGELA: La expulsión fue sin ninguna duda el golpe definitivo para papá. De una expulsión no te recuperas. China se había convertido en su país de adopción, nunca ha encontrado otro. Vietnam no lo era; China sí. Pero todo eso ahora lo ve como algo remoto. La última experiencia, la de la India, ha sido tan importante para él, tan impresionante, que China le resulta bastante lejana.

FOLCO: Tú, en cambio, todavía la recuerdas muy bien, ¿verdad?

ÁNGELA: La recuerdo porque yo no hice lo que hizo él, sumergirse en otra cultura, convertirse en otra persona.

*Nos
quedamos
sentados
allí, en
silencio,
junto a este
anciano
que
duerme,
cada uno
embebido
en sus
propios
pensamientos.*

*Un
cuervo
grazna en el
árbol. Al
cabo de
unos veinte
minutos,
papá se
despierta,
recuperado.*

TIZIANO: La expulsión de China fue para mí una tragedia en muchos aspectos. En realidad, la expulsión supone un gran castigo que los chinos conocen muy bien, porque, si amas una cosa, el mayor castigo es tener que estar alejado de ella. Lo conocían hasta los señores de la Florencia del

Renacimiento cuando echaron a los Strozzi, considerados traidores, de su precioso palacio del centro de la ciudad y los exiliaron a la colina, donde tuvieron que construirse una casa que todavía existe, Villa Strozzi, desde la que no podían ver Florencia.

Para mí fue algo parecido. Añoré muchísimo China porque había invertido mucho en ella. La lengua, los conocimientos, todo lo que había aprendido. Sí, la expulsión fue un golpe muy duro. Tener que volver a mirar desde lejos esa China que había sido mía, que había visto de cerca, era algo realmente triste.

El primer amor no se olvida nunca,

FOLCO. La India me ha dado muchísimo, la India me ha dado la paz. Pero esa grandeza de China...

FOLCO: No sigas hablando o te quedarás afónico. Llámame con la campanilla, si me necesitas. Estoy arriba.

TIZIANO: En el fondo, he estado enamorado de muchas cosas. Ante todo, de China. Realmente, he amado China...

La carrera

TIZIANO: *Der Spiegel* fue generosísimo. Nada más expulsarme, publicaron el artículo que escribí en un gran hotel de Hamburgo donde me habían alojado, conscientes de que, para un periodista, ser expulsado de un país es algo muy serio. Lo gracioso fue que después me convocaron en el último piso del *Spiegel* y, con todos los jefes de redacción reunidos como si formaran una especie de tribunal, me enumeraron los cargos de que los chinos me acusaban..., espionaje, robo de tesoros nacionales, actividades

contrarrevolucionarias..., y sin andarse por las ramas, abiertamente, me preguntaron: «¿Hay algo de verdad en esas acusaciones?».

Aquella convocatoria ya me parecía en sí misma interesante, ¿no? Porque la relación entre periódicos, periodistas y espías siempre es muy complicada, y si tú eres el jefe de un periodista, siempre debes preguntarte: «¿Pero éste para quién trabaja?». Como sabrás, más tarde, a raíz de la caída del Muro de Berlín, *Der Spiegel* descubrió cosas terribles. Descubrió, por ejemplo, que uno de sus corresponsales de Berlín era un agente de la STASI, los servicios secretos de la Alemania del Este. Era de

esperar, ¿no? Lo mismo les sucedió a muchos periódicos. Pero siempre son dramas que hay que afrontar y ellos no querían tener también un problema conmigo, no querían que saliera a la luz que era de verdad un espía o que había llevado a cabo actividades contrarrevolucionarias.

No tuve que defenderme mucho. Expuse las cosas tal como eran y ellos, con mucha generosidad, dieron por zanjado el asunto. Después me dijeron que, si quería, podía quedarme en Hong Kong.

Pero yo no quería volver a mirar China desde el ojo de la cerradura de Hong Kong.

Aquella vuelta a Hong Kong sólo ofrecía un consuelo: otra de las bonitas casas de nuestra vida. Era una de esas viejas casas de los años veinte o treinta, construida por un millonario chino para una de sus concubinas, y desde sus ventanas y su terraza los amaneceres y los crepúsculos eran increíbles, con aquel mar llano y salpicado de islas que se perdían en el horizonte, hacia Macao. Era un sitio tranquilo, con grandes habitaciones de techos altísimos y suelos de antiguas baldosas rojas, blancas y negras, y espacios amplísimos. Habíamos montado toda nuestra biblioteca y el altar de los antepasados que había comprado en

China, con una lucecita roja dentro. En fin, era una casa que espero que recuerdes.

FOLCO: Estaba que se venía abajo, pero tenía encanto.

TIZIANO: Con todo, Hong Kong no me convencía, y *Der Spiegel* fue de nuevo muy generoso. Me ofrecieron ir a donde quisiera. Podía ir a Washington, porque la corresponsalía estaba vacante; también podía ir a América Latina...

Eso fue una extraña tentación. Tú, que ahora amas América Latina, puedes comprender que me gustara la idea de dejar China atrás, de volver a empezar de cero. Estuve pensándolo, pero realmente no era para mí. Mi vida era

Asia, había estudiado sus lenguas, su historia, leído novelas y relatos de viajes sobre esas tierras. Y tengo que confesar que de América Latina no conocía ni la geografía. ¿Con qué limita Chile? Sí, con Argentina; ¿y con Bolivia?..., no lo sé. En resumen, no me convencía. América Latina era para mí un agujero negro, era simplemente bonita, nueva, diferente. Y no caí en esa tentación.

¡Y Washington, figúrate! Yo, que soy anárquico por naturaleza, ¿cómo podía hacer de corresponsal en Washington, ir a las ruedas de prensa? Mi vida de periodista ha estado clara. Siempre he querido hacer de reportero, estar sobre

el terreno. Nunca he querido meterme en un carril reservado para convertirme en jefe de redacción. La idea de que los buenos periodistas no paran hasta que se convierten en directores de su periódico está muy generalizada.

Sin duda te he hablado de cuando, en los años que estuve en China, desde donde escribía buenos artículos, me invitó a ir a Bangkok el redactor jefe de la sección de internacional del *Spiegel* y, en la terraza del Oriental Hotel... estaban también mamá y su mujer..., me dijo: «Verás, hemos pensado mucho en ti y hemos decidido que vengas a Hamburgo para ser mi número dos».

Yo dije simplemente: «Perdona,

tengo que ir un momento a la habitación».

«Pero acabemos de hablar...».

«No, voy a la habitación a redactar mi carta de dimisión». Yo nunca habría aceptado un puesto como ése.

Entre las diferentes ofertas que *Der Spiegel* me hizo más tarde, había una propuesta que evidentemente yo también había sopesado: Japón. Japón despertaba mi curiosidad. Ya había descubierto el Asia dramática, Indochina con sus guerras, China con su increíble historia del maoísmo... Japón, en cambio, representaba el aspecto positivo de ese continente, representaba el Asia que había conseguido salir del

subdesarrollo y modernizarse.

Esa Asia moderna despertaba mi curiosidad, como te digo. Quería verla, quería comprender cómo funcionaba.

Fotógrafo

TIZIANO: Hoy quería hablarte de mí y mis cámaras fotográficas.

Como te decía, FOLCO, en mi casa, en Florencia, no había ni radio ni teléfono, no había libros, ¡así que figúrate una cámara de fotos! Creo que ni siquiera en el liceo y en la universidad tuve nunca una.

La primera cámara que recuerdo..., porque también tenía un significado comprarla..., fue una maravillosa Rolleiflex nueva que me costó un dineral. La compré cuando me enteré de que iba a ir a Sudáfrica. Estaba decidido

a escribir sobre el *apartheid*, y también quería documentarlo. Así que compré aquella estupenda cámara de fotos, una caja que te pones sobre la barriga y miras el encuadre desde arriba. Justo lo contrario de lo que necesita un periodista, porque hace ruido, cuesta enfocar y más cosas, pero con ella hice mis primeras fotos verdaderas, fotos que pretendían contar una historia.

Compré aquella cámara porque tenía la sensación de que escribir no era suficiente. Y, además, las fotos eran como una especie de cuaderno de notas, para añadir detalles, para ver cosas en las que en aquel momento no me hubiera fijado. Con aquella cámara viajé en los

años de la Olivetti. Luego, cuando fui a Vietnam, adquirí las cámaras que en aquella época estaban de moda: una Nikon y una Nikkormat con zoom. Pesaban un montón, pero las metía en una bolsa y las llevaba siempre encima.

Es importante puntualizar que yo nunca me he sentido fotógrafo. Es más, aparte de algunos grandes a los que he respetado, como Philip Jones Griffiths, Abbas y pocos más, en Vietnam en particular aprendí a despreciar a los fotógrafos. Eran unos tocapelotas. Nunca me han gustado, porque, cuando te los encontrabas en una historia, ellos siempre tenían exigencias que no eran las tuyas.

Mi juego era ser camaleónico, no llamar la atención, permanecer a un lado mirando. El del fotógrafo, en cambio, es colocarse delante de la gente, ponerse en medio, y el ejemplo más claro actualmente es Dieter Ludwig, que atiza codazos y puntapiés con tal de posicionarse bien. Tú hablas con un campesino, intentas con muchas dificultades que te cuente lo que ha pasado durante un ataque, un bombardeo, y entonces llega el fotógrafo, a quien le importa un carajo lo que el tipo tiene que contar. Él quiere que la cara del campesino esté delante de las ruinas con la luz de tal manera.

Ésa es también una de las razones

por las que, a pesar de que de vez en cuando *Der Spiegel* quería enviarme un fotógrafo de Hamburgo para ciertas grandes historias que escribía, en todos los años que trabajé para la revista nunca colaboré con uno solo. Hacía yo las fotografías que acompañaban mis artículos, y que correspondían con lo que escribía.

En Vietnam tenía también una razón para envidiar a los fotógrafos. Tú imagina cómo cubríamos aquella guerra extraña. Salíamos por la mañana en taxi, íbamos al frente, estábamos fuera seis o siete horas y al ponerse el sol volvíamos al hotel. Aquellos capullos se iban a su habitación, se duchaban y... ¡hala, al bar

a beber y a charlar! Su trabajo había terminado.

El mío, en cambio, empezaba entonces: todavía tenía que escribir el artículo. Todo lo que había visto y oído, si no lo escribía, era como si no lo hubiera vivido. En cambio, los fotógrafos ya habían acabado. Agarraban el carrete, lo mandaban con una «paloma» al aeropuerto, desde allí a Singapur o a Hong Kong y santas pascuas.

FOLCO: ¿Ni siquiera lo revelaban?

TIZIANO: No, no lo revelaban. Así que, como comprenderás, a mí esos tipos no me caían nada bien.

En cierto modo, mi vida cambió el

30 de abril de 1975, porque el día antes, cuando los norteamericanos escapaban desde los tejados de las casas de Saigón con los helicópteros que habían ido a salvarlos, un osado ladrón vietnamita le robó a uno de ellos una Leica M3. Me encontré con ese ladrón en el mercadillo de Saigón unos días más tarde y me compré aquella cámara magnífica, sencillísima, por cien dólares.

Ha sido la cámara de mi vida. Desde entonces siempre he trabajado con ésa. Ha sido la cámara que me ha acompañado a todas partes: a China, a Japón, a Camboya, a Sajalín, en la Unión Soviética...

Lo bueno de la M3, una cámara

inventada por los alemanes, está en que es facilísimo cargarla, lo cual es muy importante. Los fotógrafos ya las utilizaban durante la guerra de Corea, porque la llevas colgada del cuello, le das la vuelta, la abres, metes el carrete, la cierras y... *¡pim-pam!* ya está lista. Es fácil de usar. Una vez que has fijado el tiempo, eliges la abertura, blanco y negro, 400 ASA, y disparas. No hay manera de equivocarse. Además, un detalle casi de tipo erótico es que esta cámara, cuando la pones en 1/125 segundos, por ejemplo, y aprietas el pulsador, hace un *clic-clac* que da gusto oírlo.

FOLCO: ¿Tienes todavía esa Leica?

TIZIANO: Desde luego. La he llevado a limpiar y ajustar, porque es vieja, es una cámara que ahora tiene cincuenta años, pero continúa siendo una de las mejores cámaras y todavía funciona perfectamente.

Pero, repito, para mí la fotografía no era un modo de expresarme. Yo hacía las fotos para acompañar mis artículos. Y también las hacía para mí, porque me daban algo más de lo que había visto. Tú miras una escena y aprecias en ella diez detalles, pero la foto capta cuarenta. Cuando miras la foto que has sacado, te vuelve a la mente todo.

Además, la sugestión es crucial en mi trabajo. Cuando escribí *Giai Phong!*

en esta casa de Orsigna, por ejemplo, en el pueblo estaban de fiestas y había baile en la plaza. En esas circunstancias, ¿cómo iba a redactar un libro sobre la caída de Saigón? ¡Eran dos mundos! Así que lo escribí escuchando todo el tiempo una casete con la canción *Giai Phong, Giai Phong*, que estuve oyendo de la mañana a la noche durante los tres meses que permanecí en Vietnam. Y de la misma manera que la música me retrotraía a la atmósfera de aquellos días, también lo hacían las fotos. Mandé hacer unas copias de las que había sacado en Saigón y las coloqué alrededor de mi mesa de trabajo. Así veía los lugares y a las personas, y eso

me ayudaba a escribir.

Yo siempre he utilizado las fotos así.

FOLCO: Pero en ocasiones viajabas también con un fotógrafo, ¿no?

TIZIANO: Alguna vez accedí a que me acompañara un amigo para complacerlo, pero siempre fue una terrible desilusión y siempre hubo tensiones.

También he viajado con magníficos fotógrafos. Dieter Ludwig es un excelente fotógrafo. Una vez estábamos juntos en Sri Lanka, y en plena tarde oímos una fuerte explosión. Yo llevaba puesto mi *sarong* y estaba escribiendo, o tomando notas, no me acuerdo, cuando oímos la explosión y corrimos a ver qué

había sucedido. Llegamos a la plaza, donde ya había siete u ocho policías. Dieter los fotografió sin cabeza, es decir, fotografió sólo sus piernas, entre las que se ve el torso, sin piernas, del kamikaze de los Tigres tamil que acaba de hacerse saltar por los aires. Era... bueno, una magnífica foto, un magnífico contraste. Dieter es una persona que ve, que sabe ver, y eso es una cualidad de los grandes fotógrafos.

Yo nunca he pretendido tener ese tipo de imaginación. Pero, a fuerza de hacer fotos... Porque la fotografía también es eso: haces cien y al final siempre hay una buena.

¿Has echado un poco de sal...

quiero decir de azúcar en la infusión?

FOLCO: Tu entusiasmo por las fotos llegó al máximo en China. He visto, mirando en tus cajas, que hiciste más fotos allí que en todos los demás países juntos.

TIZIANO: Aquella China nunca había sido fotografiada. Esto es lo que nos impresionó al llegar. Veíamos cosas que sabíamos que no habían sido vistas desde hacía mucho tiempo. Mamá lo describe con una imagen espléndida: era como abrir una tumba egipcia, un sarcófago. Por un instante, ves la momia; luego, el aire fresco la reduce a polvo y sólo queda un polvillo dorado.

Ésa era la sensación que teníamos en

China.

Llegué en 1979, tras un día y una noche de traqueteo en el viejo tren que me llevaba a Pekín. Suponía una experiencia única. Sabía que era uno de los primeros extranjeros que volvía a ver ese mundo, así que me fascinaba hasta el humo que salía, no de una chimenea, sino de las lajas de piedra que cubrían las casas de los campesinos, y lo fotografiaba.

Sentía que era algo que tenía el inmenso privilegio de ver.

Llegabas a un país en el que descubrías que la gente se desplazaba en bicicleta, todo cosas actualmente banales, pero que entonces, para

nosotros, no lo eran. Riadas de bicicletas por las calles; todos vestidos igual; esos viejos palacios y esa Historia antigua que, aunque destruida, surgía de la tierra por todas partes. Cuando viajas y te encuentras en los campos arrasados de Henan, y ves esas enormes estatuas de piedra que brotan de la tierra, estatuas que están allí quizá desde hace un milenio, un milenio y medio, tal vez incluso más, desde los tiempos del emperador Qin Shi Huangdi, sientes deseos de describirlo todo. Pero son cosas indescriptibles.

Así que la fotografía era..., cómo te diría..., una exigencia. Por eso hice tantas fotos en China.

Después, cuando llegué a Japón, no tuve esa sensación de hacer algo histórico. ¿Qué quieres fotografiar en Tokio? Los mejores fotógrafos del mundo habían pasado por allí o estaban establecidos allí. ¿Iba a ponerme a hacerles la competencia? ¿Sabes cuántas fotos de borrachos se han hecho? Yo también hice la mía, la foto del borracho en el metro de Tokiota, pero aquello no era la Historia. ¿Qué historia es un borracho? Sí, una sociedad de trabajadores cansados. Pero eso no me inspiraba.

FOLCO: No habrás sido fotógrafo, pero has hecho montones de fotos.

TIZIANO: Sí, es un capital. Treinta

años de fotografías en blanco y negro de un mundo que ya no existe. ¿Te imaginas, la China que vi yo los primeros años? Vietnam, el Mustang, todo lo que quieras. Y me gustaba la idea de ponerme manos a la obra. Pero es muchísimo trabajo. Te pierdes seleccionando cientos y cientos de fotos, por eso todavía no lo he hecho. Quizá, si tienes ganas, algún día puedas hacerlo tú.

Japón

*Otro día
gris y
lluvioso.
Estamos en
casa y
encendemos
la chimenea.*

TIZIANO: Yo he sido endiabladamente afortunado. He tenido una dosis de suerte mayor que la que tiene un hombre cualquiera. ¡El doble, el triple, el cuádruple! Nada me ha salido mal.

FOLCO: ¿De verdad lo ves así?

TIZIANO: Ya lo creo.

FOLCO: ¿Y la expulsión de China?

TIZIANO: Vale, sí, fue un revés. Pero me lo había ganado a pulso. Hice de las mías y me echaron.

FOLCO: Y luego pasaste unos años durísimos en Japón.

TIZIANO: ¡Así es la vida! ¿Qué esperas? ¿Que sea siempre de color rosa? Es así, no hay alegría sin tristeza.

FOLCO: Pero acabas de decir que para ti no ha sido así, que has sido afortunado.

TIZIANO: Porque he tenido momentos de gran alegría. No mucha gente tiene momentos así. Cuando te digo, como el otro día en el coche: «FOLCO, siento que irradio alegría,

como si fuera un halo», es verdad. ¡Mira cómo estoy! «Se ha vuelto loco», pensarás. Sí, quizá esté loco, pero yo siento esa alegría. Soy afortunado, ¿no? Alguien podría decir: «¡Ha tenido que pasarme esto precisamente a mí! ¿Qué he hecho mal para merecerlo?». A mí, en cambio, casi me parece justo.

FOLCO: Según la ley de los contrarios, deberías haber sufrido también mucho.

TIZIANO: Nunca he sufrido. Sufrir, sufrir de verdad, nunca. Era consciente de que existía el sufrimiento y de que me podía tocar.

FOLCO: ¿Y no te ha tocado?

TIZIANO: Pero ¿cuándo he sufrido,

FOLCO? Siempre he salido adelante.

FOLCO: Es un poco raro. Hablemos entonces de tu período en Japón.

Papá se prepara el té.

TIZIANO: Ante todo, tengo que decirte que para mí Japón fue un gran fracaso, quizá el único fracaso de mi carrera periodística.

Empezó por el idioma.

Evidentemente, yo no hablaba japonés y pedí al *Spiegel* poder asistir a un curso de lengua. Os dejé a vosotros y a mamá en Hong Kong y me fui a Tokio, donde durante tres meses hice uno de esos cursos intensivos en los que

terminas por haber aprendido la lengua, o bien, atontado perdido.

Lo finalicé sin haber aprendido japonés. Debo reconocer que era ya un poco mayor..., los idiomas hay que aprenderlos cuando se es joven..., y tenía la desagradable sensación de que mi mente era como un cubo lleno de agua: cada vez que añadía un poco de japonés... *¡puf!*, por el otro lado me salía un poco de chino, al cual le tenía muchísimo apego. Me parecía que estaba traicionando a China y oponía resistencia. Por eso, en el fondo, nunca he aprendido bien el japonés.

Era como Gaetano Salvemini, el historiador, cuando estudiaba inglés en

Estados Unidos y alguien le preguntó: «¿Qué, maestro, cómo le va con el inglés?».

«Hombre, poco a poco empiezo a entender lo que digo yo», contestó.

Justo eso era lo que me pasaba a mí con el japonés. Pero si vas a un país y no dominas la lengua, estás limitado, es como si cojearas.

Ése fue mi primer fracaso.

En aquellos primeros meses en Tokio, vivía en un *ryokan* encantador, un hotelito tradicional con agua que goteaba día y noche de una caña de bambú en el jardín. Dormía en un *tatami*. Todo era perfecto. Quería hacerme japonés, quería

«japonesizarme».

Pero en realidad, para mí eso era ir a contrapelo.

No tardé en empezar a pensar que había cometido el mayor error de mi vida yendo a vivir allí. Venía de la civilización de la grandeza, porque de China puedes decir lo que quieras, ¡pero era grande! Era grande la Muralla, eran grandes sus dimensiones, era grande su tragedia, eran grandes sus carencias, eran grandes sus asesinos; la cultura era grande, el espíritu de los hombres, todo en China era grande. Y de golpe me encontraba en la cultura de lo pequeño, del detalle. Para mí fue un shock.

En Japón, los detalles son perfectos.

Vas a comer a un restaurante y, ¡madre mía!, te sirven un sencillo bol de arroz, pero en el centro..., como en la bandera japonesa..., hay una cereza roja, preciosa. El *bento*, el recipiente de madera donde colocan el arroz para llevarlo de un sitio a otro, es de pobres; y sin embargo, es refinadísimo, una preciosidad. En China, cuando en nuestros tiempos íbamos a comer a un restaurante, los codos se te pegaban a la mesa porque no la limpiaban o, si lo hacían, usaban unos paños sucios y grasientos. Una pocilga. Y los platos los servían a la mesa de cualquier manera. En Japón, en cambio, todo es refinado, desde los animalitos que los niños

recortan en papel hasta la forma de inclinarse de las mujeres, todo es perfecto, pero todo es también minúsculo.

Si lo piensas, todo el país es pequeño. No hay sitio en esas islas; no hay sitio en sus modestas casas, donde la familia debe tener la lavadora, el lavavajillas, los paraguas y los zapatos en la acera, porque en casa no hay sitio. Pese a ser uno de los pueblos más ricos del mundo, la gente vive en unas condiciones modestísimas. Y esa cultura de lo pequeño, de lo refinado en el detalle, me agobiaba.

Sólo sentía la grandeza en la muerte. En el templo de Yasukuni y en los

museos de espadas sientes la cultura de la muerte, de la muerte hermosa, y en eso reside todo el romanticismo japonés.

Toma un sorbo de té.

Y otra cosa me afectó también en seguida. Mientras que en China habíamos tenido muchísimos amigos, no conseguía entablar amistad con ningún japonés, porque los japoneses con quienes me relacionaba no eran personas, eran el papel que desempeñaban en su sociedad. Allí no eres nunca tú. No eres TIZIANO Terzani, eres «el periodista de tal periódico»; de

ahí la importancia de la tarjeta de visita. Si no tienes, no existes, porque eres lo que está escrito en ella.

Siempre cuento un episodio que dejó desconcertado a un diplomático francés. Llevaba en Tokio cuatro o cinco años, hablaba bien el japonés y había trabado mucha amistad con un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores responsable de las relaciones con Francia. Se trataban por asuntos de trabajo y se veían también en sus casas. Un día, el francés recibe una llamada de su amigo japonés, quien le dice: «Quería despedirme. Me han cambiado de departamento, me ocuparé de otro país, así que ya no nos veremos». Al haber

sido trasladado al departamento de..., qué sé yo..., Oceanía, telefoneó al francés para decirle que ya no necesitaba mantener su relación amistosa con él.

A mí también me ocurrieron cosas parecidas. ¡Son relaciones extrañas, la verdad! Si piensas cómo es tu padre, extrovertido, siempre dispuesto a curiosear en todas partes, a meter las narices en donde sea... ¡Eso en Japón era imposible! Los japoneses no te invitaban nunca a su casa; como mucho, te llevaban a un restaurante perfecto, de esos con agua que gotea continuamente de una caña de bambú.

Sólo hice una amistad, con Otomo.

«O-tomo», que quiere decir «gran amigo». ¿Y por qué? Porque él, un borrachín, al margen de las reglas, mal vestido, con aspecto de existencialista francés, inteligentísimo pero sin un trabajo fijo, era un producto de desecho de la máquina de producir japoneses. De él se podía ser amigo porque había sido eliminado del sistema. Otomo fue el único amigo que tuve en Japón y viajamos juntos a menudo.

FOLCO: Cuando nosotros llegamos a Japón, a mediados de los años ochenta, lo que fascinaba al mundo era que tecnológicamente el país estaba adelantadísimo con respecto a nosotros, ¿no? Ahora ya no nos da miedo, pero

entonces Japón era la gran amenaza económica y no se descartaba en absoluto que en el año 2000 dominara el mundo.

TIZIANO: Estaban muy avanzados, es verdad.

Yo había trabajado unos meses en Japón en 1965, para la Olivetti. Entonces era un país modesto porque era pobre. Salía de la guerra y aún no había sido reconstruido. El Japón que has conocido tú, el de los grandes almacenes y los rascacielos deslumbrantes, todavía no existía. Por la mañana, yo tomaba el autobús con hombres que llevaban *furashukin*, esas piezas de tela de colores que utilizaban

a modo de bolso. ¡Eran preciosos! Metías dentro tus cosas, hacías un nudo con las cuatro puntas y lo llevabas así. Los *furashukin* eran baratos y cada cual tenía uno diferente, personalizado. Cuando volví en 1985 ya no se veían *furashukin*, todos usaban un bolso de Louis Vuitton. Era realmente otro Japón. Se había convertido en un Japón rico y arrogante.

Empecé a escribir mis habituales historias. Escribí una divertida contando que para vivir en Japón había que aprender a hablar con las máquinas. Si ibas por la noche a comprar una cerveza al distribuidor automático que estaba al final de la calle, la máquina te decía

cuánto dinero tenías que introducir, ¡te hablaba! Cuando entrabas en una tienda, había un ojo que te veía y una vocecita electrónica te decía: «Bienvenido, buenos días, perdone, le atiendo en seguida...». Cosas que ahora se encuentran en todas partes, pero que entonces, para mí que venía de China, de la China de después de Mao, eran completamente nuevas. Con los japoneses no hablabas nunca; hablabas con las máquinas.

La modernidad lo destruía todo.

Yo soy de Florencia, y una de las grandes cosas de Florencia es que, pese a no saber hacer nada nuevo que sea bello, al menos la ciudad ha sabido

conservar lo antiguo bello, de tal modo que si un día alguien quiere empezar de nuevo a partir de un criterio de belleza podrá remitirse a ése. En el Japón al que llegamos nosotros, a diario veías *bulldozer* que destruían calles enteras con casitas donde vivían los japoneses del viejo Tokio, los que daban vida a la ciudad, para hacer sitio a rascacielos para oficinas. Expulsaban a las afueras a la gente que vivía allí. ¡Piensa lo que significa crecer en una ciudad donde ya no tienes ningún punto de referencia!

FOLCO: Tú querías buscar una casa tradicional, de madera, para la familia, una de esas con ventanas de papel de arroz y *tatami* en el suelo, ¿no?

TIZIANO: Sí, pero no la encontré. Acabamos yendo a vivir a una casita moderna, decente, que pertenecía a un botánico anciano, amigo del emperador Hirohito. Desde nuestras ventanas veíamos su precioso jardín lleno de plantas y viejas palmeras que él había plantado a lo largo de su vida. Tres años después murió; su mujer, que era joven, vendió el jardín, y un día llegaron los *bulldozer* y las sierras eléctricas y lo cortaron todo para hacer un aparcamiento.

Eso era Japón.

FOLCO: Es verdad que ese tipo de vida era realmente opuesto a tu carácter.

TIZIANO: Allí, la vida era la vida

banal de la materia. Trabajar, consumir, ir y venir de las afueras a la ciudad...

FOLCO: ¿La tuya también?

TIZIANO: Cuando el presente no me interesa, yo tengo un gran refugio: la Historia. ¿Recuerdas que una de las razones por las que tenía interés en ir a China era que quería ver si había posibilidades alternativas de tipo social y económico a las soluciones occidentales? Porque yo estoy convencido de que únicamente la diversidad del mundo crea vitalidad y da mayor libertad a mucha gente, mientras que la uniformización según modelos preestablecidos no hace sino llevar al límite determinadas situaciones

y eliminar muchas alternativas atractivas.

Porque siempre es la misma historia. Siempre son los occidentales quienes van a llamar a la puerta de los otros continentes con la excusa de que tienen elevados principios que ofrecerles: actualmente, la democracia y la libertad; en el siglo XIX, el mercado libre y, antes aún, el cristianismo. En 1853, los norteamericanos van y se presentan ante la costa de Japón con cuatro buques de guerra, las famosas «naves negras» del comodoro Perry, para obligar a los japoneses a abrir sus fronteras a fin de que los norteamericanos puedan venderles sus mercancías. Ésa es una

vieja actitud, y es también la razón por la que los portugueses llegaron a Macao: querían abrir las fronteras de China para venderles sus abalorios y robarles las especias y todo lo que les interesaba a ellos. La historia de la expansión de Occidente es siempre ésa. Los barcos de guerra de Perry van a abrir los mercados de Japón con el pretexto de que el mercado libre es útil para todos y de que todos saldrán ganando con él.

Lo mismo sucedió en China.

FOLCO: Allí intervinieron los ingleses con las guerras del opio.

TIZIANO: Sí. Japón quedó muy afectado por la experiencia de su propia

impotencia frente a los barcos de guerra norteamericanos, pues se consideraba una gran civilización, dotada de una gran tradición: los samuráis con sus espadas, el honor, etcétera. En cambio, los otros amenazaban con disparar dos cañonazos... *¡bummm!*, así que se les ocurrió un razonamiento muy astuto. Al darse cuenta de que con sus fuerzas y sus tradiciones no conseguirían resistir el ataque de Occidente, los japoneses decidieron que el único modo de sobrevivir era occidentalizarse.

Y entonces sucedió algo que actualmente para nosotros resulta casi inconcebible, pero que leyendo los textos de la época es fascinante. En el

lapso de unos pocos años, bajo el mandato del emperador Meiji, el país persiguió, con una tenacidad de la que sólo los japoneses son capaces, el proyecto de convertir Japón en un país occidentalizado. Había que construir vías férreas, para lo cual copiaron las estaciones. ¡Las copiaron! La estación de tren de Tokio es una copia exacta de la de Amsterdam; copiaron los uniformes de los soldados del ejército prusiano. Llamaron al país a cientos de extranjeros, llamados *yatoi*, para que les enseñaran cómo hacer las cosas a la manera occidental. Las personas de buena familia de la época Meiji se vistieron según la moda occidental y

aprendieron a bailar el vals. Copiaron los códigos civiles y penales occidentales; formaron un ejército de tipo occidental; copiaron de los ingleses los modelos de los buques de guerra y los construyeron igual. Y hay que reconocer que lo hicieron con notable éxito, porque ese Japón que se había modernizado en unas pocas décadas, a principios del siglo XX ya desafía a las grandes potencias asiáticas y las derrota en la guerra: primero, a la China imperial de los manchúes; luego, en dos o tres batallas navales, al imperio zarista ruso, que entonces era la gran potencia occidental en Asia.

De este modo, Japón se convierte a

su vez en una gran potencia económica y militar. Curioso, ¿no? Se rearma y lleva a cabo una política cuyo objetivo es dominar Asia con el pretexto de liberarla del yugo del colonialismo blanco, sigue luego su participación en la Segunda Guerra Mundial y así sucesivamente.

Pero, para mí, que tenía curiosidad por ver cómo podían esas culturas antiguas constituir una alternativa cultural y económica a nuestro mundo, Japón era lo contrario de lo que buscaba, porque era el ejemplo más sofisticado y conseguido de una copia exacta del sistema occidental. Copia que fue perfeccionada después de 1945,

cuando el país, derrotado, se lanzó a reconstruir sus fábricas según el modelo del taylorismo norteamericano llevado al paroxismo.

FOLCO: ¿El teorismo?

TIZIANO: El taylorismo. Una especie de estajanovismo: trabajar cada vez más.

Es interesante esa historia de la occidentalización, ¿no? Cuando ves que los viejos japoneses se ponen el kimono o el *yukata* sólo para las ceremonias, mientras que para todo lo demás visten chaqueta y corbata... ¡Piensa lo que era Japón, la diversidad que Japón representaba!

El modelo occidental ya ha sido

aceptado por todos. Ha llegado incluso a China, el sudeste asiático, Singapur, toda Indochina..., sólo Laos sobrevive en cierto modo..., y es el tema al que vuelvo continuamente en *Un adivino me dijo*^[11]: el alegre suicidio de Asia en favor de un modelo de desarrollo de tipo occidental, por el que esos países renuncian al propio.

FOLCO: ¿Por qué lo hacen?

TIZIANO: Muy sencillo: porque consideran que es la única manera de progresar. Les hemos vendido el cristianismo, el colonialismo y todas esas mentiras; y, por último, les hemos vendido la idea de que la modernidad sólo puede ser de nuestro tipo, por lo

que ese modelo, exportado a través de los medios de comunicación de masas como la televisión, se ha impuesto en toda Asia.

El único que intentó oponer resistencia fue aquel asesino de Pol Pot. Piensa en las medidas que era preciso adoptar: cerrar las fronteras y matar a la gente para evitar que se reprodujera un modelo que se pensaba que era el único ganador.

FOLCO: Pero en Japón todavía sobrevive algo de la antigua cultura, ¿no? El emperador, el sintoísmo...

TIZIANO: Los japoneses creían que habían salvado el alma aplicando una capa de barniz occidental sobre su

japonesidad. Por eso decían: «Vosotros nunca nos entenderéis».

FOLCO: Porque en el fondo continuaban siendo japoneses, ¿no?

TIZIANO: Creían que continuaban siendo japoneses.

Otra cuestión importantísima para mí era, ya entonces, la de la paz. Me impresionó *mucho* el holocausto atómico y me leí todo lo que se escribió sobre Hiroshima y Nagasaki. Sentía verdadera curiosidad por ver qué había dejado tras de sí ese increíble acontecimiento: las dos primeras bombas atómicas de la historia lanzadas sobre dos ciudades llenas de civiles, que quedaron carbonizados o con graves

quemaduras. Porque nosotros tendemos a olvidar esta unicidad de los japoneses: son los únicos que, como pueblo, han sufrido el holocausto atómico. Debió de producirse un enorme impacto, ¿no? Recuerdo que fui a ver a muchos de los viejos *hibakusha*, los supervivientes, entre los que había un arquitecto inteligentísimo a quien de pequeño le cayó encima la «lluvia negra». Todos se habían vuelto pacifistas convencidos y muy comprometidos.

Sin embargo, hasta de Hiroshima me esperaba algo que no encontré. La paz se había convertido en un tema tan repetitivo, casi una mercancía, que el artículo que escribí para *Der Spiegel*

empezaba así: «Aquí, hasta las palomas están hasta las pelotas de la paz...».

FOLCO: ¡No me lo puedo creer!

Tomo de la biblioteca un ejemplar de In Asia y leo.

«La palabra “paz” está por todas partes. Incluso en una popular marca de cigarrillos, y hasta las palomas del Parque de la Paz, en el Paseo de la Paz, parecen estar hartas de tanta paz».

Bueno, más o menos...

¿Y estos temas también le interesaban a tu periódico? Porque podían haber dicho: «Vale, TIZIANO, pero ¿qué tal si escribieras un buen

artículo sobre la economía japonesa, que quizá nos afecta más?»).

TIZIANO: Desde luego, ellos hubieran preferido que escribiese de economía, porque en aquellos tiempos Japón era el «gran tigre», la gran amenaza económica para el mundo. Pero sobre eso no escribí nunca una sola línea. Yo escribía sobre la muerte del emperador-dios, las máquinas parlantes y los retretes, incluso sobre la vida nocturna de los hombres-salario. Y *Der Spiegel* siempre me dejó hacerlo, porque al final salía con algo que no era lo que ellos esperaban.

La economía no la entendía. Y además, no me interesaba si los

japoneses vendían más o menos televisores. ¿Qué me importaba eso a mí? A mí me importaba ver cuál era la suerte de los *hombres* que producían esos televisores, y ese aspecto era alucinante.

Una cosa que en seguida me impresionó de Japón era la vida que llevaban los pobres japoneses. La modernidad asiática, que yo quería ver porque tenía curiosidad, porque podía ser interesante, me horrorizó. Era un modo de vivir espantoso. Horarios de trabajo inconcebibles en las fábricas y en las empresas. No es casual que los japoneses llamen a sus empleados *sarari-man*, hombres que trabajan por el

salario. En los bancos salen de trabajar a las ocho de la tarde, y desde luego no se van a casa; van con los compañeros del banco a beber en bares hasta medianoche y a hablar... ¡del banco! Ni un instante de libertad nunca. ¡Y el ritmo de vida es devastador! Esos *shinkansen*, esos trenes de alta velocidad que en una hora de viaje llevan a la gente desde localidades lejanas hasta el centro de la ciudad...

Vi todo aquello como la maldición que aguardaba al mundo. Trabajando hasta la extenuación después de la derrota en la Segunda Guerra Mundial, los japoneses habían vuelto a ser una gran potencia, porque con pocas ideas y

pocos inventos lograban producir, en tiempos reducidos y a costes bajos, los productos de consumo masivo que han constituido su riqueza: los walkman, las videograbadoras, las radios de transistores... todas esas cosas nacen en Japón e invaden el mundo.

Pero las sociedades, las civilizaciones se valoran también por el hombre que producen.

Siempre, en todas partes, me ha interesado el lado humano. Nunca se llega a repetir lo bastante: todos esos experimentos, esas sociedades modernas, no se pueden valorar sólo sobre la base de la eficiencia de su estructura económica, sino, sobre todo,

por el tipo de hombre que producen y por el tipo de vida que le hacen llevar. Por eso llegué a decir aquellas cosas un poco ridículas sobre las elecciones. Es inútil que me pregunten: «¿Tú votas por el partido del Bistec, por el partido del Dragón o por el de la Libertad?». ¿Y a mí qué más me da? Si voto por ti, ¿qué tengo que hacer cuando me levanto por la mañana? ¿Tengo que inclinarme delante de una estatua? ¿Puedo elegir entre dos dentífricos o entre cuarenta? ¿Tengo que trabajar ocho horas al día o diez? ¿Qué margen de libertad individual tengo? Ésas son las cosas que cuentan.

¡La vida, la vida es lo que cuenta!

Salgo un momento y vuelvo con una brazada de leña.

Todo eso formaba parte de lo que me interesaba y me mostraba que la sociedad japonesa, que imitaba a Occidente, ya había ido más lejos que Occidente en la producción de un sistema económico que, a mi entender, deshumanizaba al hombre, y sentía temor por las consecuencias que podría tener para Europa.

Debo decir que en aquella época no podía ni imaginar que ese tipo de vida llegaría también aquí, y en cambio ha llegado muy, muy deprisa. Ha llegado

gracias al proceso de globalización, que impide la supervivencia de oasis económicos. Si empiezas a tener un mercado común, un mercado libre, debes competir con los que producen a costes más bajos y en tiempos más breves que tú. Y los japoneses en eso han sido extraordinarios.

A mí entonces me parecía imposible que Europa se volviera como Japón, que también aquí el hombre quedase reducido a una simple peonza. Lo que me asombra hoy, quince años después, es que todo lo que había criticado de Japón ahora me lo encuentro aquí, en mi casa.

FOLCO: ¿Como qué?

TIZIANO: Pequeñas tiendas que cierran para dejar paso a los supermercados; fábricas que desaparecen porque cambia la economía; gente que se ve sometida a ritmos de trabajo espantosos, que vive en cubículos cada vez más pequeños, cada vez más sola, cada vez más alienada. Hoy en día aquí, en Italia, es así.

FOLCO: Entonces, ¿lo que te preocupaba no era sólo Japón sino adónde se dirigía el mundo entero?

TIZIANO: Sí. Pero también era una tragedia japonesa. Era triste ver una civilización tan particular suicidándose, ver cómo ciento veinte millones de

personas se quedaban sin resuello por competir económicamente con Occidente. Los pobres japoneses me daban pena, los veía tan degradados, tan deshumanizados, tan solos, tan poco personas... ¡Roles! De todas las sociedades que antes o después he acabado criticando, ésa era la más dura. Empujaba al hombre hacia comportamientos estándar desde el momento en que se levantaba hasta que, vomitando, apoyaba de nuevo la cabeza en la almohada.

*Echo un
tronco en la
chimenea.*

Papá lo

*observa
mientras
prende.*

Para mí, Japón fue durísimo. Y fue allí donde, en el fondo, empezó toda la historia de mi depresión, que ha sido el acicate de lo que me ha ocurrido después.

FOLCO: O sea, en Japón entraste en crisis porque...

TIZIANO: ... porque veía que no hay alternativa.

FOLCO: Recuerdo muy bien que en Tokio entraste en crisis. Realmente te convertiste en otro, debió de ser el período más oscuro de tu vida. Nunca estabas contento. Siempre que nos

sentábamos a la mesa, la carne estaba dura y el vino, agrio. Y te pasabas el día encerrado en tu despacho.

TIZIANO: Tienes razón, estaba siempre en el despacho leyendo los periódicos y recortando artículos.

FOLCO: Lo contrario...

TIZIANO: Sí, lo contrario de lo que siempre me has visto hacer. Pero en Japón era así. Pasaba gran parte del tiempo en mi estudio, desde donde ya no veía las plantas del profesor sino el aparcamiento.

Y entonces caí en la depresión.

En todos los sitios donde he vivido, siempre he «jugado». He jugado con las cosas con las que jugaba la gente del

lugar. Piensa en China: ¡todos aquellos *xiao wan*, aquellos pequeños pasatiempos! Las piedras de jade, los grillos... Todo era un juego. Pasaba horas con esas cosas. Pues bien, ¿sabes a qué jugaba en Japón, FOLCO? Jugaba en la Bolsa. Era el único juego al que se podía jugar y ha sido el único país donde, cuando llegaban los periódicos, en vez de leer en la primera página lo que había sucedido en el mundo, iba a las páginas económicas para ver si las acciones de Fujitsu habían subido o bajado.

No era propio de mí, y acabé con una depresión. Resulta difícil explicarlo. Sentía que me había vuelto

como un japonés..., ¡tienes que entender esto!..., en el sentido de que había dejado de ser yo. Era un TIZIANO Terzani periodista, brillante en las conversaciones, que no hacía sino interpretar su papel. Me invitaba el embajador francés con motivo del 14 de Julio, su fiesta nacional. Alguien me reconocía y decía: «¡Oh, interesante!». Cinco minutos después era invitado a cenar. Durante la cena, ¿qué hago? Sólo tenía una cosa que hacer: el papel de TIZIANO Terzani. «Cuando estaba en Vietnam... Hacia dónde va China...».

FOLCO, me levantaba y me iba con mamá a casa desesperado, desesperado.

Río.

No sé si puedes entenderlo..., es difícil de entender.

FOLCO: Sí, entiendo perfectamente que para ti era así. Pero debo decir que nunca he entendido por qué interpretabas ese papel. ¿Por qué no decidías hacer un papel distinto? ¿Por qué no intentabas ir a una cena y quedarte en silencio, escuchando lo que tenían que decir los demás?

TIZIANO: Porque yo soy así, soy un poco débil. Además, para estar escuchando las tonterías de los demás, prefiero contar las mías, ¡son más divertidas!

Se ríe.

El aburrimiento que me producía la charla de los demás era más fuerte...

Escupe.

... que la repugnancia que me causaba la mía. No resulta fácil decir exactamente cuándo me di cuenta. Lo comprendí poco a poco, poco a poco. Iba al Foreign Correspondents Club, el club de los periodistas, en el último piso de uno de los edificios más bonitos de la ciudad, con vistas al parque imperial y sobre toda la ciudad de rascacielos; allí

estaban todos los corresponsales, los enviados, todas las agencias de prensa japonesas, los relaciones públicas de las empresas que aleccionaban acerca de los últimos artilugios electrónicos a los periodistas económicos, quienes escribían montones de cosas. Estaban siempre allí, charlando en la barra y bebiendo cerveza toda la tarde. Y yo hacía de TIZIANO Terzani. Llegaba un nuevo periodista a la ciudad: «¡Ah, tienes que conocer a TIZIANO Terzani!».

Y yo: «Bla-bla-bla...». Al final tenía un repertorio que incluía en el disco y... *ipaf!* empezaba. Todavía no me había hecho la gran pregunta filosófica: «¿Quién soy yo?». Necesitas

tiempo para comprender quién eres, no es tan sencillo. Pero allí esa identidad era para mí como un peso muerto. Con Japón empieza mi gran crisis, porque hay una distancia entre lo que quiero, lo que soy y lo que me toca ser.

Pone la mano sobre un montón de fotos.

En estas fotos se ve cuánto sufrí en Japón. Japón es mi depresión. Empiezo a caer enfermo. Hay algo que realmente me hace daño.

Me levantaba por la mañana con todo el peso del mundo sobre los hombros. Mamá, cariñosísima, me

llevaba a través de aquellas callecitas de Tokio... ¿Sabes?, Japón está lleno de cafeterías. Entrás, todo está cuidadísimo, limpiísimo, y puedes elegir entre cuarenta tipos de café, entre tostadas así de grandes, embebidas de mantequilla, y las mermeladas más increíbles, y pasas un rato antes de ir a tu oficina de mierda, con un fondo de hilo musical. Mamá me llevaba cada día a una cafetería distinta, hasta que encontramos una que se llamaba El Nido de la Anguila, donde teníamos nuestro sitio junto a la ventana. Y, allí, dos horas más de charla.

Pero no conseguía estar bien. Hasta el punto de que, tú no te acordarás,

vinimos a Europa y yo, con la excusa de llevarte a ver la Escuela Normal de Pisa, donde había estudiado, visité a un prestigioso psiquiatra italiano para pedirle que me diera algo contra la depresión. ¡Dios, aquella mañana, el mundo, las lágrimas! Él fue muy amable, me tuvo en su centro un día entero, hizo que me vieran todos sus colaboradores, le conté todas mis historias: que no soportaba el teléfono, tal cosa y tal otra, y al final dijo: «Si usted está deprimido, está deprimido todo el mundo. Hay millones como usted. Pero comprendo que de vez en cuando se hunda. Si le ocurre, tómese esto». Y me dio una caja de Prozac.

Me guardé el Prozac en el bolsillo, se convirtió en el amuleto del viaje del *Adivino*, y acabé dándole toda la caja a *Baoli*, nuestro perro viejo y postrado, que murió atiborrado de Prozac y feliz.

En Japón fue donde hice el primer intento de acabar con mi depresión apartándome del mundo y yéndome a vivir solo, con *Baoli*, a una casa minúscula en el bosque de Daigo, al pie del monte Fuji. Yo, que había sido tan sociable, viví por primera vez como un eremita. Llevaba un ordenador y mucho material de trabajo, porque había hecho montones de entrevistas, leído libros, recortado artículos, tomado notas, y para concluir esa experiencia, seguía

soñando con escribir el libro que nunca he llegado a escribir sobre Japón.

Me quedé tres meses. Muchas anécdotas curiosas, muchas historias interesantes, pero el hueso era enorme, el problema era demasiado grande, no lograba describirlo. Sentía que era un modelo espantoso, pero no conseguía describir la angustia que me había invadido, que no era sino la angustia ante la sociedad moderna que deshumaniza al hombre. Ése era mi tema.

Allí, en Daigo, concluí que nunca comprendería a Japón, pero que quizá como última tentativa podría tratar de mirarlo desde arriba. ¿Sabes?, siempre

ves mejor las cosas si las miras desde arriba que si estás dentro. Así que organicé con Otomo aquella maravillosa peregrinación al monte Fuji. Lo hice exactamente como lo haría un peregrino: me preparé, me afeité la cabeza y emprendimos la escalada. Partimos junto a decenas de miles de peregrinos, para llegar a la cima, al punto más sagrado y más hermoso, y encontrar allí... ¡máquinas parlantes!

«Introduzca otra moneda. Ésas no bastan para una Coca-Cola...».

Por eso el monte Fuji también me decepcionó. Regresé con mi banderín sellado en todas las estaciones y escribí el último artículo, la historia de aquella

escalada para intentar comprender Japón.

Pero me fui con una sensación de fracaso. Era como un fardo. Aunque quizá no había nada que entender. Y además ya no me interesaba. Había algo de Japón que se me había escapado.

FOLCO: ¿Y todavía se te escapa?

Silencio, como si no me hubiera oído.

TIZIANO: ¿Japón? Ni siquiera sé dónde está.

Silencio.

De vez en cuando siento nostalgia

del sushi, de aquellas frías noches de invierno, cuando entrábamos en uno de aquellos encantadores restaurantes de pescado crudo, con aquel olor, y estábamos todos en la barra comiendo...

La Casa de la Tortuga

TIZIANO: En mi opinión, todo, incluso mi enfermedad de ahora, nace en Japón. Nace de la profunda tristeza de vivir en una sociedad que no es libre. Fíjate, tú decías que la sociedad china era opresiva, pero a mí me parecía que en Japón había la misma falta de libertad y, por añadidura, en un contexto que era el de *mi* civilización. Porque Japón se inspiraba en el modelo occidental y, como te decía el otro día, sin que detrás hubiera esa grandeza que

tan grandes satisfacciones me dispensaba en China.

Yo en Japón estaba mal, estaba realmente enfermo, así que cuando por fin hubieron transcurrido los cinco años y *Der Spiegel* me preguntó a dónde me gustaría ir, pedí sin vacilar un momento que crearan para mí un puesto en un país que quizá políticamente contaba poco, pero que me permitía recuperar mi cálida Asia. Tenía una nostalgia terrible del sol y del olor de verduras podridas por la mañana junto a las aceras, el olor de los trópicos.

Y *Der Spiegel*, con su generosidad habitual, aceptó que abriera una oficina donde nunca la había habido, en

Bangkok. Desde Tailandia podría seguir toda Asia, los acontecimientos de Camboya, donde las Naciones Unidas estaban organizando las elecciones y el ambiente empezaba a caldearse, la guerra de los Tigres tamil en Sri Lanka, Birmania y muchas historias más.

FOLCO: Hablas con frecuencia del olor de los trópicos. Para ti debe de ser el olor de una vida...

TIZIANO: ... distinta. Es el olor que percibes en Hong Kong, en las zonas de Monkol y Wanchai, con los obreros encaramados en los taburetes comiendo sopa; el olor que percibes en Saigón si comes un *feu* en la calle. Es el olor de un mundo donde no me perdí, sino donde

me sentí a mis anchas.

Todo eso se ha acabado, se ha acabado...

*Por un
instante se
pierde
en sus
pensamientos.
Luego
continúa.*

Y allí, en Bangkok, la suerte salió a nuestro encuentro cuando mamá consiguió encontrar la casa más bonita en la que hemos vivido, Turtle House, la Casa de la Tortuga. Era una vieja casa thai, toda de madera, con un estanque en

medio de un jardín de árboles tropicales.

¡Madre mía, qué maravilla!

Y ahora voy a contarte una cosa divertida. Nada más llegar a esa casa, tuve un sueño extrañísimo. Soñé que venía de Japón con una enorme y pesada maleta. Al llegar a nuestro nuevo jardín, abro la maleta y descubro que dentro hay un cadáver: ¡el mío! El cadáver de TIZIANO Terzani, que yo iba a enterrar bajo una planta en Tailandia.

El sueño me gustaba, pero no lo entendía. Mamá, como de costumbre, me lo interpretó: había acabado con mi «yo» de Japón y estaba preparado para empezar una nueva vida.

FOLCO: Justo lo que hiciste.

TIZIANO: En Tailandia doy el primer paso hacia... ¡fuera! Entierro la maleta con mi cadáver y renazco. Tardo un poco, pero renazco. La enfermedad también es siempre una medicina, ¿sabes?

FOLCO: Quizá sin tu fracaso japonés no te habrías decidido nunca a dar ese salto. Pero volvamos a la Casa de la Tortuga.

TIZIANO: Era una casa con una historia peculiar. Había sido del biógrafo de Jim Thompson, el que había montado una industria en torno a la seda thai y de quien se sabía que fue espía de la OSS, predecesora de la CIA, y que un

día desapareció misteriosamente en la jungla de Malaysia. En resumen, un personaje muy peculiar, uno de esos *asiates* que siempre me han fascinado. Su biógrafo y gran amigo, William Warren, vivía desde hacía años en esa vieja casa que se estaban comiendo las termitas y que nos ofreció a nosotros porque no podía seguir manteniéndola.

Era un oasis. Cambiamos todas las enormes vigas infestadas por las termitas, reparamos las partes de la casa que estaban deterioradas y construimos en las ramas de un mango una habitación para los invitados a la que se subía con una escala. En el fondo del jardín, me hice un despacho minúsculo donde

trabajaba y en cuyo interior crecía una palmera que no quise talar.

Toda la casa estaba sobre un estanque, porque en el pasado una gran red de canales que comunicaban con el río Chao Phya y con el mar atravesaban esa zona de Bangkok. Llegó el progreso, los canales se cubrieron con cemento, se convierten en calles y ya no desembocaban en el gran río. Sin embargo, nuestro estanque continuaba teniendo en cierto modo vida propia. Le llegaba agua de alguna parte, y una tortuga enorme, centenaria, de casi un metro de largo y carnívora, había quedado prisionera en ese estanque que antes formaba parte del sistema de los

canales. Al principio ni siquiera advertimos su presencia, hasta que yo, que adoro a los animales, empecé a comprar patitos, que estaban tan felices de chapotear en nuestro lago.

«¿Cómo es que ayer había siete y hoy sólo hay seis?», nos preguntamos una mañana.

Unos días más tarde había cinco. Buscamos por todas partes, pero los patos desaparecían. No entendíamos qué sucedía, hasta que una mañana, mientras mamá y yo estábamos comiendo en la *salà*, un pequeño pabellón de madera construido sobre el agua, oímos a un patito, «*Cua-cua-cua*», y a continuación vimos abrirse la boca de un monstruo

que desde debajo del agua... *¡ñam!* se lo zampó. Sólo salieron a la superficie unas burbujas.

FOLCO: ¡Era malísima, aquella tortuga!

TIZIANO: Así empezó nuestra maravillosa relación con la tortuga. A partir de aquel día, de vez en cuando hacíamos oscilar una pechuga de pollo cruda desde la *salà* donde comíamos y ella asomaba a la superficie, con aquella cara bastante impresionante que tenía, para comer con nosotros. De ese modo evitamos la muerte de más patitos.

En Bangkok había, y todavía hay, claro, un mercado de animales estupendo, el de Chatuchak, con bichos

rarísimos y pájaros procedentes de las junglas del norte, y yo pasaba los domingos por la mañana allí. Normalmente, mamá se quedaba en casa, y cuando yo volvía, le decía: «¡Ven, Ángela, tenemos compañía!».

Abríamos las cajas de cartón que llevaba en el coche y sacábamos a los animales. Era una maravilla. Compré también muchos pájaros y me hice una pajarera. Para los más pequeños encontré bonitas jaulas de madera taraceada. Teníamos un ruiseñor que cada mañana rompía a cantar de un modo espléndido, loritos que armaban un escándalo increíble y también preciosos *babets*.

FOLCO: ¿Qué pájaros son éstos?

TIZIANO: No sé cómo los llamamos nosotros, son esos verdes que cantan de una forma muy rara... También había *magpie*.

FOLCO: ¿Urracas?

TIZIANO: No, los *magpie* tienen el pico amarillo y una larga cola azul. Teníamos también una..., ¿cómo se llamaba? ¡Una *upupa*! Un pájaro curioso, con el pico largo, que se acerca a las casas y saca los gusanos de la tierra. Como tenía una cresta de colores que le hacía parecer *punk*, lo llamábamos...

FOLCO: ¡Señora *Punketti*!

TIZIANO: A muchos pájaros, nada

más llegar les poníamos nombre. Pero con ellos también hubo tragedias. Una mañana encontramos en una jaula a todos los pájaros destrozados. ¡Las ratas! Había en el jardín ratas enormes, que dieron con la manera de entrar en las jaulas y comerse los pajaritos. Total, que hubo una escabechina.

Yo ya era en parte vegetariano. No es que respetase tanto como los budistas la vida de los demás seres, pero el sistema para librarnos de las ratas que me sugirió Kamsing, el jardinero, me preocupaba un poco. Se trataba de capturar una y quemarla a fuego lento, de manera que sus chillidos aterrorizasen a todas las ratas del

vecindario, que, en consecuencia, no volverían a zamparse nuestros pájaros. Yo no quería hacer esa ceremonia, ese sacrificio, pero teníamos que defendernos y autoricé a Kamsing a que achicharrara una en mi ausencia.

Ríe.

Debo decir que aquello fue un acierto. Durante mucho tiempo, las ratas no volvieron.

En el jardín había de todo. Además de la tortuga gigante que vivía en el lago, entre la hierba abundaban las pequeñas tortugas de tierra que se desplazaban muy lentamente, pero

llegaban a todas partes. A *Baoli*, el querido perro de la familia, no debían hacerle mucha gracia, porque se colocaba delante de ellas y empezaba a gruñir. Un día llegó otro perro, uno abandonado al que le pusimos el nombre de *Chokdi*, que significa «amuleto». Tuvo suerte, porque lo encontré, tiñoso perdido, debajo de mi coche cuando iba a marcharme del mercado de Chatuchak. Había muchasocas que debían ser repuestas en cuanto se nos olvidaba darle la pechuga de pollo a la tortuga, había patos en la casita thai, numerosas estatuas de madera o de piedra que dispuse entre las plantas, y al fondo del jardín estaba Ganesh, el dios elefante,

que había hecho copiar en Angkor para llevarlo allí.

FOLCO: Mi pájaro preferido era aquel que sabía imitar los sonidos todavía mejor aún que un papagayo y que durante un monzón cayó al lago en su jaula y se ahogó.

TIZIANO: ¡Ah, sí, sí, era precioso! El *myna*, un pájaro de esos que hablan. Me gustaba la idea. La casa era grande, estaba dividida en varias alas, una de las cuales la ocupaba el servicio. Teníamos una cocinera excelente, que preparaba unas comidas thai exquisitas, una chica para la limpieza, un conductor al que recurría cuando tenía que ir por trabajo a sitios alejados, y a Kamsing.

Comían todos juntos en un sitio encantador, también sobre el lago, y uno de ellos me dijo que para enseñar a hablar al *myna* había que levantarse al amanecer, cubrir la jaula con una toalla y meterse con él debajo para repetirle palabras en aquella oscuridad. Así que pasamos días y días bajo la toalla, tratando de enseñarle algunas palabras en italiano...

FOLCO: ¡No, papá, yo creo que la cosa no fue exactamente así! Al amanecer, ninguno de nosotros tenía ganas de enseñarle nada a aquel pobre pájaro. Y un día, mientras estábamos sentados a la mesa, oímos «*riiing-riiing-riiing...*», y me levanté para

descolgar el teléfono, pero no llamaba nadie. Había sido el *myna*, que, a falta de algo mejor que imitar, había aprendido a reproducir con absoluta fidelidad el timbre del teléfono.

Y estaba también aquel otro pájaro, papá...

TIZIANO: ¿Te refieres a las tórtolas, que hacían «*u-uuu, u-uuu*»?

FOLCO: No. A aquel terriblemente insistente que hacía...

TIZIANO: ¡El *gavao*! «¡*Gavao-gavao-gavaoooo!*».

FOLCO: ¡Ah, qué maravilloso grito tropical!

TIZIANO: Pero no nos dejaba dormir. Todas las mañanas, a las cinco, cuando

se despertaba Kamsing, se despertaba también él y atacaba con su grito. Empezamos por encerrarlo de noche en el cuarto de baño de mi despacho, pero se le oía igual. Al final, decidimos soltarlo para que dejara de dar la lata. Pero se instaló en la copa del árbol del pan y continuó con sus gritos. Hasta que un día, por fin, se largó.

Aquella casa era realmente fascinante. Por la noche, en nuestra calle daban las horas y dentro de casa había aquellas grandes espirales de incienso que ardían permanentemente...

¡Ah, nuestra Casa de la Tortuga!

Recordemos que todas las casas bonitas donde hemos vivido eran el

último grito de una Asia que estaba desapareciendo. De todas nos echó la modernidad fagocitante que llegaba y destruía. Casi todas fueron derruidas después de que nosotros las dejáramos, y en Bangkok también empezamos a estar rodeados por los rascacielos que crecían sin cesar alrededor. Mantuvimos el atractivo de la casa mientras vivimos allí, pero luego la Casa de la Tortuga desapareció.

El mundo de la tortuga también cambió.

FOLCO: A lo mejor alguien sigue dándole algo de comer.

TIZIANO: Qué va, la habrán matado.

FOLCO: ¿Matado? ¿Por qué?

TIZIANO: Porque el lago ya no está.

FOLCO: ¡Ah!, ¿el lago ya no está?

TIZIANO: No creo.

Esto de las casas me gusta. Porque esas viejas casas con su olor de historia eran el marco de toda una vida. Absorbíamos muchas cosas del ambiente en el que vivíamos. Los perfumes también. Nuestras casas siempre estaban perfumadas con incienso, pero no por una cuestión religiosa. No, era un hecho estrictamente estético, me gustaba.

FOLCO: ¡Cuántas casas bonitas! Y al final has decidido retirarte aquí, en Orsigna.

TIZIANO: Aquí estoy bien. Porque

todas las demás casas eran el sueño de un hombre que había nacido pobre y quería edificar su gloria. En ellas estaba toda nuestra vida, estaban las estatuas, los cuadros, las alfombras, los budas, la cama china y toda mi biblioteca. Pero, en realidad, FOLCO, tú también te darás cuenta cuando seas mayor, uno crece aumentando sus cosas, ¿no? Compras muebles, una gran mesa de comedor para invitar a los amigos; te haces una casa de cuatro habitaciones; no, quiero ocho, porque falta una para la niña, y otra para los invitados... Siempre ese crecimiento. Y al final te das cuenta de que entre las grandes casas con las que te realizas y el ataúd con el que me

llevaréis a incinerar..., por favor, que sea sencillo, ¿eh?, porque esa gente intentará imponeros uno de palisandro, reluciente, con clavos dorados..., bueno, como te decía, te das cuenta de que entre esas casas y ese ataúd sólo hay un sueño: la casita en el árbol con la que habías soñado de pequeño. Ya sabes, trepar entre las ramas y todo eso.

Pues bien, yo me he construido esa casita aquí. Es la *gompa* donde vivo, una caja de madera que he decorado con colores y objetos tibetanos y que me encanta. Aquí me siento en mi dimensión. ¿Cuánto mide? ¿Tres metros por dos? Está todo, todo lo que todavía me hace sentir... Todo aquello con lo

que me encuentro a gusto.

¡De cuántas cosas hermosas he sido custodio a lo largo de mi vida! Pero, al final, como dice mamá, «todavía no han inventado un ataúd con portaequipajes».

Se ríe.

Intermedio

TIZIANO: ¡Escúchame!

ÁNGELA: Sí.

TIZIANO: La sémola, que no quede demasiado espesa y que esté bien cocida. Y al final le echas una yema de huevo. Nada más.

ÁNGELA: ¿El parmesano te lo pones tú?

TIZIANO: Sin parmesano. ¿Quién ha hablado de parmesano?

Se ríe.

FOLCO: A ver, mamá, procura que

no esté ni demasiado caliente ni demasiado fría, que no haya demasiada cantidad ni muy poca, y no se la sirvas en el plato azul, ni tampoco en el amarillo. En cuanto a la cuchara, trae dos, porque hoy podría apetecerle la pequeña, pero también la grande.

Se ríe.

TIZIANO: Ángela, escúchame. No hagas caso de las tonterías que dice éste. Hazme una buena sémola. Ni demasiado espesa...

FOLCO: Ni demasiado espesa ni demasiado líquida. ¡Estamos en el filo de la navaja!

ÁNGELA: Con dos huevos.

FOLCO: No, dos huevos, no; uno.

TIZIANO: ¡¡¡Dos!!!

FOLCO: Ni uno ni dos.

Se ríe.

ÁNGELA:

FOLCO, me estás liando.

Mamá sale.

TIZIANO: Estoy contento porque ya no tengo ese nudo en el estómago.

FOLCO: Te ha sentado bien el café.

TIZIANO: Sí, me ha sentado de maravilla.

FOLCO: Y has retenido la comida. Yo creo que eso es esencial. No rendirse en seguida a ese nudo.

TIZIANO: Claro, un poco de energía...

FOLCO: Porque si se empieza a hacer «uh-eee, uh-eee, uh-eee» y se echa todo fuera, eso destroza el estómago de cualquiera.

TIZIANO: He escupido un coágulo de sangre y me encuentro mejor, mucho mejor.

Mamá vuelve al poco rato con una bandeja.

TIZIANO: ¿Qué pasa?

ÁNGELA: Dos huevos.

FOLCO: ¡Ni uno ni dos!

TIZIANO: Queso y un poquito de mantequilla. ¡Mantequilla! ¡Qué buena! Así es perfecto. ¡Más, más!

ÁNGELA: ¿Más aún?

FOLCO: ¿Qué hace el gatito, mamá?

ÁNGELA: No para de maullar.

FOLCO: Voy a darle un buen manguerazo, está sucísimo.

ÁNGELA: No, no le gusta.

FOLCO: Peor para él. Da asco de tan sucio como está.

ÁNGELA: ¡Que no! ¡Que no le gusta!

TIZIANO: Y luego lo metemos en el horno para que se seque.

Se ríe.

ÁNGELA: Habrá que restregarlo contra la hierba.

Papá come ruidosamente la sémola.

TIZIANO: Muy buena.

ÁNGELA: Está en su punto. He aprendido a hacerla. ¡Para que luego digan que no sé cocinar!

TIZIANO: Y da gusto poder tragar sin ese nudo.

ÁNGELA: Pero, TIZIANO, ¿tú crees que ese nudo es real o nervioso?

TIZIANO: Real.

Adivinos

TIZIANO: En 1994, después de vivir cuatro años en Bangkok, vendimos la Casa de la Tortuga y yo pasé unos meses maravillosos, solo, escribiendo *Un adivino me dijo*. Me había instalado en una playa de arena blanca, larguísima, debía de tener cuatro o cinco kilómetros. El agua era cálida. No veía a nadie, no había nadie aparte de algunas manadas de perros callejeros. Mamá, que como en otras ocasiones me dejaba estar solo, se había ido a casa de una amiga en Bangkok y venía a verme de vez en cuando en autobús. Yo encontré un

bungalow muy sencillo donde me preparaba arroz y verduras para comer. Una vez a la semana, iba a hacer la compra al pequeño mercado de pescado de Ban Phe.

Y escribía, escribía de la mañana a la noche porque estaba preñado del *Adivino*, el libro que me apartó del periodismo. Cosas como la medida de las 120 líneas y el tener que empezar el artículo de determinada manera se me habían hecho insoportables. Con ese libro rompía con todo. Aquella vida había acabado para mí. Fue agradabilísima, pero había acabado.

FOLCO: La llamabas tu jaula dorada y encontraste la manera de salir de ella

al final de la época que pasaste en Tailandia.

TIZIANO: Prácticamente sí, viajando por Asia en medios de transporte distintos del avión, meditando, viviendo en mi bungalow junto al mar, en soledad, empezando a mirarme el ombligo. Y al final yendo a la India. Pero de eso hablaremos otro día.

FOLCO: Una vez fui a verte a la playa de Ban Phe.

TIZIANO: Lo recuerdo perfectamente.

FOLCO: Estabas como en otro espacio mental.

TIZIANO: Sí, ya me había ido.

FOLCO: Al cabo de dos o tres días,

discutimos no sé de qué, como de costumbre, pero tú, en vez de enfadarte, diste media vuelta y te sentaste en un rincón a meditar. Me quedé atónito, nunca te había visto reaccionar así. Tenías aquel manuscrito casi acabado y me lo diste para que lo leyera. No sabías si habías tomado un camino totalmente equivocado. Yo decía: «No, me parece que el mundo está cambiando, que ahora es posible escribir también de adivinos».

TIZIANO: A veces hay que arriesgarse. Es un libro que escribí con gran excitación, y que antes de entregárselo al editor hice que lo leyeran mamá y unos amigos en quienes

confiaba porque no quería que me tomaran por loco. Después de todo, todavía era TIZIANO Terzani, tenía que escribir para los periódicos sobre el comunismo, sobre las guerras, en fin, sobre todas esas cosas, y me preocupaba que la gente dijera: «¡Uf, ha perdido la chaveta!».

Pero no, había acertado mirando los países, las culturas, no a través de los hechos, sino *detrás* de los hechos. Me refiero, por ejemplo, al hecho de que Deng Xiaoping no dice a nadie a qué hora nació. Uno se imagina la China comunista, ¿no? Y resulta que ese tipo teme que alguien, sabiendo a qué hora nació, pueda hacer cálculos astrológicos

y ejercer poder sobre él. ¡Nada menos que el secretario general del Partido Comunista Chino!

Terminé el *Adivino*. Recuerdo muy bien que tenía el original y dos copias. Una noche, debían de ser alrededor de las doce..., había una luna espléndida que se reflejaba en aquel mar liso y llano..., me desnudé, agarré la copia..., la segunda copia, no era tan idiota..., y la esparcí por el mar. A la mañana siguiente encontré todas aquellas hojas a lo largo de la playa. El libro ya no era mío, era de mis lectores.

FOLCO: Ese libro marcó un giro en tu vida. A partir de aquella experiencia, fue como si te situaras en otro plano.

Porque los periódicos, como los rayos X, sólo ven las cosas de cierta densidad, mientras que tú habías empezado a interesarte por otro tipo de historias. Pero lo que más me asombra es que tu periódico permitiera a su corresponsal en Asia hacerlo, ¡y, por si fuera poco, no viajar en avión durante un año entero!

TIZIANO: En Tailandia seguí ejerciendo de periodista, siguiendo las historias. Fui a Camboya, a Filipinas tras la explosión del volcán Pinatubo, a la India con motivo del asesinato de Rajiv Gandhi, a escribir un artículo sobre Bangladesh. Pero recuerdo que me desesperaba, que ya no tenía ganas de todo ese ir de acá para allá.

Así que a finales de 1992 tomé esa maravillosa decisión. Vino a visitarnos a la Casa de la Tortuga el redactor jefe del *Spiegel*, y una noche de calor sofocante, sentados en el porche, hablé con él.

«Verá, tengo que decirle una cosa y no sé cómo se la tomará. Dentro de un mes dejaré de volar, porque hace dieciséis años, un viejo adivino de Hong Kong me dijo que en 1993 no debía tomar ningún avión. Si lo hacía, moriría».

Y el tipo, maravilloso, me contestó: «¿Cómo vamos a atrevernos a mandarlo por ahí en avión, ahora que conocemos esa profecía? Sentiríamos el peso de esa

responsabilidad. Mire, organícese como le parezca y siga escribiendo. Volveremos a hablar de esto dentro de un año».

Así empezó.

Empezó, FOLCO, con esa sensación de libertad infinita que deseo a todo hombre o mujer del mundo. Montar de incógnito, sin ser TIZIANO Terzani, sin ser nadie, sólo con una bolsa de viaje que contiene las cuatro tonterías que necesito, en un tren que se dirige al sur de Tailandia, de noche... ¡*druuu, druuu!* Nadie te conoce, nadie sabe a dónde vas, nadie te espera en una estación. No hay ninguna mujer que te diga: «Pero vuelve pronto, ¿eh?». Libre, sin límites.

Exhala un profundo suspiro.

Ya sé que eso no es la libertad, pero se acerca mucho. Esa sensación de estar de incógnito, de no ser nadie...

¡De no ser nadie!

FOLCO: Para ti será algo insólito, pero esa sensación yo la tengo bastante a menudo.

TIZIANO: Lo dices porque tú vives así. Pero ¿y si trabajaras en un banco? ¿Y si fueras el cajero? Pasa el jefe de caja y tienes que decir: «Buenos días, señor jefe de caja».

Río.

Es así. Y si trabajas en una fábrica, y eres el obrero encargado de tal prensa... pasa el jefe de sección y te hace ir de culo.

Yo me había convertido en el papel de mí mismo, y el hecho de liberarme de él, de dejarlo en la Casa de la Tortuga para viajar en tren me alivió muchísimo. Llegar por la mañana a Betong, donde había miles de pájaros que surcaban misteriosamente el cielo de la ciudad; no alojarse en uno de los acostumbrados hoteles a los que tenía que ir cuando era periodista, porque debía transmitir el artículo y era imprescindible que el teléfono funcionara... Me había

propuesto no entrar durante todo el viaje en ningún hotel que costara más de cinco dólares. En Kuala Lumpur encontré uno maravilloso, de esos en los que te llevan la comida a la habitación y cuando has acabado dejas los platos delante de la puerta y ves a todos los que han ido con la amante, que han ido a horas...

¡Ah, qué placer!

Luego, en la jungla de Birmania, en busca de Khun Sa, el rey de la droga, pasando las noches al raso bajo el techo de las copas de árboles altísimos, a través de los que se filtra la luz de la luna... Todo eso me situó, inconscientemente si quieres, o al menos en un nivel de conciencia del que no era

consciente, en un camino del todo distinto.

La otra cosa que me había propuesto, además de no tomar un avión durante un año, era que, fuera a donde fuese, me pondría en contacto con el chamán o el visionario más famoso del lugar. ¡Virgen santa, en aquel viaje coleccioné las personas más increíbles! Desde la virgen del templo de Medan hasta el oráculo que habla con la voz de hace dos mil años.

Fue uno de los períodos más bonitos de la última parte de mi vida en Asia.

FOLCO: ¿Por qué escribías de adivinos?

TIZIANO: Escribía de adivinos, pero

en realidad escribía del otro aspecto de cada país. Verás, tú puedes ir a Singapur, llegar al aeropuerto, estar un par de horas y marcharte. Y has visto Singapur. Has ido de compras, has comprado de todo, porque todo está allí, en esos mil o dos mil metros cuadrados del aeropuerto de Changyi. Pero también puedes llegar a Singapur por la puerta de servicio y aún ves la Singapur de los *kampong*. Está esa otra Singapur. Así que, en cierto modo, comencé a hablar de nuevo de esa Asia que me había fascinado, ya sabes, la de las supersticiones, y las historias fantásticas, la de la tradición. El Asia por la que yo había ido a Asia.

FOLCO: Y de la que en cierto modo te habías alejado, ¿no?

TIZIANO: Ejerciendo el periodismo no veías ese mundo. ¿No te das cuenta de la vida que lleva un periodista? Ruedas de prensa, cócteles, cenas oficiales. Es un carrusel.

Resumiendo, el hecho de renunciar a los aviones y echar a andar fue una gran aventura. Piensa que crucé a pie la frontera entre Vietnam y China, porque todavía no pasaba el tren. Kilómetros a pie. Eso me dio una visión diferente de Asia. Diferente de la del periodista que aterriza en un lugar porque ha habido un golpe de Estado: estás dos días en un hotel con aire acondicionado, hablas con

el ministro de Información, con el taxista, escribes y te vas. Yo tenía ya una meta muy diferente.

Piensa en Vietnam. Lo había visto durante la revolución, había visto el Vietnam de la contrarrevolución, de la reeducación, había visto a los malos, los comunistas que se comportaban como nazis, etcétera, etcétera. Ahora, en cambio, hablaba de otro Vietnam porque viajaba en tren. Realicé todo el recorrido Hanoi-Saigón-Hanoi en tren. ¡Madre mía, las cosas que ves! Los niños que venden en las estaciones a los pasajeros agua para asearse; los que suben para vender pescado frito. ¡Y viajas con la gente! Viajas con los

vietnamitas, con los laosianos, con los camboyanos. Veía de nuevo un mundo que había sido el mío, el que me había atraído de Asia. Volví a *faire la vie au ras du sol*, a vivir a ras del suelo, y fue maravilloso.

Der Spiegel nunca me daba la lata, y mientras viajaba redacté los artículos más hermosos de los últimos años porque tenía algo diferente que contar. Pero en mi fuero interno había roto con el periodismo. Mi momento había pasado, no podía sino repetirme.

Ese año de viajes terrestres lo acabo de nuevo en Tailandia y doy un paso hacia la que después se convirtió en mi segunda vida, el curso de meditación

con John Coleman.

Y eso me abre una puerta.

Empiezo a entrar en otro mundo, del que me ocupó por primera vez en mi vida. Piensa un poco: había vivido años y años en Asia comprando budas a diestro y siniestro sin preguntarme jamás qué hacía aquel tipo, sentado con los ojos entornados y las manos sobre el vientre. Nunca me lo había preguntado. Bueno, pues me lo pregunté y fui a hacer lo mismo yo también.

Una semana de silencio, de dieta vegetariana, sin hablar en ningún momento. En el *ashram* regía la regla del Silencio de oro, así que nadie se dedicaba a conversar: «Ah, ¿es usted

periodista? ¿De dónde viene? Ah, sí, yo también estuve en Japón. ¿Ha probado el sushi? ¿Le gusta el pescado crudo?». Nada de todo eso. Y eso fue también una pequeña revelación para mí.

A John Coleman, mi agente de la CIA que fue el primero en intentar enseñarme a meditar, le traía al paio que yo fuese el periodista TIZIANO Terzani. Era un culo sentado sobre un cojín. Debía alcanzar cierto estado, y si no lo conseguía era porque en todas mis vidas anteriores, desde hacía trescientos o cuatrocientos años, hice siempre el idiota y nunca me había concentrado en el ombligo.

Era un alivio, un gran alivio, porque

me sacaba fuera, ¿comprendes?

No he conseguido ser un meditador; consigo estar sentado media hora, una hora, planificando el día, creo un poco de silencio a mi alrededor, sereno la mente. Pero no soy un meditador.

He pensado mucho en lo que me preguntabas sobre la meditación. Yo creo que..., cómo lo diría... Ante todo, la meditación es algo inconsciente. No es que te coloques y digas: «Voy a meditar». Porque, como decía Coleman, «he visto a muchas gallinas estar sentadas horas y horas sobre la puesta, pero no he visto ni a una sola convertirse en una iluminada». El problema no es estar sentado, el

problema es entrar, de manera totalmente inconsciente, por impulso interior, en una dimensión en la cual percibes que las cosas no son como se nos aparecen, que existe otro nivel. Y eso te consuela, te anima, es a lo que recurres, a lo que puedes volver.

Y sólo concentrándote y dejando fuera todo lo que está fuera... Todo lo que está fuera lo dejas fuera de ti, fuera, fuera..., los ruidos, los pájaros, las pasiones, las decepciones..., fuera, todo fuera. Y queda ese núcleo *vacío* que eres *tú*. O, al menos, no el tú FOLCO, sino ese tú que forma parte de esa cosa que ni siquiera es la humanidad, es el cosmos.

Y cuando empiezas a verlas así, las cosas cambian.

Amores y amigos

FOLCO: Quería preguntarte una cosa sencillísima. ¿Cómo conociste a mamá?

TIZIANO: ¡Qué gracioso!

Ríe.

FOLCO: Porque ha sido tu compañera toda la vida. ¿Cómo os conocisteis? No nos lo habéis contado nunca.

Papá se queda un rato pensativo.

TIZIANO: Veamos... En la Via Santo

Spirito, por donde pasaba para ir de casa a clase, frecuentaba una bonita casa de gente simpática y emprendedora. Eran anticuarios. Habían descubierto que Fidel Castro necesitaba dinero, así que iban a Cuba con barcos enteros en lastre y volvían con muebles españoles para venderlos en Toscana. ¡El tipo de historia que siempre me ha divertido! Esos anticuarios tenían varias hijas, todas respetables, bien vestidas, y un día, yo acababa de terminar el liceo, telefoneé a una de ellas, una chica muy guapa, una de esas que en Florencia tenían mucho éxito.

«Paso a buscarte».

«¡No, no! Hoy no. Hoy viene a

buscarme mi amiga alemana», me respondió.

Yo había oído hablar de esa amiga suya alemana, pero a ella, como me consideraba un tenorio, le preocupaba que la sedujera y después la abandonase. Evidentemente, me presenté en el acto en su casa. Y allí tuvo lugar una escena que me pareció preciosa. Acababa de llegar y estaba esperando en el gran salón de aquellos anticuarios, lleno de muebles desvencijados, y entró aquella chica. ¡Lo contrario de todo lo que era Florencia, FOLCO! ¡Lo contrario! A ella no le gusta oírlo decir, pero era más bien feúcha, con miles de rizos rubios, iba mal vestida y, por si

fuera poco, llevaba una bolsa llena a rebosar porque había ido a hacer la compra...

Se emociona.

Desde luego, no tuve ninguna duda. Era todo lo que podía soñar. Era diferente, diferente de todas aquellas chicas peripuestas, con sus falditas idénticas y los labios pintados. Era agua y jabón. Y yo, hechizado, caí rendido a sus pies.

Pero mamá se hizo la dura, quizá porque había oído comentar que yo era un botarate, y se fue a casa. Yo volví a la mía y por primera vez hice una gran

inversión: escribí una larga carta para decirle lo que había sentido y se la remití por correo urgente. Y eso no ha cambiado. Ya te lo dije una vez: al igual que en París, bajo una campana de cristal, se conserva el metro que es la medida de todos los metros, ella se convirtió en mi metro.

¡Imagínate! Yo era joven, era buen mozo, tenía todas las mujeres que quería. Ya sabes, chicas que van detrás de ti, que se te pegan como lapas. ¡Hasta me pusieron trampas! Una quería casarse conmigo de todas... todas y me aseguró que su padre me conseguiría un buen puesto en la universidad. Pero yo no quería ni oír hablar del asunto. Tu

madre, te lo repito..., ella lo encuentra divertido, aunque a veces también se mosquea un poco cuando lo digo..., no era guapa. A los treinta años, sí, entonces estaba espléndida, después de teneros a vosotros estaba maravillosa.

FOLCO: Entonces, ¿qué tenía de especial?

TIZIANO: Era lo contrario de todo lo que eran las demás. Y a mí siempre me ha encantado lo distinto, lo contrario. Era genuina, auténtica, sincera, cálida, humanamente inteligente, generosa.

Ríe.

Mis compañeros, como Baroni,

todavía lo recuerdan: me avergonzaba ir de paseo con mamá por Florencia. Cuando eres joven y tienes novia, la luces ante todos, ¿no? Pues yo me avergonzaba, así que íbamos al cine por las calles secundarias para no encontrarnos con mis compañeros.

Creo que poco después ya le escribía cada día. Sí, le escribía todos los días. Luego empezamos a vernos por la noche. Ella era maravillosa. Después de cenar, se pasaba horas mirando a su abuela hacer solitarios. Su abuela era un personaje extraño. Había nacido en Haití...

FOLCO: ¿Y por qué tenía que mirarla?

TIZIANO: Para hacerle compañía. Cuando sus padres se iban a la cama, ella tenía que ocuparse de su abuela octogenaria, medio francesa y medio alemana, que lo había leído todo, a Chateaubriand, a Rousseau, y nunca había dicho nada interesante, pero que al final de su existencia dijo esta frase que la redimió: «*Qu'est-ce que j'ai fait dans ma vie? Un peu de conversation.*» ¿Qué he hecho en la vida? Conversar un poco.

Después de cenar, la abuela se sentaba en su sillón dieciochesco, bajo una lámpara, en su amplia habitación con vistas al campo, y mamá se pasaba dos o tres horas mirándola mientras ella

hacía los solitarios de marras. Cuando por fin la abuela se dormía..., ella salía a escape a la calle. Teníamos un punto de encuentro fijo bajo una farola al final de Via delle Campora. Yo iba desde Monticelli en bicicleta..., una verdadera paliza, subir aquellas callejas empinadas..., y a veces me tiraba horas esperando junto a aquella farola. Y así empezamos a conocernos.

FOLCO: ¿Puedes seguir?

TIZIANO: Sí. Y es importante que comprendas una cosa. Muy pronto, mamá fue para mí no sólo una persona, sino un mundo al que yo sentía que pertenecía. Piénsalo, yo era de Monticelli, estudiaba, vale, pero así y

todo... Ella me llevó a conocer a su familia, me llevó a su casa. ¡Era estupendo, FOLCO, estupendo! ¿Te acuerdas de la casa? La conoces tanto como yo, pero tienes que verla con los ojos del jovencito de Monticelli que llega a aquel gran salón de música, con el abuelo Anzio sentado al piano, con aquellos sillones, aquellas alfombras gastadas, los libros antiguos, los cuadros, aquellas preciosas lámparas con pantalla amarilla... ¡Y, para cenar, aquellas tortas de espinacas que preparaba la abuela Renate! Había una cosa a la que he seguido apegado y he admirado toda la vida: la dignidad de la pobreza. Ellos eran dignos porque

sabían quiénes eran, y nosotros eso no lo sabíamos.

FOLCO: Has dicho que la casa de mamá era otro mundo. ¿Cómo era ese otro mundo?

Papá ríe.

TIZIANO: Verás, para empezar, la casa tenía historia. Se la habían regalado a una nieta de Maquiavelo cuando se casó con un Strozzi. Estaba todo un poco deteriorado, gastado, no era de ésas donde todo aparece reluciente, impecable. En la familia de mamá eran todo lo que yo quería ser. No tenían dinero, no les importaba

absolutamente nada el dinero, pero eran gente orgullosa porque sabían que tenían algo que el dinero no podía comprar: cultura.

Tu abuelo Anzio era un gran personaje, un personaje admirable. ¡Era un pintor, era un hombre, joder! Me sentía en casa. De alguna manera, había llegado. Lo percibí en seguida, en la casa y en la gente. Porque hasta aquella abuela que hacía solitarios había nacido en Haití, era descendiente de un gran arquitecto francés.

El mundo se me abría. El abuelo Anzio pertenecía a una familia alemana de académicos y exploradores; la abuela Renate procedía de una estirpe

aristocrática, su abuelo había sido burgomaestre de Hamburgo, y su padre, poeta y socialista. Y eso me llevó a otros ambientes, a otra atmósfera.

El abuelo Anzio tenía miles de facetas, era un artista en profundidad. Todo lo demás no le interesaba mucho, pero era un verdadero artista. Por la noche, cuando volvía de su estudio, donde se había pasado el día pintando, se sentaba al piano de cola que le había dejado Einstein y tocaba, a la luz de las lámparas de pie. Allí aprendí a no colgar nunca una lámpara en el centro del techo, sino a poner repartidas por la habitación pequeñas lámparas de pie, que dan calor, cosa que más adelante me

ocasionó todos aquellos problemas en Pekín.

A veces me llevaba a ver sus cuadros al estudio. Tenía un magnífico refugio en Via de' Serragli, adonde también acudían sus alumnos. Iba a comer a las tabernas de San Frediano y pagaba de vez en cuando con un cuadro, una transacción hoy en día imposible, y por la noche hacía un recorrido por los chamarileros, como yo, años más tarde, efectuaba un recorrido por los chamarileros en China. En eso también se estableció entre nosotros una camaradería que influyó mucho en mí, como ves. Me llevaba con él a esos chamarileros donde por cuatro perras lo

vi comprar cosas preciosas.

FOLCO: ¿Tenía ojo?

TIZIANO: ¡Ya lo creo! Había un chamarilero que le gustaba especialmente, un viejo encantador llamado Grassi, en Via Maggio. Veías al abuelo dando vueltas por aquella tienda oscura, y de repente sacaba el pañuelo del bolsillo y empezaba a quitarle el polvo y la suciedad a un mueble. Realmente se excitaba. Así descubrió los muebles más bonitos de la casa. Su escritorio, con todos esos compartimientos secretos, es de 1533. Encontraba también objetos y cerámicas del Renacimiento que aparecen en sus cuadros. Fue entonces cuando empecé a

aficionarme yo también a descubrir cosas bellas, lo que más tarde se convirtió en uno de mis pasatiempos y una de mis grandes satisfacciones.

FOLCO: ¿Eso lo aprendiste de él?

TIZIANO: Sí, en parte sí. De modo que, como ves, a esa familia le debo muchísimo. Hasta el punto de que en un momento dado la mía llegó a estar celosa. «¡Él no es de nuestra familia, es de ésta!», decían.

Y hay algo de verdad en eso, FOLCO. Ya desde pequeño, noté que no encajaba en Monticelli, que aquel no era mi mundo. Pese a todo el respeto que he sentido por mis padres, porque fueron maravillosos, hicieron de todo por mí,

en el fondo no eran mi familia. De mayor, cuando oí hablar de la reencarnación, pensé que me había reencarnado en una familia equivocada. Como sucede en el Bardo, una especie de purgatorio tibetano, en determinado momento, cuando mi madre esperaba un hijo... ¡zas!, llegué yo. Pero no tenía nada que ver con ellos, incluso físicamente era distinto. En mi casa eran todos bajos. Yo era alto y delgado. A veces alguien se siente como un extraño en el seno de su propia familia. No digo que me comportara como un extraño para con mis padres. Has visto que siempre les he deseado lo mejor, que me he ocupado de mis padres de la manera

más filial posible, pero nunca me he sentido profundamente unido a ellos. Mi padre tenía realmente aspectos buenos, pero con mi madre jamás he tenido nada en común, nada. Así que, ¿cómo puedo decir que ésa era *mi* familia?

FOLCO: ¿Te sentías más cerca de los Staude?

TIZIANO: Mucho más cerca. Incluso tenía con tu abuela Renate, la madre de mamá, una relación maravillosa. Ella era arquitecta, y esta casa de Orsigna es fruto de nuestra colaboración. Parecíamos amantes. Hasta mamá se ponía celosa a veces.

FOLCO: ¡Ah!, ¿así que estabas a partir un piñón con la abuela? Eso no lo

había notado nunca.

TIZIANO: Muchísimo, muchísimo. Con la vejez, perdió un poco la chaveta, pero nos llevábamos de maravilla. Me gustaba su lado duro. Era firme, recta, fuerte, no cedía. Gente de otra generación. Fíjate, un día fuimos a dar un paseo por el campo, ella se cayó, se hizo daño, y todos empezamos a decirle: «¡Renate, tienes que desinfectarte la herida!». Y ella contestó: «No es nada». Cuando llegamos a casa, resultó que se había fracturado la pierna, ¡y no dijo nada! ¿Dónde encuentras a una persona así?

Sí, FOLCO, era una gran familia. En el fondo... era todo el conjunto. Era...

*Baja la voz hasta el punto de que casi
no le oigo.*

FOLCO: ¿Qué era?

TIZIANO: Aire fresco, aire fresco. Había en ellos algo que buscaba. O sea que, en realidad, mi amor por mamá no era una cosa sin fundamento. Había a su alrededor algo que era importante y que todavía hoy se ve en su carácter, ¿no? Esa resistencia, esa capacidad de trabajo, esa... Por lo que ser amigos, ser novios, al poco tiempo ser amantes, con historias que no se pueden contar pero preciosas, FOLCO, preciosas... Tu madre y yo hicimos el amor por primera

vez el día que cumplí veinte años. Era su regalo para mí. Ya sabes, la virginidad y todas esas cosas...

Ríe.

Fue algo magnífico. Fuimos..., esto no lo cuentes, por favor..., fuimos en autobús a Settignano, donde había tupidos bosques. Mamá llevaba un vestido precioso...

*Papá cuenta la historia, animadísimo,
y hace una pausa.*

Sabía que aquélla era mi mujer y no había más que hablar.

FOLCO: ¿Y la amistad? ¿Qué importancia ha tenido en tu vida?

TIZIANO: Sobre todo en el período «compañeril» en Indochina y también después, en China, parecía una de las personas más sociables y extrovertidas. Pero desde algunos puntos de vista, debo ser sincero, quizá también fui un poco arisco. Piensa que nunca he tenido un gran amigo en ese sentido de la amistad en cuanto apoyo, como refugio. He tenido muchos amigos, como suele decirse, unos más importantes que otros, que han aportado cosas a mi vida y de quienes he aprendido mucho. Bernardo Valli es importante y, más tarde, al final de la vida, Leopold fue también un gran

compañero de viajes. En el fondo, para mí los amigos eran compañeros de juegos, hermosos juegos, maravillosos juegos de la vida, pero no verdaderas presencias que tuvieran un gran valor en la economía de mi existencia.

FOLCO: ¡Pero has mantenido muchísimas relaciones a lo largo de tu vida! Cuando vas a Filipinas, los conserjes de los hoteles se acuerdan de ti porque les enviaste una felicitación por Navidad o les contaste una de tus historias.

TIZIANO: ¡Sí, entre otras cosas, porque cuando volvía a un hotel quería que me dieran la habitación que me gustaba!

FOLCO: Yo entro en una farmacia, pido las pastillas, digo adiós y me voy. Tú, en cambio, en todas las situaciones te haces notar, creas una relación personal con quien tienes enfrente. Así has conocido a mucha gente.

TIZIANO: Eso ha sido gracias al oficio.

FOLCO: No, es una actitud.

TIZIANO: Es verdad, tienes razón. He tenido buenos compañeros de viaje, pero ahora la situación ha cambiado y éste es mi último viaje, en solitario. Pensándolo bien, no experimentaba esa gran necesidad que tienen muchos de tener un amigo. Sí, buenas relaciones, muy gratas, entre hombres. Pero, en el

fondo, podía pasar perfectamente sin ellas.

FOLCO: Quizá porque tenías a mamá.

TIZIANO: Es verdad. Eso es lo más acertado que has dicho, porque ella lo era todo. Para empezar, constituía una certeza en torno a la cual giraba todo, una certeza de libertad y una sensación de seguridad. Ha sido lo que el gran poeta bengalí que siempre cito consiguió describir tan bien, el palo al que el elefante se deja atar con un hilo de seda. Si el elefante da un tirón, puede escapar cuando quiera, pero no lo da. Ha *escogido* estar atado con un hilo de seda a ese palo. Tal elección la hice cuando

era jovencísimo, tenía dieciocho años, y ha sido el gran punto fijo de mi vida.

Nunca la he cuestionado, fíjate, nunca. Sí, claro, pasa un culo bonito y te vuelves a mirarlo, y pierdes cantidad de tiempo con todas esas bobadas. ¡Madre mía, qué lastre es el sexo! He perdido tanto tiempo en la vida para mantener controlada a esa bestia, con todos los complejos de culpa, la moralidad... Pero ella era el metro de los metros de París, ya sabes. Y cuando empiezas con algo así, es un tesoro.

FOLCO: Por eso, en realidad, nunca estabas solo.

TIZIANO: Claro. Mamá ha sido para mí una gran compañera, una verdadera

compañera de viaje, una gran amiga, consejera, aliada en todo. No te puedes ni imaginar, FOLCO, las horas y horas, los días, los meses..., si lo juntas todo... Que tu madre y yo hemos pasado hablando en la cama antes de dormirnos; hablando de vosotros, los hijos, de los problemas, del mundo, de la vida. Y los desayunos interminables hablando en la terraza de casa para establecer el plan del día. No el plan de «entonces tú hoy vas a la peluquería, compras la carne...», sino el plan de cómo nosotros, dos pero en realidad uno, íbamos a afrontar el tiempo. Eso lo hemos hecho siempre. Era como una forma de meditación.

Nosotros nunca hemos vivido de prisa, ¿sabes? Bien, sí, había días en que tenía que escribir un artículo, pero siempre hemos tenido tiempo para hacer ese plan. Siempre hemos tenido tiempo para el tiempo.

FOLCO: ¿Estás cansado?

TIZIANO: Un poco. Pero lo repetiré hasta la saciedad: en mi vida ha habido quizá tres grandes cosas sin las cuales no habría sido quien soy. Una es esta casa de Orsigna, me doy cuenta ahora que he venido aquí a morir. Otra es *Der Spiegel*, que me dio trabajo y libertad. Y la otra es mamá. Mamá ha sido para mí un metro patrón y un juez de moralidad, de rectitud.

FOLCO: ¿Y cómo se reconoce a una persona así?

TIZIANO: No se la reconoce. Sientes que no hay alternativa. Y debes recordar que más allá de los criterios superficiales con que los hombres eligen a las mujeres...

Cuando trabajaba en la Olivetti, había un directivo muy bueno que en cierto momento decidió casarse. Como contaba a todos, hizo una lista de los atributos que necesitaba: que tuviera un culo bonito, mucho dinero, que supiera idiomas y supiera desenvolverse en sociedad... Luego hizo otra con todas las mujeres que conocía, asignó un punto a cada atributo y se casó con la que tenía

más puntos.

¡En fin, son dos actitudes distintas!

Viaje a través del tiempo

TIZIANO: Fui a Mustang a caballo. Fui con el deseo de ir a donde poca gente había ido.

Es un país ideal, aislado en las montañas. Cabalgas durante cinco días a través de una naturaleza como jamás has visto, FOLCO, casi no es naturaleza, es un paisaje lunar con piedras de innumerables colores y arenas que, según dicen, son rojas a causa de la sangre del dragón que Padma Sambava mató cuando iba al Tíbet a llevar el

budismo. Es un lugar mágico donde las piedras tienen alma, hablan. De vez en cuando, en ese desierto se ven *stupas*, pequeños santuarios como los *mandir* de la India, que contienen las reliquias de algún santo budista, y espléndidos monasterios con frescos en los muros abandonados al tiempo, y misteriosas paredes de precipicios con cavernas donde dicen que han vivido eremitas.

A veces sentía miedo y me preguntaba, ante aquellos precipicios y paisajes difícilísimos, si no era mejor desmontar y continuar a pie que seguir a caballo. Al final uno acaba por fiarse del caballo porque por lo menos él ha recorrido ese camino muchas veces,

pero es indudable que si da un paso en falso estás listo.

Luego, llegas a un altiplano y ves a lo lejos, como un espejismo entre las montañas, la capital rodeada de preciosas murallas. Se llama Lomantang, «el valle de todas las aspiraciones». ¡Virgen santa, el valle de todas las aspiraciones! Es como llegar a una época que se ha detenido en el tiempo.

Alrededor de la ciudad corre un riachuelo donde las mujeres lavan y donde también beben. Todo está perfectamente organizado: aquí se bebe, allí se lava. Por la noche cierran la puerta de la ciudad, y por la mañana ves algo impresionante: el rey es quien la

abre porque es el primero en salir. Con su cilindro de oraciones, va a orar por su ciudad. Las mujeres lo siguen entre risas, corriendo, mientras recogen con las manos, para meterlas en cestos de mimbre, las boñigas de los animales que se quedan fuera por la noche.

El rey vive en lo que ellos llaman un palacio, de madera pintada, antiguo, y ahí es adonde se llega. Para acceder al primer piso, donde está él, se sube una escalinata empinada, adosada a un muro. Por la noche suben una trampilla y el palacio queda cerrado, pero en el primer piso permanecen de guardia dos grandes mastines que, si sucede algo, ladran, despertados por los *lhasa apso*,

los pequeños perros tibetanos que perciben hasta el menor ruido.

¡Ah, y las cloacas son increíbles! No hay cloacas. Hay, en el segundo y el tercer piso del palacio, unos agujeros en el suelo de madera, y cuando haces caca, ésta cae abajo de todo, donde están los cerdos, que se la comen.

FOLCO: ¿Y dormiste allí?

TIZIANO: Estuve cuatro o cinco días en el palacio del rey, el único sitio donde puedes estar, y como sólo puedes entrar en su reino con su permiso, una vez estás allí, eres su invitado. Compartes su comida y vives con él, un anciano muy inteligente, con una bonita piedra turquesa en la oreja y pendientes

colgantes. Viste una elegante casaca y prendas hechas a mano por su mujer, que trabaja continuamente con lanas de colores.

Veamos las fotos.

FOLCO: Esta foto es preciosa. ¿Es él?

TIZIANO: No, ése es al Amji. Es el médico del rey, que además es el médico del pueblo. Mira qué bonita la habitación de Amji: el té, alfombras como las mías, todas las escrituras sagradas, la lámpara de petróleo. ¡Mira cómo atraviesa la luz su cara! Vive en otra dimensión. Allí, el «médico» es en

realidad una figura entre médico y mago.

El lugar es idílico: viento, sol, cielos de una limpidez imposible de encontrar en otro sitio, porque allí no hay contaminación. Sin embargo, cuando caminaba por las calles veía a muchos niños con tracoma, una infección en los ojos que puede causar ceguera. Entonces te planteas este problema: ¿hay que dejarlos con el tracoma para que se queden en el Valle de todas las Aspiraciones, o curarlos, con las consecuencias que se derivan de ello? Tú no llevas encima las medicinas necesarias, pero podrías perfectamente organizar un pequeño equipo de médicos para que fuera a curarlos. Pero me

pregunto si eso no será el primer paso hacia la modernización, que inevitablemente, en unos cuantos años, además de curar el tracoma llevará a un industrial de Hong Kong a instalar cuatro o cinco máquinas de coser en un zaguán de Mustang y a poner a aquellas sonrientes mujeres, que ahora van a los campos o lavan en el río, a coser zapatillas deportivas o camisetas durante ocho horas al día.

FOLCO: Es verdad. Muchas veces, la cabeza de puente del desembarco de la modernidad es la medicina.

TIZIANO: Sí. Y en esto, la medicina occidental ha tenido un gran éxito. Para empezar, porque es rápida. ¿Te duele la

cabeza? Te tomas una aspirina y se te pasa. Y también, para ser sinceros, porque es repetible. Todos los que tienen dolor de cabeza se toman una aspirina y se les pasa, sí. Pero ¿es posible hacer más higiénica la vida de la gente y curar el tracoma sin que de la curación del tracoma se llegue rápidamente a la pequeña fábrica del industrial de Hong Kong?

Es una pregunta coherente, ¿no crees?

FOLCO: Sí.

TIZIANO: Y es un problema que un visitante como yo percibe con fuerza, porque en seguida, inmediatamente incluso, te das cuenta de que en parte tú

mismo has puesto en marcha ese proceso de la modernización.

FOLCO: ¿Simplemente yendo allí?

TIZIANO: Dejándote ver. Miran tu reloj, un objeto que no han visto nunca; ven que calzas unos zapatos que no son como los suyos, de fieltro cosido a mano; llevas un plumón que te protege del frío; usas unas gafas que te protegen del sol del altiplano. Y cada una de esas cosas se convierte en una aspiración para ellos. Cuando uno tiende la mano y quiere una de esas cosas, ¿qué has de hacer? ¿Se la das o no se la das?

Me impresionó muchísimo un grupo de niñas que jugaban, no con una de sus muñecas hechas a mano, sino con una

bonita muñeca occidental, blanca. Había pasado un grupo de turistas antes que yo..., no era el único, cada año el rey permite entrar a determinado número de personas porque es beneficioso para sus finanzas..., y alguien les había regalado una muñeca de plástico a aquellas niñas.

Y a mí también me sucedió cuando estuve allí que un día, a la hora del crepúsculo, mientras daba uno de mis paseos haciendo fotos... ¡Sí, la obsesión de fotografiar! De llevarse, de no dejar...

FOLCO: Hay una foto que hiciste de un cartel en el que pone: toma sólo fotos, deja sólo tus huellas.

TIZIANO: Escrito por el rey o por

uno de su entorno. Sí, es bonito.

Bien, como te decía, estaba paseando por aquellas calles... Emocionado, realmente emocionado, porque te sientes en el límite de la historia, en el límite del mundo, transportado a otra época por la cual me siento hondamente atraído. Para mí, el pasado siempre ha tenido algo que me llega muy adentro, porque siento la historia acumulada del hombre, y también confundiendo quizá el verdadero significado del tiempo, que hasta más tarde no comprendí a la manera india, porque el pasado siempre me ha parecido la única certeza. Está. Están las casas, están las piedras

colocadas una sobre otra...

Resumiendo, iba por uno de aquellos caminos, ya estaba oscuro, y de repente veo a un grupo de jóvenes apiñados delante de un zaguán oscuro. Me asomo, ¿y qué veo? Un minúsculo televisor alimentado por unas baterías de coche. Alguien había recorrido un trayecto de cinco o seis días a caballo para traer de Nepal, a través del paso de Jomoson, el Annapurna, unas baterías y un televisor.

¿Qué haces? ¿Entras y le arreas un martillazo?

No.

Pero sabes que al año siguiente ya serán dos televisores, y luego uno más grande y, por último, uno en color. Es

inevitable, inevitable. Hay algo en la naturaleza humana que entiende lo que llamamos «progreso» como un avanzar y destruir para crear algo nuevo.

FOLCO: Eso es una característica del hombre que no se observa en los otros animales. Los animales se quedan donde están. El hombre debe avanzar.

TIZIANO: Y eso es un gran problema, grandísimo. Hay algo en la naturaleza humana que lleva a ese proceso y que es imposible evitar, como si todo hombre, toda civilización tuviera que pasar por esas horcas caudinas. ¿Pasa para salvarse? No. Pero el camino es ese, ya está establecido.

Ahí es donde vuelvo a dar la nota,

cuando, pensando por ejemplo en el caso de Birmania, no digo que defienda a los asesinos de su régimen militar, pero veo que su barbarie tiene un sentido. Porque no cabe duda, FOLCO, créeme, después de Mustang, Birmania es hoy el último oasis de Asia, uno de los últimos países que han mantenido su carácter. Los birmanos no fuman Marlboro, está prohibido importarlo, sino que con su tabaco hacen ellos mismos sus *cheroot*; no llevan vaqueros, sino sus *longyi*.

FOLCO: ¿Todavía hoy?

TIZIANO: ¡Sí, sí! No usan crema Nivea sino pasta de madera de sándalo. De noche ves en las calles de Rangún a

esas mujeres hermosas que mezclan un finísimo polvo de sándalo con un poco de agua y embadurnan con esa pasta la cara de los niños para protegerlos de las moscas. Y tienen una piel sanísima. Viven una vida pausada, tranquila.

Me gusta contar un bonito episodio que le sucedió a Bernardo Valli. Cuando era joven consiguió, después de mucho insistir, que el dictador de Portugal, Oliveira Salazar, le concediera una entrevista. Y mientras esperaba en la antesala, un viejo secretario, uno de esos portugueses descendientes del infante Enrique, duros, elegantes, le dice: «¿Usted también ha venido a entrevistar al presidente para

atacarlo?»). Bernardo elude la pregunta, el otro lo mira fijamente, le apunta con el índice a la cara y dice: «¡No lo olvide, el presidente está defendiendo a Portugal de su futuro!»).

¿Comprendes? Los militares birmanos hacen lo mismo.

Birmania está dirigida por un nefasto régimen de militares horribles y torturadores que yo siempre he condenado. ¿Te he contado esa escena dramática de cuando me encontré en la carretera de Kentung con un grupo de jóvenes disidentes, enfermos, que habían sido sometidos a trabajos forzados? Evidentemente, me impresionó.

Lo interesante es que, desde hace

veinte o treinta años, la comunidad internacional..., la Comunidad Europea, las Naciones Unidas, los norteamericanos..., ha hecho de todo para que ese régimen cambie, se vuelva democrático. Por añadidura, hay un personaje extraordinario que lidera el movimiento democrático, Aung San Suu Kyi, a quien, con las habituales maniobras político-oportunistas, concedieron el premio Nobel de la Paz. Es una mujer fantástica, muy valiente, hija del héroe de la guerra de independencia birmana contra los japoneses. Una gran heroína cuyo padre fue asesinado, como de costumbre. Así que la contraposición es entre esos

militares asesinos por una parte y, por otra, esa sílfide, bajo arresto domiciliario desde hace años.

Bien, ésa es la historia tal como la vemos. Pero ¿qué hay detrás de la historia? Están los intereses de las grandes empresas petroleras que esperan entrar en el país, porque por Birmania pasa el petróleo; y están los miles de millones de los japoneses, que quieren fomentar el desarrollo con hoteles de cinco estrellas, carreteras, barcos que naveguen por el lago Inle y un aeropuerto ampliado para que lleguen turistas. Y si mañana, bajo presiones occidentales, ese régimen cae, que caerá, y la señora Aung San Suu Kyi

toma el poder, Birmania se convertirá en otra Tailandia: furcias, burdeles, beneficios... Marlboro, Coca-Cola, vaqueros...

Así que la pregunta de alguien que está al margen de las ideologías, llega a mi edad y observa a su alrededor es: ¿cuál es la solución? ¿Qué esperas, que ganen los militares? ¡No! ¿Cómo vas a desear eso? ¿Esperas que gane ella? Bueno, si gana ella, en unos meses Birmania se acaba. Llegan los rascacielos de cemento...

Entonces, FOLCO, ¿qué hacer? ¿Ves el problema? ¿De parte de quién estás?

FOLCO: ¿Y tú? ¿De parte de quién estás?

TIZIANO: ¿Cómo se puede estar con los militares? Es imposible. Pero habría que poner en guardia contra lo que sucederá el día que Birmania sea liberalizada.

Por eso me pregunto: ¿es posible nadar y guardar la ropa para mantener la belleza del mundo que reside en su diversidad?

FOLCO: Interesante.

TIZIANO: Es una pregunta honesta, sincera, a la que no se debe responder simplemente: «No, es imposible». A mi entender, hay que pensar en ello.

Cambiamos un poco los criterios, los valores, no nos aferremos a nuestra avidez y respetemos las cosas de los

demás. Eso es lo principal. Si miras a los demás pueblos con respeto, como si en el fondo fueran de verdad iguales que tú, aunque tú puedas curar el tracoma y ellos no, te das cuenta de que quizá tienes mucho que aprender de ellos. Tú curas el tracoma y ellos te curan otra cosa. El tracoma también lo padecen en la India, FOLCO, y la perversión es que nosotros vamos allí con los misioneros que montan un hospital. Luego los bautizas, luego les pones falda, luego les haces santiguarse, y al final ya no son indios, se convierten en testigos de Jehová.

Piensa de nuevo en los chinos, esa cultura tan diferente de la nuestra.

Escriben de un modo distinto, comen de un modo distinto, duermen de un modo distinto. Es curioso que ahora vayan todos con corbata. ¿Entiendes mi desesperación? ¡Todos con corbata! Ellos, los descubridores de que no había que atarse nunca nada alrededor de la barriga porque cierra el *qi*, ahora llevan cinturones de Pierre Cardin. Es desesperante, ¿no? ¿Qué me desespera? Me desespera el fin de la biodiversidad, me desespera que ya no haya membrillos. Queremos que todas las manzanas sean redondas, todas iguales, todas relucientes, y así eliminamos la diversidad, que es el fundamento de la vida. ¡La di-ver-si-dad! Porque, en mi

opinión, la riqueza de la humanidad está en su variedad. Lo que quiero decir es: ¿por qué queréis ponerles pantalones a los Hombres Azules, a los tuareg? ¡Dejadlos ser tuareg!

¿Se puede dejar a los demás con sus valores, ayudarlos a curarse del tracoma y pedirles que nos ayuden a curarnos de una enfermedad que es mucho más devastadora que el tracoma, la infelicidad?

Papá jadea y no puede continuar.

¡Ay, ay, FOLCO, el cubo!

Tose.

¿Qué es preferible, que al atardecer le unten a un niño la cara con polvo de sándalo o con crema Nivea?

Dame el cubo. Ay, ay, madre mía. Hoy la cosa va mal.

FOLCO: ¿Tienes otra vez ese nudo en el estómago?

TIZIANO: Sí, justo aquí.

FOLCO: ¿Por qué? ¿Has comido algo esta mañana?

TIZIANO: No, sólo un poco de papilla.

FOLCO: Tienes las manos calientes.

TIZIANO: La visita a Munstag fue para mí una experiencia inquietante. No es que no haya pensado nadie en todo

esto. Nuestras ingenuas reflexiones también las han hecho otros. Mao, por ejemplo. Pero quien las hizo de un modo aún más claro, más sencillo, más evidente, fue Pol Pot, que no estaba loco, insisto, porque en su locura había una profunda lógica.

FOLCO: El rey de Mustang quiere simplemente conservar la vida tradicional, ¿no? El problema es que su proyecto se complica por el hecho de que la gente...

TIZIANO: ... se siente inexorablemente atraída por lo moderno, por lo nuevo. Sus súbditos van a caballo a Katmandú y ven esa ciudad llena de turistas. Ven el dinero, y los mercados, y

los puestos llenos de medicinas amarillas, rojas o azules en lugar de las hierbas del Amji.

El Valle de todas las Aspiraciones también lo visitan cada año más turistas. La mañana que yo me fui llegó un grupo de alemanes que hasta había prescindido del viaje a caballo, que es parte del atractivo. Llegó a la meta sin ganárselo, sencillamente: en helicóptero.

FOLCO: Pero, como dicen los *sadhu*, si no llegas a pie a donde quieres ir, no verás lo que quieres encontrar.

TIZIANO: ¡Y qué verdad es! El viaje es el destino, como todos los grandes viajeros siempre han sabido.

FOLCO: ¿Sabes?, una noche, en un

pueblecito de la India, yo todavía vi congregarse a la gente, no porque hubiera llegado un televisor, sino porque había llegado de lejos un *sadhu* errante, sanador, músico y narrador de historias.

TIZIANO: ¡Qué maravilla! La pregunta es: ¿durante cuánto tiempo más? Eso es lo que está desapareciendo del Asia que yo he querido y que tú has querido después de mí. Y, por otro lado, no puedes ser insensible a la crítica de quien te dice: «¡Tú eres un romántico! Tú no padeces tracoma. Vuelves a tu casa y tienes penicilina, lo tienes todo». ¿Cómo te las arreglas para decir: ¡no!?

Eso también es cierto.

Y, sin embargo, mira nuestra vida, no

es más feliz que la de los hombres de Mustang.

¿Dónde está, entonces, la vía intermedia? ¿Es indispensable para curar el tracoma reducir ese sitio fantástico a otro revoltijo de barracas donde las mujeres, que ahora encienden el fuego con las plastas de las vacas que han recogido por la mañana, son puestas a coser a máquina zapatillas deportivas para que luego se compren un televisor con el que verán *Gran Hermano*?

¿Cuál es la solución? Me pregunto de nuevo: ¿es posible salvar la belleza del mundo, que reside en su diversidad? Para mí, ese punto es vital. ¿Me entiendes?

El poder

TIZIANO: Ahora tengo curiosidad. No, no es verdad, estoy sereno, FOLCO. Estoy sereno. Ya no espero absolutamente nada.

FOLCO: Entonces, al fin puedes descansar.

TIZIANO: Puedes verlo así, si quieres.

FOLCO: Ya no tienes que correr.

TIZIANO: Eso es verdad, porque siempre he sentido un poco que tenía responsabilidades. Ese sentido del deber que tenía siempre encima, ese sentido de que, a fin de cuentas, era

correcto hacer ciertas cosas o no hacerlas. Me gustó lo que dijo Martin el otro día, que yo tenía un sentido de la moralidad. Pero no era yo..., era que no había nada más importante en mi vida, no había nada más grande..., yo nunca me he comprometido. Quizá no he tenido mucha necesidad de hacerlo, pero sentía repulsión hacia los compromisos, y si a eso quieres llamarlo moralidad, entonces, sí. He ejercido mi oficio realmente como una misión religiosa, sin sucumbir a trampas fáciles.

La más fácil, hace tiempo que quería hablarte de ello, es el poder.

Ejercer este oficio hace necesario, indispensable, tratar con el poder. Todo

tipo de poder: el poder asesino, el poder justo, el poder..., el Poder. Porque es lo que determina los destinos del mundo, y tú, que estás ahí describiéndolos, tienes que acercarte al Poder para preguntarle cómo están las cosas.

Sin habérmelo dicho a mí mismo una mañana al hacer una promesa, sin haber llegado a través de constataciones ajenas, siempre he sentido repulsión por el poder. Quizá en el fondo soy un ácrata, pero a mí ver a un presidente, un ministro, un general, todos con sus aires de grandeza, todos con la píldora que pretenden hacerte tragar, siempre me ha dado escalofríos. Mi instinto siempre me ha empujado a mantenerme alejado,

mientras que hoy veo a muchos jóvenes que disfrutan con la idea de estar cerca del Poder, de tratar de «tú» al Poder, de irse a la cama con él, de ir a cenar con él, para obtener brillo, gloria, tal vez información. Yo nunca he hecho *eso*. Puedes llamarlo una forma de moralidad.

Su voz se hace más queda.

¡Porque el poder corrompe, el poder te fagocita, el poder te engulle!
¿Comprendes? Si te pones al lado de un candidato a la presidencia en una campaña electoral, si vas a cenar con él y hablas con él, te conviertes en su

lacayo, ¿no?

Nunca me ha gustado. Siempre he tenido ese sentimiento de orgullo de plantarle cara al poder, de mirarlo, calibrarlo y mandarlo a paseo. Abría la puerta, ponía el pie, entraba, pero cuando estaba en su cuarto, en lugar de complacerlo, observaba qué no iba bien, hacía preguntas. He sido uno de los periodistas conocidos en las ruedas de prensa del mundo por hacer siempre las preguntas más provocadoras, esas que actualmente no oyes hacer a nadie. Las que no oyes dirigir a Condoleeza Rice, que el otro día decía: «Las Naciones Unidas, ahora nos apoyan». Bastaba que uno consultara los periódicos de hace

dos años: «¡Un momento! El 14 de mayo, a las cinco cuarenta, usted dijo en la CBS que “las Naciones Unidas son irrelevantes, están llenas de asesinos y de dictadores”. ¿Y ahora las Naciones Unidas son la panacea? Pero ¿nos toma por idiotas?».

Río.

Eso es el periodismo. Los peores periodistas son los que están en el Pentágono, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, dispuestos en todo momento a tomar café. Cuando anuncian: «¡Rueda de prensa!», acuden corriendo. Llegan Bush, o Rumsfeld, y dice: «A ver, John,

¿tú qué quieres saber?».

¡¿Pero cómo que John?!

FOLCO: O sea, que habría que desconfiar del poder.

TIZIANO: Eso es el oficio. Perdona, ¿cuáles son las subdivisiones del poder en el ámbito del Estado? Legislativo, ejecutivo y judicial. Y hay un cuarto poder: la prensa y los medios de información, que controlan a los poderes judicial, ejecutivo y legislativo.

FOLCO: ¿Los controlan?

TIZIANO: Los controlan, les toman las medidas, los examinan para averiguar si hay algún chanchullo.

FOLCO: Y si no, ¿qué pasa?

TIZIANO: Que el sistema no

funciona.

FOLCO: ¿No funciona la democracia?

TIZIANO: Vamos a ver, si la ley está equivocada, ¿quién va a denunciarlo? Nadie. En cambio, si la prensa empieza a protestar, a estudiar las consecuencias, adquiere una importancia enorme, se convierte en la voz de la gente que no puede hablar.

FOLCO: Y que sufre las consecuencias de una ley mal hecha.

TIZIANO: Yo nunca he sido amigo de un poderoso. Es muy importante este sentido de la libertad propia, de no querer depender de la benevolencia de nadie, ¿comprendes? ¡Piensa que yo

había llegado a ser íntimo de Cory Aquino, íntimo! Porque el marido de Cory, Ninoy Aquino, que después fue asesinado, me había escrito desde la cárcel después de haber leído *Giai Phong!* Era bien recibido en aquella familia, siempre me invitaban a su casa. Más tarde, ella se convierte en presidenta de Filipinas, la entrevisto y no la veo nunca más. Ya no me interesa. No quiero tener esa relación «morganática» con ella, estar a su disposición y que me llame para concederme una entrevista. Nuestros papeles se alejaron. Ella ganó su revolución, yo la describí, y adiós muy buenas.

Pero recuerdo la hacienda donde vivía. ¡Se comía tan bien! ¡Mmm..., aquellos *pansit*! Era una de esas casas patriarcales antiguas, dieciochescas, con una mesa larguísima, con todos sus primos, sus tíos, y ella vestida de amarillo...

FOLCO: Y del príncipe Sihanuk, que después se convirtió en rey de Camboya, ¿no eras amigo?

Papá ríe.

TIZIANO: Mi relación con él era un poco cómica. ¡Le llevaba faldas a su mujer! ¿Te he contado lo de cuando volví a Camboya después de la caída de

los jemerres rojos? Encontré uno de los antiguos talleres donde hacían sedas maravillosas. Sihanuk y su mujer todavía estaban exiliados en Pekín y yo llevé desde Camboya una gran caja de mangos para él y un precioso *sarong* para ella. Se lo di, me dieron las gracias y me fui. Dos o tres meses más tarde hubo una gran ceremonia para promover la guerrilla sihanukiana contra los vietnamitas. Acudo a la ceremonia, guardando como siempre las distancias, sin sentarme a su lado, pero en un momento dado veo que la princesa Monique me mira, levanta un poco la falda y dice: «*Merci, merci, monsieur Terzani*». Era divertido, se había puesto

la falda que yo le había regalado.

A ellos tampoco les pedí ningún privilegio, por supuesto, nada de nada. Una vez de vuelta en Camboya, me invitaron un par de veces a cenar en familia porque me conocían desde hacía muchos años, desde la época en que vivían en Pekín. Pero también él, más adelante... Demasiado manipuladores, en fin.

No. A mí me gustan los jesuitas.

FOLCO: ¿Te gustan los jesuitas?

TIZIANO: Sí, mucho. Siempre los he buscado para comprender el país donde estaba, porque ellos penetran en el alma de una cultura. Trabajan y ahondan, están dentro, y saben, y aprenden las

lenguas mejor que todos los demás. ¡Son unos personajes!

FOLCO: ¡Qué raro que, con lo anticlerical que eres, te gusten precisamente los jesuitas!

TIZIANO: Soy anticlerical con los curas coñazo, esos que te dan la bendición para mandarte al paraíso. Los jesuitas no te mandan nunca al paraíso. Esos son grandes intelectuales que intentan comprender.

FOLCO: Hablando de personajes, ¿a quién has conocido a lo largo de tu vida que realmente te haya inspirado? Una persona que ha tenido la posibilidad de relacionarse con personajes históricos despierta curiosidad, ¿sabes? ¿Qué

huella te han dejado?

TIZIANO: Verás, FOLCO, los «personajes históricos» son como los personajes no históricos. Se levantan por la mañana, desayunan, van al baño y empiezan un día como el de los demás.

FOLCO: Recuerdo que siempre me has dicho: si alguien te intimida, imagínatelo...

TIZIANO: ... cagando, sí. No te dejes intimidar nunca por nadie. Cuando te encuentres ante esos que gastan tanta prosopopeya, esos que interpretan el papel de general, tú piensa que por la mañana van al retrete igual que los demás.

He conocido a más pequeños

personajes que grandes. Un anónimo funcionario de provincias que se ocupa de un pueblo que se ha quedado sin agua y se esfuerza para que vuelva a tenerla está haciendo algo bueno. A los verdaderos grandes no los he conocido.

FOLCO: Sin embargo, hay personajes con una gran visión, que inspiran, ¿no? Será que entre los que has conocido no había muchos.

TIZIANO: Si los hubiera conocido, quizá eso me habría ayudado.

FOLCO: Bueno, pero ¿qué personas te han inspirado?

TIZIANO: Desgraciadamente, los grandes empezaron a desaparecer cuando yo todavía era pequeño. Pero

recuerdo..., te reirás... Para mí, cuando era un niño, Albert Schweitzer fue una revelación. ¡Ese hombre que es pianista y filósofo, y que a los cuarenta años empieza a estudiar medicina para ir a montar un hospital a orillas de un río en plena África! Y muchos más: Einstein, Bertrand Russell, al que leía, y muchas buenas personas que vas conociendo y cada una de las cuales te da algo.

Por ejemplo, me impresionó muchísimo La Pira. Yo frecuentaba el oratorio de don Bensi, el maestro de don Milani, y todas las noches pasaba este hombre, que entonces era alcalde de Florencia, de vuelta al convento con su carpeta. Porque La Pira vivía en el

convento de San Marcos. Un hombre así... Ésa era la gente que me inspiraba. No era una cuestión de dinero, de hacerse ricos.

Y con esto volvemos a un tema que he afrontado varias veces: la falta de héroes, la falta de grandes personajes. Ah, si me preguntas por hombres que me han inspirado mucho, citaré a otro: Sven Hedin. Su libro *My Life as an Explorer* es magnífico. Sven Hedin era un poco espía, del rey de Suecia, de Hitler, para conseguir algún dinero. Pero era también uno de esos hombres libres que se iban semanas y meses con los yak cubiertos de pieles curtidas a descubrir cosas increíbles en los desiertos del

Asia central. ¡Esa fuerza del hombre, esa búsqueda!

Papá se sirve té.

FOLCO: Pero, aparte de los que has leído, como Sven Hedin, Bertrand Russell y otros, de los que has conocido *personalmente* a lo largo de tu vida, ¿quién te ha inspirado?

TIZIANO: Ya no quedaban ni en mi niñez.

FOLCO: ¡Pero si has conocido a muchos!

TIZIANO: Como periodista he conocido a muchos charlatanes. Gente que representaba su papel y que, por el

hecho de ser yo periodista, al conocerme me daba un paquete bien envuelto y me contaba chorradas.

Pero no he conocido a ningún gran personaje, a ninguno.

De verdad, si tengo que volver sobre mis pasos, la Madre Teresa me impresionó, el Dalai Lama también sin duda, y algunos personajes anónimos, como el monje de Mongolia al que le pregunto si le da miedo morir y me contesta: «¿Miedo? Estoy impaciente por morir. ¡Esta vida es aburridísima! Quiero ver qué hay en la próxima». Personajes así, limpios, solitarios. Grandes ya no quedaba ninguno. Habían muerto en el asilo, como decía un amigo

nuestro chino. «Los Soljenitsin chinos han muerto todos en el asilo», decía. Y es cierto. Destruídos por las escuelas, por la cultura, por los lavados de cerebro.

FOLCO: Pero entre todos los artistas y los ministros, entre los comandantes, los héroes, los revolucionarios, los cabecillas del Vietcong que consiguieron ganar la guerra...

TIZIANO: ¡A mí me parece una maravilla! Releo mis propios libros y ni siquiera recuerdo quiénes eran. Gente que pasa, que pasa...

FOLCO: ¡Pero era gente que arriesgó la vida, que logró inspirar a otros para morir por una causa!

TIZIANO: Sí, sí, en aquel momento sí. Pero, después, ¿qué queda? Un cementerio. Estiércol y cenizas.

FOLCO: En serio, papá, de toda la gente que has conocido, ¿sólo muy pocos te han impresionado?

TIZIANO: Nadie, nadie.

FOLCO: ¿Los jesuitas tampoco?

TIZIANO: Sí, sí, un poco. Pero también ellos tenían su guión. No olvides que en Hong Kong el padre Ladanyi, el jesuita al que más he admirado, en el último momento no tenía nada de jesuita, sólo quería convertir a mi padre, a punto de morir, y darle la extremaunción.

Y mi padre se ponía a gritar.

Río.

¿Ésa es toda su grandeza?

FOLCO: ¿El abuelo no aceptó la extremaunción?

TIZIANO: ¡Virgen santa, menudas escenas le montó! Todos acaban por tener un pequeño guión en el que creen, ligado a su papel, a su máscara.

FOLCO: Es curioso que no haya personas que... ¿Y el Viejo del Himalaya al que ibas a ver cuando vivías allí? ¿Te impresionó él como persona?

TIZIANO: Sí. El Viejo sí que me impresionó.

FOLCO: ¿Ves como ha habido alguien que te ha impresionado? Quizá no en el ámbito de la política, quizá no entre los generales...

TIZIANO: Con todo, debes reconocer que cuando lees textos como el *Upanishad*... ¡ahhh!

Conoces a mucha gente, y luego, lentamente, te vas. Y por el camino distingues a los maestros falsos de los verdaderos, y al final, en la cima del Himalaya, un anciano te permite, con un toque mágico, entrever por un instante lo que nunca has visto. Y una vez que lo has visto, no puedes seguir viviendo normalmente.

Un bonito viaje, ¿no?

FOLCO: Mmm..., mucho.

TIZIANO: ¿Y ahora qué? Mira mis piernas, ¡míralas!

FOLCO: Están hinchadas.

TIZIANO: Este cuerpo lo dejo aquí.

Ríe.

¿Sabes?, con una vela se enciende otra. Una se apaga y la otra arde. Ésa enciende otra...

El dinero

TIZIANO: Como sabes, yo siempre he tenido una relación muy rara con el dinero.

FOLCO: ¿Qué quieres decir?

TIZIANO: Lo he utilizado, lo he ganado trabajando, pero nunca me ha importado lo más mínimo. Creo que en toda mi vida no he tomado una sola decisión pensando en el dinero, como optar por un trabajo porque me permitía ganar más. Nunca. El dinero era algo así como tener sed y beber.

Trabajando siempre he ganado el dinero suficiente para no angustiarme

por no tener, que fue lo que me angustió durante mi infancia. Pero para mí el dinero nunca ha representado nada. De hecho, cuando hablo de resarcimiento no me refiero a que quisiera hacerme rico. Eso también es una suerte, ¿no? Uno nace así, forma parte de la naturaleza de cada cual. En cambio, si uno está apegado al dinero, siempre tiene la sensación de que no es suficiente. Pero si tienes la suerte de tener una relación de distanciamiento con él, ¡piensa cuántas cosas cambian en tu vida, cuántas decisiones puedes tomar que te dejan libre! Y yo siempre he sentido con fuerza la necesidad de libertad, en la que el dinero también representaba un

pequeño papel, desde luego, porque sin dinero ni siquiera hay libertad.

Todas estas pequeñas cosas determinan la vida. Das un paso, luego das otro, hasta que llega un momento en que te vuelves y dices: «¡Ahí va, hay un hilo!».

FOLCO: ¿Y ahora lo ves?

TIZIANO: ¡Ya lo creo que lo veo! Y es un hilo de instinto. Alguien, tal vez un ángel de la guarda o quizás esa inteligencia que lo mantiene todo unido, me ha ayudado a sujetar con la mano el hilo. De la misma manera, cuando en la vida empiezas a dar pasos equivocados, porque no has comprendido quién eres, o porque te ves empujado por las

circunstancias, o porque quieres ser como los demás, es un caos. Porque ese paso determina otro paso, y luego otro, y otro más. Y es muy difícil volver atrás.

Pero es necesario para comprender quién eres, no es tan sencillo.

FOLCO: ¿Y ahora miras hacia atrás y ves el camino que has recorrido?

TIZIANO: Sí.

FOLCO: ¿Y también miras hacia delante y te preguntas a dónde va?

TIZIANO: No, no hay futuro. El futuro es una caja vacía en la que metes todas tus ilusiones.

Río.

Todo lo que no has hecho, todo lo que hubieras querido hacer... *¡puf, puf, puf!* lo metes en el futuro. Y el pasado es sólo memoria, una caja cerrada en la que has metido lo que te gusta y de la cual has sacado lo que no quieres. En el fondo, el pasado también es inexistente.

Lo único real es que ahora estamos aquí, en el césped.

Ahora. Aquí.

Ahora estamos aquí.

FOLCO: Entonces, ¿nunca piensas cómo será cuando uno llega a la otra orilla?

Papá niega con la cabeza, sonriendo.

TIZIANO: Porque no será, no será.

FOLCO: ¡Quién sabe!

Islas perdidas

*Estamos
en la gompá
de papá,
sentados
con las
piernas
cruzadas
sobre el
banco
cubierto con
alfombras
que utiliza
como cama.
Él habla
despacio y
con voz muy
queda.*

FOLCO: ¿Cómo quieres organizar hoy la conversación? ¿Tienes alguna idea de por dónde quieres empezar?

TIZIANO: Quisiera hacer una pequeña alusión a la historia de las Kuriles, esas islas misteriosas del fin del mundo, siempre envueltas en niebla.

Respira hondo, le cuesta hablar.

FOLCO: ¿Por qué quisiste ir? Nunca he entendido la finalidad de ese viaje a las zonas más remotas de la Unión Soviética, que tú, en cambio, valoras mucho.

TIZIANO: Ese viaje fue importantísimo para mí. Es un episodio

que explica mi curiosidad por una humanidad malgastada, con dientes de hierro...

Empezamos por Sajalín. En aquellos años la isla estaba cerrada a causa del viejo problema de la disputa territorial entre Japón y la Unión Soviética, pero nosotros, no sin grandes esfuerzos, conseguimos convencer a la embajada soviética en Tokio de que valía la pena darnos un visado para dos o tres semanas..., éramos Philippe Pons, de *Le Monde*, Otomo y yo..., y al final lo obtuvimos.

Tuvimos que ir a Sajalín a través de la Unión Soviética, por Jabárovsk, las ciudades míticas de los grandes ríos.

Desde allí se seguía a bordo de pequeños aviones Antonov, que eran ataúdes volantes, para aterrizar en unos supuestos aeropuertos, sucios, desastrados, en los que sólo había una cabaña de madera donde, si tenías suerte, te daban un té caliente.

Toda esa zona es misteriosa. La gran navegación del siglo XX pasa por el estrecho entre la tierra firme y la isla de Sajalín, y las descripciones de ese estrecho son fantásticas. De esa zona, permanentemente brumosa y fría, que llega hasta las Kuriles, fue de donde partió la flota del almirante Yamamoto para atacar Pearl Harbor. Estaba fascinado. De nuevo era la Historia lo

que me interesaba, ¿te das cuenta?

Casi no se le oye.

FOLCO: ¿Cómo dices, papá?

TIZIANO: ¡Ver! Ver cómo había sido posible...

FOLCO: Pero ¿qué te impresionó de las Kuriles, de Sajalín?

TIZIANO: Para empezar, las Kuriles y Sajalín son dos sitios distintos. De Sajalín, el incentivo era, como de costumbre, que no había estado ningún extranjero desde hacía mucho tiempo. Sólo por eso ya despertaba mi curiosidad. De hecho, encontramos una sociedad profundamente soviética y, en

ese sentido, encantadora. Aquí, ya sabes, siempre se piensa: «Unión Soviética igual a gulag», como si hubiera un gulag en cada esquina. Bueno, sí, también en aquellas tierras había espantosos gulag, pero estaban en la península de Kamchatka, no en Sajalín. Al contrario, había buenos soviéticos que disponían de mucho tiempo para ir a la montaña, esquiar y ocuparse de sus huertecitos, donde cultivaban fresas. Apenas conocerte, se volcaban en ti. Y volcarse en ti significaba invitarte a su casa, ponerte delante rebanadas de aquel pan negro excelente, con mantequilla y vodka, y cuencos llenos de caviar que tenías que

comer con cuchara. O sea, soviéticos, sí, pero ¡madre mía, generosos como pocos!

Viajamos por toda la isla y descubrimos cosas terribles. Fuera de las pequeñas ciudades encontrabas a los mineros, borrachos de la mañana a la noche, haciendo cola en los establecimientos de venta de vodka. Había zonas donde se extraía petróleo y el aire estaba siempre contaminado, asqueroso, sucio, no se podía respirar. Todo estaba sucio. El barro en invierno, las calles sin asfaltar, las cloacas abiertas, la desesperación.

El aspecto hermoso era la naturaleza, con el gran misterio de los

salmones que remontan los ríos para ir a morir o a que se los coman los osos. Porque los salmones nacen en las aguas altas de los ríos, nadan hacia el mar, se quedan allí..., no sé..., tres o cuatro años, y luego vuelven a su río. Lo que ignoro es cómo se las arreglan para encontrar la desembocadura después de tantos años. Vuelven para efectuar el desove y morir. Y así todo continúa. Remontamos en barco uno de esos ríos, y comíamos las huevas de salmón a paletadas. ¡Riquísimas!

Después fuimos al norte de la isla y allí mantuve una larga charla con un comunista de un importante periódico soviético..., el comunismo aún no se

había terminado..., quien me preguntó lo mismo que me has preguntado tú.

«Pero ¿qué le interesa de todo esto?».

Yo lo tenía claro: «Me interesan las vidas».

«¿Las vidas malgastadas?».

«Sí. Me interesa la tragedia humana».

«¿Quiere ver de verdad la tragedia humana? —replicó—. Sajalín es un paraíso. ¡Vaya a las Kuriles!».

Gracias a él, un año después obtuve el visado.

Era el non plus ultra. Las Kuriles están dispersas a lo largo de un inmenso trecho de mar y son las islas del fin del

mundo. Más allá no hay nada, hay hielo. Cuando llegabas en uno de aquellos avioncitos, veías desde lo alto volcanes en actividad y al lado, glaciares. Una atmósfera de purgatorio, una parte del mundo donde no había ido ningún visitante, porque para los soviéticos aquellos territorios eran estratégicos. Desde allí controlaban con los aviones todo el espacio aéreo al norte de Japón. Eran territorios muy sensibles, pero me dejaron ir porque me había ganado cierta reputación, vamos, que se habían percatado de que yo no era de los que practican un doble juego, de los que se dedican a espiar, sino que estaba sinceramente interesado.

Debes tener en cuenta que para mí en todo eso había algo que me afectaba personalmente. Llegas a las Kuriles, unas islas que en los años del gran impulso hacia el socialismo Stalin había abierto a los jóvenes de Rusia diciendo: «¿Queréis estar en la frontera del socialismo? ¿Queréis construir el socialismo allí donde no hay nada, sólo tierra árida?». Fueron por millares. Empezaron viviendo en fosas excavadas en el hielo, antes de construir cabañas con troncos de árbol..., cabañas que todavía existen, con olor a tocino en su interior, sucias..., y ciudades que no son ciudades, sino campos con farolas torcidas y, aquí y allá, una casita

desvencijada con leña amontonada alrededor, igual a como la amontonaste tú ayer alrededor de esta casa.

Y, sin embargo, había algo profundamente conmovedor en todo aquello. ¡La gente! Gente que había vivido allí hasta treinta años. Algunos se sentían prisioneros, es verdad, pero para muchos la fe en que estaban construyendo algo nuevo, lo cual al fin y al cabo era mi viejo sueño, ¿no?..., esa fe seguía siendo fortísima, lo notabas cuando hablabas con ellos. Te invitaban a cenar, amabilísimos. Te abrían la puerta de su casa, te invitaban a quedarte si querías, porque tenían la convicción de que realmente el mundo

podía ser socialista, igual para todos, para compartir con todos. Habían creído en eso.

Ellos eran «la frontera», los héroes, porque todo era también propaganda, retórica. Trabajaban en los *kombinat*, que así se llamaban las fábricas que preparaban el pescado para la Unión Soviética. Llegaban los pesqueros..., el mar allí es peligrosísimo..., y en el *kombinat* seleccionaban el pescado y lo enlababan o lo congelaban. Eso era lo que aportaban a la Unión Soviética, ésa era su contribución. La Unión Soviética, a cambio, debía darles a ellos todo lo demás, porque en aquellas islas áridas, FOLCO, en aquellas rocas no crecía ni

grano, no crecía ni algodón para hacer camisetas. La Unión Soviética tenía que enviarles esas cosas. Por desgracia, no lo hacía con regularidad; por desgracia, los tenían olvidados. Pero ellos resistían, resistían.

Me emocionó ver a aquellos jóvenes envejecidos en nombre de un ideal por el que habían trabajado como forzados y que al final los hizo ponerse gordos..., con esa obesidad flácida, poco sana, las mujeres con bolsas de grasa bajo los codos..., pero todos, indefectiblemente, con unas maravillosas sonrisas de hierro. Les habían arreglado la dentadura, pero no con porcelana, ni con oro ni plata, ¡con hierro! Cuando reían,

mostraban sus dientes de hierro. Me parecían patéticos, pero los quería.

Y allí estaba también toda mi historia, porque recuerda que mi padre había sido comunista. Nunca fue un gran militante o un miembro de los grupos que atacaban durante la guerra, pero creía en esa idea, creía en el sueño de una sociedad más justa. Y no puedo olvidar cuando, durante los años un poco más difíciles de la posguerra, él y sus amigos solían decir: «¡Acabará viniendo el Bigotes!», o sea, acabará viniendo Stalin a poner orden. Y yo, que había oído todo eso en mi infancia, ahora veía que allí, en las Kuriles, Stalin estaba presente. Había algo en

todo aquello que me emocionaba.

Mi padre no fue..., cómo te diría..., un héroe. Era un hombre normal, decente, pero recuerdo un episodio que me impresionó muchísimo, demostrativo de que también había tenido un momento de valor. Acabada la guerra, los comunistas tuvieron que entregar las armas al nuevo gobierno, pero algunas células, incluida la suya, decidieron no hacerlo.

FOLCO: ¿El abuelo pertenecía a una célula comunista?

TIZIANO: Sí, espera, ahora te lo cuento. Tenían armas y decidieron no entregarlas porque podían serles útiles. Las envolvieron en hojas de papel

impregnado de aceite, me acuerdo perfectamente, luego hicieron grandes agujeros en las paredes y las escondieron dentro. De vez en cuando oía una frase recurrente: «¡Va a haber que desemparedar!», y cuando Togliatti sufrió un atentado, la historia de desemparedar adquirió tintes muy, muy serios. Podría haber estallado una guerra civil en Italia.

No desemparedaron y fue una suerte.

Yo, de mayor, voy como periodista a un mundo con el que en el fondo mi padre había soñado. Él era voluntarioso, creía en aquello. Si le hubiese tocado a él de joven, en los años treinta, habría ido a las Kuriles a trabajar en un

kombinat. ¡Madre mía! No es casual que le dedicara mi libro *Buonanotte, signor Lenin!*: «A mi padre, que soñaba». Tenía un sueño ingenuo, tenía un sueño que era una pesadilla, pero no se puede infravalorar la cantidad de abnegación humana, de calor, de voluntad de construir algo nuevo que se invirtió en ello.

De esa visita, de todo mi tráfago con la Unión Soviética, al final me quedan ciertas imágenes que siempre conservaré en la mente. Los hombres y las mujeres de las Kuriles con su sonrisa de hierro y, todavía peor, los jubilados de los *kombinat* y los supervivientes de la Segunda Guerra Mundial que habían

sufrido en Stalingrado todo el horror que uno puede imaginar de un conflicto bélico. Hay que recordar eso cada vez que nos dicen que los norteamericanos nos salvaron del nazismo y del fascismo. Es verdad, pero también nos salvaron veinte millones de caídos soviéticos, porque si los soviéticos no hubieran detenido a los alemanes en Stalingrado, no habría sido fácil vencer en Europa. De hecho, no es fruto del azar que los soviéticos tomaran Berlín.

En la Unión Soviética veías por todas partes a esos ex generales, a esos ex coroneles con sus chaquetas cruzadas repletas de medallas, a tipos que habían perdido un ojo o una pierna en

Stalingrado y ahora no tenían un céntimo. Les prometieron una pensión, pero desde que la economía había cambiado no les llegaba ni para cigarrillos. Y vagaban por las calles helados de frío y vendían sus medallas.

FOLCO: ¿Todavía vagan por las calles con las medallas?

TIZIANO: Sí, las medallas no se las quitan, porque cuando entras en una panadería, si luces una medalla pasas delante de todos, y en el tranvía te ceden el asiento. La medalla es el símbolo de tu contribución a la Unión Soviética, es algo importantísimo. En Rusia existen los héroes. Los veías, sentados con sus medallas en los bancos de los

jardincitos de mierda de la plaza del Comunismo o de la calle Lenin, gruesos, pobres, sucios, y sobre ellos destacaban esos enormes monumentos al futuro del socialismo, con esos cuerpos musculosos echados hacia delante. Había gente, FOLCO, y sentí por ella una gran compasión.

FOLCO: ¿Vidas malgastadas?

TIZIANO: Vidas malgastadas. Verás, hay un período heroico en las cosas: la revolución vietnamita al principio, la revolución china. Luego, el heroísmo se convierte en lo cotidiano, se convierte en la cola para conseguir algo de leña, en la cola para comprar pan. Y además, el pan es caro y tienes que vender las

sillas de casa para comprarlo. Una gran desilusión, el socialismo, una grandísima desilusión.

FOLCO: «Socialismo» y «comunismo» se han convertido casi en insultos. ¿Cuál es la esencia de ese sueño que nos permite seguir identificándonos con él, en vez de rechazarlo sin siquiera pensar?

TIZIANO: La idea del socialismo era muy sencilla: crear una sociedad en la que no haya patronos que controlen los medios de producción con los cuales imponen la esclavitud a la gente. Cuando tú tienes una fábrica y eres el dueño absoluto de ella, puedes despedir y contratar, puedes contratar incluso a

niños de doce años y hacerlos trabajar, y está claro que acumulas unos beneficios enormes que no has producido tú, los ha producido el trabajo de ellos. Así que, si ellos participan en el esfuerzo de producir, ¿por qué no dejar que sean copropietarios de la fábrica?

La sociedad está *llena* de injusticias. Miras a tu alrededor y te dices: ¿cómo es posible que no se puedan resolver?

Por ejemplo, uno tiene una empresa agrícola en la parte alta de un río con mucha agua. Puede construir un dique para impedir que el agua llegue al campesino que está más abajo, pero no es justo. ¿No se podría llegar a un acuerdo para que el agua le llegue

también al de abajo? El socialismo es la idea de una sociedad en la que nadie explota el trabajo del otro. Cada uno hace lo que le corresponde y, de lo que se ha hecho en común, cada uno toma lo que necesita. O sea, vive con lo que necesita, no acumula, porque acumular quita algo a los demás y no sirve de nada. Mira hoy a esa gente tan rica, incluso en Italia. Tanto acumular, ¿para qué sirve? Les sirve a ellos. Sirve para tener un yate, una mansión en la playa. En muchos casos, todo ese dinero ni siquiera se recicla en el sistema que produce trabajo. Hay algo que no funciona. De ahí nace la idea del socialismo.

FOLCO: ¿Y el comunismo? ¿Cuál es la diferencia entre socialismo y comunismo?

TIZIANO: El comunismo intentó institucionalizar la aspiración socialista creando, como uno siempre piensa que es la solución, instituciones y controles. En ese punto, la esencia del socialismo ha desaparecido, porque en el fondo el socialismo es también un poco anárquico. Cuando empiezas a tener una policía que controla cuánto pan comes, que manda a todos a trabajar a las ocho, y quien no va es enviado al gulag, se acabó.

Toda idea, si se institucionaliza, se anquilosa, muere. Es lo que les sucede a

las religiones. Las religiones nacen como grandes inspiraciones. Hay un profeta, unos seguidores, hay un sentimiento de gran descubrimiento y de euforia. Luego llega uno que dice: «Los que quieran entrar en la Iglesia, que se toquen con un sombrero amarillo...».

Río.

¡Sí, sí, es así, es así! Y pierden toda su frescura, toda su originalidad. Pero, si quieres saber mi opinión, la idea del socialismo sobrevivirá a este período egoísta y capitalista. Porque, ¿cómo puede una sociedad de hombres no aspirar a un sistema de justicia y de

igualdad para todos? ¡Debe hacerlo! Si se piensa bien, es un ideal que gusta a los jóvenes, que es divertido, y hay diferentes modelos. Piensa en los kibbutz, piensa en cuando Israel se convierte en Estado y del mundo entero acuden jóvenes judíos para trabajar, para plantar árboles en los desiertos, para llevar agua. No por dinero, sino para trabajar juntos, para construir algo en común. Aquellos no eran comunistas, eran socialistas. Es después cuando el sistema de las granujas, que lo recicla todo, se hace con el control de esos hermosos experimentos y los asfixia. Otro ejemplo es el de las antiguas comunidades monásticas, donde no

había nadie que comiera más que los otros. A todas las comunidades monásticas del pasado se las puede llamar socialistas: trabajaban todos juntos.

FOLCO: ¿Es eso lo que en tu opinión falta ahora aquí?

TIZIANO: Aquí cada uno piensa en sí mismo, no tiene más remedio que pensar en sí mismo, mientras que en las Kuriles prevalecía desde el principio la idea de que se pensaba en *nosotros*. La cosa cambia si el Estado, tal como lo vemos nosotros, es un enemigo; si el Estado está ávido de impuestos; si el Estado te manda a la policía a casa; si el Estado es siempre algo gravoso, antagónico.

Una cosa es que el Estado exija siempre algo de ti; otra cosa es que tú lo percibas como *tu* Estado, que el Estado sea tuyo. Aquel *kombinat* no era de Moscú, era suyo, de la gente de las Kuriles. Si no funcionaba, o lo reparaban o no podían enlatar el pescado. Si lo piensas bien, hay algo profundamente natural en ello.

En eso, en el hecho de tratar de reconstruir una comunidad en la que todos trabajan juntos, radicaba también la grandeza de Mao. Acuérdate, ya hemos hablado de esto, Mao había llegado a decir, cosa que me fascinaba, que los verdaderos incentivos eran los incentivos morales. ¡Poder llegar a eso!

Poder despojar al hombre de su horrible materialismo, que lo hace querer ser rico y todas esas cosas, para meterle en la cabeza que el premio por su trabajo es el incentivo moral.

FOLCO: ¿Qué es un incentivo moral?

TIZIANO: Tú eres eficiente, todos los días aras una hectárea de tierra más que los demás, y por la noche, durante la cena, recibes los elogios de la comunidad. Te dan una faja, o un botoncito rojo, y Terzani se convierte en un héroe de la comuna. ¡El incentivo moral en vez del incentivo material! Podían decirte: «Querido Terzani, lo has hecho muy bien. Aquí tienes una buena tableta de chocolate». Pero no, te dan un

botón rojo. El resultado de esto debería ser un hombre distinto, ¿no?

Pero, en el fondo, pese a que haya que reconocer que tener esos sentimientos y esos valores es hermoso, en el fondo de todo está la necesidad del hombre de libertad absoluta. Y la libertad absoluta conduce al capitalismo, a la acumulación.

FOLCO: Papá, volviendo a las Kuriles, quería preguntarte una última cosa.

TIZIANO: Dime.

FOLCO: ¿Qué te transmitieron?

TIZIANO: ¡Calor humano, calor humano! En aquella tragedia, calor humano. En aquel barco que se hundía,

todos sonreían con su sonrisa de hierro pese a saber que le habían dedicado la vida.

FOLCO: ¿Tenían la sensación de haberla malgastado?

TIZIANO: Sí, desde luego. Pero conservaban la generosidad. Al llegar a Yuzhno-Sajalinsk una noche de invierno, cuando todo estaba completamente helado, resbalé en la calle, me caí y me fracturé un brazo justo por la muñeca. La mano me colgaba, como si fuera una pieza independiente. ¡Dios mío! Era una faena, porque tenía que salir al día siguiente para las Kuriles. Pero entonces descubrí otro aspecto positivo de la Unión Soviética. Me llevaron al hospital

de Sajalín, un hospital militar, porque allí todo estaba un poco bajo el control de los militares. El médico era coreano, la enfermera una rusa culona, amabilísimos los dos. Me miraron el brazo, la herida, creo que ni siquiera me hicieron una radiografía. La mujer...

Ríe.

... se sentó en una silla y yo me senté sobre sus piernas. Me sujetó rodeándome la cintura con los brazos, el médico me tomó la mano y dijo: «¡Ahora, aguante!». La mujer tiraba hacia atrás, el médico hacia delante, y, entre tremendos gritos, colocaron el

hueso en su sitio. Luego, me escayolaron el brazo; ha sido la fractura mejor soldada de toda mi vida.

Papá me enseña lo bien que mueve la muñeca.

FOLCO: La mueves perfectamente.

TIZIANO: Perfectamente. Y sin pagar. Compré una botella de vodka y se la llevé. Son unas relaciones hermosas, ¿comprendes? Hermosas, sencillas, humanas.

Me pasé las tres semanas en las Kuriles tomando notas con la mano izquierda y desplazándome con gran dificultad con la bolsa de viaje. No era

fácil, ¿sabes? Pero un día estoy en la plaza, por primera vez soleada, de una de esas islas y veo a un tipo enorme, uno de esos obreros o leñadores de los que te hablaba, que viene hacia mí con aire adusto. Y cuando lo tengo delante, me dedica una amplia sonrisa y dice: «¡Si agarro al que te ha roto el brazo, le parto el cuello!». No lo había visto en mi vida. Pero ésas eran las relaciones, ¿comprendes? Una plaza, cuatro gatos, un extranjero y aquel hombretón que dice: «¡Si agarro al que te ha roto el brazo, le parto el cuello!».

Se ríe.

Me encantan esas cosas. A mí, unas palabras como esas me llenan el día.

FOLCO: ¿Por eso dices que en medio de aquel desastre había mucha más humanidad que en medio de nuestra eficiencia?

TIZIANO: Mucha, mucha humanidad. Y mucha solidaridad también entre ellos, mucha.

La Organización

*Está
llegando el
verano. Por
detrás de
casa, los
pastores
han subido
con las
ovejas. En
el aire flota
un
agradable
olor de
establo y se
oye un
tintineo de
campanillas.*

*Estamos
sentados a
la sombra
del arce.*

TIZIANO: A lo largo de la vida me he preguntado con frecuencia de dónde vendría la solución al problema al que nos enfrentamos, el de la humanidad que me parece que se está enredando en su búsqueda de una solución a lo que no funciona.

Una vez, cruzando en barco el estrecho de Malaca, una de esas preciosas tardes que te quedabas en la cubierta del barco para contemplar la puesta del sol, vi en el horizonte decenas de espléndidas islitas y se me

ocurrió la divertida idea de que la solución vendría de una conspiración de poetas. Porque me parecía que tan sólo la poesía puede darnos una inyección de esperanza. Identifiqué una isla lejanísima, insignificante, que no aparecía en ningún mapa, pero donde imaginaba que florecía una generación de jóvenes poetas que esperaban el momento de tomar las riendas del destino del mundo. Tenía en cierto modo la sensación de que la solución no estaba en los partidos, en las instituciones, en las iglesias, donde todos repiten las mismas cosas, y actualmente, por añadidura, ya sin siquiera con la carga ideológica que

hubo en el pasado.

Hasta que tú dijiste algo que me impresionó. Dijiste que viviendo en la India, o en California, o viajando, conocías gente nueva, a la que nunca habías visto, y hablando con ella te dabas cuenta de que empleaba un lenguaje en el cual se repetían palabras que os unían. Entonces expusiste una idea que me pareció brillante: que existe en el mundo lo que tú llamabas la Organización.

¿De dónde sacaste ese nombre?

FOLCO: Me lo inventé.

TIZIANO: Pero lo bueno es que no es una organización. Es la cosa más desorganizada, más informal, más

inexistente que hay, pero que a través de extrañas vías une a toda una serie de personas en torno a las mismas ideas, las mismas intenciones, las mismas aspiraciones. Y me parecía que eso coincidía con mi conspiración de los poetas. Un gesto, un darse la mano de determinada forma, una especie de masonería mística, en el mundo de los jóvenes en particular, donde en cierto modo se encuentran nuevas vías o se percibe que hay algo nuevo en el ambiente.

La Organización es asimismo una hermosa clave, porque explica el fin de la política, es decir, explica por qué la política ya no responde a los problemas

y por qué se está yendo hacia otras soluciones: la religión, la espiritualidad, etcétera. De hecho, ya no hay un partido al que uno va y dice: «¡Aquí estoy! Quiero el carné, quiero trabajar con vosotros. Decidme qué puedo hacer. ¿Tengo que pegar carteles en las próximas elecciones?». Eso ya no se da. Pero hay una sensación de que todos participan en una cosa misteriosa de la que son los hilos, son los jefes, coetáneos, amigos. Lo encuentro muy bonito y forma parte de una visión positiva que quiero dejar a los jóvenes.

Cuando se publicó *Cartas contra la guerra* y recorrí Italia en mi peregrinación de paz; en cierta ocasión

dije: «Bueno, la solución existe, está acercándose. Mi hijo la llama la Organización y siente que pertenece a ella junto a mucha más gente». Me impresionó que era como abrir una compuerta, porque muchos se reconocían inmediatamente en esa idea, y lo curioso es que empecé a recibir cartas. Salía de los encuentros y se me acercaban personas que me metían un papelito en el bolsillo y susurraban: «Yo también soy de la Organización».

Me parecía fantástico.

FOLCO: Una mañana te despiertas y sientes que formas parte de esa cosa, sin saber muy bien qué es, dónde tiene su base, quién forma parte de ella. Algunas

veces he preguntado a una persona a la que he conocido por casualidad: «¿Tú eres miembro de la Organización?». El primero al que se me ocurrió preguntárselo me miró como diciendo: «¿Pero tú eres tonto o qué?». Después se convirtió en uno de mis mejores amigos. Resumiendo, la pregunta es chusca. O la entiendes o no la entiendes.

TIZIANO: Es verdad. Hay un deseo de pertenecer a algo que valga la pena. A una cosa grande.

FOLCO: Y que exprese una voluntad de mejorar, de actuar, de hacer lo que es justo. Es muy difícil tener conciencia de que uno puede cambiar las cosas solo. ¿De qué sirve consumir menos y no

generar basura si los demás hacen lo contrario? Parece un poco inútil, ¿no? En cambio, si se crea un gran movimiento que dice: «¡Venga, hoy empezamos!», todo se convierte en posible.

TIZIANO: No vas a reuniones, no hablas. No hay nada que hablar, es todo instintivo. Hay algo que nos une para que juntos volvamos a lo justo. Porque lo justo existe, y la gente lo siente. Siente dónde está el bien y dónde el mal; de quién se puede fiar y de quién no. Siente qué es justo en la vida cotidiana; qué vale la pena y qué no; dónde te da por el culo el sistema y dónde puedes salvarte.

FOLCO: Pero hay casi una necesidad de que la llamada venga del exterior más que de una persona, de que ni siquiera se sepa de dónde viene.

TIZIANO: Viene del instinto, no de la razón. ¿Te das cuenta? La razón desvaría. Ha llegado al límite, ya no te puedes fiar de la razón. Piensa lo que significa «entender». ¡Piénsalo bien! No entiendes con la razón. Hay un entender de la razón que se queda en la superficie. Hasta que tú no experimentas, de forma íntima, intuitiva, ese entender, no entiendes de verdad.

FOLCO: Por ejemplo...

TIZIANO: Todo. ¿Cómo entiendes tus relaciones humanas, tu lugar en la vida y

en la sociedad? Entiendes dónde estás con la razón, pero no *entiendes*. La verdadera comprensión es la que va más allá de la razón y se basa en el instinto, en el corazón. Hemos olvidado el corazón. Lo tomamos por algo que quitas, que pones, que sustituyes por una bomba. Sin embargo, es un instrumento increíble de comprensión.

FOLCO: Tiene gracia que se te hayan acercado para decirte: «Yo también soy de la Organización».

TIZIANO: Sí, como si fuera una asociación clandestina.

Ríe.

Y lo bueno es que esa Organización no existe. Tiene gracia, ¿no? Pero la historia es bonita, a mí me parece bonita. Es el indicativo de una aspiración, de la esperanza de que en alguna parte está la solución; de que existe un vínculo secreto, no basado en reglas; de que hay gente que no ha renunciado a los ideales, que no ha renunciado a algo más grande que la vida cotidiana y que de repente siente que no está sola. Eso es lo importante. A mí me pareció realmente divertido.

En esas pequeñas cosas es donde están las señales de algo nuevo.

Historias para niños

TIZIANO: Singapur, Malaysia, Indonesia, Conrad, Kuching, Raja Brooke... Estaba también ese lado, el romanticismo de Asia. Los viajes en barco, la sensación de aventura, de algo que descubrir, el gusto por «lo distinto» que todavía anteaer estaba por doquier. Ésa fue mi época. No en todas partes había hoteles de lujo.

FOLCO: Cuando éramos pequeños, te ibas a menudo y volvías con montones de historias y las maletas llenas de cosas raras. Recuerdo que una vez fuimos a buscarte al puerto de Singapur.

Llevabas al hombro una gran estatua pintada de un hombre que luchaba con un cocodrilo. Nos contaste que el cocodrilo había subido al barco y que el hombre, un malayo fortísimo, lo había estrangulado con sus brazos.

Papá ríe.

TIZIANO: Volvía de Borneo, a bordo de uno de aquellos barcos que eran como viejas carretas. Transportaban madera, dirigidos por capitanes ingleses al mando de una chusma siniestra permanentemente borracha.

¿Y cuando volví de Laos con aquellos dos grandes elefantes de

cerámica esmaltada? Uno era blanco; el otro, negro. Os conté que eran las estatuas de dos elefantes de verdad que os había traído, el blanco para ti y el negro para Saskia, pero que, como eran demasiado grandes para estar en nuestro jardín, los había cedido al zoo. Así que todos los domingos por la mañana íbamos a verlos.

FOLCO: ¡Y durante mucho tiempo nosotros nos lo creímos y estábamos ansiosos de hacernos mayores para poder montar en «nuestros» elefantes!

Y aquella otra historia de un amigo vuestro que tenía una casa en Borneo, ¿era verdad? Según decías, la línea del ecuador pasaba justo por en medio de su

jardín, y él salía por la noche, a oscuras, cuando el calor era sofocante y no tenía nada mejor que hacer, para ir a orinar a uno y otro lado del ecuador.

Años más tarde, cuando era algo mayor, me llevaste contigo a buscar a la prima desaparecida.

TIZIANO: ¡Cuántas cosas se pueden hacer en la vida! En lugar de ir a comprarse un par de zapatos, uno puede ir a buscar a una prima a Tailandia. Da que pensar que incluso ahora, si uno quiere, se pueden hacer cosas interesantes, ¿no? No me refiero a convertirse en un gran atleta o un político famoso, me refiero a vivir el día a día haciendo cosas interesantes.

FOLCO: Estábamos en Hong Kong, cuando una noche recibiste una llamada urgente.

TIZIANO: No, la historia fue así. Un día, estábamos en Hong Kong, mamá recibió una llamada un poco angustiada de un pariente, un juez del tribunal administrativo alemán perteneciente a una de esas familias que llevan siglos al servicio del Estado y de la Ley y que me consideraba un aventurero conocedor de Asia. Su hija había desaparecido. Lo habían intentado todo: acudieron a las embajadas, llevaron a cabo los trámites de rigor, sin conseguir nada. Era una chica joven, de diecisiete años...

FOLCO: Dieciséis. Tenía dos años

más que yo.

TIZIANO: Había ido a Australia a visitar a unos parientes y en el camino de vuelta el avión hizo escala en Malaysia, creo, y ella desembarcó y se puso a viajar por su cuenta. Mandó una postal a casa, pero ésa fue la única noticia que habían tenido desde hacía meses. El juez estaba preocupado, temía que le hubiera pasado algo. Eran tiempos peligrosos, ¿sabes?, había ambientes raros.

FOLCO: A una como ella, y encima rubia, podían haberla secuestrado. Recuerdo que en aquella época se decía que secuestraban a chicas y las llevaban a Arabia Saudí, donde acababan en un

harén.

TIZIANO: Ella era perfecta, una monada. A mí el asunto me fascinó en seguida. Además, quería ayudar a los parientes de mamá.

Así que pedimos que nos remitieran aquella postal y una foto reciente de ella, yo me tomé dos semanas de vacaciones del periódico, te saqué del colegio..., «Ven conmigo, aprenderás algo y nos divertiremos», te dije..., y nos fuimos a Tailandia. Sabíamos que teníamos que buscarla en Tailandia por el sello de la postal.

Y ahí comenzó la aventura. Empezamos a recorrer los bares y los locales que conocía y que frecuentaban

los viajeros hippies. Mostrábamos la fotografía y todos decían: «¡Ah, sí, sí! ¡La he visto por aquí! ¡La he visto por allá!», pero no la había visto realmente nadie. De modo que decidimos recorrer al revés el camino que había hecho ella...

FOLCO: ¡No fue así! ¡La historia era mucho más bonita!

TIZIANO: ¿Cómo fue?

FOLCO: Nosotros íbamos de mesa en mesa con aquella foto, pero *nadie* la había visto. Me preguntaba qué había que hacer para encontrar a una persona perdida en un país, en un continente. ¡Imposible! ¡Es como buscar una aguja en un pajar!

Pero tuvimos un golpe de suerte increíble. Un chico, al ver la foto, dijo que estaba seguro de haber visto a aquella chica rubia en el norte de Tailandia, con un vestido blanco, a la orilla de un río durante la puesta de sol.

A la mañana siguiente tomamos un avión para Chiang Mai.

TIZIANO: Sí, exacto, tienes razón, fue así. Y nada más llegar...

FOLCO: ... le pedimos a un taxista la lista de todas las pensiones baratas de Chiang Mai. Había una cincuentena. Y en la primera que visitamos para consultar el registro... ¡allí estaba!

«En este momento no está en su habitación», nos dijo el recepcionista.

La esperamos fuera y al cabo de media hora llegó.

TIZIANO: Estaba sorprendidísima, asombrada de que la hubiéramos localizado tan fácilmente. Temía que la metiéramos en un avión y la enviásemos a casa de inmediato, ¿te acuerdas? Pero fuimos muy considerados. Yo dije: «¿Quieres una aventura? ¡Ven!». Fuimos a casa de un *mahut*, un guía de elefantes...

FOLCO: Negociaste con él y llegaste a un acuerdo para alquilar tres elefantes, además de aquel elefantito tan gracioso que seguía a su madre, y nos fuimos a la jungla, yo por fin montado en un elefante.

TIZIANO: Estuvimos en la jungla dos o tres días. Recuerdo una noche en una cabaña y aquella cascada maravillosa donde nosotros y los elefantes nos bañamos...

¿Cómo acabó aquello?

FOLCO: ¿Pues sabes que yo tampoco me acuerdo? Ni siquiera la metimos en un avión, creo.

TIZIANO: Sí, acabamos por convencerla de que volviera a casa.

FOLCO: Y al final esa chica rebelde empezó a estudiar en serio, acabó la secundaria y se matriculó en medicina. Ahora es especialista en enfermedades tropicales.

TIZIANO: Veo que te acuerdas bien.

Ahí tienes otro caso en el que es preciso aceptar la diversidad. Si te impones en seguida, si impones tus reglas..., «¡Qué escándalo, mira que escaparse!»..., lo estropeas todo. En cambio, si largas algo de cabo, si confías y permites que el otro encuentre su manera de ser... Además, no había hecho ninguna tontería. Siempre hay un riesgo, pero a veces uno debe experimentar, debe salir de los caminos trazados por otros.

FOLCO: Y ella lo hizo con valentía. ¡Cómo la admiraba en secreto! Lo más divertido es que, cuando le contamos cómo habíamos conseguido encontrarla, dijo que nunca había estado durante la

puesta de sol, vestida de blanco, a la orilla de aquel río...

La suerte

TIZIANO: ¿Por qué voy a hacerme el santo? No lo he sido. Y ahora quiero hablarte de mi otra gran pasión: el juego.

De nuevo el problema del dinero, ¿ves? El casino es perfecto para quitarle valor al dinero, para darle un valor simplemente simbólico. Vas allí, les das mil dólares y ellos te entregan unas fichas de plástico de colores que no valen nada. En realidad, en cuanto te sientas a la mesa de juego, aquello ya no es dinero. ¡Mil dólares, Virgen santa, no te los jugarías! Pero las fichas...

FOLCO: Así que te gustaba el juego. Pero no sólo el del casino, el póquer también, ¿no?

TIZIANO: Sí, jugaba al póquer, pero era demasiado personal. El póquer es un enfrentamiento entre dos personas que intentan engañarse una a otra. Me gustaba, desde luego, pero no es mi ideal. Mi ideal es el casino, porque ahí juegas contra una entidad anónima.

Lo que me fascinaba del casino, y a lo que he dedicado unas cuantas horas de mi vida..., sí, sí, unas cuantas..., era una vez más la atmósfera. Es algo parecido a lo del opio. Desde luego, no iba a jugar para ganar dinero. Como decía con toda la razón aquella gran

amiga china de mamá, «hay dos clases de dinero, el vertical, que te viene del juego, y el dinero horizontal, que hay que ganárselo». Yo iba a jugar para obtener dinero vertical.

FOLCO: Normalmente, ¿ganabas o perdías?

TIZIANO: Tal como yo jugaba, al final me quedaba igual. Lo que ganabas era la diversión. La gran atracción del casino llegó cuando fuimos a vivir a Hong Kong, porque tenías aquellas millas de mar delante, salpicadas de islas, que nosotros veíamos desde casa, y allí resplandecía el espejismo de Macao, una ciudad adorable, maravillosa.

Macao. Allí estaba toda la aspiración occidental a conquistar el alma de China. Los jesuitas pasaron por Macao. Te llevé, ¿te acuerdas? Quería que conocieras a aquellos jesuitas que habían estudiado chino allí para poder penetrar en China y que, luego, cuando China les dio la patada en el culo, se refugiaron de nuevo en Macao, donde soñaban con sus parroquias perdidas. ¿Te acuerdas del viejo padre Acquistapace, que acababa la misa del domingo gritando desde las puertas de su iglesia abiertas, orientadas a China: «¡*Vade retro*, Satanás!»?

Me encantaba Macao. Acabo de encontrar una carta que le escribí hace

unos años a Saskia.

La toma y la lee.

«Forma parte de mi vida. Para mí, Macao es la felicidad de ese ser lejano, el recuerdo de vosotros de pequeños en un *rickshaw* por la Praya Grande, las noches de insomnio pasadas en las viejas mesas de juego, o las noches tranquilas durmiendo en las camas de somieres hundidos en la Pousada, impregnados de olor de historia y de moho... ¿Qué es una ciudad? ¿Las casas, las luces, las calles que se han trazado, como las líneas del destino en la palma de una mano, o el recuerdo que se tiene

de las emociones sentidas allí? ¿Quizá las fantasías que su solo nombre suscita antes incluso de haber estado? Macao. Macao».

FOLCO: Es muy bonito.

TIZIANO: Bonito no es, pero en fin... Escribía estas cosas porque estaba muy impresionado.

¿Y qué era lo que me gustaba tanto? De nuevo ese viajar, esa sensación de libertad, FOLCO, ese ir a comprar un billete de ida y, con uno de vuelta en el bolsillo, subirte en el hidroala que... ¡psss...! partía hacia ese destino. Bajaba en el embarcadero de Macao junto a todos aquellos chinos que iban a intentar recuperar el dinero que habían perdido

la vez anterior. Se jugaban miles de millones, fábricas enteras se han apostado en las mesas de Macao.

Llegabas y te metías en una de aquellas pompas de jabón, porque lo fascinante del casino es que es una pompa de jabón. Entrás y dejas el tiempo a tu espalda. No sabes si es de día o de noche porque no ves el exterior, no hay ventanas. Estás constantemente en otro tiempo.

Había un casino que me gustaba muchísimo, el más antiguo de todos, uno de esos de finales del siglo XIX, creo, que después modernizaron y destruyeron. Estaba en el centro de la antigua Macao y se jugaba al

antiquísimo juego de los botones, el *fantan*, que consiste en lo siguiente: hay una mesa verde sobre la que se vuelca un montón de botones blancos. El *croupier* tiene un cuenco y lo coloca boca abajo sobre una parte de esos botones. Luego, con un palillo largo, como los palillos con los que se come el arroz, separa esos botones en grupos de cuatro hasta que sobre la mesa queda un botón, dos, tres o ninguno. Sobre los que quedan se hace la apuesta. Lo increíble es que, en cuanto el *croupier* levantaba el cuenco y extendía los botones, los jugadores ya sabían cuántos iban a quedar. «¡Tres!». «¡Uno!». Lo sabían en seguida. ¡Era fantástico! Quiero decir, ¿cómo te las

arreglas para contarlos cuando todavía están amontonados?

Lo bueno de aquel casino era que tenía dos pisos. Abajo estaba la mesa con los botones y algunos jugadores sentados alrededor. Arriba estaba un tipo que, con un cestito de mimbre, enviaba abajo las apuestas que hacían los de arriba.

FOLCO: Ah, ¿los de arriba apuestan en el juego de abajo?

TIZIANO: Miran y apuestan. Y hay uno que manda abajo ese cestito de mimbre, que luego el *croupier* envía de vuelta hacia arriba con las ganancias.

¡Y los dramas humanos! ¡Madre mía, tienes a todo Balzac delante de los ojos!

Los jóvenes amantes de los viejos, los viejos industriales que llegan y apuestan fortunas, como te decía. Pero lo que a mí me fascinaba no era tanto entrar en el mundo del juego como el problema de la buena o la mala suerte. Porque tú te sientas a una mesa de *fan-tan*, o de bacarrá, o de black jack..., me gustaban todos..., y juegas, pierdes, ganas, juegas, pierdes, ganas... Y en un momento dado empiezas a perder terriblemente, terriblemente, y no puedes hacer nada, nada. Doblas la apuesta, pones más dinero, pero es inútil. Los demás te miran como un apestado porque, sobre todo en el bacarrá, en cierto modo juegan todos juntos. Y si

aguantas, si tienes dinero, de repente, misteriosamente... ¡paf!, se vuelven las tornas. Empiezas a ganar de nuevo. Ganas, apuestas y ganas. Y entonces estás tocado por la gracia divina. Todos se sientan a tu lado, te tocan, quieren sentarse a jugar en tu puesto...

*Se me
ocurría
pensar que
papá, que
hablaba a
menudo de
haber sido
«afortunado»
en la vida,
había
estudiado a*

*fondo la
suerte, esas
oleadas que
van y
vienen,
precisamente
en las mesas
de juego de
Macao.*

*Pero
nunca pude
imaginar
que habían
sido tan
importantes
para él
como para
querer
hablar de
ellas ahora.*

TIZIANO: ¿Comprendes lo que quiero decir? La suerte cambia. Es así y no hay más vueltas que darle. Se trata de resistir hasta que cambia de nuevo. Y a veces resistir resulta imposible, porque se te ha acabado el dinero y sólo te queda en el bolsillo el billete de vuelta.

A mí a veces se me acababa el dinero, salía del casino y subía al hidroala un poco deprimido, no por haber perdido el dinero vertical sino porque el multimillonario que era propietario del casino me la había jugado. Llegaba a Hong Kong, llamaba a mamá y ella me decía: «Hola, ¿dónde estás?».

«Estoy todavía en Macao. Me quedo

un día más».

Entonces me metía en el banco, sacaba dinero y... ¡brummm! volvía a montar en el hidroala.

Ríe hasta que casi se queda sin voz.

Y a tu madre jamás se le ocurrió decir: «¡Vuelve ahora mismo! ¿Pero qué puñetas haces ahí?»). A veces pasaban dos o tres días así. Incluso cuatro.

FOLCO: Cuando perdías, no decías nada a nadie, era como si ni siquiera te hubieras ido. Pero cuando ganabas...

TIZIANO: ... ¡daba dinero a todos los de casa!

FOLCO: Una mañana, cuando Saskia

y yo nos despertamos, había una hilera de billetes que bajaba por la escalera desde nuestras habitaciones, un billete por escalón, y luego seguía por el pasillo hasta vuestro dormitorio. Nos sentíamos como Hansel y Gretel siguiendo las miguitas de pan.

TIZIANO: Cuando ganaba, en seguida compraba algo. Una vez salí del casino habiendo ganado cinco mil dólares. Los llevaba en el bolsillo, enrollados, en *patacas* de Macao.

Me gustaba callejear por Macao, me gustaba mucho comer en un sitio que se llamaba *Estrela do Mar*, propiedad de un viejo marinero portugués que preparaba bacalao a la portuguesa, con

aceitunas, y lo tomabas acompañado de *vinho verde*. Bueno, pues aquel día me dirigía a ese restaurante con mi dinero en el bolsillo cuando, de repente, me llegan desde un patio voces de gente cantando mientras trabaja. Charla y canta. Como de costumbre, asomo la cabeza, miro y veo que están abriendo unas cajas llenas de piezas de madera preciosas, taraceadas, lacadas en rojo y oro. Me doy cuenta de que es una cama, una de esas enormes camas antiguas de Suzhou con baldaquino que los padres regalaban a las hijas cuando se casaban, cargadas de deseos de fertilidad.

Entonces, por decir algo, un poco en broma, pregunto: «¿Qué hacéis?».

«Acaba de llegar, es una cama. La estamos desembalando, y luego tenemos que montarla», responde uno.

«¿La vendéis?».

Ellos me miran como pensando: «¡Éste está chalado!».

«¿Cuánto queréis?».

«Cinco mil dólares».

Parecía destinada a mí. «La compro».

Y por eso hoy tengo una cama china. Es preciosa, es casi como una habitación, con su atmósfera propia. ¿Sabes la alegría que da tener una cosa así? Un día dormiré en ella tu hijo.

En busca del tesoro

TIZIANO: Filipinas era mi salvación cuando estábamos en Japón. De todos los asiáticos, los filipinos son los más humanos. Viven en un mundo de sueños, sólo hablan con hipérboles.

Vas a un hotel y dices: «Deme una buena suite, por favor».

«¿Presidencial?».

Subes a la habitación y quieres encender la luz, pero no hay lamparilla. Llamas a recepción: «Oiga, no hay lamparilla».

«Ahora mismo le mando al ingeniero».

Y recuerdo otra buenísima, sólo podía surgir de la imaginación de los filipinos. Al atardecer, a lo largo de Rojas Boulevard y en el Rizal Park hay, sobre todo los domingos, puestos donde asan patas de pollo. ¿Y sabes cómo las llaman? ¡Adidas!

Ríe.

¡Las zapatillas de los pollos! Son simpáticos, los filipinos.

Una vez te llevé conmigo a Filipinas.

FOLCO: ¿Cómo es que me llevaste?

TIZIANO: Quería que vieses a qué me dedicaba. No quería que fueras

periodista, ni se me pasaba por la mente, pero quería que supieras qué hacía tu padre, que se pasaba la vida yendo y viniendo. Sí, sabías que trabajaba de periodista. Pero ¿dónde? ¿Con qué criterios? Por eso te llevé conmigo en bastantes ocasiones, todas desastrosas.

FOLCO: Aquella vez nos metimos en un montón de líos. Parecía imposible que en dos o tres semanas..., ¿cuántas fueron?..., pasaran tantas cosas. Estuvimos con los escuadrones de la muerte del coronel Kalida, fingí estar enfermo ante los magos-sanadores y, para terminar, fuimos en busca del tesoro de Yamashita.

TIZIANO: Te dejas el golpe de

Estado.

FOLCO: Es verdad, el golpe de Estado. Eso se me había olvidado.

TIZIANO: No te acuerdas porque por la mañana te dedicabas a dormir. Estabas desganado, distraído, no te interesaba nada. No podré olvidar aquel amanecer..., estábamos en el Manila Hotel y ya la primera noche corría la voz de que iba a pasar algo gordo..., y recibimos la dramática llamada de Sandro Tucci, el viejo fotógrafo: «¡Rápido, salid inmediatamente! Han dado un golpe de Estado. Hay carros de combate por las calles, la ciudad está tomada».

¡Virgen santa! Salí corriendo, sin

afeitarme siquiera. Tú no te movías de la cama. Te decía: «¡Venga, vamos!». Pero tú seguías durmiendo, te importaba un pimiento el golpe de Estado.

FOLCO: ¿Era realmente un golpe de Estado?

TIZIANO: Sí, las calles estaban desiertas, sólo había algunos amotinados. Luego la cosa acabó en nada, como todos los golpes de Estado en Filipinas. Cada dos semanas había uno.

Pero algunas cosas, evidentemente aquellas en las que te reconocías, te impresionaron. Cuando empezaste a ver chavales como tú con los M-16 que iban a que los mataran, y aquellos personajes

de novela como el coronel Kalida..., de novela de terror, en realidad..., entonces advertí cierto interés por tu parte.

Los detalles no los recuerdo bien, pero estaban las fuerzas de los guerrilleros comunistas, el NPA, que tenían peso en la zona donde nosotros estábamos; en el otro bando, los militares, que habían creado unos escuadrones de la muerte privados para echarlos.

FOLCO: De hecho, en el avión en que volamos a Manila vimos, en la primera página del periódico filipino, la foto de un paramilitar que sujetaba por los pelos la cabeza cortada de un guerrillero comunista. ¡Estábamos yendo

al encuentro de una cosa atroz! Después estuvimos con el coronel Kalida, que organizaba sus bandas armadas inspirándose en la figura de Rambo. Tenía una gran foto suya en su despacho.

TIZIANO: Y con Kalida estaba aquel jorobado..., ¿te acuerdas?..., aquel que dirigía un escuadrón de asesinos horribles que se cargaba a todo el mundo. ¡El Jorobado! Ahí sí vi que tenías curiosidad. Entre ellos había un chico con muy buena pinta, y muy inteligente además, que había estudiado y se hizo guerrillero también por razones culturales. Los tiempos eran así. Ahí te vi impresionado porque te identificabas con él, establecías la comparación entre

tú, que vivías como un rey y estudiabas en Cambridge, y él, que cada día se levantaba y se exponía a que le metieran una bala en la cabeza, o a meterla él en la cabeza de alguien.

FOLCO: Me dijo haber matado a dieciocho personas. Tenía mi edad y había matado ya a dieciocho personas, recuerdo el número preciso. Sentía curiosidad por saber si era posible leerle eso en los ojos.

TIZIANO: Eso te interesaba.

FOLCO: Unos años más tarde, los guerrilleros comunistas se cepillaron al coronel Kalida en una emboscada.

TIZIANO: No me acuerdo. Creo que sí, es verdad. En fin, no quería en

absoluto que te hicieras periodista, sino que comprendieras lo que yo hacía.

FOLCO: La parte del viaje que me pareció más absurda y divertida fue la búsqueda del tesoro de Yamashita. No podía creer que aún hubiera gente que iba en busca de un tesoro. Pero lo bueno es que la búsqueda estaba históricamente justificada, ¿no?

TIZIANO: La historia del tesoro de Yamashita era muy sencilla. Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses atacan Singapur y sorprenden a los ingleses, porque irrumpen por donde los cañones británicos tenían el culo, no la boca, puesto que los ingleses esperaban un ataque desde el mar. Pero los

japoneses, listísimos, llegan a pie por detrás, a través de Malaysia, y... *¡paf!* los pillan desprevenidos.

En Malaysia, en Tailandia y sobre todo en Singapur había comunidades de chinos, todos ricos, con ahorros en oro. Hacia el final de la guerra, los comandantes japoneses, que habían saqueado esas comunidades, juntaron el botín para salvar a su imperio, o al menos para poder seguir haciendo la guerra con aquellos fondos. El general encargado de esa operación era el jefe de todas las fuerzas japonesas en Asia, Yamashita, al parecer un hombre de bien, que cuando los ingleses recuperaron Singapur se refugió en

Filipinas con sus tropas y el famoso tesoro. Desde allí, pensaba volver a Japón.

Pero los norteamericanos regresan a Filipinas y los japoneses quedan copados. No consiguen salir. Yamashita es capturado e interrogado en una Guantánamo de la época para que revele, entre otras cosas, dónde carajo ha escondido el tesoro.

FOLCO: Pero él no dice una palabra.

TIZIANO: No. Es condenado a muerte por los crímenes que sus tropas habían cometido y colgado de un mango, que tú y yo fuimos a ver, llevándose consigo el secreto de dónde está enterrado el tesoro.

Ahí nace el mito.

El primero en buscarlo fue Marcos, presidente de Filipinas, dictador y asesino, que después de la guerra había traficado con unos y otros. Y en Malacañán, la residencia presidencial, aparecieron misteriosamente algunos objetos inesperados, como antiguos budas dorados y cosas así que no eran filipinos. Eso dio pie a la sospecha de que Marcos había encontrado el tesoro. Pero él no soltaba prenda sobre el tema.

Más tarde, Reagan accede al poder en Estados Unidos. Oliver North necesita dinero para comprar las armas que tiene que facilitar a los Contras de Nicaragua y rápidamente se corre la voz

de que un general norteamericano ha llegado a Filipinas con un grupo de personas sospechosas, algunas de las cuales se hacen pasar por ingenieros mineros, en busca del maldito tesoro. Trabajan, excavan aquí y allá, y nosotros llegamos justo cuando esa banda está buscando el tesoro en ciertas cavernas de Luzon.

Tú y yo nos adentramos en la jungla, felices y contentos, silbando, en busca del lugar donde están trabajando, cuando de pronto surge de detrás de los árboles un grupo de bandidos, bueno, hombres con fusiles. Yo digo: «Sonríe, FOLCO». Empezamos a reír, nos sentamos. Ellos querían saber quiénes éramos, qué

hacíamos. Eran los guardias de la expedición que excavaba en las cuevas misteriosas.

FOLCO: Nos cerraron el paso, no pudimos continuar, así que hoy seguimos sin saber si encontraron o no aquel tesoro.

TIZIANO: Quizá no existe, quién sabe. Pero la búsqueda tenía su encanto.

FOLCO: Y las historias que se contaban acerca de él. ¿Te acuerdas de aquella sobre la fábrica japonesa? Había llegado una empresa japonesa que comenzó a construir una fábrica para elaborar, según decían, palillos de madera. Nadie podía entrar mientras la estaban construyendo. Pero tres meses

después, cuando estuvo acabada, de repente los japoneses se marcharon. Los filipinos, movidos por la curiosidad, entraron para ver qué había dentro. No había nada. ¡Sólo un enorme agujero en el suelo!

TIZIANO: Ah, sí, la historia de la fábrica, preciosa... La había olvidado. Quizá no encontraron nada. O quizá sí. Dicen que alguien localizó el tesoro, pero sólo una parte, porque probablemente Yamashita lo había dividido.

FOLCO: Es divertido.

TIZIANO: Todavía está, puedes ir a buscarlo.

FOLCO: ¿Tú esperabas de verdad

encontrar el tesoro?

TIZIANO: ¡Claro que no! Pero, vamos a ver, FOLCO, entre pasar cinco días con el ombligo al sol en Saint-Tropez e ir a buscar el tesoro de Yamashita, ¿tú qué eliges? Está claro, ¿no?

La caída

TIZIANO: Una cosa fantástica fue la revolución pacífica de 1986 en Filipinas. La dictadura de Marcos, durante muchos años una de las más horribles de Asia, con crímenes espantosos cometidos por ese canalla, montones de personas asesinadas y desaparecidas, acaba sin enfrentamientos. *People's Power*, el Poder del Pueblo. Las calles están llenas de gente, las monjas rezan y, al final, el pueblo invade el palacio de Malacañán y los soldados de guardia se largan. ¿A quién iban a disparar? ¿A las

monjas?

Me preguntabas por la Historia, ¿no? Pues ése fue un momento en el que sentí la Historia. El pueblo invadía ese palacio que era el símbolo del poder y de todo lo que había odiado. La gente no tenía nada, no tenía un ejército, pero cuando Marcos sacó los tanques a la calle, los tanques se detuvieron. Los que estaban dentro de ellos eran hermanos de los que estaban fuera. ¡No dispararon ni un tiro!

Entonces el pueblo entró en palacio, todos con las manos en alto. Había poca luz y se veían en las paredes las sombras de todas aquellas manos, de cientos, miles de manos.

La dictadura había terminado.

FOLCO: ¿Y tu foto con los sujetadores?

TIZIANO: Bueno, la revolución había triunfado, las puertas de Malacañán fueron forzadas, la gente entraba en los aposentos del presidente Marcos, que acababa de huir en helicóptero, miraba por todas partes, se apoderaba de la ropa, entraba en los baños, se llevaba los blocs con el encabezamiento presidente de filipinas.

Yo también empecé a recorrer aquel inmenso palacio hasta que llegué al dormitorio de Imelda, su mujer..., no dormían juntos..., y allí encontramos ese tesoro: centenares de pares de zapatos y

todos aquellos sujetadores que se salían de los cajones.

La gente los robaba. Y recuerdo que me hice como mínimo una foto.

Orsigna

TIZIANO: Abre ahí.

*Abro la puertecita que da a los grandes
castaños.*

FOLCO: Hace calor.

TIZIANO: Aquí se está de maravilla.
¿Notas qué delicioso *feng shui*?

FOLCO: Se está bien en esta caja
tuya de madera porque queda
resguardada, las energías no se
dispersan. Poquísimas cosas,
poquísimos libros, ni siquiera sitio para
una mesa. No hay aquí casi ninguno de

los bellos objetos que has ido adquiriendo. Sólo has conservado una estatuilla.

TIZIANO: Como los antiguos taoístas, después de haber hecho tantas colecciones bonitas, me he venido aquí sólo con una reproducción moderna, barata, de un bronce tibetano. Es Milarepa, el poeta místico del año 1100, que escucha, con una mano junto al pabellón auricular, los sufrimientos del mundo. Me encanta, no me separo de él. Hasta le pongo una flor, y eso da un toque de belleza a mi vida. Me hace compañía, lo miro y sonrío. ¿Qué más se puede pedir?

FOLCO: Hay pocas cosas, pero todo

es de colores, hasta las paredes son anaranjado y violeta.

TIZIANO: El violeta siempre me ha gustado. Un día fui a hacer un test de colores, ya sabes, una de esas chorradas *new age*, y según su sistema mi predilección por el violeta significa la aspiración a la espiritualidad.

Ríe.

No olvides que el violeta es también un color tibetano. Piensa en sus casas: miserables, sucias, apestan a manteca de yak, pero en todas destacan los colores.

¡Qué bien se está aquí! En Florencia siempre hay alguien que llega, que tiene

que entregar un paquete. Aquí nadie entrega nada, aquí estoy mucho mejor.

FOLCO: ¿Cómo encontraste este sitio?

TIZIANO: Orsigna lo encontró mi padre, el abuelo Gerardo. Se había inscrito en lo que llamaban la universidad popular, que no era tal universidad, sino un club para hacer excursiones. Los domingos iban en autobús por ahí, y en una de esas excursiones, en los años veinte, él era jovencísimo, vino por primera vez a este valle. Después volvió para esquiar... sin tener esquís. ¿Mi padre esquís? ¿Te imaginas? ¡Los esquís eran para los señores! Venían aquí y arrancaban tablas

de las empalizadas, esas tablas que rematan en punta..., se las ataban a los pies con bramante y luego, con dos palos, bajaban. Era el esquí de los pobres.

Fue entonces cuando se estableció nuestro vínculo con Orsigna. Yo vine a los cinco años. Estaba enfermo a menudo, tenía *ghiandoline*^[12] y la carne de caballo ya no era suficiente.

«Este niño necesita aire puro, aire limpio», dijo el médico.

Entonces el abuelo Gerardo se acordó de Orsigna. Yo estaba tan excitado por ir de viaje que no dormí en toda la noche. Mi cama estaba al lado de la de mis padres y sobre mi mesilla de

noche había una lámpara con el cristal roto, tenía una punta, y... ya sabes cómo son los niños..., para apagarla le di un golpe y me clavé aquella punta desde aquí hasta aquí..., mira, todavía tengo la cicatriz..., así que a las siete de la mañana tuvieron que llevarme a urgencias al hospital de Santa Maria Nuova para que me dieran unos puntos. Luego salimos desde Florencia en un camión militar.

Como sabes, subiendo desde Pracchia por el valle del Orsigna, en un momento dado se llega a un puente. Al lado está el tabernáculo que señalaba la frontera entre el Estado Pontificio y el Gran Ducado de Toscana. La carretera

llegaba hasta ese lugar. Bajamos del camión y desde allí recorrimos a pie un camino de mulas hasta llegar a nuestro destino. Mi padre conocía a gente en el pueblo porque había estado otras veces, y nos instalamos en casa de un viejo que se llamaba Cesare, el dueño del bar. Nos acogieron como si fuésemos parientes, y esa relación se mantuvo siempre.

En aquella época, Orsigna todavía estaba llena de gente. La guerra acababa de terminar y los hombres trabajaban como leñadores en las montañas del otro lado del río. ¡Hacían cosas increíbles! Ataban un cable metálico a un árbol de la montaña de enfrente, luego lo traían

hasta este lado, cruzando el río, lo ataban en la plaza, lo tensaban y desde la otra ladera mandaban los cargamentos de leña enganchados en un garfio. Llegaban a una velocidad tremenda y aterrizaban sobre una lona. A veces, esos enloquecidos se ataban ellos mismos, lo recuerdo como si fuese ahora. Al final de la jornada, en vez de volver andando, se ataban a aquel cable y... ¡fiuuuu!, venían a través del valle. Una vez, uno acabó estrellándose en la plaza.

Así era el pueblo.

La primera vez estuve un mes, y desde entonces todos los veranos de mi vida los he pasado aquí, igual que ahora

los pasas tú. Yo era un poco víctima de mi madre, que en Florencia nunca me dejaba libre, y Orsigna se convirtió para mí en la manera de escapar de ella. Aquí no podía tenerme siempre controlado. Bastaba con salir y ahí estaban los senderos, las montañas, las grandes excursiones nocturnas para ver salir el sol. Lo primero que hice con el primer dinero que tuve fue comprarle un terreno a Guidino, el poeta del pueblo, y es éste. Con un plano sencillísimo de la abuela Renate, construimos la primera parte de la casa: una gran habitación, un dormitorio para mamá y para mí y otro para los niños que aún no teníamos. Las piedras fuimos a buscarlas con un mulo

al río.

Éste era el refugio del mundo que buscaba.

Yo no he sido nunca un intelectual, ¿sabes? Sí, era muy bueno en el colegio, me aprendía las poesías de memoria y era el primero de la clase, pero no entendía ni papa de filosofía. Nunca me he sentido a gusto con los intelectuales. Me interesan las ideas, pero me doy cuenta de que nunca he sido demasiado inteligente, es más, me he sentido intimidado ante los que veía que eran mucho más inteligentes que yo. Frente a un problema, yo era capaz de entenderlo, de dar un salto mortal y quizás incluso de dar otro, pero otros

podían dar cinco, seis... Me quedaba estupefacto. Al madurar me había convertido en un hombre interesante, en el mundo florentino me adoraban. Piero Santi, Rosai y también grandes escritores me apreciaban porque era brillante, había ido al liceo, estudiaba... Pero todos eran un coñazo.

Río.

Lo entiendes, ¿no? Así que yo tenía aquí mi segunda patria, que ha representado la magia en mi vida, ahora me doy cuenta. Porque este lugar es misterioso, es un valle cerrado que no conduce a ninguna parte, con una

historia de gran pobreza. La gente vivía en casas de piedra, con unas ventanas pequeñísimas para que no entrara el frío, porque muchas no tenían ni chimenea. El que nos vendió el terreno era un hombre extraordinario que vivía con su mujer, de quien decían que era bruja, en una habitación con las paredes renegridas por el humo.

Así vivía la gente. Vivía de castañas, de setas y del maíz que cultivaban, pero todos eran poetas. Ante todo, porque eran pastores, gente que pasaba el tiempo en una cumbre montañosa, con una brizna de hierba en la boca, vigilando el ganado mientras pensaban en la vida, en Dios, en la

naturaleza. Los domingos recitaban en el pueblo poemas en octava real, que a mí me encantaban. Uno defendía a la mujer rubia y otro, a la mujer morena. «*Se tu vuoi amar la donna bionda, per tutta la tua vita le farai la ronda*», y el otro le contestaba: «*Ma la donna dai capelli mori, cuando le pare la ti butta fuori*»^[13]. Horas y horas en la plaza, cantando y bebiendo vino.

Son los recuerdos de mi infancia. Crecí así, y ahora me doy cuenta del gran valor que ha tenido para mí esta tierra. Piensa que en Orsigna todos los sitios tienen una historia, cada anfractuosidad, cada valle, cada garganta, cada torrente tiene su historia

mágica. Se percibía en todo el valle. Aquí había brujas y ogros, aquí había una humanidad que no vivía de televisión sino de fantasía, que pasaba las veladas contando historias que procedían a saber de dónde, de los abuelos, de los bisabuelos.

Y añade con voz de narrador de cuentos:

Era una noche tenebrosa. Nevaba y el viento soplaba en los bosques. En el viejo caserón del castillo, las mujeres hilaban junto al fuego. «A vosotras os da miedo todo, pero yo no creo en brujas», dijo la más joven. Y para demostrárselo,

salió sola en plena noche. Llevaba el ovillo de lana y el huso en el delantal. Anduvo un trecho y se adentró en el bosque oscuro. De repente, notó que tiraban de ella. Trataba de dar un paso, pero no conseguía avanzar. A la mañana siguiente la encontraron muerta. El huso se le había caído y se hincó en la nieve, y al notar que tiraban de ella hacia atrás, creyó que era la mano de la bruja y pereció de frío y de miedo. Desde entonces, ese lugar se llama la Tumba. Hay un sitio que se llama el Despeñamiento porque una noche agarraron a un borracho que volvía del pueblo a su casa blasfemando y dando traspiés y lo estrellaron desde una roca.

Yo estaba fascinado por las historias que contaban y que daban vida al valle. Aquí todo estaba animado, y quien crece en un mundo así crece en un mundo más rico que esos en los que sólo hay «cosas».

Eso quiero decir cuando afirmo que la verdad está detrás de los hechos. Sí, hay un bosque que se llama la Tumba, hay una mujer... Pero si empiezas a razonar, o a no razonar, comienzas a percibir ese bosque como algo que vive, con una historia, y todo se vuelve más bonito. Si vas a la India o al Tíbet, cada piedra es un dios, en cada piedra encuentras una inscripción. Y eso es también lo que digo acerca de toda la

vida. Los hechos, esos malditos hechos que parecen serlo todo y no son nada, lo ocultan todo. Lo bueno es lo que está detrás, ¿no? Tú pensarás: «¡Pero esas historias son simples supersticiones!».

No es superstición, porque cada una de esas historias refleja una actitud humana. En las grandes religiones, como el hinduismo, hay muchísimos personajes, cada uno de los cuales es una representación de Dios, muchas caras diferentes de una sola realidad. ¿Por qué reducirlo todo a cero? Eso es lo que me desagrada, me desagrada profundamente.

Recuerdo que, cuando llegué al Tíbet, estaba impresionado por el hecho

de que allí cada piedra tenía una historia. Vas ahora y hay un supermercado. ¿Qué está pasando? Lo que realmente me angustia es cómo nosotros, de forma deliberada o inconsciente, empobrecemos la vida.

Una cara barbuda y sonriente asoma por la puerta.

FOLCO: ¡Mira quién está aquí!

TIZIANO: ¡Mario, qué amable eres!
¿Qué nos has traído?

MARIO: Huevos, lechuga fresca, como a ti te gusta, y fresitas del huerto, recién recolectadas.

Papá aplaude.

¡Qué calor hace hoy! El aire...

TIZIANO: ¿Cómo que calor? ¡Esto es el paraíso!

MARIO: No, TIZIANO, tú estás aquí..., pero yo, recogiendo fresas en el campo, no paro de sudar. Estoy empapado de sudor. En el campo pega un sol de justicia, ¿sabes? Oye, tendría que vaciar el cesto. Voy a buscar un recipiente para las fresas.

FOLCO: Te ayudo.

MARIO: No, no, déjalo. Tú quédate aquí.

Mario desaparece.

TIZIANO: ¡Qué buena persona es!

¿Sabías que los *rishi*, los grandes sabios indios de hace milenios, se dedicaban a una sola cosa, que era estar sentados en la naturaleza mirándola y pensando en el Yo? Así que me parece hermoso terminar mi viaje en un sitio que, a su manera, a la italiana, con su magia, repito, también ha pensado estas cosas. Aquí también todo derivaba de una verdadera observación de la naturaleza.

FOLCO: ¿Sabes?, ayer, sembrar en el huerto con Mario me llevó a comprender que leer a los filósofos alemanes no sirve de nada. Para hacer que crezcan

patatas, hay que meter en la tierra una patata vieja y dejar que se pudra. Porque la muerte de la patata vieja da vida a las nuevas. Lo podrido actúa como abono, así que de una nacen muchas. Es suficiente. No hace falta leer nada.

TIZIANO: La patata vieja se inmola, su fin es... Me gusta eso: ¡no es necesario leer a los filósofos alemanes!

FOLCO: Todo es tan obvio cuando lo haces... ¿Qué necesidad hay de teorías sobre eso? Lo tienes delante de los ojos a diario.

TIZIANO: Si contemplas desde nuestro jardín este valle maravilloso e intacto, comprendes que ha sido una tierra que me ha ayudado a tener lo que

siempre he buscado: otro punto de vista.

Para mí, Orsigna es eso. Y me gusta desaparecer aquí, porque hay un alma que yo siento, porque la he vivido. Éste es mi Himalaya. Aquí, en este lugar al que llegué de pequeño, he sentido la magia de la vida en general y la magia de la naturaleza. Con la modernidad, la magia retrocede, pero permanece en cierto modo en los árboles, en los bosques, en los crepúsculos, cuando el sol se oculta por detrás de la Pedata del Diavolo.

Me gustaría ver que mis nietos viven en un mundo que les sorprende, donde por todas partes hay algo maravilloso que observar. Anoche vi la primera

luciérnaga y me quedé mirándola. En la oscuridad de la noche, la veía hacer *ti-ti-ti...* ¡Te entra una alegría!

FOLCO: ¿Dónde estaba?

TIZIANO: Ahí, sobre aquella piedra, donde está ese arbusto que tenemos que podar. Recuerdo la cantidad de historias que me contaban mis padres sobre las luciérnagas cuando era pequeño. Decían que, si agarrabas una y la metías debajo de un vaso, a la mañana siguiente encontrabas una moneda. Ellos ponían la moneda, y mi mundo se enriquecía. ¿Por qué no mostrar entonces a mis nietos las luciérnagas para que se asombren de lo maravilloso que es el mundo?

En el Himalaya había larvas

luminosas. Esas larvas que por la noche emiten una luz verde como la de una farola, ¿sabes cuáles te digo? Son increíbles. ¿No sería bonito contarle a un niño cuentos sobre esa larva? El mundo cobra vida ante él, ¿no? La naturaleza cobra vida, su existencia se enriquece, vive en más dimensiones. ¡Muy distinto a ver la televisión e ir a comer una pizza! De ahí nacen todos los discursos sobre la violencia. La violencia nos la causamos nosotros mismos todos los días. Bastaría con decir: «¡Se acabó!». Sales de noche con el niño y lo llevas a ver las luciérnagas. Y punto.

FOLCO: ¿En qué nos equivocamos?

Es difícil decirlo.

TIZIANO: Hacemos algo muy simple: vivimos vidas demasiado rápidas, demasiado llenas de estímulos, continuamente distraídos por el trabajo, el teléfono, la televisión, los periódicos, los que vienen a buscarnos... Siempre tenemos prisa, siempre, no nos detenemos. ¿Quién tiene hoy espacios vacíos, tiempo para el silencio? Por la noche, dan la cena al niño, lo sientan un rato delante del televisor y luego a la cama, porque unos quieren ver una película, otros piensan ir a casa de unos amigos... Sería tan sencillo decir: «Todos quietos. Esta noche vamos a ver las luciérnagas».

No es tan complicado, no es una conjura, somos nosotros quienes nos metemos en los líos. Comprendo la conjura del consumismo, que es una máquina que te fagocita, pero aquí no hay ninguna conjura. Aquí puedes elegir entre ir a la pizzería o llevar al niño a ver las luciérnagas.

Sinceramente, FOLCO, este mundo es una maravilla. No hay que darle más vueltas, es una maravilla. Y si consigues sentirte parte de esa maravilla..., pero no tú, con tus dos ojos y tus dos pies... Si Tú, esa esencia de ti, siente que forma parte de esa maravilla, ¿qué más quieres? ¿Qué más quieres? ¿Acaso un coche nuevo?

En la India

*Voy a
buscar a
papá a la
gompa.*

FOLCO: ¡Aquí estoy!

TIZIANO: Una hora, una hora para lavarme...

FOLCO: Te pongo la inyección.
¿Treinta kilos dices que has perdido?

TIZIANO: Sí, claro, ¿no lo ves?
¡Mira aquí, FOLCO, mira! Un corte de aquí... aquí y otro debajo. Mira, quiero enseñártelo porque debes conocer los cambios que experimenta un hombre.

FOLCO: Tienes la barriga hinchadísima.

TIZIANO: Mira la geometría, aquí estoy enorme...

FOLCO: Y los brazos son piel y huesos.

TIZIANO: Ahora las piernas también. Y toda la piel se vuelve gris y se reseca.

FOLCO: Como la piel de una serpiente. Gangotri Baba la tenía igual. ¡Decía que había bebido demasiado veneno de cobra en la jungla!

Río.

TIZIANO: Cuentan lo que se les ocurre. Pero ¿te das cuenta de cómo está

mi cuerpo?

FOLCO: ¿Te molesta?

TIZIANO: No, no me identifico con él, no me siento yo. En absoluto.

FOLCO: ¿Sientes que tu cuerpo ha ido por su propio camino?

TIZIANO: Sí, por su cuenta.

FOLCO: ¿Ya no es tu cuerpo?

TIZIANO: No, no lo es. Realmente no lo siento mío.

FOLCO: Y lo era... ¿hasta cuándo?

TIZIANO: Bueno... ¡No querrás decir que toda mi vida ha sido esta piltrafa!

Vamos, acompáñame y nos sentamos debajo del árbol. Mira qué maravilla, me encuentro bien.

FOLCO: Tienes la mente muy clara,

pero lo que es el cuerpo... Debe de resultar extraño. A veces la mente se va antes que el cuerpo. En tu caso, en cambio, la mente funciona y no consigue identificarse con el cuerpo, que no funciona.

TIZIANO: No quiere identificarse.

FOLCO: ¿Te has cansado lavándote?

TIZIANO: Una hora, FOLCO, una hora para cepillarme los dientes.

FOLCO: Los dientes, el pelo... ¿Te lo lavas todos los días?

TIZIANO: Sí. Y me paso cien veces el peine.

FOLCO: ¿Para qué? ¿Para mantenerlo fuerte?

TIZIANO: En parte, para no

abandonarme demasiado. Si no, acabas por sentirte un animal. También por eso no quiero ver a nadie, ¿comprendes?

FOLCO: ¿A pesar de que cuando estás vestido no se ve nada?

TIZIANO: Pero yo lo noto. Todo se está yendo a la mierda. Fíjate, ahora estoy quedándome sin barba.

FOLCO: ¡Pero si tienes cantidades industriales!

TIZIANO: ¡FOLCO, esta barba de siete años debería llegarme a las rodillas!

FOLCO: Depende. Entre los *sadhu*, que no se cortan nunca el pelo, a algunos sólo les llega hasta los hombros y otros lo arrastran por el suelo. A mí no me

crecería nunca hasta el suelo.

TIZIANO: ¿Ni aunque te lo cortaras en días de luna en cuarto creciente?

Se ríe.

¿Podrías acercarme ese cojín? No lo uso casi nunca, pero a veces, cuando me duele la espalda, lo necesito. ¿Ya está?

FOLCO: Espera, lo empujo un poquito más adelante. ¿Mejor?

TIZIANO: Bueno, FOLCO, empecemos. Hablemos de algo.

FOLCO: ¿Quieres empezar tú o empiezo yo?

TIZIANO: Prefiero que empieces tú, ya lo sabes.

FOLCO: Vale, empiezo yo. Siento curiosidad por una cosa. Me parece extraño que, para celebrar tus cuarenta años, te fueras a la India. En aquella época estabas interesado por China, el comunismo, Vietnam y Camboya. ¿Por qué, entonces, ese viaje a la India?

TIZIANO: No es que fuera a la India. Es que os llevé a todos a la India. Para mí era importante, era una ceremonia de iniciación. Verás, hay cosas en la vida que las haces sin saber exactamente por qué. Sólo después, cuando miras tu existencia como en una moviola o, como a mí me gusta decir, desde lo alto de una montaña, te vuelves y ves todo el camino que has andado.

Era 1978 y estábamos todavía en Hong Kong, preparados para ir a China. Me dedicaba a las cosas que me encantaban, pero tenía un deseo soterrado de otra cosa, de algo que no fuese la materia. Y la política china, aun con todos los aspectos que me gustaban, era la materia.

Recordarás que de pequeño había tenido dos mitos: uno era Gandhi y el otro, Mao. A Mao lo estaba desmontando. A Gandhi, en cambio, seguía considerándolo un poco un mito. Leía algunas cosas sobre la India, aunque no en profundidad, y sentía que había algo que después he intentado muchas veces describir: «Quien ama la

India, lo sabe...». Había algo distinto. Sí, llegas a China y es distinta, son amarillos, se desplazan en bicicleta, lo hacen todo de una manera diferente de la nuestra, pero en el fondo son como nosotros, son muy parecidos a nosotros. Los indios no son como nosotros en ningún sentido, ni en el positivo ni en el negativo. No hay más que recordar que cuando fuimos a instalarnos en el precioso Ashoka Hotel de Delhi, con sus estructuras de piedra rosa, la misma con la que los ingleses habían construido la residencia del virrey, sólo trasponer la gran puerta se acercó a ti un *sikh* con turbante que te dijo: «Voy a decirte el nombre de tu abuelo».

FOLCO: Sí, yo estaba atónito. Abrió un sobre cerrado y sacó un papel donde estaba escrito: gerardo. ¡Debía de ser un truco!

TIZIANO: Supongo. Había elefantes por las calles. Luego os llevé a ver la ciudad abandonada de los monos. A pocos kilómetros de Delhi había aún una antigua ciudad, una verdadera ciudad construida por hombres que fueron expulsados por un enorme ejército de monos, que la tomaron para ellos. ¡En China se habrían comido todos aquellos monos! Y muy cerca estaba el pueblo de los encantadores de serpientes, el centro de los encantadores de serpientes de toda la India. Recuerdo que pasamos una

tarde entera viendo las tortas que les sacudían a las cobras para que se despertaran. Pero no era eso lo importante. Era esa «diferencia», una «diferencia» mucho mayor que la de China.

El día de mi cumpleaños os llevé a cenar al Moti Mahal, un restaurante al aire libre en un patio de tierra batida de la vieja Delhi. Sobre un escenario de barro, empezó a sonar la música india, que en el fondo yo nunca había oído, con los *tabla* y aquel cacharro, el armonio, y una mujer que cantaba maravillosamente, y sus sonidos se mezclaban con el chirrido de los geos y los grillos. Entonces me levanté y

pronuncié un discurso. Cumplía cuarenta años, estaba a la mitad del camino de la vida, y dije que había ido a plantar las semillas de mi vida futura en la India. Por eso os llevé allí a todos, para decir que allí estaba mi futuro.

Necesité tiempo para llegar, dieciséis años, pero seguía soñando con la India. De hecho, durante el viaje del *Adivino* me oigo a menudo decir: «Cambiarás de casa. Irás a vivir a otro país...». En Kentung, un adivino me predice: «Este año te trasladarás». Era imposible, porque *Der Spiegel* ya tenía un colaborador indio en Delhi y no había sitio para mí. Pero poco después de haber terminado de escribir el

Adivino en la magnífica playa de Banpé, voy a Hamburgo, al *Spiegel*, y me llama el redactor jefe para decirme: «Terzani, sabemos que desde hace años piensa en la India. El puesto ha quedado vacante. ¿Quiere ir?».

¡Plop! Estaba en la India.

Me pone delante una taza de té.

Bébetelo, está buenísimo.

Fue curioso, porque nada más llegar a Delhi vinieron a entrevistarme los del *Times of India* para preguntarme cómo era posible que un hombre que tenía detrás una carrera periodística notable..., en fin, que había estado en

Vietnam, China, Japón..., no quisiera ir de corresponsal a Washington. Normalmente, a la India van *freelance*, jóvenes todavía inexpertos que quieren curtirse y que después, si les va bien, se convierten en periodistas. Yo hacía lo contrario. Había llegado a la cumbre de mi carrera y me iba a la India.

En realidad, cuando el embajador italiano se enteró de que me iba a la India, me miró como diciendo: «¡No se trata precisamente de un ascenso!». Para él, que pensaba en la carrera, era una desgracia. Pero yo había *escogido* la India porque quería echar allí las raíces de otra vida. Y así fue, exactamente así.

FOLCO: ¿En la India no había una

gran historia periodística?

TIZIANO: No, la verdad es que no. Pero para mí la India fue un giro. Durante unos años hago mi trabajo, luego pierdo el hilo. Es decir, pierdo ese hilo.

Piensa que los artículos que escribí sobre la India son los únicos que no me han publicado, empezando por el primero. Escribí un texto que a mí me parece precioso sobre cómo instalarse para vivir en Delhi, con todos los espantosos problemas que te surgen, desde cómo conseguir línea telefónica hasta la burocracia, la corrupción. Contaba todos los episodios que nos habían sucedido en el curso de las tres o

cuatro semanas que habíamos tardado en instalarnos. No me lo publicaron. Pretendía explicar que era una ilusión que la India estuviera convirtiéndose en una superpotencia económica de Asia. No funcionaba nada, los indios no piensan así.

Noto que el corazón me late con fuerza... *bum-bum-bum*.

FOLCO: Quizá estarías más cómodo en una silla, ¿no?

Pero ¿qué quería *Der Spiegel* de ti?

TIZIANO: Querían a alguien que les hablara de la India que se abría. Yo había llegado a la India del *boom*, a la India de la gran expansión económica, al país que se convertiría en el mayor

mercado del futuro junto con China. Y querían que les contara eso. ¡Lo tenían claro! A mí me tenía sin cuidado la India económica. Fui a Bangalore, el centro de los expertos en ordenadores, y salí por piernas, como un ladrón. Mientras el periódico me sugería que escribiera sobre la modernización de la India, yo recorría los desiertos del Rajastán y escribía sobre un templo donde se adora a las ratas.

FOLCO: Lo cual no tenía mucho que ver con la situación económica. A esas alturas, los del *Spiegel* debían de esperarse algo así, ¿no?

TIZIANO: Las ratas tenían poco que ver, desde luego, pero se convirtió en

una bonita historia que te abría los ojos a algo distinto. Se produce el gran *boom* de Asia, el Sudeste asiático explota, explota China, explota la India, ¡y resulta que tienen templos donde adoran a las ratas! Lo contaba así. Sí, adoran a las ratas, que para nosotros son las criaturas más repugnantes del mundo, mientras para ellos son seres maravillosos, porque la rata es el porteador del dios elefante, Ganesh. Y yo intentaba explicar a mi periódico que era difícil que ese país se convirtiera en la tercera potencia económica del mundo. El Templo de las Ratas me parecía la contradicción más palmaria de la visión moderna de una India que se

disponía a convertirse en Silicon Valley.

La ratas de ese precioso templo, donde entre otras cosas había una rata blanca a la que más daban todos de comer, era, en cambio, el símbolo de la India inmortal, de la India que había tratado de expresar de la manera más *provocadora* que Dios está en todas partes. Hasta en las ratas apestosas.

Y yo me ocupaba de todo eso porque me parecía fascinante que en ese país los primeros señoritos, los primeros jóvenes de la Salomon Brothers que llegaban con traje y corbata a hacer sus previsiones de cuántos coches venderían, tuvieran que enfrentarse al Templo de las Ratas.

También está el Templo de la Vulva, precioso, y que no por casualidad se alza a orillas del Brahmaputra, un «río masculino». Se entra a través de una galería subterránea y se llega a una vulva enorme, de piedra, que mantienen siempre húmeda con un trapo rojo. Huele a flores marchitas y todos van allí a pedir fertilidad.

Para evitar malentendidos, hay que decir que nosotros, tú y yo, amamos la India porque allí hemos encontrado, no la respuesta, sino una oportunidad. Pero no se debe dar a entender que para sentir eso es preciso ir a la India. Si piensas en nuestro pasado, en nuestra cultura, ves que el mundo está *lleno* de

oportunidades. Tenía razón el Viejo cuando decía: «Vosotros habéis olvidado a vuestros *rishi*, a vuestros sabios. Habéis hecho con vuestros *rishi* libros que ponéis en las bibliotecas, que estudiáis en la escuela. Nosotros no. Nosotros los vivimos».

Y tiene razón. Occidente ha estado lleno de grandes *rishi* que comprendieron.

FOLCO: Pero no hay ninguno vivo, ahora ya no hay.

TIZIANO: No, porque la modernidad ha acabado con ellos. Pero si la cosa sigue así, sucederá lo mismo en la India, ¿no?

FOLCO: Aquí no encuentras personas

con amplitud de miras sobre el universo y el tiempo; en la India todavía las encuentras.

TIZIANO: Pero FOLCO, si tú naces y creces en una ciudad europea, si vas a esas escuelas occidentales donde lo primero que tienes que hacer es competir con tu compañero de banco para hacerlo quedar como un imbécil y así tú poder ser el primero de la clase, ¿cómo quieres crecer con una gran apertura mental? Si te inducen a estudiar, no para entender la vida, sino para tener una profesión, para ganar dinero, es muy difícil que se te abra la mente. Pero también aquí, tú mismo lo has visto, hay algunos, como ese joven

fraile de San Miniato, en Florencia, que en lugar de decir: «¡Que paren el mundo, que yo me bajo!», paran ellos mismos, bajan del tren y suben a otro, a un tren que tiene una tradición a veces bellísima y en el que encuentran algunas respuestas.

Pero quiero evitar la idea de que la India es la panacea, porque es un error ideológico. Los indios no son los únicos que tienen respuestas.

La historia más bonita es la de aquel día de muchísimo calor, en Delhi, en que mamá y yo pasamos por delante del Sai Baba Mandir, donde acababa de celebrarse una ceremonia. La gente salía del templo y entre la multitud había un

hombre como yo, un indio con bigote, abogado o ingeniero, con un gran collar de flores anaranjadas en torno del cuello, que pasó por nuestro lado murmurando un *mantra*. Pero con una sonrisa tan serena, tan plácida, que mamá dijo: «Ése sabe algo que nosotros no sabemos». De un modo u otro, los dos nos dijimos: «¡Éste es el sentido de nuestra estancia en la India!».

Y los años siguientes los dediqué a descubrir qué sabía aquel hombre.

Charan Das

TIZIANO: Una de las primeras veces que fui a Benarés, tenía que hacer un reportaje no recuerdo sobre qué. Curiosamente, en el avión éramos poquísimos. Íbamos Dieter Ludwig y yo, y un gordito de unos treinta y cinco años, a todas luces norteamericano, un turista de mochila, con su mujer. En una situación así, acabas por entablar conversación.

«¿A dónde vais?».

«Llevamos a Sam a Benarés».

Miro a mi alrededor y no veo a nadie. «¿Dónde está Sam?», pregunto.

«¡Ah, está aquí!». Y el gordito me señala, debajo de su asiento, una urna que contiene las cenizas de Sam.

Sam era el heredero del imperio del Tabasco..., ya sabes, esas botellitas de salsa picante americana..., pero también era amante de la India y de la meditación y pidió a aquellos dos amigos que, cuando muriera, lo llevaran a Benarés para arrojarlo al Ganges. Ellos no habían estado nunca en la India, no la conocían en absoluto, y se preguntaban cómo se las podrían arreglar para echar a Sam en las aguas del río sagrado.

La casualidad quiso que nos alojáramos todos en el mismo hotel, y

allí nos encontramos con Charan Das. Charan Das era un joven *sadhu* americano muy amigo del santón Katya Baba, jefe de un *akhara*, un *parambara*..., se llaman así ¿no?... que llevaba un cinturón de castidad de madera con cadenas. Nos condujo a todos a su casa, le expusimos el problema de Sam, y Katya Baba vio en seguida qué había de por medio...

FOLCO: ¿Qué? ¿Pasta?

TIZIANO: ¡Pues sí! Entonces dijo: «Perfecto, no hay ningún problema. Mañana al amanecer hacemos la ceremonia».

Debo reconocer que fue estupendo. Era uno de esos días en que, por la

mañana, el Ganges aparece cubierto de niebla, luego se levanta la niebla y sale ese sol espléndido. Íbamos en una barca cargada de *sadhu*, dirigidos por Katya Baba con su gran cinturón, y todos empezaron a trastear con sus ollitas y sus florecitas...

La cosa concluyó con la apertura de la caja y el vertido en el río de las cenizas del heredero del Tabasco. A esa ceremonia la llaman «la condimentación del Ganges».

Ríe.

Después se puso de moda echar las cenizas al Ganges, hasta un famoso

cantante inglés quiso acabar allí. Creo que cada mes hay decenas de occidentales que llevan a sus parientes convertidos en cenizas. Y a los indios, gente de gran tolerancia, no les importa en absoluto.

FOLCO: Y Charan Das, el *sadhu* americano, ¿quién era? ¿Un discípulo de Katya Baba?

TIZIANO: No, Charan Das tenía ya la condición de hombre libre, ya era un *sadhu* por cuenta propia. Una persona encantadora. Sí era encantador. Siempre reía, siempre tenía una sonrisa en los labios.

FOLCO: Pero ¿quién había sido?

TIZIANO: Contaba que era hijo de

unos petroleros de Texas. Fue a la universidad y estudió indología; luego viajó a la India para especializarse en hindi y sánscrito, y al cabo de un tiempo se trastocó y se hizo *sadhu*. Recorría andando la India con sus pies enormes, encallecidos. Porque llevaba caminando quince años y tenía los pies como monstruosidades producto de una mutación genética, gordísimos, con los dedos separados unos de otros, como si se le hubieran vuelto prensiles. Aquellos gruesos callos le permitían andar sobre cristales, sobre el asfalto, lo que fuese. Tenía el cabello apelmazado, usaba gafas de cristales gruesos y reía continuamente. Estuvo también en

nuestra casa.

FOLCO: Me acuerdo. Fue en la época en que mamá todavía no estaba acostumbrada a esos personajes semidesnudos que le llevabas a casa.

TIZIANO: Más tarde viví con Charan Das otra experiencia maravillosa en la llanura de Kurukshetra, al norte de Delhi, donde en un lejano pasado se libró la gran batalla descrita en el *Mahabharata*. Aquel era un día muy especial, porque no sólo era el aniversario de la batalla, sino que iba a producirse el mayor eclipse solar que la India había presenciado desde hacía mucho tiempo, un eclipse total en el que el sol se oscurecería por completo.

Y allí tuve otra de esas experiencias indias.

Allí, FOLCO, vi por primera vez a decenas de miles de *sadhu* que habían acudido de toda la India y estaban sentados en el suelo, cada uno con su tridente, que marcaba el territorio propio. Personajes de todos los colores. Aquello me impresionó.

Era mi primer año en la India y me impactó aquella sociedad. En Delhi, todos correctísimos en los cócteles, «*Yes, madam*» por aquí, «*Yes, madam*» por allá, pero luego estaban aquellos miles y miles de locos de atar que no tenían nada que ver con aquel mundo. Me parecían una especie de garantía de

que la India nunca podría convertirse en un país como todos los demás, porque mientras haya una sociedad que respeta a los santos mendicantes, que se inclina a sus pies para cargarse de energía y los alimenta, esa sociedad jamás podrá volverse totalmente materialista. Es como una vacuna. Los *sadhu* son un continuo recordatorio de lo que en el fondo, si tuvieras valor, aspirarías a hacer tú, FOLCO: renunciar a todo y a todos y hacer los votos de *sanyasa* para convertirte en un santo mendicante como ellos. Sí, habrá también quien quiera ser capitalista, hay muchos así, pero eso constituye una vacuna eficaz.

Lo curioso es que todos afirmaban

que lo del eclipse es un momento durante el cual se producen cosas misteriosas, y así, cuando se produce uno hay que meterse bajo el agua para que no te den los rayos del sol que muere, que se pone negro. A mí me hacía gracia, pero no me atraía nada la idea de meterme en el agua con todos aquellos *sadhu* más sucios que el palo de un gallinero, con sus cenizas de muerte encima. Yo llevaba mi cámara fotográfica y hacía fotos.

Finalmente llegó el mediodía, y fue impresionante. Yo había visto otros eclipses, pero ninguno como aquél. El sol se puso negro, la atmósfera se volvió mortal, mefítica, y empecé a

preocuparme porque me habían advertido: «¡Si no te proteges, te pasará algo!»).

Y yo, florentino de pies a cabeza, me dedicaba a fotografiar a todos los que se sumergían en el agua.

Finalizado el eclipse, Dieter, Charan Das y yo fuimos a tomar algo a una *taba*. Yo tenía mucha sed y me hice con una botella de agua mineral. ¡En mala hora lo hice! No había manera de abrirla, lo intenté con la boca y... ¡*clac!*, se me cayó un diente.

Charan Das se reía.

«¿Te das cuenta? ¡No has querido seguir nuestros consejos y mira lo que te ha pasado!»), comentó.

Ésa fue una de mis primeras experiencias con Charan Das.

Pero la India es también una trampa peligrosa, y la historia de Charan Das lo ilustra.

FOLCO: ¿Cómo?

TIZIANO: Murió de una infección en los testículos.

Verás, un hombre occidental, con su vida organizada, va a la India siendo estudiante y se pierde por ese camino indio con el que no tiene en común ninguna tradición y al cual no pertenece. Charan Das se había convertido totalmente en parte de él, se transformó en un verdadero *sadhu* indio. Lo vi comer las cosas más horribles de los

calderos de la vieja Delhi, esos *pakora* hervidos, recontra hervidos y refritos.

Fui con él a pasear una noche por la vieja Delhi para ver otros aspectos terribles de la India. Tarde, en medio de la oscuridad y del frío, mendigos, lisiados y enfermos se apiñan en filas de cinco delante de grandes calderos de lentejas, tras los cuales hay un tipo removiéndolas, esperando que pase alguien que ese día ha casado a una hija, o cerrado un trato, o vendido o comprado un negocio, y ofrece tantas rupias, que corresponden a otros tantos platos, de esos superecológicos, hechos de hojas secas, con un cucharón de lentejas.

«¡Cincuenta!», grita entonces el tipo, y se acercan las diez primeras filas de moribundos. Comen, se alejan, y otras diez filas avanzan. Esos calderos humeantes son medievales. Y Charan Das estaba allí en fila con los demás, y comía tranquilamente.

FOLCO: ¿Con ellos?

TIZIANO: Sí. Cuando le tocaba a él, le daban uno de esos platos hechos de hojas y comía. Hasta que sufrió una infección. Tenía un seguidor que lo llevó al hospital de Delhi, pero echaron en plena noche a aquel par de extranjeros sucios como dos perros vagabundos. Y, a la mañana siguiente, Charan Das estaba muerto.

FOLCO: ¿De qué? ¿Qué tenía?

TIZIANO: Orquitis, una infección de las pelotas. Le reventaron las pelotas. Había agarrado una infección que, con un antibiótico, cualquier médico habría curado.

FOLCO: ¿Cuántos años tenía?

TIZIANO: ¿Charan Das? Debía de tener treinta y cinco o treinta y seis años. Tu edad.

La India es mil cosas. Es la liberación y la condena, es la destrucción y la creación. Por eso la India es un pozo sin fondo en el que una persona que no esté perfectamente preparada pierde la brújula. Muchos enloquecen en la India, muchos jóvenes

enloquecen allí, o toman el camino indio que conduce hacia una forma de locura santa que es la de hacerse *sadhu*. Como Charan Das.

FOLCO: Pero, en tu opinión, ¿su vida fue un desastre o era como él la había querido?

TIZIANO: ¿Quién puede juzgar las vidas ajenas?

Yo siempre recuerdo de él su preciosa, su maravillosa sonrisa. Iba recorriendo la India...

Sí, al final debió de sufrir, pero en cierto modo fue coherente con la vida que quiso llevar. Era su elección. No quiso volver a Estados Unidos a visitar a su padre.

Tu pregunta es muy curiosa. ¡Es de todo punto imposible juzgar las vidas ajenas! Porque aunque uno muera joven de una infección en los testículos..., quién sabe, quizá de ese modo se ha cumplido su destino.

*Levanta su taza y tira las últimas gotas
de té.*

Gandhi

TIZIANO: ¡Qué época la nuestra! Piensa, FOLCO, cómo era la civilización occidental burguesa, recién industrializada, que se enfrenta a la Primera Guerra Mundial. ¡Virgen santa, un desastre, un abatimiento moral por parte de todos!

Al final de aquel conflicto, Europa estaba devastada, y no sólo físicamente. ¿Cómo podía nuestra civilización haber llegado a eso: las trincheras, los gases, los millones de muertos? Y todo para nada. Fue un período de gran crisis. Es el período en cuyo fondo aparece

Gandhi en la escena mundial y un montón de europeos, algunos realmente fascinados, como Romain Rolland, van en busca de algo que pueda contribuir al renacimiento de Europa, a la revitalización de los valores..., no los valores europeos, los valores *humanos*..., para tapar el agujero del abatimiento moral, que era inmenso.

Empezó entonces esa búsqueda de la India con la esperanza de que en Asia, y en particular en la India, hubiera todavía algo auténtico y genuino a lo que Europa pudiese acceder para poner de nuevo en marcha su espíritu destruido.

Yo estaba fascinado por la gente que había ido a la India a buscar inspiración.

¡Figúrate, un hombre como Romain Rolland que se convierte en biógrafo de Vivekananda y luego del joven Gandhi! Es interesante que hombres de esta cultura, incluso de salón, francesa, se pusieran en movimiento para ir a descubrir algo en lo que intuían que podía estar la salvación de Europa. Al menos, ellos lo veían así, veían la India como el país que ayudaría a Europa a salvarse. Y Coomaraswamy decía: «Ayudadnos a salvar la ingenuidad de la India, porque la India os ayudará a sobrevivir». Era un tema que también a mí, en crisis con el maldito Occidente, me atraía enormemente, así que sentía curiosidad por esos personajes.

Un gran indio que me impresionó y al que había empezado a leer antes incluso de ir a la India era Vivekananda. Un personaje controvertido, complicado pero maravilloso, al que su guru, Ramakrishna, había confiado la misión de llevar el Vedanta a Occidente. Y Vivekananda, completamente vestido de naranja, va a Estados Unidos y, por suerte, conoce a cuatro señoras respetables y podridas de pasta que simpatizan con él y lo dan a conocer al mundo. Entonces acude a hablar al Parlamento mundial de las religiones de 1893, en Chicago. Y es como un huracán, porque habla de la América al revés, algo que si se hiciera hoy podría

ser muy saludable. Lo pone todo patas arriba, explica el mundo de un modo diferente y la gente queda fascinada con su afirmación de que la India podía ser «el guru de las naciones». Dios mío, ¿ese país encantador de serpientes, ese país pobre podía convertirse en el guru de las naciones y salvar a la humanidad, salvarla del abismo del materialismo?

Si miramos la historia del siglo pasado, veremos que en la India hubo personajes interesantes: Gandhi, Coomaraswamy, Ramana Maharishi... ¿Te das cuenta qué cultura ésa en la que alguien como Ramana Maharishi dice a los dieciséis años: «Ya estoy muerto», se sienta en una silla, come un puñado

de arroz, mira su montaña Arunachal y no hace nada más? Quizás es un santo, o quizás alguien que ha comprendido algo más.

De los occidentales con un pasado, con una historia, con una cultura, que fueron a *vivir* a la India, no a *perderse* en la India persiguiendo un aspecto de su grandeza, el que desde siempre me había fascinado era Nikolái Roerish.

Y también en este caso, como siempre, intervino la casualidad.

Un día, mamá y yo salimos en coche de Dharamsala y llegamos a través de las gargantas más espantosas a Naggar, a orillas del río Kulu Manali. Allí descubrimos una casa con grandes

ventanas, deteriorada pero bonita, donde había vivido Roerish. Casualmente, estaba al cuidado de la casa una alemana que también hablaba perfectamente italiano. ¿Te imaginas? ¡Le caímos estupendamente! Como le gustaba empinar un poco el codo, le llevamos una botella de vino, y no te puedes figurar... Ésas son las cosas que siempre me han compensado en la vida. No sé qué fue..., yo lo llamo el *spiritus loci*..., pero aquellos dos días en la casa, en la cama, en el salón, en el sillón donde había vivido Nikolái Roerish me ofreció una de mis pequeñas experiencias semimísticas.

Tiene dificultades para respirar.

Este chocolate no me ha sentado bien.

Roerish procedía de una gran familia rusa. Era hombre dado al misticismo y también un hombre de mundo, con grandes cualidades artísticas. Había dispuesto que lo quemaran, creo, en un pequeño prado junto a su casa, donde ordenó que colocasen una extraña piedra, algo que a mí también me encantaría. Era un lugar mágico. Había un círculo en el que entrabas y podías meditar ante aquella piedra, que era él. ¡Aaah! ¡Pasé media hora transportado por aquella presencia, por la idea de esa

gente!

Te cuento esto para que veas el vínculo que poco a poco estaba estableciendo con ese país a través de personas con las que en cierto modo me identificaba, personas que habían llevado otra vida, personajes. Eran pequeños pasos que daba para alejarme de mi existencia normal y encontrar el hilo de otra.

FOLCO: Quizá la mayor gloria de toda esta India nueva fue Gandhi, ¿no? Y en un momento dado, te dio por estudiar sus obras bastante a fondo.

TIZIANO: Habían empezado a publicarse en Europa sus obras y yo las leía religiosamente para tratar de

encontrar en ellas, no una clave que ayudase a la India de las aldeas, las vacas y todo eso, sino un mensaje para nuestra civilización. Medio en broma, medio no tan en broma, lo identifiqué en el ayuno, en el retorno a la simplicidad.

Piénsalo: un hombre, abogado de éxito, que ha estudiado en Londres y decide identificarse por completo con su gente. Que se identifica con la gente de los pueblos, con su pobreza, con su manera de sentir, con su manera de vivir, que se levanta a las cuatro de la madrugada, limpia los retretes, se pone a hilar y después reza. ¡Ah, qué fuerza, qué fuerza! Sólo come un plato de arroz y cuando enferma, en vez de tomar

medicamentos, ayuna. ¡Piensa en su idea de resolver los problemas en la esfera del pueblo, en ese negar la modernidad! En 1909, Gandhi pronuncia un discurso en el cual mira a su alrededor y se pregunta: «¿Qué es la verdadera civilización? La civilización nace de un tipo de comportamiento que indica al hombre el sendero del deber [...], la observancia de la moralidad. Alcanzar la moralidad significa alcanzar el control de nuestra mente y de nuestras pasiones». ¿Es civilización la inglesa, la occidental, que mide el progreso por la cantidad de trajes que tiene la gente, por la velocidad a la que se desplaza?, se pregunta. ¿No le basta al hombre un

techo sobre la cabeza, un pedazo de tela alrededor de las caderas? Son unas palabras durísimas. Gandhi quería tomar la vía de las aldeas en lugar de las vías de las fábricas, que reducen al hombre a la condición de esclavo. ¿Por qué destruir los pueblos? Pueblo quiere decir comunidad, quiere decir compartir los recursos.

Al contrario que Mao, que comprendió ese problema y lo afrontó, pero lo resolvió rematadamente mal, Gandhi parecía haber establecido el programa de una política. En eso se basaba el Congress Party. Si observas las imágenes de los años cuarenta y cincuenta, FOLCO, con todos aquellos

hombres con turbante, delgados, pulcros, que asistían a las reuniones... ¡bah, por la miseria! Tenían dignidad. Tenían una idea. Trabajaban. No querían el progreso de tipo occidental. A ellos, a ellos que iba dirigido el discurso sobre la civilización. En fin, era una idea. Era la idea de salvar un mundo que no quería ceder al consumismo. Y el único camino era el de no consumir, el del ayuno.

Para alguien como yo, que había ido a Asia, entre otras muchas razones, en busca de una alternativa al mundo occidental, allí había una. ¡Dios mío, la buscaba y estaba allí!

Hazme un favor, FOLCO. Tengo

mucha sed; ¿me das un vaso de eso tan bueno que tienes, de zumo de pera? Si quieres, échamelo aquí. Agítalo, si no se queda en el fondo...

FOLCO: No creo; es lo bastante artificial como para que no pase eso.

TIZIANO: Y no lo derrames, porque tengo que dormir aquí. Vale, es suficiente. Eso mejor ponlo en el suelo, si no...

FOLCO: ¿Sabes dónde voy a ponerlo? En la barriga. Beberé un poco yo también.

Por cierto, en relación con Gandhi, todavía no hemos hablado de la no violencia.

TIZIANO: Me parece extraño que

hablar de no violencia se haya convertido en una especie de anatema. Se ha convertido en algo ridículo, infantil, irrealizable, utópico, en lo que ya nadie parece querer creer. Excepto muchos jóvenes.

Pero están todos esos horribles argumentos de los legisladores, los eruditos, los sabios, los políticos, según los cuales la no violencia no funciona porque «¿qué habríais hecho con Hitler?». En realidad, si relees a Gandhi, ves lo decidido que era. Incluso pretendía reunirse con Hitler. Se ha sabido algo sorprendente, y es que Gandhi le escribió varias veces y los ingleses interceptaron sus cartas porque

no querían que hablara con él. Es curioso, pero es así. Él decía que uno es esclavo porque obedece. En cuanto deja de obedecer, deja de ser esclavo. Decía que las dictaduras caen cuando la gente deja de creer en ellas, deja de obedecer. Nada queda en pie cuando existe la voluntad precisa de no hacer uso de la violencia, de resistir contra la violencia con la no violencia: no huyendo, no evitando el enfrentamiento, sino *buscándolo*.

FOLCO: Su no violencia es enormemente activa. Está claro que no es *no* actuar, no es *no* hacer la guerra. Es *hacer* otra cosa. Se trata de una forma activa de ayuno, de no participación, de

renuncia a lo que los demás tienen que ofrecer con el fin de debilitarte. No puedes combatir el sistema de los otros y al mismo tiempo comprar sus cosas.

TIZIANO: Exacto. La historia de la no violencia aún se entiende mal. Los no violentos son los que reciben los palos. Pero para ser no violento se requiere una formación más difícil que para hacerse paracaidista, y eso es lo que hoy todavía no se consigue enseñar.

¿Te he contado la historia de Halal Khan, que organizó un ejército de cien mil guerreros armados con palos?

FOLCO: ¿No violentos?

TIZIANO: No violentos. Cuando llegaban los otros, dejaban los palos en

el suelo y dejaban que les sacudieran. ¡Qué ejemplo moral! Pero eso no se enseña, de eso no se habla. En las escuelas sólo se explica la historia de los héroes y los conquistadores. Alejandro Magno: ¿«magno» porque mató a miles de personas en Asia central? Quizás era un tipo simpático, en sus tiempos, joven, alguien que conquistaba el mundo. Pero ¿qué significa conquistar? Significa matar, apoderarse de lo que es de otros.

Todo eso debería ser sometido a discusión. La educación debería empezar por enseñar el valor de la no violencia, que además tiene relación con todo: con ser vegetariano, con respetar

el mundo, con pensar que esta tierra no te la han dado a ti, que es de todos y tú no puedes dedicarte impunemente a cortar y a hacer agujeros. El problema es, a mi entender, que todo el sistema está articulado de modo que el hombre, sin siquiera percatarse de ello, comienza desde pequeño a adentrarse en una mentalidad que le impide pensar cualquier otra cosa distinta. Al final ya ni siquiera hay necesidad de dictadura, porque la dictadura es la del colegio, la de la televisión, la de lo que te enseñan. Si apagas la televisión, ganas la libertad.

Libertad. Ya no la hay. No me canso de repetirlo: nunca hemos sido tan poco

libres, pese a la aparente gran libertad de comprar, de follar, de elegir entre diferentes dentífricos, entre cuarenta mil coches, entre móviles que también hacen fotos. Ya no tienes la libertad de ser quien eres. Porque todo está ya previsto, todo está encauzado, y salirse de ahí no es fácil, crea conflictos. ¿Cuánta gente es rechazada por el sistema, cuánta es marginada porque no encaja en el modelo? ¡Si hiciera otras cosas...! Pero no hay nada más, sólo presión hacia el mercado.

¿Y san Francisco y tantos otros? ¿Estaban todos locos porque no hacían lo que tocaba hacer en aquella época? ¡No, no, eran diferentes! Personas que

con su diversidad indicaron un modo distinto de ser. ¿Sería simpático san Francisco?

¡Y esa maldita historia de la libertad! En la actualidad la hemos reducido enormemente, tanto, que acabamos por vivir sólo en los márgenes de nuestra libertad a causa de todo lo que es automático en nuestra manera de pensar, de reaccionar, de hacer las cosas. Ésa es la gran tragedia. Y hoy las escuelas no están hechas para enseñar a los niños a pensar, sino para enseñar a los niños a sobrevivir, para enseñarles cosas con las que más adelante encontrarán trabajo en un banco. Y cuando te sales de ellas estás

condicionado. Repites modelos preestablecidos. No es nada fácil inventar algo.

En nuestros días, el hombre se encuentra sometido a la economía. Toda su vida está determinada por la economía. Ésa será, en mi opinión, la gran batalla del futuro: la batalla contra la economía que domina nuestras vidas, la batalla por el retorno a una forma de espiritualidad, o religiosidad, si prefieres llamarlo así, a la que la gente pueda recurrir. Porque el afán de saber qué estás haciendo en el mundo es una constante en la historia humana.

Se requieren nuevos modelos de desarrollo. No sólo crecimiento, sino

también sobriedad. Mira, FOLCO, yo digo que hay que liberarse de los deseos. Pero, precisamente a causa del perverso sistema del consumismo, nuestra vida está por entero centrada en juegos, deportes, comida, placeres... El problema es salir de ese círculo vicioso: una cosa lleva a otra y ésta a otra... Eso te impone comportamientos que son del todo absurdos. Tú no quieres determinadas cosas, pero el sistema del consumismo te convence, te seduce para que las quieras. Toda tu vida depende de ese mecanismo. Pero si empiezas a no participar en él, si te resistes, si ayunas, entonces es como si utilizaras la no violencia contra la

violencia. En definitiva, ¿qué nos aporta la violencia? ¡No te la pueden meter por las narices!

Por eso es necesario un gran esfuerzo espiritual, una gran reflexión, un gran despertar. Que además guarda relación con la verdad, de la cual ya no se ocupa nadie. En eso Gandhi también es fantástico. Buscaba la verdad, lo que está detrás de todo. «Antes creía que Dios era la verdad. Ahora diría que la verdad es Dios».

La bomba

TIZIANO: Las *Cartas contra la guerra* estaban dedicadas a tu hijo porque había algo que quería que continuara. Me lo has oído decir muchas veces: hay dos formas de inmortalidad mínima, una son los libros, la otra, los hijos. Y ahí se combinaban bien: un libro en el que me parecía haber dicho cosas en las que creía, se lo daba de manera simbólica al hijo de mi hijo para mantener una inmortalidad de pequeñas ideas que un día podrían serle útiles. Después de haber defendido implícitamente en el fondo la idea de las

guerras justas, de las guerras que es preciso hacer, me he dado cuenta de que no conducen al fin que la guerra promete. Así pues, la guerra es inútil. Es del todo inútil, porque sólo crea más miseria, más destrucción, más muerte. De ahí mi paso a la no violencia.

Mira lo vulnerable que es nuestro mundo, FOLCO. El 11 de septiembre nos lo ha demostrado. Y yo lo confirmo. Y en relación con el 11 de septiembre quisiera recordar, sin vanagloriarme, que parece como si hubiera mirado la bola de cristal cuando, inmediatamente después, dije y escribí que aquello era una gran oportunidad, pero que si no la aprovechábamos era la oportunidad para

un gran embrutecimiento, para una regresión. Y lo digo con sinceridad, no es una satisfacción ser Casandra, cosa que me ha sucedido algunas veces en la vida. El 14 de septiembre escribí que, si reaccionábamos a esa violencia con una violencia igual o superior, entraríamos en una espiral de violencia que jamás lograríamos detener. De hecho, ahora esos asesinos redomados que son los políticos te dicen que este conflicto durará tanto como la guerra fría, que no tiene fin.

Pero ¿cómo se puede decir una cosa así? ¿Cómo puede el hombre..., no digo el norteamericano, el colombiano, el italiano..., cómo puede el *Hombre*, un

hombre, decir: «Esta guerra no acabará nunca.»? Enviamos a un hombre a la Luna, lanzamos sondas a Marte para descubrir si hay agua, y no somos capaces de decir: «¡Parad!». ¿Qué pasa? Que ir a la Luna pertenece a otra categoría del hombre, pertenece a su ingenio, a su fantasía, a su deseo de grandes mundos. Lo de la guerra, en cambio, pertenece a sus vísceras. Debe matar, debe encontrar enemigos, machacarlos, destrozarlos.

El 11 de septiembre era una oportunidad extraordinaria para reflexionar en todo, de la misma manera que el hombre trató de reflexionar después de la Primera Guerra Mundial.

Había sucedido algo nuevo y frente a un mundo tan cambiado no se puede pensar igual que antes, no cabe seguir recurriendo al conocimiento antiguo. Y si hay que pensar de un modo nuevo, hay que pensar a lo grande, sin prejuicios, sin maneras de reaccionar antiguas, sin todo ese lastre de tonterías que hoy ensordecen a los jóvenes y hacen que cada día estén más desilusionados y tengan menos esperanza.

Los políticos, pobrecillos, tienen que repetir siempre las mismas cosas. No tienen tiempo para pensar; no actúan, reaccionan. Pero ¿qué fantasía, qué hombre excepcional, qué dos o tres hombres excepcionales hay ahora? Si

hubiese habido alguien como Gandhi, se habría planteado el problema: «Si hacemos lo mismo que hemos hecho siempre, volveremos a donde estábamos antes». ¡Es de cajón!

Ése ha sido el gran error. Todos decían: «¡Si éstos nos atacan, nosotros contraatacamos!». Cuando aparecen los enemigos, hay que hacer una sola cosa: machacarlos. ¡Venganza! Siempre esa necesidad de vengarse, de usar la violencia para resolver el problema de la violencia. Ahora hay guerras justas, guerras humanitarias, guerras para ayudar a otros. Pero continúan siendo guerras, se mata. Y no hay ninguna guerra que haya puesto fin a las guerras.

Ahí es donde yo veo que el hombre tiene un fondo de animalidad horrible. Entre otras cosas, siempre utilizamos esa palabra, que es la menos apropiada de todas, porque ningún animal se comporta como el hombre. El león no está cabreado cuando ataca a la gacela; simplemente tiene hambre. Y cuando ha matado a una, para. Vuelve a casa y le deja un trocito al chacal.

Se ríe.

Es así, ¿no? Decimos: «¡Ah, esos se comportan como animales!». Pues no es verdad. Ningún animal se comporta así. El tiburón necesita atiborrarse de peces.

Abre la boca y se come unos miles, pero no son sus enemigos, sino su comida.

El hombre es una extraña criatura, la más destructiva que haya aparecido jamás en la faz de la tierra. Ni siquiera los dinosaurios fueron tan destructivos. Sólo nosotros, sólo esta horrible bestia bípeda que tiene conciencia es capaz de hacer tantas cosas absurdas y de no mejorar. ¡El hombre es penoso, penoso! Milenios para no avanzar nada. El mundo está lleno de violencia, de egoísmo, el hombre no ha dado ni un paso adelante. Espiritualmente se mantiene igual, idéntico. Tiene miedo de la muerte, tiene miedo de todo, se siente inseguro, no sabe quién es. Sitúa a Dios

ahí afuera...

El gatito maúlla con insistencia entre los pliegues de la colcha de papá.

FOLCO: No pasa nada, precioso, no pasa nada. Quédate ahí tranquilo.

TIZIANO: Debo decir que en este sentido también hay en mí un aspecto quizá un poco pesimista. Piensa en la historia de la humanidad y en lo que ha progresado el hombre en términos materiales. Ha alargado su vida, ha llegado a la Luna, pero no ha efectuado realmente ningún progreso desde el punto de vista espiritual. Absolutamente ninguno. Es una ilusión que el hombre

haya progresado. La única esperanza es que el maldito hombre... ¡Todos han evolucionado! Las ranas no eran ranas, las luciérnagas no eran luciérnagas, han evolucionado. El mono evolucionó hasta convertirse en hombre. ¿Por qué entonces el hombre no tendría que seguir evolucionando, no sólo desde el punto de vista físico sino también desde el punto de vista espiritual, puesto que posee ese componente? Ésta es la esperanza de nuestros amigos indios, empezando por Aurobindo: que algo induzca al ser humano a dar ese paso. De la misma forma que el hombre evolucionó del mono, ahora debe dar otro paso, y debe darlo hacia arriba. Y

en mi absurda locura, pensé que el 11 de septiembre era el momento propicio en que podía darlo.

Ríe.

FOLCO: ¿De verdad? ¿Creíste que aquel día de septiembre podía convertirse en esa ocasión histórica?

TIZIANO: Sí, me parecía que era una buena ocasión porque lo sucedido era tremendo y porque se produjo una toma de conciencia muy grande. Todos, los hotentotes, los esquimales, todo el mundo lo vio al mismo tiempo. No era la explosión del Krakatoa de la que te habla un viajero cada tres años. Uno

debía preguntarse: «Pero ¿están locos?».».

Por añadidura, con los medios de destrucción de que dispone el hombre hoy en día, ya no es una cuestión de dos que se enfrentan: el que muere ha perdido la batalla y su tribu pasa a ser esclava del vencedor. Está en juego la humanidad y la tierra en la que todos vivimos. Por lo que, por un lado, cuando veo que el hombre no ha hecho ningún progreso espiritual, me siento terriblemente pesimista, pero, por el otro, tengo también la esperanza optimista de que, precisamente porque la situación se ha vuelto tan dramática, alguien se despertará, algo sucederá, nacerá un nuevo profeta, en alguna parte

alguien dirá: «¡Seguidme, tiremos todas las armas al mar y empecemos otra vez desde cero a amar la tierra, a amar al prójimo!»». En cierto modo, las señales las ves, aunque por ahora son aún limitadas y están muy en el interior del sistema.

¿No podía ser esa la ocasión?

Después de la Gran Guerra, estalló la Segunda Guerra Mundial. ¡Virgen santa!, ¿te imaginas lo que fue, FOLCO? Veinte, treinta millones de muertos. ¡Millones! Tú ponlos en fila a todos. Campos de concentración, los horrores más increíbles. Al final de las hostilidades, Europa estaba destruida, moralmente destruida. Entonces la gente

dijo de verdad: «Se acabó. No es posible continuar así». Y a partir de aquel momento, Occidente creó reglas, tribunales, hermosas tentativas y, ante todo, el gran movimiento por la paz. En Europa ha habido raíces importantes, con personajes maravillosos como Albert Schweitzer, Bertrand Russell y muchos, muchísimos más que veían en la vía de la paz el único modo de salvar a Europa, de devolverle un sentido, de volver a empezar.

Durante mucho tiempo ese razonamiento se tomó en serio, porque estaba el problema de las armas de destrucción masiva. Bertrand Russell se manifestaba contra las bombas atómicas.

Los mismos que las habían inventado se alinearon en contra. O sea, *había* una conciencia. Curiosamente, en los últimos diez o veinte años todo eso ha desaparecido. Las bombas atómicas están bien. Ahora se fabrican también las de neutrones.

FOLCO: Ahora todos quieren tener esa bomba porque es la única garantía contra una agresión.

TIZIANO: Claro. Pero ¿cuál sería la única verdadera garantía? ¿Que las eliminaran todas!

FOLCO: Eso parece imposible.

TIZIANO: ¿*Por qué* parece imposible?

FOLCO: ¿En qué momento de la

historia ha sucedido algo así?

TIZIANO: Bien, Gandhi decía: «¿Por qué repetir la vieja historia? ¡Inventémonos una nueva!». Lo obsceno de la capacidad de destruir debería hacer pensar a todos. Ya no se trata de haber inventado el arcabuz o una espada más larga que las demás.

FOLCO: ¿Conseguiremos inventar otra historia? ¿Qué hay que hacer para pensar de un modo nuevo?

TIZIANO: Precisamente esta mañana, mientras releía a Krishnamurti, pensaba que el *conocimiento* es nuestra mayor limitación. El conocimiento, que debería ayudarnos a crecer, a cambiar, es una limitación, una trampa, porque la mente

está condicionada por todo cuanto sabe y no puede dar saltos mortales, está acostumbrada a eso. A este respecto, Krishnamurti dice algo muy bonito: hay que *liberarse* del conocimiento. Sólo si te liberas del conocimiento puedes descubrir algo; de lo contrario, te repites. Mira el mundo: se repite. Y es inútil decirle: «¡No lo hagas!», por cuanto todo está ya previsto, todo tipo de caminos.

FOLCO: Actualmente hay muchísimos estímulos, y eso hace que la mente no esté nunca en paz. Desde el ruido de la televisión hasta la radio del coche, el teléfono que suena, el anuncio publicitario en el autobús que pasa por

delante de ti. No consigues elaborar pensamientos largos. Elaboras pensamientos cortos. Y son cortos porque las interrupciones son frecuentísimas.

TIZIANO: Exacto. Los pensamientos son cortos como un anuncio televisivo. Y el silencio ya no existe.

FOLCO: Cuando trabajaba en Calcuta, la Madre Teresa me dio lo que ella llamaba su «tarjeta de visita», en la que ponía: «El fruto del silencio es la oración». Empiezas con el silencio. Según ella, el silencio lleva a la oración, la oración lleva a la fe; la fe, al amor; y el amor, a la acción. Pero al *principio* de todo el proceso está el

silencio. Si uno se preguntaba: «¿Cómo empiezo mi transformación?», te daba una respuesta muy clara: la empiezas con el silencio.

TIZIANO: Sí. El silencio ha desempeñado un papel enorme en todas las prácticas religiosas. Jesucristo va al desierto, otro asciende a la montaña. En realidad, insisto, yo soy un meditador frustrado, pero esa media hora, esos diez minutos, a veces incluso esa hora que me tomo por la mañana son un disfrutar del silencio: dejar que la mente se calme y observar los pensamientos que corren como si fueran cosas externas.

FOLCO: Es mejor no pensar en nada

y esperar que se te ocurra una idea clara. Porque una vez que tienes *una* idea, pero una idea clara, puedes moverte.

TIZIANO: Una acción, una verdadera acción puede ser fruto de una gran reflexión. De otro modo, no tiene ningún sentido, es simplemente una distracción.

En cuanto a la India, habría podido adoptar una postura distinta en lo relativo al «progreso», hubiera podido decir: «Nosotros no queremos la bomba». ¿Quién la tiene hoy? Francia, el Reino Unido, Estados Unidos, quizá Corea del Norte, Irán parece querer fabricarla, e Israel. Y China, Pakistán y la India. De los países de la ex Unión

Soviética, sólo la tiene Rusia; los demás no la fabrican, aunque hoy en día todos disponen de la tecnología requerida para hacerla. Italia, si quisiera, la fabricaría mañana, pero ha optado por no hacerlo porque cuenta con el paraguas americano.

Es cierto que ahora, con el terrorismo, las cosas se complican todavía más, porque esos no necesitan gran cosa para fabricar una bomba sucia. Llegan a una ciudad como Nueva York y... *¡bummm!* Entonces, ¿cuál es la solución? Comprender que combatir el terrorismo matando a los terroristas es inútil, porque siempre nacerán más. Lo que se debe hacer es

quitar de en medio esa tecnología.

FOLCO: No veo cómo podría hacerse. Una tecnología que existe, que prácticamente se puede encontrar en Internet, ya no puedes quitarla de en medio. Cabe soñar con que las cinco o seis grandes potencias, entre ellas Estados Unidos, Rusia y China, renuncien a las armas nucleares, pero eso no impedirá que cualquier terrorista pueda elaborarla. ¿Cómo hacer olvidar una tecnología una vez que ha sido inventada? Si a un hombre le enseñas un puente, aunque después lo quites, él no dejará de cruzar el río. Lo ha visto, ha comprendido y vuelve a construirlo. Quizá la tecnología de las bombas

atómicas al final sólo pueda destruirse ella misma.

TIZIANO: ¿Y si todos se pusieran de acuerdo en no volver a usarla?

FOLCO: Eso no sirve de nada, porque *siempre* habrá alguien que se aproveche de esa circunstancia.

TIZIANO: Entonces estamos perdidos.

FOLCO: Necesitamos que estallen algunas bombas para darnos cuenta del horror.

TIZIANO: ¡Dios mío! ¿No fueron suficientes las de Hiroshima y Nagasaki?

FOLCO: Por lo visto, no. ¿No lo crees así?

TIZIANO: Bueno, trescientos mil muertos...

FOLCO: Han caído prácticamente en el olvido. Apenas se piensa ya en ellos.

TIZIANO: Entonces, estallará. El mundo ya ha estallado muchas veces, así que volverá a hacerlo.

Larga pausa. Resuena la respiración ronca de papá.

Hay otro pensamiento sobre el que reflexionar. Lo decía el Viejo: «¿Merece esta civilización ser salvada?».

FOLCO: Ah, ¿el Viejo también se preguntaba eso? Muy interesante.

TIZIANO: Da para reflexionar.

Porque, ¿qué es esta civilización?

FOLCO: ¿Qué civilización?

TIZIANO: La nuestra, la moderna.

FOLCO: ¿Qué es para ti?

TIZIANO: Es la razón que se ha vuelto loca, se ha vuelto loca por la economía. La economía se ha convertido en el criterio principal de todo, no hay otros valores. ¿Por qué producir cada vez más, generar cada vez más desechos? Hay algo perverso en el modo en que el hombre se ve a sí mismo en el mundo. ¡No se ve! Ha perdido realmente la conexión cósmica. Se ve aquí, en su pequeña esfera. Sólo ve su pequeño mundo, no se ve en relación con el gran mundo.

Interesante pregunta: «¿Merece ser salvada?». Es la pregunta clave.

FOLCO: ¿Tú qué opinas?

TIZIANO: No me atrevo a decir que no es posible salvarla. Me viene a las mientes el *Bhagavad-Gita*: tú haz lo que debes hacer; después, si el mundo se salva o no, es algo que no está en tus manos.

FOLCO: Tengo curiosidad por saber si tú... Pero a lo mejor no quieres responderme.

TIZIANO: Sí, sí, hablemos del asunto abiertamente, con calma.

FOLCO: Tengo la impresión de que te resistes a decir cómo ves el futuro del mundo. ¿Es así o no?

TIZIANO: Sí, es así.

Silencio.

Veo un gran caos. Un gran caos y una *descivilización* en la humanidad. Desde que estuve en las islas Kuriles..., ya te habrás dado cuenta, por las pequeñas cosas que te cuento..., siento una amorosa simpatía por el Hombre. Realmente me gusta el Hombre, el afgano con su nariz medieval, con sus harapos, orgulloso. Me gusta el asiático, duro, resistente. Me gusta el hombre, y me gusta la humanidad y me disgusta profundamente pensar que algo podría eliminarla de la faz de la tierra. Será

porque pertenezco a ella, pero lo siento con mucha fuerza. Sin embargo, hay en curso un proceso de *descivilización* que no creo que pueda ser reversible.

FOLCO: ¿Te refieres a las guerras?

TIZIANO: Sí, claro, a la violencia, que en ocasiones ni siquiera necesita adoptar la forma de guerra.

FOLCO: ¿Dices que habrá cada vez más violencia?

TIZIANO: Cada vez más. Entre otras cosas, porque se ha venido abajo el sistema internacional, ese sistema de control bélico que se intentó establecer después de la Segunda Guerra Mundial. Verás, decimos que el hombre tiene una naturaleza asesina, cosa que también

digo de mí, pero a fin de cuentas están esas reglas impuestas por la conciencia, por los códigos, que en cierto modo nos mantienen a raya. Después de 1945 se establecieron más o menos unas reglas, algunas legales, otras del tipo del equilibrio del terror. Hoy, todo eso ha desaparecido. Lo mismo que fracasó la Liga de las Naciones, ahora fracasan las Naciones Unidas. Ya no hay reglas. Luego, ¿quién frena?, ¿quién pone un poco de orden?, ¿quién mantiene sujeta a la bestia?

FOLCO: He observado en la lista que has enunciado que te gustan el hombre afgano y el asiático. No has mencionado al hombre occidental, europeo,

americano.

TIZIANO: Me gusta cada vez menos. Me gusta el primitivismo del hombre, su relación con la naturaleza, porque quien está cerca de la naturaleza es un verdadero hombre. Tú piensa en una civilización urbana donde todos nacen en cajas con aire acondicionado, van a trabajar rodeados de aire acondicionado, van de una caja a otra alimentados por veneno televisivo..., ¿qué clase de hombres son? Hay gente que quizá no sabe qué son las hormigas. ¿Qué vas a esperar de un hombre así?

Ese hombre, ese hombre occidental, se ha convertido en una nulidad. Una nulidad, un necio cualquiera al cual se le

dice que no mate, que se porte bien. Hasta que un día le dices: «Toma este fusil y mata a cien mil», y el gilipollas va y lo hace tan contento. ¡Eso no es un hombre, caramba!

FOLCO: ¿Y qué le falta?

TIZIANO: Ha sido privado de su independencia, de su pensamiento.

FOLCO: Estoy tratando de entender. En cierto sentido, sí, es verdad que cuando andas por las ciudades la gente parece... ligera, como si no tuviera peso.

TIZIANO: No ves humanidad, ves maniqués.

FOLCO: Hummm...

TIZIANO: Todos vestidos igual,

todos diciendo las mismas cosas. O lo contrario de las mismas cosas, que son las mismas cosas.

Río.

Uno es republicano, otro demócrata. Aquél quiere matar, éste un poco menos, o un poco más. Luego, por la noche, todos al bar. No son hombres.

FOLCO: Pero ¿qué es lo que no los hace hombres?

TIZIANO: ¡Que no se preguntan quiénes son! Creen ser el traje de Armani, la moto.

FOLCO: ¿No piensan en quiénes son, en dónde están, en por qué están aquí?

TIZIANO: No tienen ocasión de hacerlo. Lo dice muy bien mi amigo T. S. Eliot: «Distraídos por las distracciones que los distraen».

FOLCO: Entonces, ¿merece esta civilización ser salvada? Tengo curiosidad por saber qué dijisteis en tus conversaciones con el Viejo. ¿Qué merece ser salvado y qué no?

Larga pausa. Papá jadea.

¿Demasiado difícil tal vez?

TIZIANO: Me encuentro mal, FOLCO. Dame diez minutos, media hora.

FOLCO: Sí, sí. Luego, si quieres, podemos hablar de cosas más sencillas.

TIZIANO: Vamos, descansemos cinco minutos.

FOLCO: Sí.

Papá pone música. Yo me dispongo a irme.

TIZIANO: No, quédate. ¿Oyes esta pieza? Se llama *La mente tranquila*. La interpreta un alemán con un flautista tibetano. Estaría bien dormir ahora.

FOLCO: ¿Ahora? ¡Pero si son las tres! ¿Estás cansado?

TIZIANO: Me gustaría dormir.

FOLCO: ¿Qué haces cuando duermes? ¿Sueñas?

TIZIANO: Humm... duermo.

FOLCO: ¿Piensas?

TIZIANO: Sí.

FOLCO: ¿En qué piensas?

Papá no responde.

¡U—par, U—par!

TIZIANO: Debes entender cuál es el hilo de este relato. Es *buscar...*, entre toda la ilusión de la revolución, de la política, de la ciencia, que deberían resolver los problemas..., aquello por lo que nos comprometemos, escribimos, intentamos cambiar la opinión de los demás..., para después caer en la cuenta de que no sirve de nada.

FOLCO: ¡¿Cómo?! No se puede llegar a la conclusión de que nada sirve de nada.

TIZIANO: No. El mundo exterior no ha resuelto sus problemas a través de la

política. Yo antes creía mucho en el conocimiento, hasta que me di cuenta de que la transformación externa de la sociedad no influye en absoluto en la transformación psíquica del individuo. En absoluto. Revoluciones, guerras, asesinatos, masacres, y luego todo vuelve a ser como antes. La violencia, el miedo, la desesperación y la miseria no se resuelven. Y el mundo interior no avanza. Ni un ápice. Lo he dicho mil veces: piensa en los progresos que ha hecho el hombre utilizando el conocimiento en los milenios que han transcurrido desde el garrote. Pero ¿se ha vuelto él mejor? No.

 Mi última gran desilusión es la

India. Voy a la India a buscar la solución, externa de verdad, porque la India posee ese gran capital de *ahimsa*..., la no violencia, Gandhi, los *rishi*..., y como buen periodista me ocupó de la política, para descubrir que es aún peor que la de los otros.

¡Dios bendito, un país con una fuerza moral como la India, que tenía un capital increíble en 1949! No te puedes imaginar cómo era la imagen de la India de Gandhi, «ese viejo faquir vestido con harapos», que subía con su bastón la escalinata del poder británico en Londres. ¡En fin, era una figura! Hablaban de él hasta en las revistas del corazón. En cuanto muere... ¡*paf!*, todo

cambia por completo. Todo, absolutamente todo. Quieren desarrollo, trenes, fábricas, acerías. Y luego la bomba atómica. ¡La India con la bomba atómica! ¡La India, que tenía la bomba atómica *moral*!

Gandhi llegó a decir que no era necesario combatir el nazismo porque no servía de nada combatirlo con las armas. Moriría por sí solo, si la gente se oponía a él con la fuerza moral. Alguien le preguntó a Gandhi si su ayuno no era una gran estupidez, porque contra Hitler no se podía hacer más que combatir. Contestó que no. Él no quería la guerra contra Hitler, decía que el nazismo era una fase pasajera, que Hitler se

destruiría a sí mismo y por tanto era inútil que en la destrucción violenta de Hitler perecieran millones de personas que quizá se salvarían con la autodestrucción de Hitler. Quiero decir que era *audaz*. No sé si tenía razón o si el razonamiento cojeaba, pero había algo realmente profundo en su posición. Si tú aceptas la no violencia como criterio *total*, tienes que llevarla hasta sus últimas consecuencias, incluida la de dejarte matar.

Se detiene.

FOLCO: ¿Atravesado por un rayo de luz?

TIZIANO: Atravesado por un dolor de estómago.

Entonces me digo: «¡¿Cómo?! ¡¿Voy a la India y me encuentro con que...?!». ¡Si hubieras visto, el día que anunciaron su bomba atómica! ¡Dios santo, parecía que hubieran llegado a la Luna en el Apolo 13! ¡La gloria de la India!

De acuerdo, la India tiene derecho a tener la bomba atómica si la quiere..., total, la tiene China, también Pakistán..., pero ¿no habría sido moralmente mucho más imponente una India que dijera: «Podemos fabricarla, pero no la queremos. Porque la bomba lo destruye todo, porque es lo contrario de todo aquello en lo cual creemos, de *ahimsa*»?

Ahimsa, ahimsa, ahimsa, no provocar dolor, no provocar miseria, no provocar daño.

Y así todo. Llegué allí con mamá el día que Delhi estaba llena de carteles en los que ponía: *I am back!* Vamos a ver, ¿la India necesita carteles, pagados por esos cerdos, en los que pone *I am back!*, porque ha vuelto la Coca-Cola? Para mí fue una desilusión terrible. Y luego todas esas glorias militares, esos desfiles copiados de los ingleses, esa prosopopeya heredada.

Busqué, indagué qué había quedado de Gandhi. Fui a su *ashram* y a otros; conocí a ancianos maravillosos, absolutamente maravillosos. Viejecitos

de esos delgados, con esos bonitos chalecos hechos de *khadi*, de algodón, lisos. Y con una idea en la que creían. Pero eran cuatro gatos, ni uno más.

Empecé, como todos los jóvenes, con un gran deseo de cambiar el mundo, de mejorarlo gracias a hacer todas las cosas que pensamos que necesita, las cosas externas. Cambias de política y das algo más de trabajo a la gente, repartes la riqueza; con la ingeniería, haces un buen puente que sirve para cruzar un río. Y después te das cuenta de que la solución no está ahí.

FOLCO: ¿Y dónde está?

TIZIANO: Yo creo haber encontrado la solución en el sentido de que, si

consigues mejorarte a ti mismo, hacer algo de ti mismo y darte cuenta de la inutilidad de todo lo demás, quizá sientes las bases de algo grande que, a mi entender, es esencial: la evolución del hombre hacia un plano superior.

Y desde ahí se llega al Himalaya. No más revoluciones, no más política. ¿Para qué sirven?

Llegado a este punto, haces lo que han hecho todos los buscadores del pasado: *ju-par, u-par!* Subes, subes cada vez más, no sólo en sentido figurado, sino también en sentido físico. Subes por la montaña, *u-par, u-par, u-par*, y en el camino he tenido la suerte de encontrar primero al Swami, el

maestro, en el *ashram*, y luego, al Viejo en el Himalaya. Llego a ese lugar fuera del mundo donde me dedico sólo a mí y que al fin me da por un instante la intuición de algo más allá.

FOLCO: Ése es el ideal del *sadhu* indio, el del que se aparta para cambiarse a sí mismo. Y su transformarse, en una lejana gruta de hielo, en cierto modo también puede cambiar el mundo. Los indios explican esto místicamente en el sentido de que los poderes adquiridos por el eremita son tales que sus pensamientos, incluso sin ninguna acción, se hacen realidad.

TIZIANO: Ése es el modo de expresar una esperanza.

FOLCO: Una vez conocí a un *sadhu* que decía una cosa interesante. No sé si es verdad, pero me parecía sensata. Me decía que noventa y ocho de cada cien pensamientos que uno tiene los ha tenido ya; incluso ellos se repiten. Por eso no importa detener el pensamiento, silenciarlo por completo, para después quizás encontrar en el silencio uno o dos pensamientos, pero que sean nuevos.

TIZIANO: Tienes toda la razón, pensamos siempre las mismas cosas, que además también son pensadas por los demás. Ahora bien, ¿dejar de tratar de pensar *otra* cosa?

FOLCO: Para hacer eso, hay que...

TIZIANO: Retirarse.

FOLCO: Sí, retirarse.

TIZIANO: Tú conoces mejor que yo la India, con su división de la vida en cuatro estadios. El primero, en que se es joven y se aprende; el segundo, en que se devuelve a la sociedad lo que se ha recibido, es decir, se trabaja, se es buen marido y buen padre de familia; el tercero, en que, tras haber cumplido con las obligaciones familiares, se va al bosque, quizá todavía acompañado por la esposa y unos libros. Y al final, si se llega, hay un cuarto y último estadio, aquel en que se parte solo en busca de Dios.

FOLCO: He observado a menudo que los indios ven en ti a alguien que ha

triunfado en el mundo, en las cosas prácticas: has mantenido unida a la familia, has alcanzado una buena situación económica, has hecho bien tu trabajo, etcétera.

TIZIANO: Has abordado un punto muy importante que explica también mi «desapego» actual, que a mi entender sólo es posible porque en cierto modo he desempeñado bien y conscientemente el papel de cabeza de familia del que hablas.

Puedo decir que he tenido una enorme suerte. Soy un hombre muy afortunado. Me ha tocado una dosis de suerte sin duda más alta que la media. He conseguido hacer bien mi papel,

puedo emplear palabras como «he tenido éxito en la vida», éxito familiar, matrimonial, ¡cuarenta y siete años con tu madre! Ninguno de los dos se ha ido, ninguno ha conocido a una bailarina brasileña o a un pirata malayo con quien fugarse, aunque no te digo que las tentaciones no hayan existido, es más, lo bonito es precisamente eso. En mi oficio he llegado a donde podía llegar. He escrito para uno de los periódicos más importantes del mundo, he escrito libros, y algunos de ellos han sido leídos por miles de personas. Todo eso me proporciona una base que me ha permitido romper con ese mundo. Para ser sincero, debo decir que si hoy me

encontrara con una familia rota, como autor de libros que nadie ha leído, sin haber obtenido el menor reconocimiento por un trabajo que he intentado hacer bien, quizá sentiría cierta amargura. Esa amargura no la siento.

En eso he fundado el tercer estadio. Recibí dos grandes regalos, ¿sabes?, el cáncer y la pensión, que me llegaron al mismo tiempo. Y entonces me aparté del mundo. Sin ningún pesar, dejé el periodismo, a los amigos, la sociedad, y me fui a vivir a un *ashram* con aquel maestro, el Swami, que no sólo me enseñaba sánscrito sino también el sentido de la filosofía india. Escribí un poco sobre ello en *Un altro giro di*

giostra, pero podemos hablar más del tema. Verás, cuando empiezas a leer el segundo capítulo del *Bhagavad-Gita*, o el noveno, cuando empiezas a darte cuenta de que no necesitas nada... Comía papillas en aquellas artesas cantando «Soy el fuego que quema en el estómago tu comida...», del decimoquinto capítulo. ¡Ahhh, no era yo!

Disfrutaba, aprendía, era devoto de aquel maestro porque le debía mucho, pese a que no podía ser seguidor suyo, no podía tocarle los pies por la mañana para recargarme con su energía. ¡Ni por asomo! Continuaba siendo profundamente florentino. Estaba siempre en medio del vado, incapaz de

volver atrás, porque, si bien, me parecía haber dado unos pasos adelante, era incapaz también de pasar a la otra orilla y decir: «Aquí estoy, he llegado, soy uno de vosotros».

Pero el encuentro con el Swami..., aparte de lo atractivo que era, vestido de color naranja, un poco étnico..., me impresionó. Yo siempre había corrido detrás del tiempo, porque como periodista tenía unos plazos que cumplir. Un día estuve un par de horas observándolo en aquella gran sala donde recibía a todos. Allí acudían mujeres indias, empleados de banca y directores a tocarle los pies, a preguntarle qué debían hacer con un hijo que no iba bien

en los estudios o a contarle que les daba miedo la muerte. «Swami-ji, Swami-ji, ¿cómo es morir? ¿Qué hay más allá?». Y él, siempre con una gran paciencia, para cada uno tenía una sonrisa, una palabra y al final un grano de uva. Había una ligereza en todo eso que me aportó muchísimo.

Cuando me llegó el turno, me acerqué y él, encantador, me hizo pasar a su cuartito.

«Perdone, Swami, pero ¿cómo demonios se las arregla para dedicarle tanto tiempo a esa gente?», le pregunté.

Me miró fijamente y se echó a reír con su maravillosa risa.

«Yo no necesito ya tiempo. Mi

tiempo es tiempo de los demás. Ya he alcanzado lo que quería alcanzar, *moksha*. Para mí, el tiempo ya no tiene valor».

Me impresionó, me desgarró cuando dijo aquella frase. Él también sabía algo, como el del collar de flores anaranjadas en el Sai Baba Mandir.

Viví en aquel *ashram* tres meses sin hablar en ningún momento de mi pasado, sin mencionar para nada quién había sido ni qué había hecho. Porque la identidad, cualquier identidad que puedas desear..., física, psicológica, del nombre..., limita, no te permite ser nada más. Si eres el director del servicio de correos, incluso cuando te has jubilado,

te dicen en el tren: «¿Usted es...?». «Sí, yo era director de correos». ¿Y qué? ¡Ja-ja-ja! El compartimiento debería romper a reír. Otro dice: «Usted no sabe quién soy yo. Yo era coronel». ¡Ja-ja-ja!

Luego, lentamente, estás cansado, te alejas para convertirte en Anam, el Sin Nombre. ¡Qué descubrimiento, el de dejar de tener nombre! Por eso Anam nace exactamente como la flor de loto de un estanque de mierda, ¿no? Fuera todo lo demás, fuera todo lo demás. Yo no soy ya aquel TIZIANO Terzani, ya no lo soy.

FOLCO: Pero, papá, ¿quién eres?

Papá se ríe.

TIZIANO: Esta vida me la he inventado un poco, ¿no? He sido miles de cosas, unas reales y otras potenciales. He sido actor, asesino, pederasta, adúltero, he sido todo, como todos. He sido multitud de cosas en diferentes épocas. Multitud de cosas auténticas, intensas. Y una sustituía siempre a otra. ¡Madre mía, cuántos papeles he desempeñado! Te pones tantas máscaras que al final te ahogan. Hasta que un día dices: «¡Buf, ésta la tiro!». Y al final soy Anam, alguien sin nombre, sin historia, ni pasado. Porque todo eso son menudencias y al cuclillo le tienen absolutamente sin cuidado.

Pero no por maldad, no es que me desee ningún mal. Es más, quizá canta también para mí.

Me preguntas quién soy. Bien, he sido ante todo muchas máscaras, todas verdaderas y todas falsas, porque con el tiempo cambian y se convierten en otra. No hay permanencia, eso es una verdad que todos los sabios han comprendido. Nada es permanente en esta vida, *nada*. ¿A santo de qué pretendes tú ser permanente? ¿Quién te ha dicho tal cosa?

FOLCO: ¿Ahora ya no sientes que llevas una máscara?

TIZIANO: No, la verdad es que no. Y eso es lo que me da esta gran libertad.

Me siento ligero. Tengo la sensación de que ya no me afecta nada, porque no soy esta máscara, ni este cuerpo, ni mis recuerdos, no soy... Soy algo mucho más grande, mucho más pequeño, mucho más particular, pero no soy nada de todo eso. Y precisamente por no ser nada específico, puedo permitirme pensar que soy todo.

Río.

FOLCO: Si existiera esa pastilla que te permitiese vivir diez años más, ¿querrías seguir avanzando para llegar al cuarto estadio, que los indios materializan en convertirse en *sadhu*, el

mendigo errante que lo deja todo y a todos?

TIZIANO: No, no es para mí. Soy una persona que se queda siempre a medio camino, en medio del vado. No puedo convertirme en eso, no puedo dar ese último paso de desaparecer en las montañas, iluminado. Porque no estoy iluminado.

FOLCO: Pero ¿por qué no intentarlo? Además, dicen que de cada diez mil que lo intentan, quizá sólo uno lo consigue. Pero ése uno podría encontrar algo que también sirviera de ayuda a los demás. Se trata de hacerlo también por los demás.

TIZIANO: Claro, claro. Pero no es

para mí. He escrito mis libros. No podría ser nunca un profeta, un guru, no podría. Soy un hombre de Monticelli, un hombre sencillo. Te sorprenderá, porque tú me has visto como padre y te he hecho sombra toda la vida, con mi bigote, mi eficiencia, mis cámaras fotográficas, mis idas y venidas, pero soy una persona normalísima, ni enormemente inteligente ni enormemente culta. Y, además, no soy un líder. Pese a todo, soy una persona muy privada, y me repugna meterme... Soy como Charlie Chaplin, que cuando por accidente cae una bandera roja de un camión, echa a correr tras el vehículo porque quiere devolverla, y detrás de él echa a correr toda la gente. Ésa sería la

única posibilidad de que pudiese guiar a una multitud. Porque no es mi papel, no lo ha sido nunca.

Soy un florentino que ha buscado otra cosa, que ha picoteado aquí y allá, que ha tenido muchas experiencias.

FOLCO: Hay una pregunta que ya te he hecho muchas veces, pero que quiero volver a formular porque guarda relación con una de las cosas que más me interesan. Los indios, cuya cultura respetas y a cuyo país fuiste porque decías que la India es el lugar donde uno puede aprender a morir, creen que a través de la destrucción del Yo el hombre puede acceder a algo que ellos llaman la iluminación.

¿Qué crees que es esa iluminación?

Papá ríe.

No, de veras me gustaría saberlo.
¿Qué es? ¿De qué hablan? ¿Cómo se
manifestaría? ¿Quién está iluminado?
¿Qué es la iluminación? ¿Qué es?

TIZIANO: Una ilusión...

Toma un sorbo de té.

... pero que te mantiene a raya. Y te
da una esperanza.

FOLCO: ¿Sólo eso?

TIZIANO: ¿A cuántos iluminados has
conocido? Yo, a ninguno. La mitad, un

cuarto, uno quizá... Pero eso no significa nada. Es ese viaje, es ese aspirar a una visión distinta del mundo.

Está ese pobre monje..., ¿cómo se llama?..., ese que dice que hay una vida que lo espera. «¡Si me tocara, aunque sólo fuera una vez! En cambio, le ha llegado a otro mientras conducía por la autopista».

FOLCO: No, papá, la intuición de inmensidad la tienen muchos, de eso no cabe duda. Ese momento en que sientes que lo has comprendido todo, ese instante, incluso quizás esos pocos minutos, los conocemos, ¿no? Me sucedió también a mí, mientras, con la cámara de televisión al lado,

entrevistaba a aquel lama tibetano. Era como si alrededor todo el mundo se convirtiera en un sueño a través del cual veía por primera vez la realidad, un vacío de luz... Me fui con lágrimas en los ojos. Sentí una alegría desbordante.

TIZIANO: La intuición.

FOLCO: La intuición.

TIZIANO: La hemos experimentado los dos.

FOLCO: Pero, en tu opinión, ¿es un estado del alma, de la mente, del ser al que uno puede llegar...?

TIZIANO: ¿Fumado?

FOLCO: ¡No! ¿Hay una meta más allá..., más allá de donde estás ahora? ¿Hay otro paso, hay algo distinto que

uno pueda hacer aún consigo mismo?

TIZIANO: Pienso que no lo hay.

Pausa.

Y si lo deseara, negaría todo aquello en lo que he trabajado. Porque sería un deseo. Debo ser honesto, para mí ya es mucho lo que he encontrado. ¿Quién me habría dicho que con un diagnóstico de cáncer sin muchas esperanzas iba a estar tan tranquilo hasta el final? ¿Y no tengo suficiente con eso? ¿Qué más quiero? ¿Qué más quiero, que me hagan un monumento en la plaza?

FOLCO: No, eso precisamente, no. De querer algo, sería algo interior.

Reflexiono.

Pero no lo sé. Si uno acepta la muerte, tienes razón, ¿qué más puede querer? ¿Qué puede haber más interior que aceptar la propia muerte?

TIZIANO: Y todavía más completo es integrar el mal con el bien, la muerte con la vida. Porque, si lo has comprendido no sólo con la cabeza, si *de verdad* consigues integrarlos, entonces has sentido con el corazón, con la intuición, la quintaesencia del universo. Lo sientes si has comprendido que en el fondo no hay diferencia, que los *asura* son como los *deva*, los demonios son como los

dioses, que en apariencia se enfrentan pero al final son lo mismo.

FOLCO: Debe de haber diferentes niveles de comprensión de eso, ¿no?

TIZIANO: Estoy seguro. Y tu lama tibetano sin duda había alcanzado uno más alto. Pero yo no he podido aspirar para mí a uno más alto. Y te aseguro que ahora no lo echo de menos.

FOLCO: Así que no lo echas de menos, ¿eh?

TIZIANO: No, no. Estoy bien, he llegado.

FOLCO: ¿Quieres decir que el mundo ya no te interesa? Sin embargo, de vez en cuando todavía te enfadas: cuando no colocas tu radio en su sitio exacto,

cuando el gato maúlla... ¿Eso qué es?

TIZIANO: Antiguas debilidades de TIZIANO Terzani, que todavía piensa que es *posible* un ajuste que mejore las cosas de fuera. Pero si por un momento eres objetivo, te das cuenta de que no es posible. No es posible, FOLCO. Fíjate en estos últimos cien años. Entonces te dices que debes usar el descubrimiento de no ser el cuerpo, de no ser tu identidad, tus libros, sino de ser parte de otra cosa que es indiferente a todo eso, y que quizás algún día eso pueda ayudar al hombre a encontrar un camino.

FOLCO: Me pregunto si la iluminación no será precisamente llegar a contemplar el mundo tal como es y

verlo perfecto.

TIZIANO: Ah, sí, sí, muy bien. Estoy totalmente de acuerdo.

FOLCO: O sea, ver que no hay nada que cambiar. Que el embrutecimiento, las torturas en Irak, el hecho de que el agua salga demasiado caliente de la ducha, todo es exactamente como debe ser.

TIZIANO: Me sorprende esa definición. Quizá sea correcta, quizá tengas razón. Es más, me sorprende esa idea tuya, porque quizás es así. Porque en mi aspiración a un hombre mejor, más espiritual, también hay deseo; y, además, una cosa todavía más terrible, hay devenir. Eres tú quien está en lo cierto,

sí. Comprender que es perfecto. Y que no deviene.

Es.

Una idea en la que reflexionar.

FOLCO: ¿No tienes la sensación de haber dejado algo sin hacer?

Papá niega con la cabeza.

TIZIANO: Precisamente ésa es una sensación quizá un poco..., ¿cómo lo diría?..., soberbia. Pero realmente ya no me interesa nada. Leo los periódicos para que me hagan compañía, para distraerme de un dolor, pero ya los leí hace treinta años. Las mismas historias.

FOLCO: Lo que haces ahora,

entonces, ¿es despegarte? ¿Es ésa la idea? ¿Te estás alejando de todo?

TIZIANO: Sí, me voy. Ya lo ves, no quiero ver a la gente. ¿Qué me importa? Si me quedan tres semanas, dime si voy a querer estar escuchando al señor R. ¿Debo hacerlo porque son mis últimas responsabilidades antes de irme? ¿Quiero ver a N? ¿Quiero ver a Q? No, no quiero ver a nadie. Tengo delante este inmenso océano de paz y el piloto está preparado para partir. ¿Me quedo pescando aquí en la orilla? ¡No, me voy, me voy!

Y voy a ser casi cruel, FOLCO. Tú tienes un hijo, mi nieto, que es guapo, lleva mi apellido. Y Saskia acaba de

darme otro nieto. Me gusta esa continuidad. Pero es algo a lo que no concedo gran importancia, porque si esa pasión, ese deseo de bienestar y felicidad que siempre he tenido para ti comenzase ahora a descargarlo en tu hijo, esperando que asista a una buena universidad, se case con una buena chica, y se dedique a una actividad que lo haga feliz, ¡Dios mío, sería volver a empezar desde el principio! En tal caso, ¿por qué no preocuparme también de su hijo y decir: «Mi bisnieto...»? ¿Por qué no desear también para él que vaya a la universidad?

Todo eso ya está fuera de mi visión del mundo.

FOLCO: ¿Estás preparado?

TIZIANO: Podría irme mañana.

FOLCO: ¿Tan pronto?

TIZIANO: Sí, sí. De verdad, FOLCO, créeme.

FOLCO: ¿Porque has terminado más o menos con todo?

TIZIANO: Eso es. Y creo haber preparado también a mamá. Hemos hablado a fondo, hemos tenido también algunos días emocionantes en que hemos hablado, y ella, que me conoce bien y durante toda su vida ha sido tan generosa conmigo, también ha entendido esto. Todo se repite, normalmente empeorado, porque la geometría del cuerpo ha cambiado.

FOLCO: ¿La última cosa nueva fue el encuentro con el Viejo en el Himalaya?

TIZIANO: Sí, así es. ¡Irse, irse! Cada vez más lejos. Desde la llanura, donde todo es aún materia, hacia la montaña, donde vivo como eremita en una pequeña cabaña, sin agua, ni teléfono ni electricidad, apartado del mundo, de este mundo. Le estoy muy agradecido por ello.

Verás, FOLCO, hay cosas, acontecimientos, palabras que oyes y que no te dicen nada. Pero en otra situación, esa misma palabra... ¡guauuu!, te cambia la vida. Yo lo digo refiriéndome a una estatua. Piensa que soy florentino, nací en Monticelli y cada

día iba a clase en tranvía hasta Porta San Frediano y desde allí, a pie hasta el palacio Pitti, uno de los lugares más bonitos del mundo. En aquel mirador de allí arriba cursé parte de la secundaria. Ya sabes, palmaditas entre compañeros, andar detrás de las chicas..., no miras, no miras las estatuas. Podrías estar en el País de las Maravillas y para ti sería lo mismo. Hasta que un día, por casualidad, porque se te cae algo al suelo, al incorporarte ves una estatua, la cabeza de un macho cabrío en el arco del puente Santa Trinitá. Y te quedas maravillado. Esto es todavía más aplicable a las palabras. A los veinte años, a los treinta, a los cincuenta,

puedes oír a quien sea diciéndote lo que sea, te da igual. Por aquí te entra y por aquí te sale. Pero, como dicen nuestros queridos indios, «cuando el discípulo está preparado, aparece el maestro».

A principios del año 2000, llegué a aquella cima y era otro. ¡El *spiritus loci*! Y cuando el Viejo abrió la boca y empezó a decir: «La Verdad es una tierra sin senderos...». Si lo hubiera dicho dos o tres años antes, habría pensado: «¡Sí, hombre, sin senderos! ¿Y qué más?». Tenía que saber lo alto que era el monte.

Adopta un tono confidencial.

Estaba preparado. Y te aseguro que los primeros meses fueron mágicos, FOLCO, mágicos. Nevaba muchísimo, estábamos incomunicados. Yo vivía en una casita fría, me levantaba a media noche, a las tres o las cuatro, para meditar como hacía él. Había... ¡había una atmósfera, FOLCO!

FOLCO: ¿Como si fuera a pasar algo?

TIZIANO: ¡Sí, sí! Y él era un ser maravilloso. Atento, generoso, creía haber encontrado por fin al discípulo que nunca había tenido.

Mágico, FOLCO, era mágico, mágico... Tengo recuerdos de aquellas veladas, del silencio con la nieve fuera,

de aquel Viejo que hablaba con una intensidad, y también con un conocimiento de causa... Le planteaba problemas y él meditaba sobre ellos por la noche durante tres horas. Volvía a verlo a la noche siguiente y decía las cosas más increíbles sobre lo que había reflexionado. Fue de gran ayuda. Le estoy agradecidísimo.

*Es la
primera vez
que
hablamos
de cosas
que para mí,
para
nosotros,
creo, eran*

*las más
importantes
de todas.*

Y, además, la naturaleza del Himalaya era paralela al Viejo. La naturaleza en sí.

Todo cuanto decía el Viejo me fascinaba, me parecía interesante, pero para mí lo más hermoso era subir al amanecer a la cima. En la cima de aquel pico del Himalaya, ante un océano de montañas, disfrutas de sentirte vivo, de sentir tu carne traspasada por las ráfagas de viento. A fin de cuentas, eso era lo que me daba grandeza. Me sentía repleto de inmensidad.

Porque yo no soy un intelectual.

Comprendo, me interesa, me abre los ojos, pero en mí predomina lo físico. ¡Esas montañas, FOLCO, esas montañas! Una mañana, en aquella cumbre me llamó la atención una mariquita. Me sentía aquella mariquita, FOLCO, no un elefante, sino aquella mariquita. La seguí, caminaba adelante y atrás, luego llegó a la parte superior de una brizna de hierba, desplegó sus pequeñas alas aterciopeladas, transparentes, y se alejó volando. Pero no hacia otra brizna de hierba cercana, ¡hacia el infinito! Abajo había un precipicio de cientos de metros y ella, magnífica, brillante, con aquellos puntitos, se fue hacia las montañas. Y justo entonces, de verdad, FOLCO,

créeme, sentí que mi vida formaba parte de eso.

Luego das un saltito y sientes que eres el viento, que eres la mariquita, que este cuerpo, en definitiva... Y con eso vives, vives bien, te preparas. Ya nada resulta terrible. El cáncer me era indiferente. Me había vencido, pero me quedaba todo lo que tenía alrededor, esos cedros del Himalaya, allí desde hace siglos, a la intemperie, y yo sentado bajo ellos. Era como si su linfa, mi sangre, mi respiración, fueran todo una misma cosa y yo formara parte de ella. Si tienes por un instante esa sensación, ¿a santo de qué vas a seguir ejerciendo de periodista, cenando con el

señor R?

Aquella noche me fui a la cama en trance. Soy así, no soy nada más. No soy un intelectual, ni un constructor de imperios, ni un profeta, soy alguien que al final de la vida ha disfrutado también de su corporalidad. Y, curiosamente, a través de ésta, en determinado momento, indudablemente gracias sobre todo al Viejo, llegué más allá de la materialidad. Pude experimentar una sensación más grande, que estaba unida al todo y que ahora es mi gran consuelo.

Porque permanece, permanece.

Está cansado.

Es verdad que hay una parte de ti... Porque eso *es preciso* admitirlo, cuando sientes esos dolores terribles, en el estómago, aquí y allá, el cuerpo exige mucho de ti, exige atención, no quiere que te distraigas y lo olvides. Pero si por un momento lo consigues, si tienes la suerte, con una pastilla o con lo que sea, de distraerte, te sientes otro. Yo, de verdad, en esto no te miento, no sería correcto mentirte en esto, estoy realmente bien. Quiero morir riendo. Si luego todo se complica, acabaremos antes de reír y santas pascuas.

Esa sensación tiene mucha fuerza en mí y es el resultado de tres años con el Viejo. No, de tres años no, de tres

semanas. Hace falta que se presente la ocasión, ¿sabes? Además, llegó a ser cruel, incluso innecesariamente. Pero si hay alguien que ha destruido a TIZIANO Terzani es él.

«¡El día que consiga romper tu ego, el hedor llegará hasta el cielo!», decía.

FOLCO: Mamá me ha contado que una vez os vio alejaros por un camino hacia el bosque..., dos viejos, tú enorme y él menudo y aún más viejo..., y que parecía que de un momento a otro fuerais a llegar a las manos.

Papá ríe.

TIZIANO: Sí, el Viejo estaba

espléndido también cuando decía: «Abandónalo todo, abandona todo lo que conoces, abandónalo, abandónalo. Y no tengas miedo de quedarte sin nada, porque al final esa nada es lo que te sostiene».

FOLCO: O sea, ¿estamos sostenidos por...?

TIZIANO: Estamos sostenidos por algo que no son las chorradas que nos interesan. ¿Quién dirige todo esto? ¿Quién lo mantiene unido? Basta que cambie unos grados la temperatura para que los glaciares se fundan y concluya todo. Pero por el momento resiste. ¿Quién hace cantar a los pájaros? Está ese ser cósmico, y si por un momento

tienes la intuición de pertenecerle, después ya no necesitas nada más. Por ahí fue por donde empezamos.

Pero aquellos primeros tiempos allá arriba fueron mágicos. Me volvieron del revés como si fuera un guante. Lo vi todo bajo otra luz. Todo empezó a tener otro significado. Y tuve yo también, debo confesártelo..., ¡ah, me muerdo la lengua!..., esa intuición que tú tuviste con tu tibetano. Un instante, por la noche, durante una meditación. Algo que... Ibas más allá. Y ante eso...

Silencio.

Puede ser una gota, pero es como el

mar.

Intermedio

*Papá ya
no puede
dar un
paseo, pero
sé que le
gustaría ir a
ver de
nuevo los
montes
desde las
alturas.
Cuando
éramos
pequeños
nos llevaba
a un gran
prado al*

que ahora
se puede
llegar en
coche hasta
muy cerca.
Al principio
se niega,
pero luego
acepta la
propuesta
con alegría.
Recorremos
el último
trcho a pie
por un
sendero
bordeado de
piedras
cubiertas de
musgo. Por
encima de

los montes
corren
rapidísimas
hileras de
nubes grises
y negras
que se
enroscan en
el cielo azul.
Parece que
tengamos
sobre
nosotros
una nave
que hiende
el espacio.
Papá se
sienta en
medio del
prado con
las piernas

*cruzadas y
yo busco
una excusa
para
adentrarme
en el bosque
de abetos y
dejarlo
solo.*

*Cuando
regreso
sigue allí,
inmóvil,
contemplando
el
espectáculo
mientras
recibe el
soplo del
viento en el
rostro. Le*

*ayudo a
levantarse,
pero antes
de
marcharnos
se agacha,
arranca una
larga
hierba, le
quita el
penacho y
con el tallo
hace un
lazo.*

TIZIANO: FOLCO, es maravilloso que estés aquí. Te estoy muy agradecido por este paseo que me has hecho dar hoy, es un regalo. ¿Ves como la vida es siempre un círculo? Recuerda los

paseos que yo te hice dar por estas montañas. Pasábamos la noche en una tienda de campaña, hacía frío, encendíamos una fogata y cocinábamos. «¡FOLCO, despierta, vamos a ver la salida del sol!». Eres lo que eres también por esas cosas, ¿sabes? Y ahora, en compensación, me traes tú a mí. Y te enseño a hacer los lazos para atrapar luciérnagas que este verano tú le enseñarás a hacer a tu hijo. Es bonito.

*Cuando
llegamos a
casa, no le
quedan
fuerzas
para*

*mantener
nuestra
acostumbrada
conversación.
Y siento que
ya no tengo
casi
nada que
preguntarle.
Bueno, sí,
viéndolo
observar las
nubes
se me
había
ocurrido
una cosa.*

FOLCO: Papá, ¿qué ves cuando miras el mundo?

TIZIANO: Es una bonita pregunta.

Tengo que pensarlo, te contestaré después.

Para los jóvenes

*Nos
sentamos en
los sillones
bajo el arce.
Hace un
tiempo
precioso y
se oye el
cua-cua-cua
de dos ocas
que acaban
de llegar y
dan vueltas
tímidamente
por el
jardín. El
gato ha*

*crecido y
demuestra
su fuerza
espantándolas,
pero las
aves
siempre
acaban por
volver para
escuchar el
tranquilizador
murmullo de
las voces
humanas.*

FOLCO: Bueno, ¿quieres empezar tú?

TIZIANO: ¡No! Me voy ahora mismo.

Río.

FOLCO: ¿Y a dónde vas?

Hay una cosa que siempre he tenido ganas de preguntarle a un viejo: al final de una larga vida en la que uno ha visto tantas cosas, ¿qué ha comprendido?

TIZIANO: Querido FOLCO, eso es una trampa que me esperaba desde hace tiempo, porque es típico de los jóvenes preguntar a los viejos: «Pero ¿qué puñetas tienes tú que enseñarme?». Yo salí del paso hace años enseñándote la única gran lección de mi vida que serviría de verdad, cuando, basándome en mi experiencia con los jemeres rojos, te dije: «Si alguien te apunta con un fusil, sonrío». A mí, eso me salvó la vida en Camboya, y como recordarás,

nos ayudó a salir de apuros cuando buscábamos el tesoro de Yamashita.

Uno puede salir del trance haciendo un comentario ingenioso, pero, en el fondo, dar una respuesta es mucho más difícil. Gandhi decía: «Mi vida es mi mensaje». ¿Cuántos pueden decirlo? Pocos. Yo jamás me atrevería. Me quemaría la lengua si dijese una cosa así, pero a mi manera yo también tengo una visión del sentido de mi vida.

Si me preguntas qué dejo al final, dejo un libro que quizá pueda ayudar a alguien a ver el mundo de mejor manera, a disfrutar más de su propia vida, a verla en un contexto más amplio, como el que hoy siento yo con tanta fuerza;

dejo algunos recuerdos en personas como tú y Saskia. Nunca he considerado mi papel de padre como el de alguien que hacía monerías a los niños, que los llevaba a la piscina o a jugar a la pelota. En absoluto. Para mí, el papel de padre era el de alguien que sembraba recuerdos, que sembraba experiencias, olores, imágenes de belleza y medidas de grandeza que os ayudarían. Mi modo de llevaros por ahí tenía también esa finalidad. Nunca he pretendido ser sino un sembrador de bellos recuerdos.

FOLCO: Y de nosotros, ¿qué esperabas?

TIZIANO: Lo que un padre quiere para sus hijos puede ser una carga muy

pesada. La libertad queda a un lado. Yo siempre me he dado cuenta de una cosa importante: que este padre a quien ahora ni siquiera le queda aliento para decir su nombre, era un padre que hacía sombra. ¡Dios mío, un metro ochenta y seis, siempre en primera fila, siempre immaculado con mi atuendo blanco, atento a todo, siempre simpático, siempre con la réplica adecuada! Y tú, ante todo eso, te echabas atrás. Te lo ponía difícil con mi existencia, ¿no?

Pero en seguida llegué a una conclusión. Es inútil darle vueltas, las justificaciones psicoanalíticas, psicológicas, no sirven de nada. Si hubiera sido un padre apocado,

pusilánime, incapaz de todo, de mayor me lo habrías reprochado: «Era un apocado. No me ha enseñado nada, no me ha dado ejemplo de nada». En cambio, siendo un padre duro podías decir: «¡Me ha reprimido!».

El hecho es que yo era quien era, tú eras quien eras, y había que arreglárselas. ¿Tienes un padre con un par de huevos? ¡Muy bien, pues plántale cara! Y se la plantaste, ¿eh?, porque barrabasadas me has hecho unas cuantas... No olvidaré nunca el día en que compré en China una de mis alfombras más bonitas: pequeña, tibetana, amarilla, me gustaba muchísimo. La lavé y la puse a secar.

Luego te reñí porque habías hecho alguna tontería, y cinco minutos más tarde vi cómo arrastrabas las alfombra por toda la casa y la tirabas por la ventana.

Se ríe.

FOLCO: Cada cual aprende a reaccionar a su manera.

TIZIANO: Si quieres preguntarme qué quería este padre en concreto para ti o para Saskia, creo que hoy puedo responder sinceramente que no tenía planes precisos para vosotros. No soñaba con que estudiaseis Derecho y os hicierais abogados porque yo era

abogado de profesión, o con criar a un futuro médico a quien pasarle mi consultorio porque yo había cursado la carrera de Medicina. Habrás tenido la impresión de que a veces quería empujarte hacia el periodismo, pero no era así. Uno no nace para ser periodista, como tampoco nace para ser ingeniero o tranviario. Eso son cosas que hace para poder vivir más o menos agradablemente. Yo, siempre agradablemente.

Si debo preguntarme qué soñé para ti, la respuesta es muy sencilla: quería que fueses un hombre libre. En eso ponía mucho empeño, y tenía esta extraña fórmula, un poco simple, desde

luego, un poco..., cómo diría..., machista: como eras un hombre, mi hijo, sentía que podías ser un hombre libre, pero que nunca serías feliz porque la libertad y la felicidad jamás van de la mano. Para Saskia, en cambio, mucho más parecida a mí en varios aspectos, cuidadosa y atenta a sus deberes, deseaba que fuera feliz, porque sabía que nunca sería libre. Porque una mujer se casa, tiene hijos y no es libre como lo he sido yo y como después has conseguido serlo tú. Ésa era la única fórmula que aplicaba pensando en vosotros. Todo lo que os he permitido estudiar, y por lo que he pagado un montón de dinero, dicho sea de paso, y

en algunos casos inútilmente, no era para daros una profesión, sino para proporcionaros cultura.

Lo que me desconcertó, y que representa en cierto modo el signo de la perversidad de nuestros tiempos, fue que en la ceremonia de graduación de Saskia, después de los ritos en la capilla de su college de Cambridge, en aquel precioso prado durante una tarde soleada, ni uno solo de sus compañeros quería ser profesor, enseñar literatura o historia, ni uno solo quería ir, qué sé yo, a enseñar inglés a Tombuctú. Todos querían trabajar en el mundo de las finanzas. Me quedé de piedra.

FOLCO, piensa que yo estudié treinta

años antes y que nadie de mi generación acabó en la banca. Algunos se vieron obligados a entrar en la Olivetti porque no había dinero, pero la idea de estudiar grandes cosas en esas espléndidas universidades cuajadas de historia para ir después a gestionar dinero con un ordenador me parecía algo sacrílego.

Yo pensaba que para llevar una buena vida no había que acudir a una oficina por la mañana, encender un ordenador y seguir un *blob* que se desplaza y es un barco cargado de mercurio que se dirige a Corea del Norte, pero es desviado porque en ruta mientras va de camino hemos vendido el mercurio a Burkina Faso por el doble de

dinero. ¿Qué vida es ésa? Dime, ¿qué vida es? Eso explica que haya tanta frustración entre los jóvenes, porque en la actualidad, los más inteligentes hacen precisamente eso.

FOLCO: ¿Hacen dinero?

TIZIANO: Hacen dinero así. Si uno se enriquece descubriendo un filón, o localiza la mina del rey Salomón después de años de estudiar los mapas, o si consigue identificar un galeón hundido y se sumerge veinte veces para encontrarlo, pues entonces ¡que haga dinero! Eso es bonito, tiene algo de aventura. Pero hacerlo a la luz de neón de una empresa financiera...

FOLCO: Recuerdo que cuando se

graduó nuestro amigo Giacomo, que era un hacha en lo del submarinismo, le sugeriste que fuera por los mares en busca de pecios de antiguos galeones españoles.

TIZIANO: Y a aquel otro, cuya madre quería que ejerciera de abogado en Milán, le dije: «Eso puede hacerlo todo el mundo. ¡Estudia árabe!». Porque intuía que había algo nuevo que se movía en el mundo árabe y valía la pena estudiar la lengua. Lo habría hecho yo, de haber sido más joven. Tienes que reconocer, FOLCO, que fui profético una vez más. ¿Quién hablaba en aquella época de los musulmanes? Luego, ese chico fue a estudiarlo a El Cairo y hoy

es diplomático.

¿Te das cuenta? Uno va y da un paso, y después de ése sigue avanzando. Se trata de dar los pasos adecuados en la dirección adecuada, porque un paso lleva a otro y este último a otro más largo. Así que empezar bien te ayuda.

Para mí era importante que conocierais la diversidad. De hecho, no sé si recuerdas el regalo que te hice cuando te graduaste. Te llevé una semana a Angkor a ver aquellos templos ocultos en la jungla porque quería que adquirieses conciencia de la grandeza humana. Hice de guía para ti y contratamos una escolta de soldados del nuevo régimen camboyano para que nos

protegieran de los bandidos y de las minas que todavía infestaban la zona. Tú pintaste dos bonitas acuarelas de los budas entre las lianas. Cuando volvimos aquella noche al hotel, recuerdo que hablábamos de los jóvenes de hoy, que están desorientados, no saben qué hacer, no encuentran trabajo, y te dije: «Perdona, pero alguien como tú que sabe pintar, si quiere tomarse algún tiempo para apartarse del mundo, se va a Angkor Wat, aprende a dominar la técnica de la acuarela, pinta los templos y vende sus acuarelas a los turistas de Hong Kong. Ya ha encontrado trabajo».

¡Tienes que in-ven-tár-te-lo!

En cambio, si vas tres días en un

viaje organizado y con guía turístico, hoy ves Kompongtom, mañana el templo de los Apsara y pasado mañana Angkor Wat, sacas fotos, grabas un vídeo, luego te vas y regresas donde estabas antes, entonces, te queda poco o nada. Hay un mundo ahí afuera, abierto para quien quiere descubrirlo. Se trata simplemente de no ir a través de una agencia de viajes.

En Camboya te llevé también a ver a los de Médicos sin Fronteras, jóvenes como tú que no iban a una oficina a mover dinero, sino que partían con sus bisturís para vivir una experiencia que sin duda también les serviría a ellos. Piénsalo: ¡hacerse cirujano de guerra

jugándose el pellejo para ayudar a los demás en zonas fronterizas! Eso era para mí el ideal de una juventud. No pretendía convertirte en un médico sin fronteras, quería simplemente que vieres que también existía esa posibilidad.

Si muchos jóvenes se sienten desesperados es porque no miran. ¡Hay tantas cosas que hacer! Y muchos las hacen, hay muchos haciendo labor de voluntariado por el mundo. Uno no puede renunciar a los ideales.

FOLCO: Muchas veces uno elige algo porque ignora que hay alternativas. Se requieren modelos en los que inspirarse. Para mí, tal vez la inspiración más grande fue trabajar para

la Madre Teresa con los moribundos en Calcuta.

TIZIANO: Era una heroína que hacía milagros. Sacaba a muchos jóvenes occidentales de la trivialidad de su rutina y lograba que se comprometieran durante un período de tiempo en una operación que cambiaba su vida. Ése era el milagro. ¿Te acuerdas? Muchos viajeros llegaban a la India, visitaban Rajastán, ya sabes..., dormir en tiendas, montar en camello..., y luego, en parte por curiosidad y en parte por lo que oían decir, acababan en Calcuta. «Todos dicen que es una santa. ¡Y a una santa, yo la quiero conocer!». Teresa los miraba y decía: «¿En qué puedes

colaborar?». Ellos se sentían entre la espada y la pared y empezaban a hacer algo útil.

A los jóvenes que me preguntan: «¿Y yo qué hago?», les contesto: «¡Mira! El mundo está lleno de cosas que explorar». El mundo que yo me encontré en Vietnam, Camboya o China ya no existe. Pero ahora hay otro mundo, abierto para quien quiera descubrirlo. Pregunta a tu amigo antropólogo, el que va a las islas de Papúa-Nueva Guinea, y te contará montones de cosas. O piensa en África: ¿quién la conoce?

La semana pasada, un joven médico que me atendió comentó que se había presentado al concurso público para

ocupar un puesto de ayudante en un hospital de Cinque Terre y que, si le iba bien, quizás el profesor lo admitiese. ¡Sentí tanta tristeza viéndolo! Un joven así, ¿por qué no hace la maleta y se va dos o tres años al Congo a componer piernas fracturadas? ¡Y aprende! ¡Aprende! No sólo aprende una técnica, sino que allí la vida se convierte en otra cosa.

FOLCO: ¿Es necesario irse siempre tan lejos? También hay experiencias a la vuelta de la esquina, ¿no? Depende un poco de la actitud que uno tenga.

TIZIANO: De acuerdo, pero esa actitud cambia precisamente *ante* las situaciones. Si vas a trabajar a un

hospital del Congo, ¿sabes con cuántas experiencias podrías volver? Se requiere valor, se requiere determinación, se requiere imaginación, pero las posibilidades existen. No es verdad que todas las puertas estén cerradas y todos los sitios ocupados. ¡En absoluto!

A mí me parece que lo más bonito que un joven puede hacer es inventarse un trabajo que se adapte a sus aptitudes, a sus aspiraciones, a su alegría, y además sin ese darse por vencido que parece tan necesario para sobrevivir. «Ah, yo no puedo porque...». Todo el mundo puede. ¿Comprendes lo que digo? ¡Hay que inventárselo! Y es

posible, ya lo creo que es posible.

En cierto modo, yo he tenido suerte, porque he hecho un poco eso. La profesión a la que me he dedicado no era exactamente la de periodista, me la inventé. ¡Figúrate!, un italiano que habla alemán..., un alemán macarrónico, no vayas a creer..., que se convierte en corresponsal de un periódico alemán en Asia, que hace lo que se le antoja, va a donde se le antoja, escribe como se le antoja, que se hace fotógrafo porque no quiere viajar con fotógrafos... Ese trabajo no existía. Además, trabajar como periodista era para mí una especie de tapadera, como alguien que hace de comerciante para desarrollar su

actividad de espía. Porque lo hacía con pasión, eso es verdad, pero no era mi obsesión. Mi obsesión era vivir, y hacerlo a mi manera, vivir como me gustaba, vivir con esas grandes pequeñas alegrías.

FOLCO: Hay que salirse de la norma.

TIZIANO: ¡Siempre fuera de la norma! Ése es el tema del Viejo, de Krishnamurti y de muchos más: «La verdad es una tierra sin senderos». Caminas, encuentras. No hay nadie que te diga: «Mira, el sendero para llegar a la verdad es éste». No sería la verdad. Si te quedas en lo conocido, nunca descubrirás nada nuevo. ¿Qué debes hacer? Si viajas por los rieles de lo

conocido, te quedas en lo conocido. Y lo mismo sucede cuando buscas. Si sabes lo que buscas, nunca encontrarás lo que no buscas... y que quizás es justo lo que cuenta, ¿no? Es un extraño proceso que exige una gran determinación, porque implica renuncia, ausencia de certezas. Es cómodo abandonarse a lo conocido, ¿no? A las ocho sale el tren, a las nueve abre el banco, pórtate bien, no robes y todo eso. Pero si sales de lo conocido y buscas caminos no totalmente trillados o, como decía, te los inventas, tienes la posibilidad de descubrir algo extraordinario.

FOLCO: En nuestras sociedades hemos elegido llevar una vida de

garantías y de confort. Las grandes preocupaciones que nos impiden salir de nuestras cuatro paredes son la del dinero y la de la enfermedad. Los *sadhu* con quienes he convivido buena parte de los últimos años, en cambio, te hacen ver que es perfectamente posible vivir sin nada, de esa manera, divertida y simbólica, que tienen ellos de recorrer el país en cueros vivos para demostrar que ni siquiera necesitan ropa.

TIZIANO: A veces hay que arriesgarse, hacer otras cosas. Es preciso renunciar a algunas garantías porque también son condiciones.

FOLCO: ¿Las garantías son condiciones?

TIZIANO: Cada garantía es una condición, ¿no? Si quieres cobrar una pensión, tienes que trabajar toda la vida para obtenerla. Si quieres tener un seguro de enfermedad privado, has de pagarlo. Pero pagar un seguro de enfermedad privado significa apartar cada mes trescientos euros. No eres libre, porque una garantía es una condición, una limitación.

Pero, en mi opinión, en todas las cosas hay siempre un camino intermedio. No hace falta ni renunciar a todo ni quererlo todo. Basta con tener claro qué estás haciendo, cuáles son los compromisos. Hay una trampa, y tú eres el ratón. Cuidado, la trampa está puesta

para ti. Tu trampa es esa casa, un piso como el que describías cuando volviste de Pontassieve. Te invitó una pareja encantadora, pero cuando entraste en su casa... era para salir corriendo. Un lugar triste, una cocina de esas que exponen una al lado de otra, la ves en un centro comercial y parece magnífica, la llevas a casa y resulta cutre. Sin personalidad, todas iguales. Puedes elegir entre rojo y verde. ¿Quieres ir a un chamarilero y encontrar una mesa antigua en la que han comido familias? ¡Es posible!

FOLCO: ¿Y qué debe hacer el ratón para no caer en la trampa?

TIZIANO: Lo del gandhismo: ayuno,

renunciar al exceso de deseos.

FOLCO: ¿Es ésa tu conclusión?

Papá se queda pensativo.

TIZIANO: Es como si, con estas charlas que hemos mantenido, hubiera querido dejarte una especie de sostén. En cierto modo, en el fondo se tiene el deseo, un deseo humanísimo, de una relativa inmortalidad, de una continuidad a través de alguien que sigue tu camino o representa los valores en que has creído. Y si has comprendido algo, quieres dejarlo aquí, en un paquete. Ese paquete es la historia que te he contado.

Una de las cosas en que tengo mucho empeño es que comprendas que lo que he hecho no es único. No soy una excepción. Esta vida me la he inventado yo, y no hace cien años, sino anteayer. Todo el mundo lo puede hacer, sólo hace falta valor, determinación y una conciencia de uno mismo que no sea la mezquina de la carrera y el dinero; que sea la conciencia de que forma parte de esta cosa maravillosa que está a nuestro alrededor.

Quisiera que mi mensaje fuese un himno a la diversidad, a la posibilidad de ser lo que quieres.

¿Comprendes, entonces? Es factible, es factible para todos.

FOLCO: ¿Qué es factible?

TIZIANO: Construir una vida. Una verdadera vida, una vida en la que seas tú. Un vida en la que te reconozcas.

Adiós

*Papá,
con su
habitual
tinta
morada
pero con
una letra
vacilante,
ha escrito
una breve
carta y la ha
dejado
sobre la
mesa.*

*A mis
familiares.*

Las

*disposiciones
son éstas:
cuando
llegue el
momento,
llamad a la
Cruz Verde
para que
acuda
discretamente
a casa y
haga lo
necesario.*

*Como
sabéis
desde hace
tiempo,
quiero ser
incinerado,
y he pedido
que el ataúd*

*sea lo más
sencillo
posible, si
puede ser,
de tablas.
Me llevarán
en él a la
capilla,
desde donde
lo antes que
se pueda,
sin letanías,
cánticos ni
discursitos,
sino en mi
querido
silencio, me
conducirán
al
crematorio,
de donde*

*saldré
convertido
en cenizas
en una urna
sencilla que
será
entregada a
la familia.
Con ella
volveréis a
Orsigna.*

*Así me
gustaría
que fuese.
Haced lo
imposible
para que lo
sea. Gracias
y estad
alegres. Un
abrazo.*

TIZIANO,
anam.

TIZIANO: ¿Has leído mis instrucciones? Lapidarias, ¿eh?

Saskia, que acaba de volver a Orsigna, tiene lágrimas en los ojos.

SASKIA: Clarísimas.

TIZIANO: Nada de lágrimas, nada de tristeza. Al contrario, reíd a gusto por lo mucho que él se ha divertido. ¿No es bonito?

SASKIA: Sí, sí, con todo eso estoy de acuerdo. Pero me alegro de que quieras una piedra, algo, porque la idea de

dispersar las cenizas me parece... Quizá una parte en el aire o donde confluyen dos ríos, pero también es importante que haya un símbolo, algo que te recuerde.

TIZIANO: Elegid un sitio bonito. Ya he hablado de eso con FOLCO. Y un día, poned una bonita piedra con un pequeño hoyo adonde puedan ir a beber los pájaros.

Pero, aparte de eso, no seáis fetichistas: esto era de papá, dejémoslo así. No; la vida sigue. Regalad cosas, me gustaría dar muchas, porque aun hoy lamento que cuando el padrino de mamá estaba a punto de morir y quiso darme una rana preciosa, de bronce, que tenía en su habitación, y me la puso en la

mano y dijo: «Es tuya, toma», no fui capaz de llevármela. Lo siento todavía hoy, no porque me hubiera gustado tener la rana, que ahora dejaría aquí, sino porque a él le ilusionaba dármela.

La que ha estado mejor ha sido Jane Perkins, la que vive en Dharamsala. Cuando se enteró de que estaba mal, me escribió una carta a Delhi en la que me decía: «Querido TIZIANO, sé que no estás bien y sé que te gustaría dejarme algo que aprecie. Entonces, ¿por qué esperar hasta que abandones tu cuerpo y no dármelo en seguida? Quisiera tu cafetera; así, cada mañana, cuando desayune, pensaré en ti».

SASKIA: Sí, me acuerdo de ella. Es

simpática.

TIZIANO: ¡Qué relación tan bonita! Mamá recogió en seguida algunas cosas, la mesa redonda de mi biblioteca, mi preciosa lámpara de latón, el pequeño sofá de rota, las empaquetó y se las envió. Jane estaba feliz.

¡Piensa en lo bonita que es la muerte tibetana! Está el moribundo, todos los parientes llorosos, y llega el lama y los echa de allí a patadas: «¡Fuera!». Entonces se dirige a él y le susurra: «Despégate, no permanezcas aferrado. Vete, vete, ahora eres libre. ¡Vete!».

Eso es una cultura de la muerte. Nosotros la hemos perdido. Cuando alguien cae enfermo en casa, llaman a

una ambulancia para que lo lleve al hospital; ya en trance de muerte en el hospital, lo ocultan detrás de unas cortinillas. Miedo a la muerte. ¿Por qué? Porque sabemos que debemos abandonar todo lo que conocemos. Nada es ya tuyo, ni tus casas, ni tus hijos, ni tu nombre. «¡Dios mío, ya no seré TIZIANO Terzani!» De ése no queda nada, absolutamente nada.

Pero si te acercas antes, si aprendes a renunciar a los deseos, a despegarte de todo, no pierdes nada, ya lo has perdido, ya has muerto por el camino. No, muerto no; has vivido mejor. El sufrimiento lo produce estar aferrado a las cosas. Buda lo expresa muy bien: «Si tienes una

cosa, tienes miedo de perderla; si no la tienes, quieres tenerla».

Entra mamá con una bandeja.

ÁNGELA: ¿Queréis desayunar?

SASKIA: Sí, vamos dentro de un momento.

TIZIANO: ¿Qué querías preguntarme, Saskia?

SASKIA: Por la familia. Me pregunto cómo es que, después de haberte retirado de la vida, no has renunciado a ella.

TIZIANO: Esencialmente veo las cosas así. Para mí, la familia ha sido un suceso natural. Somos hombres, vivimos

en la tierra, formamos familias, nos reproducimos para que la especie continúe. Sin dramas, sin convertirlo en una cuestión de gran responsabilidad. Y en este proceso de desapego del mundo, en el que uno pasa por la fase de la renuncia a todos los deseos, decidí de manera muy consciente, después de haber pensado mucho acerca de ello, no renunciar al último deseo, el de permanecer con la familia, porque me parecería desleal desaparecer para mirarme el ombligo. Por eso tomé la decisión de no tirar por la borda este último lazo con la sociedad humana y con una relación que no sólo mantengo con vosotros, sino esencialmente con

mamá. Ese paso no he querido darlo y no lo daré, porque resulta agradable contar con esta maravillosa y sonriente presencia hasta el final.

Es una decisión. La tomé no sin atraerme el desprecio del Viejo: decía que, si cedía a esa llamada, es que en el fondo no era una persona fuerte. ¡Qué gracioso, el Viejo!

Saskia ríe.

Sé muy bien que el último trecho de este camino cada cual debe recorrerlo absolutamente solo, porque es una experiencia que no puedes vivir de la mano de otro. Pero hasta mi llegada a la

puerta de embarque, dicho de otra manera, de la conciencia que se expande, me gusta vivirla de la mano de tu madre. ¿He respondido a tu pregunta?

SASKIA: Sí.

TIZIANO: También porque pienso sinceramente que los extremismos son una equivocación en todos los casos. Pensemos, por ejemplo, en la austeridad total: «¡Aquí llega el asceta!». Es un error. La vía justa es la intermedia. No puedes vivir en el ascetismo más estricto. Una historia preciosa sobre Buda relata que en un momento dado, siente el peso del cuerpo, se da cuenta de que el cuerpo lo condiciona y por eso quiere desprenderse de él mientras

todavía está con vida. Entonces, según la leyenda, se va a vivir al bosque y se alimenta con un solo grano de arroz al día durante siete años. En el museo de Lahore hay una estatua de la época de Gandhara de este Buda increíble, demacrado, al cual se le ven todas las costillas, y las venas sobre las costillas. Por último, se da cuenta de que ha exagerado. Su cuerpo, precisamente por verse reducido a ese estado, se ha convertido en un obstáculo para su liberación. ¿Y qué hace? Echa a andar, se encuentra con una mujer que le ofrece un tazón de leche y empieza a comer de nuevo.

La Vía del Medio, siempre. Entre el

ascetismo y el hedonismo está la Vía del Medio. No necesitas depender del placer, pero tampoco ser esclavo de la idea de una grandeza que supuestamente te proporcionaría el ascetismo. En el fondo, muchos místicos se han perdido, casi han enloquecido en su ascética determinación de encontrar a Dios.

A Dios lo encuentras. Él también camina por la Vía del Medio.

Ésta es mi Vía del Medio. No necesito nada, no soy esclavo de nada, ni siquiera del deseo de la longevidad, como ves. Sí, estoy con la familia, pero también estoy despegado.

SASKIA: Cada uno debe hacer lo que le parece mejor.

TIZIANO: Hummm... La expresión «el iluminado» o «el despierto» que Buda utiliza, ¿qué significa? ¿Por qué la utiliza? Porque vivimos dormidos. Nos pasamos toda la vida durmiendo. Durmiendo con la conciencia, a la cual no hacemos trabajar, durmiendo con la mente, que sólo utilizamos para hacer cuentas y para engañar a los clientes de la empresa para la que trabajamos.

Un día pasa uno que dice: «¡Despierta!».

¡Qué maravilloso instrumento, la mente! La grandeza de los *rishi* indios de hace cuatro o cinco mil años residía en el hecho de que, al contrario que los científicos actuales, que hacen sus

experimentos en un laboratorio, el experimento de ellos consistía en permanecer sentados en el suelo y mirar su propia mente, estudiar su propia mente, su propia conciencia, observando sus mutaciones. ¡Figúrate, convertir tu cuerpo y tu mente en tu laboratorio!

SASKIA: ¿Y en Occidente?

TIZIANO: ¡También, también! El pasado tuvo grandes momentos. Actualmente lo llamamos Edad Media, pero fue una de las épocas más interesantes de nuestra civilización. El hombre mantenía una relación muy intensa con lo divino. Luego, la ciencia se impuso y ocupó el lugar de la religión. Y la ciencia es estupenda, la

ciencia contribuye enormemente a hacernos la vida más cómoda. Lluve y nos pone un techo sobre la cabeza, tenemos hambre y nos da de comer. Pero ¿qué más nos da? Nada. Nos quita el cielo, porque con el pretexto de serlo *todo*, obstaculiza cualquier otra aspiración.

Yo no estoy en contra de lo moderno ni de lo científico, pero también en esto hay que encontrar un equilibrio, buscar la Vía del Medio. Hay algo en nosotros..., el corazón, el sentimiento del amor, la intuición..., que la ciencia no tiene en consideración. No quiere saber nada de los sentimientos. Y ves que nadie deja ya que la voz del corazón

le hable. Es más, hacerlo se considera un poco de idiotas.

Hay grandes científicos, personajes que descubren cosas increíbles. Pero no por ganar el premio Nobel de Química uno es por fuerza un maestro, un despierto. Puede ser un gilipollas.

El hombre se hace la ilusión de que sabe, y desde luego, avanza en el camino del conocimiento. Pero se da cuenta de que, cada vez que llega al límite de lo conocido, lo desconocido es inmensamente más vasto que cuanto conoce y llegará a conocer nunca. Estaría bien, pues, aceptar que existe ese misterio, que hay algo que nunca comprenderás y abrazarlo. Incluido el

misterio de la muerte.

Largo silencio.

Porque se empieza a morir desde el momento de nacer. Cuando uno es joven, piensa que la muerte es algo que afecta a los demás. Pero si aprendieras ya desde pequeño que la muerte forma parte de la vida, que puedes integrarla en la vida, entonces tu vida sería más bonita, porque contaría con ese contraste y esa dimensión. ¡No es que tengas que morirte! Vive hasta los cien años, pero con la conciencia de que tu vida y tu muerte son la misma cosa.

¿Quién habla de muerte? Hoy en día,

hablar de muerte es un tabú, lo mismo que hace un tiempo lo era hablar de sexo. En el siglo XIX, en la mesa no se hablaba de sexo. Ahora sí se habla de ello, pero no se quiere saber nada de la muerte.

Fíjate, todo lo que digo te conduce a algo que es mi única verdadera contribución, creo: mirar el mundo de otro modo. Míralo a tu manera, de un modo más sensible. Está ahí, es maravilloso. Sin embargo, todos lo miramos de la misma forma y cada día lo miramos más a través de esos malditos instrumentos tecnológicos. Ya no miramos el mundo como es y no lo hacemos con nuestros ojos.

Saskia, eres una mujer guapa, madre y joven. Detente de vez en cuando. Detente y déjate invadir por la sensación de maravilla ante el mundo. Es lo que te digo acerca de la paz, aquí, en este lugar. Ante estas montañas sientes la paz. Quédate un cuarto de hora aquí escuchando el silencio. ¡Escucha el silencio!

Pero ¿quién lo hace?

¡Ring-riiing! *¡Moc-moc-moc!*

¡Brrrum-brrrum! *¡Bummm!* Y el mundo pasa. Pasan millones de hormigas maravillosas, de mariposas, de briznas de hierba, y no te has enterado. Un tren que avanza por un túnel. Y has perdido una oportunidad, la de hacerte mejor, la

de enriquecerte.

¿Te das cuenta de que lo que digo es muy banal, muy simple, y sin embargo parece un gran descubrimiento?

Cuando la gente tiene un problema, en lugar de detenerse, en lugar de permanecer en silencio escuchando la voz del corazón, sale, se mezcla con la multitud, va al cine para aturdirse, para olvidar. Hace cosas así en vez de detenerse. Hasta que un día llega..., llega...

SASKIA: Sí, antes o después llega el desánimo.

TIZIANO: De una manera u otra, sale fuera. Y no estás preparado, no dispones de los instrumentos, no te has preparado.

Así que, cuando tengas un problema, detente, detente. Escúchalo y trata de encontrar la respuesta *dentro* de ti. Porque está. Dentro de ti hay algo que te mantiene unida, que te ayuda, hay una vocecita. Escúchala. Unos la llaman «Dios», otros otra cosa, pero está. Y ésa es también mi..., no digo mi esperanza, porque estoy convencido de que es así.

Esto es lo que han llegado a ser tu padre, que camina desde Monticelli, tus tíos, mirando los domingos cómo los ricos comían helado... En este sentido, no añoro nada. ¿Qué podría añorar? ¡Señor, si he conseguido hacer el viaje! No un gran viaje, pero sí mi viaje. Todo el mundo viaja, las hormigas viajan,

todos hacen su viaje.

Y a mi entender la regla es: cuando te encuentras en un cruce y una calle va hacia arriba y otra hacia abajo, toma la primera, la que va hacia arriba. Es más fácil andar cuesta abajo, pero al final vas a parar a un agujero. En la subida hay esperanza. Es difícil, es otra manera de ver las cosas, es un reto, te mantiene alerta. La otra cosa que repito, y espero que la comprendas, es que debes ser consciente de lo que te pasa. No tomártelo a la ligera. Es preciso estar alerta y tomarse momentos de soledad, de silencio, de reflexión, de desapego. Y mirar.

SASKIA: ¿Lo hacías también de

joven?

TIZIANO: ¡No, en absoluto!

Saskia ríe.

Empecé en Japón, seguí con el *Adivino*, y más adelante, con el abandono de eso tan pesado que es la identidad.

Mamá aparece de nuevo.

ÁNGELA: El desayuno está preparado.

SASKIA: Muy bien. Hemos tenido una pequeña conversación.

TIZIANO: Ha sido agradable.

Recuerda esto, Saskia: no intentes nunca repetirte. ¡Y vive ahora! El pasado es simplemente un recuerdo, no existe. Son tus recuerdos acumulados, reordenados, falseados. Ahora, en cambio, no falseas nada. Lo que esperas del futuro es una caja repleta de ilusiones, vacía. ¿Quién te dice que se llenará? «Ahora trabajo, luego me jubilaré e iré a pescar». ¿Quién sabe si aún habrá peces? La vida sucede en este momento y en este momento es cuando uno tiene que saber disfrutar de ella.

Ah, Saskia, es fantástico que hayas venido a verme. Y recuerda: yo estaré aquí. Estaré en el aire. Así que de vez en cuando, si quieres decirme algo,

apártate, cierra los ojos y búscame.
Hablaemos. Pero no con el lenguaje de
las palabras. Con el silencio.

Cucú

TIZIANO: Siento que he hecho un viaje..., el viaje más largo, el de la vida..., en el cual he llegado realmente al punto de destino. Estoy en la última parada del trayecto y no quiero tomar el tranvía de vuelta. ¡FOLCO, qué historia tan bonita, contigo aquí conmigo! Podías haber tenido trabajo, y en tal caso habría sido imposible pasar tres meses juntos.

FOLCO: Habría venido sólo los fines de semana.

TIZIANO: Somos afortunados, los dos nos hemos inventado una forma de ser. A mí ya me quedan pocos días de

vida en esta tierra, en este mundo. Pero veo que tú también, ahora...

Ha sido una larga charla, y yo sigo aquí, esperando y disfrutando de la naturaleza. Empezamos cuando estaba el cuclillo, y ahora ya no está.

*El día
uno de abril
el
cuclillo
tiene que
venir,
y si el
ocho no ha
llegado,
o está
muerto o ha
enfermado.*

*Tres
meses el
cuclillo
canta,
abril,
mayo y en
junio acaba.*

Precioso, porque el cuclillo ha cumplido su destino. Ha encontrado el nido de otro pájaro, ha tirado los huevos que en él había, ha puesto el suyo y se ha largado. Y la próxima primavera, los nuevos cuclillos cantarán.

*En
efecto, entre
los trinos de
los pájaros*

*que se oyen
alrededor
ya no
suena la voz
del cuclillo.*

FOLCO: ¿Los tira de verdad, los huevos de ese otro pájaro, o se limita a añadir los suyos?

TIZIANO: ¡Sí, sí, los tira! O los rompe..., vamos, que se los carga. Pregúntaselo a Mario y Brunalba, ellos te lo contarán. Cuando llega el momento de anidar, ese pájaro es un jeta. Revolotea por los árboles, busca el nido de un petirrojo, echa fuera los huevos y pone el suyo, porque el cuclillo sólo pone uno. Cuando la madre petirrojo

regresa, no se da cuenta de nada y lo incuba. El petirrojo es un pájaro realmente tonto; otro no lo haría. Hasta que no se eclosiona el huevo, no advierte que no es el suyo, sino un cuclillo.

Ríe sin fuerzas.

Bonito, ¿no? Y la naturaleza sigue adelante. Tú te mueres, pero a ella qué le importa. Sientes dolor. Pues bueno, ya se te pasará. Todo pasa, incluso el dolor.

En esto, la naturaleza es de por sí una gran maestra. Si te detienes un momento y te dedicas a observar las hojas de ese abedul, que tiemblan tan

misteriosa y amorosamente movidas por el viento, ves que mi estado, el estado de mi cuerpo, que da todos estos problemas, es del todo irrelevante. La naturaleza está ahí, elegantemente distanciada; no se inmuta, no se altera. Entonces, ¿por qué no aprender esa lección de no alterarse, no conmoverse, no llorar?

Es así, es así. Y dejas que todo suceda sin que sea una tragedia. Porque no lo es. Para nadie. Desde luego, no para este árbol, para estos prados, para esas florecillas amarillas en las que nadie se fija. Sin embargo, ellos crecen y cambian majestuosamente todos los días.

Mira a tu alrededor, el río, estos bosques, esta bellísima naturaleza que se transforma sin cesar, según su manera particular de transformarse, la de volver a ser lo que fue el año pasado, completamente indiferente a lo que les sucede a los hombres. La crónica diaria, las bombas, Pol Pot, Mao, Estados Unidos, el terrorismo..., ¡qué más le da a ella! Todo es pasajero, efímero. Esas civilizaciones extraordinarias, todas barridas. La Esfinge que sale de la arena, mira el mundo y ya no hay nada. Así pasará con todo.

Pero aquí estamos.

¡Ah, Orsigna, qué maravilla! Es mi estación final. Es mi punto de llegada.

Yo había intuido ya que después de todos mis grandes amores asiáticos..., Vietnam, Camboya, China y más tarde la India..., en realidad Orsigna sería mi último amor. Me siento tan en casa, tan bien en este abrazo de la naturaleza en estado puro, que es el abrazo de grandeza y de belleza más hermoso que puedes tener. Esa belleza se mete dentro de ti de alguna manera y te da una dimensión de algo que no te pertenece, pero que también es tuyo, es algo de lo que formas parte.

Frente a todo eso, tu existencia es una insignificancia, es el estornudo de una hormiga. Mi muerte... *¡pfff!*, es de risa. Piensa en cuántas aves están

muriendo en este momento, cuántas hormigas son aplastadas, cuántos hombres fallecen de enfermedad, de vejez, víctimas de la violencia... Mueren todos. Lo expresa a la perfección el dios Krishna: todo lo que nace, muere, y todo lo que muere, nace. También yo siento el final como un principio. El principio es mi fin y el fin es mi principio. Porque cada vez estoy más convencido de que considerar que el tiempo es lineal y que se avanza, que hay progreso, es una ilusión típicamente occidental. No lo hay. El tiempo no es direccional, no va hacia delante, siempre hacia delante. Se repite, gira en torno a sí mismo, es circular. Eso lo

siento con mucha fuerza. Se ve en los hechos, en la banalidad de los hechos, en las guerras que se repiten.

Los indios tienen esto profundamente arraigado en su interior. Toda su mitología se basa en el continuo ciclo de destrucción y creación. En eso tienen razón, no hay creación sin destrucción, y por ello en su trinidad está el creador, el mantenedor y el destructor. El destructor pasa como un ciclón y lo destruye todo, de manera que el creador puede volver a crear, el conservador puede conservar y el destructor, destruir de nuevo.

No digo que esto es un consuelo porque espere volver, en absoluto. Creo que una de las pocas cosas que aprendí,

que internalicé viviendo solo en la cabaña del Himalaya es la renuncia a los deseos, que es la verdadera y última gran forma de libertad. Y creo que lo he logrado. Ya no deseo nada. Desde luego, no deseo la longevidad. Pero tampoco la inmortalidad, ese pensar: «Acaba, pero vuelve a empezar y eso me consuela». No, no es eso lo que siento. Es la belleza, la belleza existente en el hecho de que lo que acaba vuelve a comenzar. Porque el universo es así. Porque dentro de una semilla que cae por casualidad ya hay un árbol enorme. Al caer, la semilla parece muerta, acabada. Y vuelve a empezar. Esa belleza me gusta, esa belleza que ahora veo por todas

partes y que también veo en el final de mi vida terrena.

Siento que mi vida escapa y al mismo tiempo que no escapa, porque forma parte de la vida de estos árboles. Es una maravilla fundirse en la vida del cosmos y formar parte de todo. Mi vida no es mi vida, sino la del Ser, es la vida cósmica de la cual me siento parte. En consecuencia, no pierdo nada, al separarme del cuerpo no pierdo nada.

Así que esto es el final, pero también el principio.

Y la imagen que me viene casi a diario a la mente en cuanto a lo de abandonar el cuerpo es la de un monje zen que se sienta en el silencio de su

celda, toma un buen pincel, lo moja en el recipiente donde ha vertido la tinta, se inclina sobre el trozo de papel de arroz y, con gran concentración, traza un círculo que se cierra. Pero no un círculo trazado con compás, sino un círculo trazado con el último gesto de la mano en esta tierra. La vida concluye.

En realidad, ese ciclo es el que yo trato ahora de cerrar.

Creo que la vida de eremita que llevé durante algún tiempo me puso en contacto con la sensación de la increíble impermanencia de todo. Esa constatación de que todo es impermanente es lo más hermoso del mundo. Eso y aceptar lo que Asia

comprendió hace tiempo: que no hay alegría sin sufrimiento, que no hay placer sin disgusto. Entonces te desligas, te alejas, no con indiferencia hacia los demás, a los que quizá quieras, aunque sí sin ser esclavo de ellos, porque la vida de todos aquellos a quienes quieres también pasa.

Y este maravilloso e inmenso cementerio que es la tierra continuará. Todo está aquí. Estiércol y cenizas. Luego, vuelve a ser prado. Reconozco que ahora, pensar eso, a mí no me entristece.

*Sale de
casa Saskia*

*llevando en
brazos a
Nicolò, que
emite
débiles
gemidos.*

SASKIA: Un eructito, venga...

TIZIANO: Eso es lo bonito de la vida, ¿no? Naces... ¡Míralo!

Señala a su nuevo nieto.

No es nada, pero día tras día va convirtiéndose en él, acumulando experiencias, charlas, recuerdos, sabiduría, éxitos, fracasos, y eso le da su identidad. Así se convierte poco a

poco en Nicolò. Día tras día, día tras día se acumula Nicolò. Todo es construir.

Miro hacia atrás y veo aquel niño nacido en una ciudad, pobre, que busca un resarcimiento no mediante el dinero, no mediante el poder, no levantando un imperio, sino creándose una identidad, intentando convertirse en alguien que cambia el mundo... Bueno, no he cambiado nada, pero la intención era ésa. Por eso estudié Derecho, por eso quise hacer determinadas cosas y no otras, no trabajar en un banco sino ser periodista. Ésa es la historia de mi acumulación, de cómo me hice periodista, viajero, escritor, todas esas

cosas. Y me parece precioso que todo lo que he construido... *¡brrummm!* Al final no soy nada, ya no quiero ser nada, no intento ser nada. Ya no soy TIZIANO Terzani. Vivir una vida para convertirse en nadie es un poco extraño.

He sido muchas cosas, pero al final no soy nadie.

Papá se ha pasado otro día...

*Papá se
ha pasado
otro día
sentado
fuera
contemplando
el valle, sin
hablar.*

*Estamos a
finales de
julio. Ahora
que ha
llegado mi
hijo, toda la
familia está*

*reunida.
Anoche
papá lo
observó
mientras
jugaba con
sus
superhéroes
antes de
irse a la
cama. Por la
noche
estalló una
tormenta, la
primera de
la estación,
con truenos
y
relámpagos
que
retumbaban*

*e
iluminaban
el valle.
Caía agua a
raudales. Al
despertarme
pienso en
papá, solo
en su
gompa, y
siento que
quizá ya no
está. Sin
embargo,
cuando bajo
al salón
está allí, en
el sofá.*

TIZIANO: ¡¡¡Quiero hablar!!!

FOLCO: Aquí me tienes, te escucho.

TIZIANO: Perfecto.

Me preparo rápidamente un tazón de muesli con leche y me lo tomo deprisa y corriendo.

TIZIANO: Termina. Cuando hayas terminado...

Su voz es tan débil que casi no se le oye.

ÁNGELA: ¿Cuando haya terminado nos vamos?

SASKIA: Hablamos.

TIZIANO: Hablamos.

ÁNGELA: Ah, hablamos, sí.

TIZIANO: Termina.

ÁNGELA: Ha terminado.

FOLCO: He terminado.

Dejo el tazón y me siento.

ÁNGELA: Aquí lo tienes.

SASKIA: ¿Quieres sentarte aquí?

FOLCO: No, no.

TIZIANO: El otro día me planteaste un interesante problema: qué veo cuando miro el mundo. Es una cosa curiosa, y la primera parte también..., la primera parte es así...

*Respira entrecortadamente, le falta
aire.*

Antes, yo también veía el mundo dividido. Me veía a mí mismo separado de lo que veía. Me veía a mí mirándome a mí. Luego sucedió algo, y lo que sucedió es que lo veo unido. Ya no veo la separación. Antes veía el mundo a gajos. Me veía a mí viéndome a mí. Luego ocurrió algo muy extraño, porque ya no veía separado. Me veía a mí como parte de un todo. Y eso es maravilloso, porque de repente me encontré otro yo.

Río, pero estoy emocionado. Casi no puedo dar crédito a mis oídos oyendo a papá hablar así. Me refugio en los hechos.

FOLCO: ¿Cuándo y dónde sucedió eso?

TIZIANO: Es el resultado del Himalaya, cuando empecé a deshacerme de los deseos. Y entonces era todo uno. Todo uno. Y se produce una cosa curiosa. Cuando lo ves todo uno, las cosas cambian enormemente. Porque entonces miras la tierra y te das cuenta de que todo es uno, no hay ningún trozo separado. Lo curioso es que, cuando lo ves todo uno, te das cuenta de que ya no hay divisiones. Y eso significa que, cuando miras las flores, la hierba, no son flores, no es hierba, son parte de esa gloriosa belleza que es la vida. Y

entonces no hay que preguntarse si es mineral o si es..., si es...

ÁNGELA: ¿Vegetal?

TIZIANO: Vegetal. Al contrario, en cuanto empiezas a mirar te das cuenta de que todo es uno. O sea, miras la belleza de la tierra y ves la unidad de ésta. Así que hay una belleza que debes comprender. Sin ella, se vive sin apego. Miras y descubres la belleza de lo mineral. Que no excluye... lo vegetal. Entonces miras la belleza de lo vegetal y ves la belleza del todo. Y ves la gran belleza de la tierra.

De manera que es como abrazar primero lo mineral y abrazar... lo animal, y abrazar a la humanidad,

porque no hay diferencia. Abrazas a la humanidad. Te sumerges en esa belleza. Y resulta que abrazas lo mineral y abrazas, abra... abrazas a la humanidad, porque no hay diferencia.

*El hilo
de voz se
quiebra.
Alrededor
de papá,
mamá,
Saskia y yo,
oyendo
esas
extrañas
palabras
pronunciadas
con una voz
que no*

*conocemos,
apenas
capaz de
formar las
frases, con
un énfasis
insólito
y largas
pausas,
estamos al
borde de las
lágrimas.*

FOLCO: Ya no hay conflicto.

TIZIANO: Ya no hay conflicto.

FOLCO: Ni tampoco aspiración.

TIZIANO: Porque has aprendido...

FOLCO: ¿Porque qué?

ÁNGELA: Has aprendido.

TIZIANO: Has aprendido. Has aprendido.

FOLCO: ¿Ya no hay miedo?

TIZIANO: Ya no hay miedo. Hay ese mundo único. En el que disfrutas de lo mineral, disfrutas de lo mat..., disfrutas de...

FOLCO: ¿De lo vegetal, de lo animal?

TIZIANO: De lo vegetal. Y acabas por disfrutar de la humanidad. Porque son lo mismo. No hay diferencia. Y miras la tierra, el fondo de la tierra, y es hermoso. No hay diferencia. Acabas por abrazar a otro hombre.

FOLCO: Desde ese punto de vista, ¿qué es la muerte?

TIZIANO: Ah, yo te lo...

No lo oigo.

FOLCO: ¿Qué?

TIZIANO: Es el miedo de perder...

SASKIA: El miedo de perder.

FOLCO: Ah, el miedo de perder.

TIZIANO: La muerte es el miedo de perder todo lo que tienes. Te da miedo perder la casita que has comprado en la playa.

FOLCO: Que no es nada.

TIZIANO: Que no es. Porque de la muerte, ¿qué es lo que da miedo? La idea de que de repente pierdes todo aquello a lo que te parece que estás

ape... apegado de manera importante, con fuerza. La casita en el campo. La moto. Porque eso es lo que tienes miedo de perder al morir.

FOLCO: ¿Y ahora aceptas perder eso?

TIZIANO: ¡Pfff!

FOLCO: Todo eso lo perderás.

TIZIANO: ¡Pfff!

FOLCO: Pero nosotros nos apegamos realmente a esas cosas.

TIZIANO: Nos parecen las cosas más importantes. ¡Pfff!

Mamá

duda

porque le

resulta un

*poco difícil
lo que va a
preguntarle
a ese
hombre que
es su
marido.*

ÁNGELA: ¿Y las personas?

TIZIANO: Igual.

ÁNGELA: Igual...

TIZIANO: ¿Por qué apegarse a las
personas?

FOLCO: Hummm...

TIZIANO: Lo que nos da miedo es
perder todo eso. Y a mí no me da miedo.
Ya lo he perdido.

FOLCO: Pero ¿no es... no es... no es

grave?

TIZIANO: Ya no tengo deseos.
Silencio.

*Larga pausa. Se oye el zumbido de una
mosca.*

FOLCO: Has comprendido, ¿no es
eso?

TIZIANO: No he comprendido, he
mirado.

ÁNGELA: Ha mirado. Hummm...

Se seca las lágrimas.

TIZIANO: Levantadme.

Lo ayudamos a cambiar de posición en el sofá.

Ya está.

FOLCO: ¿Así?

SASKIA: Me parece que... que quiere ponerse de pie.

Papá dice algo inaudible.

FOLCO: No, es que está incómodo en el sofá.

ÁNGELA: A lo mejor se puede apoyar en tus rodillas.

TIZIANO: No, ya está.

FOLCO: Ésta será la ventaja de dejar... Porque en un momento dado, el

cuerpo produce molestias, y cuando uno lo deja, esas molestias desaparecen inmediatamente, ¿no? Esas molestias ya no están, porque van unidas al cuerpo.

TIZIANO: Muy bien.

FOLCO: Si uno no tiene molestias dentro...

TIZIANO: Muy bien, FOLCO.

FOLCO: Las molestias de dentro, quizá te las llevas contigo, te las llevas a alguna parte. Vamos, que eso no se sabe.

ÁNGELA: Lo que no has entendido, quizá no lo entenderás nunca. Pero si lo has entendido, te lo llevas.

FOLCO: Mientras que el cuerpo, en un momento dado, te produce...

molestias que...

TIZIANO: Perfecto. Pero ya basta. Dejadme descansar. Ahora me tomaría un té tranquilamente.

ÁNGELA: Tiraremos este té frío y prepararemos...

FOLCO: Tómate el té en paz.

ÁNGELA: Voy a hacer el té. ¿Me esperas aquí? Vuelvo en seguida.

*Largo
silencio.
Papá
respira con
dificultad.
Se oye
de nuevo el
vuelo de la
mosca.*

FOLCO: Tengo que ir a buscar las ocas, porque las he soltado. Hoy que no estamos en el jardín, se habrán ido por ahí, se habrán perdido.

SASKIA: ¿A dónde las has mandado?

FOLCO: Las he sacado de la jaula para que se sequen un poco, pobrecillas. Nunca habían visto una tormenta como la de anoche. Debieron de asustarse muchísimo. Las he dejado salir...

SASKIA: ¿Y el gato? ¿Dónde está?

FOLCO: Aquí, el gato está aquí.

*En la cocina silba la tetera. Mamá
apaga el fuego.*

TIZIANO: Ángela. ¡Ángela!

¡Ángelaaa!

ÁNGELA: Sí, el té ya casi está. Ya voy, TIZIANO, ya voy, ya voy.

Mamá vuelve, se sienta y le masajea las manos.

Ha valido la pena vivir para comprender eso, ¿verdad?

TIZIANO: No puedo.

Papá musita, se ha quedado sin voz.

ÁNGELA: ¿Qué? ¿Nos tomamos el té?

TIZIANO: Llevadme a mi *gompa*. Levantadme. Quiero volver a la *gompa*.

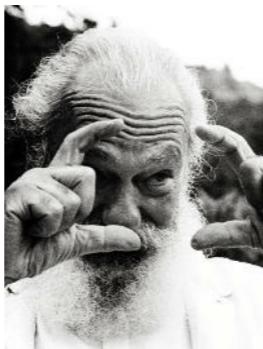
¿Podéis?

*Tenemos
que tomarlo
por las
axilas.*

*Su
cuerpo es
un peso
muerto y
parece casi
imposible
hacer
el
recorrido
hasta el
fondo del
jardín. Se
tiende en la
cama.*

Se oye

*su
respiración,
como el
viento que
viene y va.*



TIZIANO TERZANI. Escritor, columnista y ex-corresponsal de guerra, piensa que el hombre actual ha perdido el sentido de La vida: parece —afirma— que: *«Somos sólo cuerpo, un cuerpo que lucir, cuidar, embellecer y mantener con vida el máximo tiempo posible. Pero somos algo más que eso.»*

El marxismo leninismo, en cierto modo, nos ha cortado el cordón con el cielo; y el psicoanálisis abrió un agujero profundísimo en el que nos perdemos... ¿Buscar la razón de lo que somos en el sexo? Yo creo que es mucho mejor hacer el amor que hacer sexo, y si les enseñáramos eso a nuestros hijos, tal vez añadiríamos algo de poesía a esta vida», afirma.

Nació en 1938 en Florencia. Durante 30 años ha sido corresponsal de guerra. Ha hecho lo que amaba. Ahora vive retirado en el Himalaya y la guerra de Afganistán le ha convertido en un loco kamikaze por la paz. Está casado y tiene dos hijos

y un nietecito al que le ha dedicado «*Cartas contra la guerra*», que edita RBA.

Ima Sanchís lo entrevistó para «*La Vanguardia*» el 10 de septiembre de 2002:

—¿Por qué se ha pasado media vida contando la muerte?

—Uno comienza a ser corresponsal de guerra porque es joven, impetuoso e idealista. Siempre he escrito un diario y en mi primera guerra, Vietnam, la primera frase que escribí fue: «La guerra es una cosa triste, pero es más triste todavía cuando se convierte en hábito».

—Después de treinta años...

—El primer muerto que vi tirado en la calle, con la boca llena de moscas, me impresionó.

Luego aprendí a contarlos.

—Se había habituado.

—Sí, pero a los 63 años me he dado cuenta de que no, de que esta última guerra en Afganistán me ha revuelto. ¿Sabes?, hay momentos en la vida en que sientes algo en la piel que te invade con una fuerza arrolladora.

—Las cosas hay que sentir las.

—Hace poco, en Kabul, vi pasar a un hombre que se volvía continuamente para mirar a una niña que corría tras él con una sola pierna. Debía de ser su hija. Yo también tengo una hija y en aquel momento sentí el peso de la injusticia. Así es nuestro trabajo.

—¿Cómo?

—O te conduce a un gran cinismo o a una especie de paranoia en la que ya no puedes soportar oír decir las mismas banalidades. Toda la vida oyendo a esos ministros, presidentes y

capitostes relativizando, justificando la barbarie... ¡Basta!

—Algo positivo habrá aprendido.

—Tras 30 años en Asia he aprendido a pararme y respirar, a meditar. Es necesario detenerse y reflexionar, tomar conciencia del mundo que tenemos y del que queremos.

—Y del ser humano, ¿qué ha aprendido después de ver tanta miseria, tanta violencia?

—Como me dijo un amigo, el hombre nace sin alma, pero alguno, viviendo, consigue construirse una. Podemos ser mejores. Pero ahora vivimos una nueva edad media. Somos sólo cuerpo, un cuerpo que lucir, cuidar, embellecer y mantener con vida el máximo tiempo posible.

—¿Hemos perdido el sentido?

—Sí, porque somos algo más que eso. El marxismo leninismo, en cierto modo, nos ha

cortado el cordón con el cielo; y el psicoanálisis abrió un agujero profundísimo en el que nos perdemos... ¿Buscar la razón de lo que somos en el sexo? Yo creo que es mucho mejor hacer el amor que hacer sexo, y si les enseñáramos eso a nuestros hijos, tal vez añadiríamos algo de poesía a esta vida. Atravesamos un periodo oscurantista.

—Todo materia.

—Por eso basamos todas nuestras decisiones en lo que nos es útil, nos conviene. Debemos reinventar la moralidad, los principios y la ética en nuestra vida cotidiana.

—¿Qué propone?

—El ayuno de consumo, de exceso, porque el consumismo nos consumirá. Debemos controlar nuestros deseos. Y recuperar el silencio. La comunicación nace del silencio.

—He visto fotos de su juventud, parece usted

un periodista impetuoso, resuelto...

—¡Brava!... Tenía tres ideas férreas. Hace poco reencontré a un viejo amigo de Vietnam al que no había visto desde entonces. Él estaba igual. «¡Dios mío, cómo has cambiado!», me dijo con lástima. «¡Menos mal!», pensé yo, el tiempo no ha pasado en balde.

—¿Tiene más respuestas?

—¿Con mi pequeña vida de 64 años? No. Pero tengo preguntas y dudas para tirarle a la cara a quien pretende tener las respuestas a los problemas del mundo. ¿Sabes qué es lo bello de envejecer?

—No.

—En la vida tienes la sensación de que todo ocurre por casualidad. Pero, cuando eres viejo y miras hacia atrás, te das cuenta de que hay un hilo que da sentido a tu vida. En las guerras siempre he ido a hablar con el otro. En la

guerra de Vietnam con el Vietcong, en la de Sri Lanka con los tamiles, en la de Afganistán con Al Qaeda.

—Eso da sentido a su trabajo.

—El bellissimo símbolo taoísta, el yin y el yang, simboliza que en el interior de las tinieblas hay un punto de luz y en el interior de la luz un punto de tiniebla.

—¿El mundo es uno y cada parte tiene su sentido?

—Sí, es posible reemplazar la lógica de la competitividad por la ética de la coexistencia. Nadie tiene el monopolio de nada. La idea de una civilización superior a otra es sólo fruto de la ignorancia. La armonía, como la belleza, está en el equilibrio de los opuestos, y la idea de eliminar uno de los dos es sencillamente sacrílega.

—¿De dónde ha sacado la fuerza?

—La curiosidad, querer entender... Pero también he tenido suerte, desde muy joven encontré a mi compañera de vida. Yo creo que cuando nacemos somos sólo una mitad y que nos pasamos la vida buscando el pedazo que nos falta. Cuando lo encuentras, el amor adquiere otro significado, si no, te pasas la vida buscando algo indefinido y hay una sensación de frustración que yo no he tenido.

—¿Por qué se ha retirado del mundo?

—Me fui a vivir a una cabaña en el Himalaya cuando sentí que ya había dado lo mejor de mí. Permíteme un consejo: Si en la vida se te presenta una ocasión de no repetirte, tómala. Me he pasado la vida viajando hacia fuera y ahora viajo hacia dentro.

—Sigue siendo un explorador.

—Sí. A veces intuyes que la vida es algo más y si lo has sentido alguna vez tienes esperanza. El

mundo de hoy es terrible, sólo lo cambiaremos si cada uno de nosotros toma conciencia de que las causas de la guerra están dentro de nosotros: el deseo, el miedo, la inseguridad, la vanidad, el orgullo...

Notas

[1] La cúpula de Santa Maria del Fiore,
la catedral de Florencia. (N. de la T).

<<

[2] Una vuelta más en el tiovivo. <<

[3] Instituto de estudios universitarios muy especializados con internado. (N. de la T). <<

[4] Cuerpo militar del ejército italiano adiestrado para operar en la alta montaña. (N. de la T). <<

[5] Ente Nazionale Idrocarburi
(Empresa Nacional de Hidrocarburos).
(N. de la T). <<

[6] Piel de leopardo. <<

[7] En Asia. <<

[8] RBA Libros (2002). <<

[9] Empresa de transporte público. (N. de la T). <<

[¹⁰] La puerta prohibida. <<

[11] RBA Libros (2002). <<

[12] Especie de anemia. (N. de la T). <<

[13] «Si quieres amar a la mujer rubia, durante toda la vida la cortejarás. Pero la mujer de cabellos morenos, cuando le viene en gana te echa». (N. de la T). <<